VÍCTOR PÉREZ PETIT

GIL

MONTEVIDEO
IMPRENTA ARTÍSTICA, DE DORNALECHE Y REYES
Calle 18 de Julio, núms. 77 y 79
1905

DOS PALABRAS

Como nota bibliográfica absolutamente indispensable para dar á las novelas y cuentos que componen el presente volumen el verdadero lugar que les corresponde entre las demás obras mías, he de consignar aquí las siguientes referencias:

Los cuentos reunidos bajo el común título de ACUARELAS fueron escritos hace doce años y publicados durante el curso de los de 1893 y 1894 en los periódicos *El Siglo*, *La Opinión Nacional*, *La España* y *El Día*. Varios de ellos merecieron el honor de la transcripción (algunos lo fueron hasta por ocho y diez veces), en periódicos y revistas de la República Argentina, Chile, Venezuela, Madrid, Valencia y Barcelona: tales los titulados *Horas tristes*, *Heroísmo*, *Justo castigo*, *En la siesta*, *Sugestión*, *La liga* é *Inocente*, que hallaron acogida reiterada-

mente en *La Iberia* de Madrid, *La Ley* de Chile, *El Mercantil Valenciano* de Valencia, *Pluma y Lápiz* de Barcelona, *Caras y Caretas* de Montevideo y en el inolvidable *Almanaque Sud-Americano* del no menos inolvidable Casimiro Prieto.

La novela corta GIL data de Abril de 1894 y fué publicada en folletín por *El Día*, donde entonces daba yo á luz mis críticas militantes, que tantos rencores me concitaron. A pesar de éstos, la novelita fué favorablemente acogida hasta por los mismos á quienes yo fustigaba severamente, y ésta es una de las primeras y más grandes satisfacciones que he recogido en mi carrera de escritor. Sin embargo, por exigencias, hasta cierto punto justificables, del señor director de aquel diario, hube de suprimir durante la publicación algunos capítulos y párrafos de mi novela, para no espantar á los timoratos y á las señoritas. Hoy reproduzco GIL íntegramente, porque esos capítulos son necesarios al conjunto, porque tengo fe en mis convicciones literarias y porque sé que el rubor de las señoritas nada tiene que hacer en literatura.

Los cuentos de la serie AGUAS FUERTES son posteriores á las ACUARELAS y GIL. Algunos de ellos, tales como *Día de lluvia, Sueño ó realidad, Parando rodeo*, etc., datan de 1893; pero los más son del año 1896 y fueron publicados y reproducidos por distintos periódicos y revistas, tales como *La Quincena*

de Buenos Aires, *El Almanaque Sud-Americano* de Prieto, *La Revista Nacional* de Montevideo, cuya redacción asumía yo con los Martínez Vigil y Rodó; *Rojo y Blanco, La Alborada, Montevideo, El Almanaque Artístico* de Ricardo Sánchez, etc., etc. Finalmente, otros son completamente inéditos.

Hoy colecciono y doy á luz estos diversos trabajos porque tengo la persuasión de que algo representan en la literatura nacional, de que algo reflejan de mi modalidad de escritor y de que no son tan malos como para dejarlos agostarse en las columnas de los periódicos, á la manera de las flores, hermosas y brillantes un día, que las jóvenes olvidan muy luego entre las páginas de un libro que no volverán á hojear jamás. Y no se me tilde, por semejantes apreciaciones, de inmodesto, por cuanto todo y cualquier literato que compone una poesía, una novela ó un drama, y en seguida de componerlos los da á luz, es porque tiene el convencimiento de que ha hecho obra buena y de que con agrado será leída por todos.

Bien mirado, yo soy menos inmodesto al recopilar mis cuentos previa una prolija selección. Largos años han transcurrido ahora desde que escribí esas páginas: en el entretanto mi gusto ha evolucionado, así como mis tendencias ó inclinaciones; nuevas

ideas y rumbos nuevos modifican y encauzan mi criterio; la severidad con que juzgo mis propias obras acaso no la empleara el que más inclinado se encontrare á zaherirlas. Por tal modo, al releer mis cuentos, los he analizado; al analizarlos, los he juzgado. Y francamente lo digo: más severo de lo que fué Hugo con su *Bug-Jargal* — que al considerar ese primer fruto de sus diez y siete años, exclamó á los cincuenta: «Estoy contento de él; no le cambiaría ni una línea», — he tenido el valor de sacrificar con denuedo lacedemonio, aquellos de mis hijos que reputé contrahechos. Muchos cuentos míos quedarán así olvidados en las hojas volantes del periodismo; los que en esta colección lucen, es porque los he tenido por mejores.

Reunidos en un haz, la policromía del conjunto sorprenderá á los lectores; mas los que tal sorpresa experimenten no olviden lo que Hipólito Taine decía en su *Historia de la literatura inglesa* (t. I, pág. 176): «Hay algo mejor que un hermoso cuento, y es una colección de cuentos hermosos, sobre todo cuando son de todos colores.»

En un estudio que sobre el origen y evolución del cuento tengo escrito, y publicaré algún día, hago notar las diversas modalidades que él ha revestido al través de la historia. En los pueblos de la antigüedad, el cuento basado en lo sobrenatural y maravilloso impera en toda la línea, y estos mismos

caracteres reviste el cuento popular — ya que un mismo espíritu es el que anima á los hombres de las primitivas civilizaciones y al de las modernas no regenerado por la luz del saber. Luego, en la Edad Media, el cuento se hace sucesivamente fantástico, religioso, erótico, picaresco y jocoso. Más tarde, á partir del Renacimiento, continúa la evolución y aparecen los cuentos morales, los filosóficos, los simbólicos; y á la fecha, son ya amorosos, ya sentimentales, ora psicológicos, ora libertinos, y, bajo el imperio del eclecticismo artístico, no bastando las fórmulas nuevas del romanticismo y del naturalismo, renacen todas las viejas modalidades del cuento, desde la que impera en la colección *Kalila y Dina* del visir Bidpay, hasta las que rigen los cuentos tan divergentes de Dickens, Maupassant, Catulle Mendès y Rudyard Kipling.

¿Qué mucho, pues, que mi espíritu inquieto é investigador, sediento cada día de una idealidad nueva y enamorado cada noche de un nuevo resplandor, haya en sus correrías por los prados del arte recogido todas las flores, hasta las más extrañas y opuestas que le detuvieran un instante? ¿Qué raro es que mi conciencia sonámbula al través de las grandes carreteras del arte contemporáneo, haya prestado su aquiescencia durante un minuto á los soberbios bosques del idealismo, á las capitales orgullosas del naturalismo, á las retortas ígneas de los psicólogos,

á los paraísos artificiales de Mirbeau, de Poe y de Oscar Wilde, y por igual haya sonreído amablemente á la fantasía de Barbey D'Aurevilly, á las moralejas de Perrault y Schmidt y al *humour* de Mark Twain? En verdad que si de algo me lamento es de no haber tenido tiempo y condiciones intelectuales para realizar todas las modalidades del cuento.

Cuentos de todos colores, esos son los míos; y ya que no hermosos, cual lo deseaba Taine, tendrán por lo menos la policromía que tanto encarecía en los de Chaucer. Si ellos proporcionan algún placer al que los lee, habrán llenado su misión en la joven literatura de mi patria; y si revelan al crítico la evolución literaria de mi espíritu, habrán cumplido otra más alta, superando mis esperanzas.

V. P. P.

Gil

Gil

I

Nació en un frío lecho de hospital el mismo día en que su padre, convicto y confeso de homicidio y robo, con las circunstancias agravantes de alevosía y ensañamiento, era fusilado en el radio número 1 de la Cárcel Penitenciaria. Su madre, Celedonia Álvarez, por mal nombre *la ñata*, era una desgraciada prostituta que había tenido ya numerosas entradas en la cárcel por pelea y robo. Murió al darle la vida.

Recogió al chico, titulándose tía de él, la mujer Ramona Díaz, de antecedentes tan honorables como la Álvarez; y, por tal modo, los primeros años de Gil, como se llamó al muchacho, rodaron entre los andrajos de la miseria y las degradaciones del vicio. En el infecto cuartujo de la Ramona, primero, y más tarde por las calles y plazas, donde el chico campaba por sus respetos con toda libertad, Gil fué apren-

diendo el pintoresco vocabulario de la gente de mal vivir y ensayándose en el vicio.

Á los diez años era Gil un ser raquítico, de sangre pobre, virulento y perverso. Su físico era deplorable. Tenía una enorme cabeza de cretino, cubierta de greñas, que parecía pesarle sobre los hombros y amenazaba desgajársele del tronco. Era de baja estatura, hundido pecho, medio estevado. Sus brazos eran ridículamente largos, verdaderos brazos de orangután. Pero lo que daba honda pena era su pobre rostro de líneas toscas, de pómulos salientes, de mandíbulas alargadas, cual si todo ello hubiera sido tajado en piedra á martillazos. Sus ojillos grises, de mirar receloso y falso, casi siempre entornados, se hundían bajo un matorral de hirsutas cejas; y su boca, de gruesos labios pulposos, se contraía á menudo en un gesto que daba al conjunto de la fisonomía cierto sello de dolor y sufrimiento. En cuanto á sus orejas, dignas de una galería lombrosiana, parecían quitasoles hechos de terracota.

Desde la mañana hasta la noche andaba el muchacho rodando por la calle como un haz de harapos mugrientos, descalzo y en greñas. Metíase en los prostíbulos, donde las mujerzuelas enviábanle con recados; huroneaba por los garitos y tiendas de vino, para oir con deleite las conversaciones soeces de los borrachos y rufianes, y frecuentaba la compañía de los chicos vendedores de diarios. No sabía hacer

nada de provecho; tampoco le gustaba trabajar. Era más bien reservado que comunicativo. Tenía instintos bestiales.

Por las calles y plazas, cerca del río y en los muelles, sus hazañas iban cobrando nota á medida que crecía en años. Primero, en casa de la Ramona, se había divertido martirizando animalillos, saltándoles los ojos á los pájaros con un clavo, despanzurrando ratones, empapando en kerosene á un gato para prenderle fuego en seguida. Más tarde, se dedicó á perseguir los perros á pedradas y á aporrear los pilluelos más chicos que él, gozándose con el daño que hacía, y no declarándose satisfecho hasta ver correr la sangre y las lágrimas de sus víctimas. Finalmente, sus diabluras revistieron un mal cariz. Después de romper faroles, empezó á romperles la crisma, á pedradas, á los transeuntes; dió en la flor de cometer pequeños hurtos, y concluyó un buen día por arrimarle una respetable mano de palos á su madre postiza.

Gil no era muchacho de fuerza, pero era audaz, decidido y traidor. También era vengativo y terco. No podía acometer empresa alguna que no fuera en perjuicio de alguien. Experimentaba un soberano placer en hacer daño y martirizar á los débiles. Con los muchachos de más años que él ó que eran más fuertes, empleaba la maña y la traición. Así, poco á poco, fué haciéndose el cabecilla de todos los pilluelos de su barrio. Un día, en una pelea con un compañero, le dió

á éste un famoso tajo, valiéndose de un cortaplumas que había sustraído quién sabe dónde, y por tal hazaña fué á dar en la policía. Desde entonces quedó consagrado. Era el « taita », el jefe de la pandilla de granujas.

Todo el santo día de Dios la comparsa haraganeaba por las calles del sud de la ciudad, visitaba los muelles é invadía los astilleros y diques. Gil organizaba los juegos, imponía despóticamente leyes y penas, zurraba bravamente al que le desobedecía y echaba del grupo á cualquiera que no le cayera en gracia. Á él sólo le estaba permitido hacer trampas en el juego, y él sólo podía insultar y escarnecer á los demás. Y ¡guay del que llegara á contrariarle ó pretendiera alzarle el gallo!, más le valiera no haber nacido. Gil arremangábase los puños de su raída camisa, tomaba la actitud de un boxeador, sacudía como un león su enorme cabeza, y, pasándose la punta de la lengua por el labio superior, decía con voz breve y entrecortada:

—*Pegá*, á ver... *pegá* vos primero...

Y con los ojos encendidos, la tez densamente pálida, trémulos de ira los labios, arremetía contra el contrario á puñetazos y patadas, utilizando, si llegaba el caso, las piedras, palos ó cualquiera otra arma que encontrara á mano.

Así se había hecho temible. Cuando andaba malhumorado — con « luna », según decía él mismo — no

respetaba á nadie y solía armar colosales marimorenas. Entonces es que acostumbraba preparar sus grandes «farras». Una «farra» ó guerrilla, era ir, con toda su banda de pequeños forajidos, á hacerles la guerra á los pilletes de otro barrio. Para ello reunía previamente á sus «taitas» ó cabecillas, les explicaba el plan de ataque, ordenaba reunir la muchachada, munialos de piedras y palos y llevábalos al combate.

—¡Allá están!—gritaba con su vocecita acanallada, al divisar los granujas del bando opuesto.

—¡A la carga!—rugían entonces sus huestes, blandiendo los palos y preparando sus proyectiles.

Y entonces, en medio de la vía pública, sin preocuparse ni poco ni mucho de los transeuntes, despreciando la presencia de algún guardia civil—impotente ante aquella horda de diablos descalzos y harapientos—empezaba la batalla. Era un combate digno de la *Ilíada*. El valor personal suplía á la estrategia. Los guijarros reemplazaban á las armas de precisión. Volaban en añicos los vidrios de los faroles, puertas y vidrieras. Redoblaban sobre el empedrado las carreras locas de los combatientes. A veces llegaban á las manos griegos y aquivos, y Héctor y Orestes medían sus fuerzas cuerpo á cuerpo. Y era, entonces, un verdadero diluvio de trompadas y feroces mordiscos, de sendos y cumplidos garrotazos, de patadas hermosísimas capaces de avergonzar las de

las mulas, pedradas que tumbaban un cuerpo ó perniquebraban á un fugitivo. Y en medio del entrevero surgían gritos y maldiciones, ayes y blasfemias con que los pequeños atridas entrecomaban sus golpes. De pronto, un garrotazo más sabio que los otros abría ancha herida en una cabeza, y la sangre brotaba manchando el rostro del vencido. El pánico sacudía entonces á las dos huestes y comenzaba la huida. Los vencidos se desbocaban calle abajo, contusos, ensangrentadas las narices, inflamados los pómulos, amoratados los ojos por algún golpe, maltrechos y derrengados algunos, hechos una mugre y desgarrados los más, en tanto que los vencedores, pasado el susto del primer instante, les arrojaban sus últimas piedras en medio á una silbatina endiablada y ensordecedora.

— « ¡ Ancú ! ¡ancú ! » —gritaba repentinamente uno de los muchachos. Y aquel grito salvaje, que denunciaba la presencia de los guardias civiles, ponía alas en los pies de los vencedores, y á su vez huían en todas direcciones como atemorizados centauros. En un instante quedaba el campo de batalla completamente desierto de combatientes.

De estas correrías, Gil regresaba como un triunfador. Su fama se cimentaba más y más. Era « tigre » y sabía pelear.

Entretanto, una pasión iba dominándolo y creciendo con sus años. Gustábanle sobremanera los relojes. Cuando alguien, en su presencia, sacaba uno

del bolsillo para ver la hora, quedábase quieto, mudo, alelado, contemplándolo con un respeto religioso. Una extraña lucecilla brillaba en sus ojos grises. El corazón le latía con más fuerza. Los oídos se le llenaban con el tic-tac apresurado de la maquinaria. Su más grande ventura era irse á la calle del 25 de Mayo, donde había una relojería, y pasarse las horas muertas admirando el ejército de cronómetros que lucían en el escaparate. Gustábanle, sobre todos, los de plata y los de níquel, encontrando feos y pesados los de oro. Divertíase en comparar la marcha de las agujas sobre la esfera y regocijábase interiormente cuando el minutero alcanzaba al horario. Para él, aquello era una especie de carrera. La aguja «gorda» y la aguja «flaca» corrían sobre aquel circo dividido á trechos por los números romanos; y la última siempre le ganaba la delantera á su contrincante. También la cosa no era para menos: una era «petisa y barrigona», mientras la otra tenía las piernas más largas que un avestruz. ¡Cómo no iba á ganar!

Otros días iba á la tienda de don Juan, vecino de la Ramona, y le pedía con voz humilde y cantora que le dejara ver su reloj. Como Gil le barría la habitación y quitaba y ponía los postigos de la puerta de calle, don Juan solía hacerle el gusto. Entonces Gil se sentaba con mucha gravedad y contemplaba lleno de respeto aquella maquinita que caminaba sola. No se preocupaba de cómo sucedía eso, ni hubiera enten-

dido tampoco explicación alguna; pero se divertía con aproximarlo á su oído y tenerlo así, entre las manos, un instante, como si fuera suyo.

¡Cuánto hubiera dado por poseer un reloj! Pero un reloj, según le había dicho el mismo don Juan, valía mucho dinero, una gran cantidad de «vintenes». Y él no veía forma de reunir plata. Si fuera dueño de aquel almacén, la cosa sería más fácil. Pero, vamos á ver: ¿por qué don Juan tenía aquella casa, y él, Gil, no? ¿Porque era muchacho? En fin, ¡vaya usted á saber! El caso es que si tuviera una tienda como aquélla, con todo el dinero que ganara se compraría un reloj; es decir, un reloj no: muchos relojes. ¡Qué bruto era don Juan! ¡Tenía tanto dinero y no se había comprado más que un reloj! Si él, Gil, estuviera en su lugar, todos los relojes de la calle del 25 de Mayo vendrían á parar á sus manos. Pero no, nunca tendría nada: era muy chico... Sin embargo, un día, allá en el repliegue más oculto de su cerebro de imbécil, advirtió una amarillenta lucecilla. ¡Sí! De esa manera podría ser dueño de un reloj, sin gastar un céntimo. Poco á poco la idea fué cobrando vida, haciéndose más clara y precisa. Empezó á acariciarla, á observarla todo el día; y por la noche, algunas veces, soñaba que ya poseía un reloj. ¿Cuál? No lo sabía; no hubiera podido decir cómo era, si grande ó chico, si de oro ó de plata; pero el asunto es que era un reloj, y esto bastaba. ¡Qué diablo! ¿No hurtaba

cuanto le venía en ganas? ¿No sustraía del baúl de la Ramona galletitas y «vintenes»? ¿Cuántas veces, á espaldas de una de aquellas «loras» que le hacían entrar á su habitación para encomendarle un recado, no había deslizado en sus bolsillos una pastilla de jabón, un frasco de perfume ó algún dije insignificante? Cualquiera que hubiera escudriñado un poco el obscuro rincón donde él dormía, hubiera descubierto una caja de lata llena de frascos, tijeras, muñecos, libritos, lápices, etc., fruto de todas sus rapiñas. ¿Por qué no podría, también, tener un reloj? El problema era fácil de resolver: todo era cuestión de un poco de paciencia. Es verdad que un reloj valía mucho y que le imponía, por sí mismo, cierto respeto; pero tanto barajó la endemoniada idea en su cerebro, que al fin se le hizo familiar y perdió, paulatinamente, todo temor. ¡Oh, sí! Él tendría un reloj... Y no uno, sino muchos; porque él quería poder colocarlos en fila, así, sobre una mesa, y divertirse con la marcha de sus agujas y el tic-tac apresurado del volante. Y los tendría, ¡vaya si los tendría! Ahora que á él se le había puesto eso en la cabeza, era cosa hecha.

Cuando hacía tales reflexiones, su enorme cabeza parecía recobrar nueva vida y ponérsele en pie sobre los hombros; los ojillos, por lo común adormilados y somnolientos, lanzaban un raro fulgor, y sus labios pulposos se agrietaban con una sonrisa de cretino, que le ponía la cara tristona como si fuera á llorar.

Una noche de verano vagaba por la plaza Independencia con su paquete de periódicos debajo del brazo, rumiando su endiablada idea. A pesar de lo avanzado de la hora, el calor era sofocante y mucha gente descansaba en los bancos. En uno de éstos un caballero entrado en años fumaba tranquilamente. Quiso la casualidad que en el momento de pasar Gil frente á él sacara el reloj para ver la hora. El muchacho se detuvo bruscamente, como si una mano vigorosa lo hubiera sofrenado. Sus ojos se fijaron en el reloj y quedaron hipnotizados. Pero el encanto se rompió bruscamente: el caballero acababa de guardar su reloj.

—¿No me compra un diario, señor?—dijo el chico con voz monótona, triste, llena de cansancio.

—Te he dicho que no quiero,—repuso el caballero, poniéndose á fumar nuevamente.

—Cómpreme, señor,—insistió Gil;—mire que no he vendido ninguno... cómpreme, cómpreme...

Y como notara que no le hacían caso, continuó con su tonadilla tristona, quejumbrosa, mientras sus desnudos pies jugaban automáticamente sobre las losas de la acera, cabalgando el uno sobre el otro, por turno:

—Cómpreme, señor; cómpreme uno... Mire que la vieja me pega cuando vuelvo á casa sin haber vendido los diarios...

El caballero alzó la cabeza y le observó un instante.

—¿Cómo se llama tu madre?—le preguntó, por decir algo.

—¿Mi *máma?*... Yo no tengo *máma*... Es una mujer que me pega cuando no llevo plata... Cómpreme un diario, señor...

Mentía como un bellaco, porque la Ramona, desde aquel día de la paliza, no se atrevía á ponerle las manos encima; pero Gil no tenía otro trabajo intelectual que el de urdir mentiras. Era ya un vicio en él; y sin razón, sin necesidad, mentía siempre, por el solo gusto de no decir la verdad, como si reportara algún provecho de ello. Y así, mientras el caballero del reloj—como lo designaba ya in mente—le hacía preguntas sobre su familia y su modo de vivir, Gil continuó mintiendo, fraguando toda una historia lamentable, en la cual el pobre huérfano aparecía sujeto á la voluntad de una horrible arpía que le golpeaba y hacía morir de hambre.

—¡Pobre muchacho!—decíase el buen hombre, contemplando aquella miseria humana y conmoviéndose con las lágrimas que temblaban en aquella vocecita humilde y tristona. Y Gil, entretanto, seguía charlando, hilvanando miserias y sufrimientos, inventando suplicios que afirmaba se le hacían padecer. Después se calló repentinamente, pareció abstraerse en una profunda meditación. Volvió la cabeza hacia otro lado, los párpados caídos, la boca entreabierta; recogió, á pocos pasos de allí, una cajetilla de ciga-

rros vacía, y, jugando distraídamente con ella, volvió donde el caballero del reloj, y le repitió su cantinela:

— Cómpreme, señor; cómpreme...

El desconocido se levantó bruscamente, como si quisiera arrancarse á un pensamiento cruel que le atenaceaba, y, tendiéndole á Gil una moneda de plata, murmuró:

— Toma.

Luego se alejó en silencio, pensativo.

II

Don Luis Alcalde era un hombre excelente, de unos sesenta años, honradote, campechano, un tanto decidor y dueño de una regularcita fortuna adquirida en largos años de constante trabajo. Estaba casado con una hermosa mujer, Sofía Soriano, á la que casi doblaba la edad. Hacía unos quince años que se habían casado, sin que el amor realizara el más bello y anhelado sueño de Alcalde: tener un hijo. Actualmente vivía de sus rentas, sin cuidados morales, un poquillo aquejado por la gota que de tarde en tarde le molestaba, pero reconfortado siempre por el amor y los cuidados de su esposa.

Era la casa de Alcalde un paraíso de paz y de re-

poso. Por la mañana, muy tempranito, don Luis salía á su jardinillo y entreteníase en recorrer una por una las plantas para arrancarles las hojas secas ó librarlas de algún insecto que pudiera perjudicarlas. Metido dentro de su largo sobretodo color café obscuro, un extremo de su gran pañuelo de algodón, á cuadritos rojos y blancos, saliéndose del bolsillo, el gorro bordado de sedas de colores é hilo de oro—un regalo de su esposa—cabalgando de medio lado sobre sus cabellos de nieve, veíase siempre al bueno de Alcalde pasearse al sol por las veredas del jardín, las manos cogidas por detrás de la espalda é inclinándose, á cada paso, para observar una rosa ó un clavel.

En el entretanto, la señora Sofía andaba por allá dentro preparando por sí misma el café. Encendía la maquinilla con sumo cuidado, tratando de no dar mucha luz al mechero para no ahumar el calentador; calculaba, pacientemente, la cantidad de agua y café para hacer dos tazas, y deleitábase oyendo surgir bruscamente un tenue silbido del vapor por el pico de la calderilla, después el burbujeo y gorgoritos del agua al empezar á hervir, y, al fin, viendo la columna de humo blanquecino y transparente que se alzaba en espirales. Cuando todo estaba pronto, el café servido en dos grandes y limpísimas tazas de porcelana, el pan cortado en largas rebanadas y el azúcar y la manteca en sus respectivos vasos de cristal, llamaba á su esposo y sentábanse á la mesa, riendo alegre-

mente, charlando sobre el estado del tiempo ó las cosas que se contaban y oían en el vecindario.

Durante todo el día, y mientras la sencilla esposa cosía junto á su mesa de labores, la criada hacía trabajar los ecos de la casa cantando canciones de su tierra con una voz llena de melancolía, y los canarios, en la gran jaula del patio, ejecutaban redobles arpegiados, moviendo hacia los lados su pequeña cabecita iluminada por dos ojillos que parecían los abalorios de un diminuto rosario.

Por la noche, si era verano, Alcalde salía á tomar el fresco, solo ó acompañado de su esposa; y si era invierno, quedábanse los dos en el amplio salón, muy cerradas las puertas, leyendo libros de viajes ó escuchando la jerga divertidísima de la muchacha gallega.

Y todos iguales, con la misma tranquilidad y plácida dulzura, transcurrían los días, los meses y los años, sin que la menor sombra, sin que el más mínimo pesar, la más leve disputa surgiera entre los dos esposos. Vivían aislados del mundo, el uno para el otro, felices en medio del bienestar y la sencillez que les rodeaban.

Las miserias que le contó aquel pillete Gil la noche en que don Luis estaba sentado en un banco de la plaza Independencia, le impresionaron sobremanera. Sintió que una gran piedad invadía su pecho ante aquel pobre ser abandonado á sí mismo frente á la terrible lucha por la vida. Cierto era que habría

muchos desamparados como ése, pero como don Luis no los había sentido tan cerca de sí como á Gil, no le preocupaban ni mucho ni poco. En cambio, veía á éste solo, entregado á su naturaleza, á sus instintos de bestiecilla salvaje, viviendo en un medio corrompido y creciendo sin las más precisas nociones de moral.

Él no tenía hijo alguno; el cielo no había querido darle esta felicidad. Cuando salía con Sofía, los domingos, para dar su paseíto acostumbrado, contemplaba con secreta y dolorosa envidia esos matrimonios felices cuyos chicos marchaban delante, riendo y jugando. Á veces, una amarga dulzura le invadía; y entonces acariciaba los pequeñuelos, enterneciéndose casi hasta las lágrimas, experimentando secretos impulsos de amor y espasmos de alegría. Otras veces, sentado en un banco, llamaba hacia sí á los niños y los besaba por largo rato, modulando palabras cariñosas, tal vez dándose á sí mismo la ilusión de que también tenía hijos ó de que aquéllos lo eran suyos. Un enternecimiento de niño grande le agitaba blandamente el pecho. Hubiera pasado horas enteras acariciando esos niños. No encontraba ninguno feo, ni malo, ni repulsivo. En todos veía unos frutos de bendición, unos ángeles sonrientes, tan sólo creados para alegrar con sus frescas sonrisas las horas de nuestra vida amarga y servir de consuelo en los días de la vejez.—¡La vejez! ¡Oh! Él no la temería ahora si

Dios hubiera querido darle un hijo. ¡Un hijo! Un ser que fuera nuestra sangre, nuestra carne; que enjugara nuestras lágrimas y condujera nuestros vacilantes pasos hacia el ocaso de la vida; un ser que fuera el sol querido y bienhechor que nos besara en la frente cuando el último sueño viniera á reclinar los párpados cansados... ¡Cuán bello debía ser eso!

Y muchas veces, el bueno de Alcalde había acariciado la idea de recoger un chico del hospicio, ó uno de esos desheredados de la suerte que recorrían las calles con el sello de la orfandad y la miseria sobre su frente demacrada y pálida. Pero un temor de niño le asaltaba siempre: no se animaba, no se decidía á ir á buscar su hijo adoptivo. Tenía vergüenza, temor, falta de ánimo, indecisión. Hubiera deseado que ese hijo viniera hacia él. Hubiera querido encontrarle al acaso, en la calle, no importa dónde, y que su corazón hubiera latido incontinenti ante la desgracia del pequeñuelo. Deseaba, en fin, que su amor naciera bruscamente.

Gil se presentó ante él en una de esas crisis paternales que le acometían. Se sentía algo enfermo, y temía más que nunca la muerte. ¡Si él tuviera un hijo! Y la pícara idea se le clavaba en el cerebro, mortificándole á ratos, poblando de ensueños su cabeza. ¿Aquel Gil? Fué un relámpago, un brevísimo destello. ¿Por qué no sería ése? No le conocía, no sabía quién era. Era la hoja arrancada del árbol que

el viento arrastra en sus desordenados y volubles giros. Su historia, balbuceada por el mismo chicuelo, le había tocado el corazón. Llanto y miserias en el presente, desventura y perdición en el porvenir: tal fué, tal sería la existencia del pequeño. ¡Oh! ¿Y podía haber hijos sin padres, cuando tantos hombres deseaban un hijo?

No, no recogería á Gil. ¿Quién era éste? Un ser insignificante, un ser miserable, fruto de algunos amores consumados en la sombra... Sin embargo... ¿Tienen los niños la culpa de haber nacido? ¿Pueden ser responsables de las culpas de sus padres? ¿Qué diferencia existía entre ese Gil y cualquier otro chico huérfano ó abandonado? Éste era desgraciado. Su cuerpo delataba miserias y sufrimientos. Su cabeza tenía una falta de vida, un sello tan grande de tristeza; brillaba en sus ojillos un desconsuelo tan inmenso...

¡Vamos! Alcalde no quería pensar más en ello. Ahora que el chico había venido hacia él y que había conmovido su corazón — según sus propias exigencias, — Alcalde se atemorizaba y rehuía el hallazgo. No, no recogería á Gil.

Por otra parte, ¿cómo hacérselo aceptar á Sofía? Y he aquí que el buen hombre encontró una admirable disculpa para sí mismo. ¡Claro! Si fuera por él, ya hubiera adoptado á Gil; pero la cuestión se-

ria era obtener el consentimiento de su esposa. Y ella no querría. Conque...

Pero don Luis sabía perfectamente que trataba de engañarse á sí mismo. Sofía jamás se hubiera opuesto á la voluntad de su marido. Lo que él hiciera, estaría bien hecho, para ella. Ya no había, pues, disculpa tras la cual excusar las propias vacilaciones. Si no recogía al pequeñuelo, es porque no quería... En realidad ¿no deseaba recogerle Alcalde? Sí, lo deseaba ardientemente; pero su carácter débil é irresoluto le oponía serias objeciones. Por último, el honrado don Luis optó por no pensar más en este asunto.

Pero la condenada idea le asaltaba á cada instante. Ora eran sus viejas reflexiones las que marchaban triunfantes á la vanguardia, encariñándole con la adopción del muchacho, ora era su poquedad de espíritu la que prevalecía y le llenaba de temores y vacilaciones. En vano una y otra vez trató de distraerse, haciéndose el fuerte, charlando de mil asuntillos insignificantes, deseando ansiosamente olvidarse de aquel endiablado muchacho; pero, apenas reposaba un instante su pensamiento, volvía al tema y «cismaba» —como él decía,— y se torturaba el magín, y permanecía por largo rato caviloso y cariacontecido.

Sofía notó las frecuentes distracciones de su esposo, y quiso averiguar si le aquejaba algún dolor

ó alguna pena. El buen hombre estuvo á punto de soltar su cuento para aliviarse de la carga; mas, súbitamente, se horrorizó de hacerlo, y, como chicuelo pillado en falta, empezó á afirmar que no tenía nada con una terquedad tal, que convencía de lo contrario. La esposa no insistió, aunque alguna pesadumbre retrataron sus lindos ojos pensativos. ¡Hubiera deseado tanto compartir, si era posible, aquella melancolía de su Luis! Pero, desde que él mismo no quería confesarla, no era ella quien le mortificaría con porfiada insistencia.

Poco después, Alcalde estaba arrepentido de no haberse franqueado con su mujer. ¡Estúpido! Ya que ella misma le había interrogado, ¿por qué no aprovechó la oportunidad? A la fecha, ya estaría libre de ese peso y sabría á qué atenerse. Pero, ahora, ¿cómo iba á animarse á reanudar la conversación? No, nunca se atrevería. Su esposa, es cierto, estaría como siempre con su parecer; pero, ¿con qué palabras decirle lo que pensaba? Ni aun á consultarla se atrevía el pobre hombre. Y esto le hacía sufrir cada vez más.

Y no es porque Alcalde vacilara en recoger al chico. Ya estaba casi resuelto á hacerlo. Esta decisión le gustaba mucho más que la de abandonarlo y seguir buscando otro; por eso, precisamente, es que se ajetreaba tanto. Sí, él se llevaría á Gil á su casa como sirviente ó lo que fuere, y haría algo por

desasnarlo. Eso lo tenía en el corazón y en la cabeza, aunque lo escondía como una picardía; pero no sabía cuándo ni cómo hacerlo. Alcalde no vivía tranquilo con aquel secreto dentro del cuerpo, y por fin una noche, bruscamente, sin meditarlo, después de la comida, en tanto que la criada retiraba el servicio de la mesa, le soltó todo su discurso á Sofía, si bien con muchos rodeos y perífrasis y sílabas empacadas en no sonar á la luz del quinqué. Su esposa, sonriendo dulcemente al descubrir el secreto que tan desvelado y taciturno había traído á Alcalde, no puso reparo alguno, acostumbrada como estaba á aceptar por órdenes todos los pareceres de su marido.

Alcalde pareció volver á la vida, y desde aquel punto y hora no se dió reposo para lograr al muchacho. Visitó al señor fiscal de menores, incomodó jueces y amigos, hizo dos ó tres visitas á la Ramona, á quien regaló con algún dinero, y concluyó por salirse con la suya. Tras dos meses de continuas idas y venidas, el pobre viejo llevó al chico á su casa para educarle y enseñarle á trabajar. Después, andando el tiempo, si se portaba bien y era agradecido y respetuoso, ya se vería...

De la noche á la mañana, Gil se encontró completamente transformado. Dejó sus harapos por unos vestidos decentes; comió casi como un rey, en vez de aquellas migas duras y negras que le daba la

Ramona, y fué al colegio. Cierto es que allí pronto se hizo notar por su testarudez y malos modos, pero don Luis esperaba que todo esto pasaría con el tiempo. —Hay que desasnarlo, Sofía—murmuraba á cada nueva barrabasada que cometía el muchacho, y adivinando que su esposa, aunque no lo decía, no encontraba ni lindo ni bueno aquel zoquete de enorme cabeza y orejas abiertas como un paraguas.— «Todo es cuestión de tiempo y de paciencia,» —decíase el honradote ex comerciante. Y en seguida le desembuchaba un discurso de moral al pillete.

Gil seguía siendo el salvaje de siempre. Hacía *novillos* ó *rabonas* al colegio, yéndose á pasear por los muelles con otros compañeros; inventaba diabluras del peor género, y, á lo mejor, aparecíase por la casa de don Luis con la ropa hecha girones y el rostro y las manos tan sucios, que no parecía sino que aquel endiablado muchacho de catorce ó quince años era cavador. Otros días armaba verdaderos escándalos en la clase y rebelábase contra la autoridad del maestro. Por fin fué despedido de la escuela por haber dado con un tintero de plomo en la cabeza de un condiscípulo.

Alcalde no desesperó, sin embargo, de transformar aquel carácter indómito, y le buscó otro maestro. Fué en balde. Gil parecía haber declarado guerra á muerte á su abecedario: su cerebro de idiota no lograba distinguir siquiera la *o* por ser redonda. Un

nuevo bochinche hizo que fuera expulsado del colegio, pues había robado á un compañero un juguete sin valor alguno, y, tras esto, le había aporreado hasta estropearle.

El pobre don Luis se pescó un disgustazo como hacía tiempo no se lo pescaba. Su esposa, la buena Sofía, no pudo menos de echarle unos rezongos al muchacho; y la ilustre maritornes, que no podía tragarle por las miserias y jugarretas que le hacía de continuo, aprovechó la oportunidad para dejar caer algunas palabritas de disgusto. ¿Quién era aquel zarrapastroso para merecer tantas atenciones? Desde que él había venido, no había tranquilidad en la casa. Todo lo destrozaba, en todo se metía, continuamente promovía bochinches y belenes. La alfombra del escritorio estaba perdida. Quien rompía la vajilla no era otro que aquel desalmado. Y ya que estaba en el caso de hablar, con el perdón de la señora, ella, ella misma, había visto á Gil tirarle al pobre gato negro un jarro de agua hirviendo. Sí, señor, aquel chico era un hereje. Si ella, en vez de ser la sirvienta, fuera la patrona, ya sabría lo qué haría. Donde está la gente no deben estar los animales, con perdón sea dicho; y la puerta está abierta... Conque, el que está de más que vaya saliendo... ¡Qué congrio! Al pan, pan, y al vino, vino: ¿no es eso?... Pues al que no tiene culpa se le puede dejar hablar, con el permiso de la señora... Y además, muchas cositas que

quería callarse... porque en boca cerrada no entran moscas... y al buen callar le llaman Sancho... ¿No es eso?

Doña Sofía hizo callar, prudentemente, á la fiel criada y manifestó que el «patrón» sabía lo que tenía que hacer. Tras esto y algunos conatos de refunfuños, la ilustre maritornes tornó á encerrarse en su reino de hornillas y cacerolas, sin que nadie le quitara de la cabeza que aquel muchacho iba á acabar mal. ¡Qué congrio! Sólo el señor, por estar chocheando, no veía eso.

Alcalde volvió á perdonar, y trató entonces de conseguir lo que no lograron los maestros más pacientes. Aquel Gil le había entrado por el ojo derecho y no podía abandonarlo. Púsose él mismo á la tarea, y todos los días, durante dos horas enteritas, repetía al rebelde discípulo el *a*, *b*, *c*. ¡Extraño cuadro! En un extremo de la mesa, don Luis movía acompasadamente la cabeza, blanca de canas, repitiendo por millonésima vez el nombre de las primeras letras. A su lado Gil, con un lapicero entre los dedos, murmuraba lo que le decía el buen viejo, distrayéndose á cada instante con el volido de una mosca, y moviendo, él también, su cabeza, aquella pesada cabeza de cretino que se dormía sobre un cuerpo tan exangüe y débil. Y en el otro extremo de la mesa, Sofía trabajaba en su *crochet*, observando, por momentos, á su esposo y al muchacho.

Pero éste ya se amodorraba; sentía cerrársele los párpados sobre sus ojillos de pulga; bostezaba como un buey, hasta desengancharse las mandíbulas, y, maquinalmente, fastidiado con aquella tarea cuyo provecho no acababa de comprender, decía el nombre de una letra y con el lapicero marcaba otra. Alcalde, con la sonrisa en los labios, bondadoso siempre, como un apóstol bíblico, le llamaba sencillamente al orden, trataba de despabilarle con promesas, infundíale ánimos, y se armaba de toda su paciencia para volver á empezar de nuevo. Y á veces, aquel muchacho hereje—como decía la maritornes—alzaba su pesada cabeza, miraba de frente al anciano, y, con gesto airado, rebelde, de bestia indomable, decía:

—¡No quiero estudiar más!...

Don Luis cerraba el libro, sonriendo siempre, prometiéndose á sí mismo volver al día siguiente á su ingrata tarea.

III

Tanta constancia y bondad tanta dieron, por fin, algunos frutos—pobres y enfermizos, es cierto, como el árbol que los producía;—y á tropezones y con hipos y tartamudeos, Gil aprendió á leer. Entonces

don Luis cumplió su palabra y regaló á Gil un reloj; reloj que esa misma noche ya estaba descompuesto y con el vidrio roto.

El hijo de *la ñata* tenía entonces dieciséis años. Era un muchachote alto, delgado como un junco, con los brazos desmesuradamente largos y siempre con la misma cabezota desproporcionada. Pero en sus ojos ya no brillaban aquellos relámpagos de cólera y tan sólo quedaba en ellos una leve sombra de tristeza que les hacía aparecer como somnolientos. Sus labios gruesos, como dos rajas de carne sanguinolenta, estaban siempre contraídos por un pliegue lleno de melancolía. Sus pómulos, muy salientes, y la mandíbula inferior muy pronunciada, completaban los rasgos que hacían del rostro de Gil el de un idiota.

El mismo día de su cumpleaños, Gil cayó en cama con el tifus. La fiebre atronaba en su cabeza, volviéndole loco. Su rostro se cubría de manchas terrosas, quedándose, por instantes, amarillo como una margarita seca.

Imposible sería narrar los cuidados y sustos que se dió el pobre Alcalde. Había tomado cariño al chico y temía perderle ahora que parecía entrar en vereda. Asistíale él mismo, siguiendo las huellas del mal sobre aquel rostro pálido y huesoso, sin expresión, de mirada vaga. Las noches corrían lentas y pesadas, llenando de inquietud al pobre viejo.

Gil, unas veces se amodorraba, resaltando enton-

ces sobre sus facciones el sello del idiotismo; y otras, presa de la fiebre, aquella enorme cabeza se agitaba pesadamente sobre la almohada, moviendo los gruesos labios y profiriendo sonidos guturales, roncos, como de un idioma desconocido. Eran instantes terribles. Su cuerpo delgaducho y exangüe viboreaba en la cama, arrojando lejos de sí las cobijas, bañado en sudor. Sus manos, de pulposos dedos, temblaban sobre las sábanas, abrasadas por la fiebre, brillantes y transparentes. El delirio entonces le acometía y narraba las cosas más disparatadas. Veíase de pronto en el inmundo cuartucho de la Ramona, atado él mismo al pie de la cama con unas cadenas de buque. A su alrededor no se veían más que relojes: en las paredes, en el techo, sobre el pavimento, en el más apartado rincón, en todas partes los había. Y el tic-tac de aquellas maquinitas resonaba atronador, agujereándole los oídos como un barreno, penetrando en su cerebro y haciéndole sufrir horriblemente. Él gritaba, con voz llena de sollozos, que quitaran aquellos malditos relojes; pero nadie le oía. Aquello estaba obscuro, muy obscuro, tanto que él no veía sus manos. Sin embargo, á todos los relojes los distinguía claramente. Y lo peor era que empezaban á bailar por el piso y las paredes en una danza frenética que le atontaba. ¡Cómo brincaban los condenados! Millares de ellos subían, bajaban, daban vueltas, se revolvían con furia, con verdadero delirio, clamoreando

siempre su tic-tac nervioso y frenético. Pero, de pronto, dos carbones encendidos caían chispeando en medio de la pieza, y un humo espesísimo y repugnante le asfixiaba. ¡Qué humo espeso! Gil, con un cuchillo, le daba terribles tajos, pero la onda movible le ahogaba, le dejaba sin aliento, atándole los brazos y oprimiéndole bárbaramente el pecho. Y, entretanto, los dos carbones brillaban allí abajo, sobre el suelo, magnetizándole, dejándole casi ciego. Súbitamente las dos luces fosforescentes parecen animarse, y temblar, y mirarle obstinadamente. Sí, no hay duda: tienen vida y se mueven y marchan sobre él. ¡Ah! Es el gato negro con sus dos ojos verdes, que lanzan llamas. Viene á vengarse del jarro de agua hirviendo que Gil le echó un día. Entonces quiere gritar, pedir socorro; pero un nudo le agarrota la garganta. Sonidos más roncos hierven en su laringe, y se aprietan y rebullen y se mezclan, produciendo una jerga incomprensible, atroz, enredada. Alcalde le observa aterrado. El pobre muchacho tiene los ojos fríos, vidriosos, muy abiertos, sin un parpadeo. Sus labios se crispan, se contraen, parecen estallar bajo sus dientes, que rechinan. Y, loco de terror, lanzando plañideros gemidos, quiere saltar del lecho y huir de allí, de aquel sitio maldito. Don Luis y Sofía luchan por retenerle, calmándole con las palabras más dulces y cariñosas, como si él pudiera entenderlas. Ahora son los pícaros relojes los que han vuelto á hacer su en-

trada y desfilan de á cuatro en fondo ante su vista. ¡Qué relojes más raros! Tienen brazos y piernas y caminan militarmente, fusil al hombro, al compás del redoble de sus tic-tacs. Uno de ellos, muy gordote y muy viejo, con larga barba blanca, está á caballo y dirige las maniobras. ¡Sí, es él! Ahora lo reconoce. Es el reloj de don Juan. Ha estado en una gran batalla —no sabe en cuál; —y le han hecho general. ¡Y qué bien anda á caballo! Y eso que su cabalgadura es de lo más original que puede imaginarse. Cualquiera diría que es un arenque; pero, mirándola bien, resulta una golondrina. Gil lo saluda amistosamente con la mano... ¡Ay! ¡Dios mío!... Ahora él se cae del balcón de la casa de Alcalde, desde donde veía desfilar aquel ejército de langostas—porque los relojes á esto se han reducido en su delirio; —y cae, cae en una lenta caída que le llena de miedo. Está en el aire, y va á deshacerse la cabeza sobre las piedras de la calle. No hay quién le socorra. Todo está desierto: las langostas, los relojes, la casa, todo, todo ha desaparecido. Y él cae siempre, sin llegar al fondo de aquel abismo negro y horrible. Casi no puede respirar; el miedo le retuerce el corazón; el pecho se le oprime bárbaramente; todos los miembros le duelen cual si acabaran de vapulearle; la garganta se le estrecha y ahorca los sollozos que en ella asoman. ¡Qué atroz martirio! Gil va á morir. Va á estrellarse

el cráneo. Ya todo va á acabarse para él. ¡Adiós, mundo; adiós, diversiones!..

Una queja doliente desgarra su pecho y sube á su garganta y se diluye entre sus dientes apretados. Su frente está empapada en un sudor frío. Se ha sentado en la cama y tiene los ojillos grises desmesuradamente abiertos. Entonces recobra el conocimiento y ve á Alcalde cerca de él, cogiéndole dulcemente las manos, murmurando frases de consuelo, lleno de piedad y de ternura. A su lado, y también inclinada ansiosamente sobre Gil, está la esposa, la buena Sofía, con lágrimas en los ojos, sosteniendo en sus manos temblorosas un frasquito rotulado. ¡Cómo le quieren aquellas buenas gentes! ¡Cómo se desvelan por él! ¡Sí, ellos son los que acaban de librarle de la muerte! ¡Ellos son su única tabla de salvación! Gil siente que una dulce tristeza rebosa en su pecho, que un sentimiento desconocido inunda de calma su pobre corazón ¡quién sabe! — la adivinación de una madre que no se ha llegado á conocer; las caricias de que se vió privado en su orfandad; ese vago instinto de ternura que existe aun en los seres más salvajes; — y entonces sus ojillos parecen animarse; sus mejillas se colorean, y mientras la cabeza se hamaca pesadamente alrededor del tronco, una ráfaga de calor invade todo su ser, y de sus labios gruesos y ségados por una tristona sonrisa, se descuelga la primera queja del niño:

—¡Mamá! ¡mamá! ¡No quiero morir! .... ¡Sálveme! ....

Se ha abrazado frenéticamente del viejecito, y llora, llora, estremecido por largos sollozos. ¡Oh! también el honrado Alcalde llora, pero él es de alegría. Ha despertado al fin á aquel infeliz corazón, le ha visto enternecerse y ser humano. No, Gil ya no es la bestiecilla, el salvaje que hasta ahora conocía. Allí está el pobre aniquilado por la enfermedad, sacudido por la fiebre, como un débil árbol marchito por el vendaval.

La voz de Alcalde tiembla con el calor de los sollozos al dar consuelo á aquel pobre ser. Sus ojos no ven muy claro al muchacho porque están empañados por las lágrimas. Sus manos temblorosas retienen contra su pecho la cabeza del desgraciado. Gil se deja acariciar, mecer, divertir por aquel anciano que le mira como á un hijo, y siente con ello desconocida dulzura y sosiego infinito. ¡Qué bello es estar así, muy arrimadito contra el pecho del que lo quiere á uno, oyendo sus palabras de consuelo, viendo las lágrimas que hacemos derramar!

Todos rodean el lecho de Gil y le cuidan. Hasta la maritornes, que tanto le odiaba, muestra su mofletuda cara por sobre el hombro de la señora Sofía, llena de compasión y con un poco de curiosidad ...

Debe de caer la noche, porque la habitación está

muy obscura. Sombras confusas se distienden por todos los rincones. Allá en el fondo, muy retirado, el reloj sigue marcando el tiempo que pasa con su tictac acompasado. Un gran silencio se ha hecho alrededor. Muy lejos, allá afuera, quién sabe dónde, unas campanas hacen llegar moribundos sus toques serenos y armoniosos. Es, sin duda, alguna iglesia lejana que llama á los fieles con su tristísimo toque de oraciones.

Gil respira dulcemente la calma infinita que le rodea. Acostado boca arriba, perdida su demacrada cabeza entre los almohadones, ha cerrado los ojos y arrúllase con el ruido del reloj y el lento acompañamiento de las campanas que suenan á lo lejos. ¡Qué lindo es estar así! Poco á poco su pensamiento se va embotando; sus miembros se adormecen y casi no los siente. Su respiración es más tranquila y regular... La conciencia de sí se anubla; todas sus ideas se disuelven en una niebla. El toque de oración no llega claramente á sus oídos, cual si las campanas se fueran alejando; y el compás del pequeño reloj se hace más confuso, perdiéndose poco á poco en un susurro levísimo...

—Se ha dormido... Dejémoslo descansar—dice en voz muy baja Alcalde á su esposa; y ambos salen de la habitación quedo, muy quedo.

Gil entró en el período de la convalecencia completamente deshecho por la enfermedad. Habíale

postrado ésta por más de tres meses. Ahora, sentado en un ancho sillón, completamente aburrido, entreteníase en contar y recontar por millonésima vez las abejas bordadas con hilo sobre las cortinas del lecho en que reposaba. Estaba muy débil y *muy concluído*. Profundas ojeras plomizas se arqueaban bajo sus ojillos apagados. Las ropas podíanselele sacar holgadamente del cuerpo sin necesidad de soltarles los botones. Tenía las mandíbulas y pómulos más pronunciados que antes, y su nariz parecía un yatagán. Había perdido el cabello, y así su cabeza parecía enorme. Las orejas, muy carnosas y muy abiertas, se le caían hacia adelante como dos hongos tronchados por la base. Estaba muy blanco, muy pálido, casi sin sangre. Sus manos, descarnadas, parecían todo articulaciones y uñas . . .

Así rodaron más de veinte días. El verano, que empezaba, pareció devolverle la vida. Comenzó á sonreir y á contar lo que haría cuando estuviera fuerte y saliera á la calle. Preguntaba futilezas y tonterías como niño mimado; recreábase en adquirir noticias de sus conocidos. Todas las cosas de la casa le interesaban sobremanera, deleitándose con los detalles que sobre los pájaros ó el jardinillo le daban Alcalde y Sofía.

Llegó, al cabo, el codiciado momento en que pudo bajar al jardín. Era un hermosísimo día de sol, todo inundado de luz y de colores. Un calor dulcísimo

invadía todo su cuerpo. El aire era puro y perfumado. Mil ruidos le entretenían y deleitaban. Las plantas vestían sus hojas y sus flores con un verdadero derroche de tintas y matices. La arena de las veredas crujía bajo las plantas de Gil con un murmullo que le encantaba el oído. Alcalde estaba locuaz y decidor, contando anécdotas respecto á sus plantas preferidas. Sofía caminaba al lado del muchacho charlando también alegremente.

Fueron á sentarse en un banco rústico que había al extremo del jardín, entre un cortinaje espesísimo de hiedra y madreselva. Frente á ellos, una planta de Santa Rita se levantaba orgullosa, con sus innumerables flores de un color solferino. A la izquierda, las rosas punzóes y blancas alternaban con las campanillas azules y las margaritas de recortadas corolas. Un suavísimo aliento perfumado se levantaba de aquella tierra cuajada de plantas y embriagaba á Gil. Sus labios sonreían, pero siempre con el mismo rasgo melancólico. Sus ojos grises se paseaban por encima de aquel diluvio de colores.

—¡Qué lindo!—murmuró levemente, como si después de habitar por tanto tiempo en aquella casa, fuera ésa la primera vez en que advirtiera su belleza. Y había en su exclamación tanto acento de verdad y de alegría, que Alcalde sintió retozarle el corazón dentro del pecho.

Después, con voz más débil, mesuradamente, son-

riendo á ratos, empezó su confesión. Sí: era durante su enfermedad, en aquella terrible noche en que creyó morir. Él los había visto á todos tan conmovidos, tan buenos, tan cuidadosos, rodeándole como á un hijo, que una extraña sensación había recorrido su cuerpo, y una luz, una chispa de inteligencia había inundado su cerebro.

Entonces había comprendido por vez primera todo lo que les debía, los cariños que se le hacían y los disgustos y pesares con que él retribuía tantos favores. Había sido hasta ese minuto un salvaje, un pequeño ser indómito y caprichoso, infiltrado de vicios y maldades. Pero no tenía culpa alguna en ello, porque así lo habían hecho la Ramona y toda la sociedad en que vivió su infancia. Ahora quería ser hombre, y hombre formal, bueno y agradecido; quería hacerse digno de los bienes y cariños que le brindaron Alcalde y Sofía; quería que no tuvieran la más mínima queja de él... ¡Oh! ¡Qué horrible momento el en que creyó morirse! ¡Qué miedo tuvo entonces! Si no hubiera sido por ellos, tal vez no estaría allí, viendo la luz de aquel sol tan lindo, ni respirando aquel aire fresco y lleno de perfumes. Pero ellos le habían cuidado, habían permanecido alrededor de su lecho, llenándole de afectos y de consuelo... Por eso había llorado — llorado de reconocimiento y de alegría — al ver tanta bondad, y al convencerse de que no estaba abandonado en el mundo; que todavía había quien le

quería y quien le cuidara en el peligro... Él era muy bruto y muy pobre, pero ya verían cómo no era mal agradecido... En adelante iba á ser hombre, sí, señor, á ser hombre...

Su voz temblaba; sus ojos irradiaban un pálido fulgor; su gruesa cabeza se balanceaba acompasadamente. Alcalde, conmovido, sentía que las lágrimas pugnaban por saltársele de los ojos. Balbuceando algunas frases, que él mismo no entendió, levantóse y fuése para la casa tranquilamente, llena el alma de secreta alegría.

Gil guardaba silencio, sentado al lado de Sofía, contento con haber dicho sin equivocarse todo aquello que había estado mascullando por largo tiempo durante su convalecencia. Sofía, sin saber qué decir, miraba sin ver la Santa Rita que al sol abría las hojas coloradas de sus flores. Era una mujer hermosa, alta, de grandes ojos negros y perfiles perfectos. Algunas hebras de canas se ensortijaban entre sus cabellos negrísimos. Sobre su frente parecía extenderse todavía el adorable candor de las niñas.

—Bueno; se hace tarde y es necesario entrar — dijo Sofía, levantándose.

—¡Tan pronto!—murmuró Gil; pero no quiso solicitar un minuto más, para que no fueran á creer que desobedecía; y se levantó á su vez, muy despacio, sonriendo con calma.

La tarde caía.

IV

Los días se deslizaban, otra vez, tranquilos y serenos, en la casa de don Luis Alcalde. La dulce quietud volvía á reinar en ella, y la ilustre maritornes gallega no tenía quejas de Gil. El muchacho, con la enfermedad, parecía haber cambiado completamente, transformándose en otro ser. Andaba siempre callado, meditabundo, encerrado en su cuarto, leyendo, á veces, alguna novela de viajes que tomaba de la estantería de Alcalde. Apenas salía á la calle; no tenía amigos, y no fastidiaba á nadie. Era de genio taciturno, un poco tristón, casi melancólico. Paseaba por el jardín sin decir una palabra, siempre solo, moviendo acompasadamente su cabeza. Es verdad que algunos días se levantaba con «luna», y que entonces en sus ojillos grises, bajo el matorral de sus cejas, chispeaban relámpagos de tempestad; pero esos días tenía el feliz acuerdo de encerrarse en su cuarto y de no tratar con nadie. «Él se entendía» —contestaba después á los que trataban de averiguar tales genialidades. Y en efecto, él conocía que dentro de su ser había quedado siempre un residuo del salvaje primitivo; y, como se había jurado no dar el más mínimo pesar á sus protectores, optaba por

encerrarse y no mostrar á nadie el lado flaco de su manera de ser.

Don Luis Alcalde se hacía viejo. Los años debilitaban poco á poco su organismo, y ya por dos veces, en el término de un año, se había resentido de unos fuertes ataques de gota. Su esposa, la buena Sofía, llenábale de cuidados, multiplicándose para servirle. Tenía, en esto, su parte de celos. No quería que nadie le asistiera, sino ella. Apenas si dejaba á la criada la tarea de calentar las cataplasmas y de preparar las tisanas. Estaba en todo, siempre diligente y avisada, llena de bondad para aquel hombre con quien unió su destino. Alcalde le agradecía con una sonrisa, cada vez que ella venía á preocuparse del estado de su salud, ó á preguntar si estaba bastante templado el caldo que se le servía, ó si era necesario darle ya la untura recetada por el médico. El honrado ex comerciante casi se olvidaba de sus dolores físicos, viendo la asiduidad y cariño de su adorable mujer.

Tampoco olvidaba á Gil. A cada momento preguntaba por él, interesándose en lo que hacía, lo que charlaba, si estaba contento, si había salido de paseo, si no le faltaba nada. Clavado en la cama por la maldita enfermedad, hubiera querido todavía ir á servir con sus manos temblorosas de anciano á aquel muchacho que adoraba y que era todo el objeto de sus chocheces.

Gil, por su parte, venía á ver «al viejito», como

le llamaba; y se entretenía en contarle, si estaba de humor para ello, todas las tonterías que se le ocurrían y que ponían á Alcalde con cara de fiesta. El buen hombre se encantaba con la charla monótona, un poco triste, de Gil, festejando grandemente todas y cada una de sus palabras, contemplándole arrobado, mirándole mover aquella pesada cabeza que parecía pesarle sobre los hombros. Y en esos días en los que Gil no bajaba á verle por tener « el bicho en el corazón » (según él mismo decía cuando todo le fastidiaba, y en sus ojillos lucía la luz amarillenta de la ira), en esos días el pobre Alcalde parecía más triste, más melancólico, se resentía de su enfermedad y encontraba todo malo, todo contra su gusto.

Sofía veía todo esto, pero no chistaba. Comprendía que tenía que soportar las genialidades de Alcalde, y se resignaba. « Está chocheando », se decía á sí misma, y ya no pensaba más en ello.

No quería menos por eso á Gil, ni le guardaba rencor. Pues que él hacía feliz á su marido, no había de ser ella quien se opusiera. Tan sólo se reservaba el derecho de hacer todos los remedios al enfermo. Esto le bastaba.

Con el invierno, Alcalde se encontró más malo. Todo el santo día se estaba sentado en el sillón, frente á la estufa que ardía, lanzando gemidos. Renegaba contra sí mismo, contra la enfermedad y contra aquella endiablada estación que secaba los árboles y

los hombres. Para colmo de males, Gil no bajaba á verle con la asiduidad de antes. Ahora, con mayor frecuencia, se encerraba en su cuarto, huraño, sin querer hablar con nadie. Estas encerronas duraban, á veces, dos y tres días, y cuando el muchacho se mostraba, venía abatido, muy pálido, ojeroso, con el pliegue de los labios más pronunciado que de costumbre. Es verdad que entonces se mostraba más afable y dulce que nunca, pasándose horas enteras al lado de don Luis, tratando de divertirle, de alegrarle, cantándole canciones, narrándole chistes, diciéndole cuentos disparatadísimos de reyes y ladrones que á él se le ocurrían; pero el buen viejo no podía olvidar por nada los caprichos del muchacho, sus largos y más frecuentes encierros; y entonces le preguntaba por su salud, por la causa de su tristeza; decíale si tenía alguna pena, si había alguien que le disgustara. Gil, entonces, repentinamente grave, un tanto hosco, rehuía la respuesta, diciendo secamente que no tenía absolutamente nada y que no se hablara más de ello. Después tornaba poco á poco al buen humor y llenaba de placer al pobre viejo con sus ocurrencias y sus cuentos absurdos.

Pero la verdad es que en aquella pesada cabeza andaba trabajando alguna idea. Paseábase Gil por el jardín silenciosamente, las manos cogidas por detrás de la espalda y mascullando sílabas truncas. Así, durante horas enteras, vivía solo, aislado, entregado á

su pensamiento, con una sonrisilla de idiota incrustada en los labios. Sus ojos, bajo las enmarañadas cejas, también sonreían; pero bruscamente el muchacho se tornaba grave, su rostro se llenaba de tristeza, y con ambas manos sostenía la frente como para ahuyentar la pesadilla ó correr un pensamiento malo. En su cuarto, cuando andaba de «luna», lloraba como un desesperado, tal vez sin por qué, mesándose los cabellos, mordiéndose como un loco las manos, dándose puñetazos en el pecho. Su garganta reventaba en sollozos, sonidos inarticulados hervían en su laringe y tan sólo dos palabras se le oían distintamente.

—¡Soy un miserable! ¡soy un miserable!—repetía Gil, echado boca abajo sobre el lecho, abrazado á la almohada, los ojillos llenos de extraña luz y de lágrimas, el corazón latiéndole á patadas. Y eran sordos gemidos de dolor, de rabia, de lástima, de pesar, los que hinchaban su garganta. Después se revolvía frenético, se golpeaba á sí mismo con furia, acusándose con gritos inarticulados. Por la noche, no podía conciliar el sueño, y extrañas visiones llenaban de fiebre su pesada cabeza. Levantábase á veces, medio loco, inconsciente, á obscuras, como dominado por extraña fuerza; y al chocar con un mueble ó al ir á correr la llave de la puerta, ante ese contacto del mundo exterior, parecía volver á la vida, despertarse su conciencia; y entonces se quedaba extático,

mudo, embobado, temblando como un ladrón cogido *infraganti* delito, palpándose el cuerpo, lleno de miedo. ¿Qué hago yo aquí? parecía preguntarse á sí mismo; y al brotar una ráfaga de memoria en su cerebro enfermo, se horrorizaba, gemía y volvía á desesperarse. Entonces cerraba bien la puerta y la ventana; arrimaba contra ellas todos los muebles que podía, fatigándose en esa tarea, gastando sus fuerzas hasta caer, vencido y aniquilado, sobre el suelo ó el lecho en un pesado sueño de bestia.

Es que contra toda su voluntad, contra lo que él quería, había una fuerza mayor, poderosa, que lo arrastraba. Gil se había enamorado de la esposa de su bienhechor, de Sofía. ¿Cómo había sucedido aquello? No hubiera podido decirlo él mismo. Tal vez fué aquel día que bajó al jardín por vez primera, después de su enfermedad. El caso era que un día, al caer la noche, estando Sofía encendiendo el quinqué en el comedor, él había sentido unas ansias atroces de abalanzarse sobre ella, apretarla contra su pecho, morderla en los labios, poseerla, en fin. Y había tenido que huir como un desesperado á encerrarse en su cuarto, para arrojarse sobre una silla, estallando en sollozos. Sí, deseaba á Sofía. Y esto sucedía cuando él, precisamente, se sentía débil de la cabeza, cuando no raciocinaba bien, cuando andaba como idiota dos ó tres días, dominado por cualquier idea fija. Entonces bastaba la más mínima acción

de Sofía: que lo mirara un instante, que alzara un brazo, que su busto se destacara en perfil, para que la crisis estallara.

Y por ello, durante esas encerronas terribles, extraños sueños poblaban la cabeza del pobre Gil. Sentía como una especie de satiriasis. Aparecíasele Sofía completamente desnuda, provocativa, convidándole al placer. Sus carnes mórbidas y sensuales le espoleaban, le prometían una voluptuosidad infinita. Y él, el desdichado, sufría horriblemente, se destrozaba el cerebro y el organismo. Su enorme cabeza se erguía sobre los hombros, como las cabezas de las caricaturas, acrecida y animada de extraña vida. Y muchas veces, durante una de esas alucinaciones sensuales, Gil se levantaba inconsciente para ir á buscar á Sofía.

Una vez pasado el ataque, Gil lloraba amargamente su desventura. Había concluído por querer á aquellos dos seres que le recogieron del fango en que vivía y que le salvaron la vida con peligro tal vez de la propia. En su corazón había quedado indeleble el agradecimiento; y estas crisis nerviosas de su cerebro, una vez pasadas, le trastornaban de dolor. Por eso bajaba á visitar á don Luis, y, para desagraviarle de aquella falta que, aunque no cometida, estaba latente en su pensamiento, rodeábale de cuidados y de caricias, tratando de hacerle olvidar sus dolores con cuentos disparatados y cancioncillas

alegres. Gil había aprendido á ser bueno al lado de Alcalde; había educado sus sentimientos y mejorado su corazón; habíase hecho de ciertos principios de moral, pero su organismo degenerado y sus fatales instintos eran más fuertes que su voluntad.

En cuanto á Sofía, no sospechaba siquiera que pudiera ser la causa de los arrebatos y ventoleras del muchacho. Creía que éste era maniático, pero como tenía el feliz acuerdo de encerrarse durante sus horas de berrinche y mal humor, no se preocupaba mayormente. Lo mejor era dejarlo tranquilo y no cuidarse de él.

V

Una noche, después de comer, Gil salió de paseo. Había pasado un día atroz, mortificado constantemente por imágenes obscenas. Su pubertad se revelaba de un modo salvaje. Y lleno de ira y de dolor se había tendido en el lecho, mordiendo con desesperación las ropas y mantas. Por la tarde, bruscamente, sin transición, se había encontrado mejor.

—Luego saldré á dar un paseo, —se dijo á sí mismo.—Voy á tomar cerveza, que eso me hará bien.

¿De dónde sacó semejante idea? Él mismo no hubiera podido decirlo. Sus reflexiones, por lo general, eran así incoherentes, inmotivadas y absurdas.

El caso es que, cerrada la noche, se lanzó á la calle. Iba al acaso, canturreando, cuando se le ocurrió beber la cerveza en el almacén de don Juan, su antiguo conocido. Tomó, pues, aquel rumbo y muy pronto se halló en la calle Cerro esquina de Yerbal. Al subir á la acera opuesta, una mujer muy emperifollada cruzó delante de él.

—¡Toma! —se dijo Gil.—¿Dónde he visto yo esta cara?

Y se quedó plantado, observándola de arriba á abajo. Notó ella el examen de que era objeto, y, sin más rodeos, le abordó de esta manera:

—Adiós, pichón; ¿quieres venir conmigo?

Gil no contestó, preocupado en averiguar dónde había visto aquella facha. Entonces la otra se amoscó:

—¡*Avisá* si *sos* zonzo! *Pa* mirar las mujeres y quedarse ahí plantado, *podés* contratarte de buzón de correo.

Y se fué hecha una furia. Pocos pasos más arriba entró en un prostíbulo.

Apenas había desaparecido por la puerta, un rayo de luz brotó en el cerebro de Gil. ¡Sí! ¡No cabía duda! Era la Lola, ó la *porteña*, como la llamaban todos; la misma que solía encargarle á él, cuando era chico, comisiones y mandados. Entonces, deseando

charlar un rato con una antigua conocida, dirigió sus pasos al prostíbulo y penetró en el café. La mujer no estaba allí.

En cambio, otra, regordeta, chiquita, de pelo rubio, vestida como un carnaval, vino á ponérsele al lado.

—¿Qué *querés* tomar, hijito?

—Busco á la Lola,—dijo solamente Gil.

—¡Ah, bueno!—murmuró la rubia, viendo que erraba el tiro.—Por ahí entró hace poco. Gil pasó entonces al patio. No había más que un hombre acomodando unos bancos en torno de una mesa. Formuló otra vez su cuestión, y, cuando iba el hombre á contestarle, apareció aquella por quien preguntaba.

—¿Tú no eres Lola, la *porteña?*—preguntó Gil.

—La misma,—replicó ella; y, al reconocerle:—¡Hola! tú estabas en la esquina...

—Sí, te ví pasar, y me quedé pensando de dónde te conocía.

—¿Tú me conoces?... No me acuerdo.

—Yo soy Gil, el de la Ramona.

—¡Jesús, qué barbaridad! ¡Pero si estás hecho un hombre! No te hubiera reconocido nunca. ¿Qué te haces? ¿De dónde sales? ¿Es verdad que te has hecho rico? Mira, ¿no quieres tomar algo? Vamos al cuarto y charlaremos. ¡Mauricio! ¡Eh, Mauricio!—gritó llamando al mozo,—una cerveza para mi cuarto.

Y arrastró consigo á Gil. Y mientras el mozo traía la botella de cerveza pedida y dos copas, sentóse al borde de la cama, hizo sentar á su lado al muchacho, y empezó á interrogarle. Inmediatamente Gil urdió toda una novela, arrastrado por su vieja manía de no decir nunca la verdad, y dejó á la mujer alelada con las grandezas que le contó.

—Y tú, ¿qué haces?—dijo al concluir su historia.

—Hijo, yo, lo de siempre. Siempre con esta vida perra, sin un *cobre*, trabajando solamente para la patrona. Pero ya hemos charlado mucho. ¿*Querés* pasar visita?

Gil abrió tremendos ojos. ¿*Pasar visita?* ¿Él? ¿Con aquella mujer que lo había conocido de chico? Aunque no conocía bien lo que aquello significaba, á pesar de haber pasado toda su infancia entre meretrices, algo adivinaba, y un vago temor le asaltó.

—Anda, no seas tonto,— dijo la *porteña;* — desnúdate, voy á cerrar la puerta.

Y empezó ella misma á quitarse las ropas. Gil no se movía.

—¿No te desvistes? Mejor. Pero siquiera quítate el saco.

Ella estaba ya en camisa. Al inclinarse para desprenderse las botas, un seno asomó por el descote de la camisa.

Entonces Gil sintió una extraña conmoción. Aque-

lla mujer desnuda despertó en él la imagen de Sofía. Un temblor convulsivo le sacudió de pies á cabeza. Sus ojos se ensombrecieron, y sus manos, como garfios, se incrustaron en sus muslos.

— Anda, bobín, — dijo la mujerzuela; — acuéstate.

Y enlazándolo con un brazo lo tumbó sobre la cama.

Gil pareció perder la noción de sí mismo. Sintió que un cuerpo tibio y blando se estrechaba contra el suyo; que unos labios húmedos besaban sus labios; que le mordían despiadadamente... Y, entonces, sus manos se clavaron en la espalda de la ramera y sus dientes mordieron también unos labios.

— Me haces daño. ¡Quita! — exclamó la mujer asustada con el salvaje ímpetu de Gil, rechazándolo brutalmente.

Pero él no oía nada. Su instinto sólo vivía en él. La cogió nuevamente y pretendió morderla en el cuello. Entonces ella, para defenderse, alzó un brazo, é involuntariamente le metió un codo por los ojos.

— No seas bárbaro, — dijo; — me lastimas... Si no te portas bien, te dejo. Mira, tú no sabes; yo voy á enseñarte.

El codazo había cegado á Gil. Reclinó la cabeza en la almohada, y murmuró como en sueños:

— ¿Por qué me pegas? Tienes que ser mía, Sofía...

— Lola, me llamo Lola, — corrigió la otra, sin comprender la confusión de Gil.

Pero el cerebro del muchacho se había echado á

andar como una máquina descompuesta. Sí, era la mujer de Alcalde la que tenía entre sus brazos; era Sofía la que le besaba locamente, la que le daba aquellas rarísimas sensaciones, nuevas para él. Y, bruscamente, en un espasmo violento, creyó que se moría.

— Basta, Sofía, Sofía...

Su cabeza, invadida por una somnolencia inmensa, rodó sobre la almohada. Sus nervios se distendieron. Sus brazos quedaron inertes. Estaba deshecho, alelado, embrutecido.

La mujerzuela se estaba vistiendo ya. De pronto llamaron á la puerta.

— Va,—contestó ella.

— ¿Qué, qué hay?—interrogó Gil sobresaltado, saliendo de su modorra.

— No es nada: es que tardamos, y la patrona me llama. Levántate ligero.

Gil entonces se levantó, tambaleándose como un ebrio. La mujer le metió la mano en el bolsillo y le sacó dinero. Él la dejaba hacer. No se daba cuenta de nada. Tan sólo una idea latía en su cerebro. Sofía había sido suya, y nunca había experimentado una sensación más extraña y poderosa.

Cuando se encontró en la calle, el fresco de la noche le despejó un tanto el cerebro. ¿Qué he hecho yo? se preguntaba. Parecíale haber salido de un sueño. No hilvanaba bien sus recuerdos. Todo lo confundía.

Estaba, también, algo asustado. ¿Qué he hecho yo? ¿Con qué mujer me he acostado? ¿Con Lola ó con Sofía? ¿Por qué he ido á esa casa? ¿Qué me ha sucedido que he creído morirme?

Al llegar á la plaza Independencia se sentó en un banco. Hundió la cabeza en las manos y pretendió reflexionar. Pero su pobre cerebro enfermo no andaba bien. Sólo comprendía que había poseído á Sofía. Y, bruscamente, el recuerdo de Alcalde le asaltó.

—¡Soy un miserable!—murmuró Gil, desesperándose.

Y las lágrimas empezaron á rodar por su rostro demacrado.

VI

El veinticinco de Diciembre de aquel año, el pobre don Luis Alcalde—que había pasado admirablemente el día—tuvo un ataque de parálisis. La casa fué puesta en revolución. Sofía corría atontada de un lado para otro, sin saber ni darse cuenta de lo que hacía, llorando inconsolablemente. Gil salió como un gamo á la carrera en busca del médico.

¡Qué noche toledana! Nadie durmió en la casa de Alcalde. Todo se volvían órdenes, carreras y preguntas ansiosas, balbuceadas á media voz, entre sollozos.

La gruesa gallega, que adoraba á su patrón, andaba hecha una bestia por los rincones, mordiendo la punta de su delantal, con lágrimas en los ojos como garbanzos. La pobre mujer — que hacía más de veinte años estaba al servicio de don Luis Alcalde — no sabía lo que le pasaba, ni entendía pizca de las órdenes que se le daban. Todo quería hacerlo ella para servir á su amo, y todo lo hacía al revés; tanto fué ello, que la buena Sofía hubo de suplicarla se retirara á su cuarto y la dejara hacer á ella sola. ¡Qué puñalada recibió en el corazón la fiel criada! ¡Retirarse ella á dormir cuando el *pobreciño* de su patrón estaba casi en las boqueadas! No, señor, ¡congrio! Ella no se retiraba de allí; ella se quedaría á su lado, aunque se desplomaran los techos de la casa y el cielo enterito con ellos. ¡Recongrio!

Y por eso la buena maritornes andaba secándose las lágrimas con sus puños regordetes por todos los rincones, desacomodando lo que estaba acomodado, sacando una cosa de un lado para ponerla en otro distinto sin que el cambio reportara ninguna utilidad, estorbando el paso á todo el mundo y entendiendo todas las palabras que se le dirigían por su lado más tortuoso é incomprensible. ¡La pobre mujer! Ya estaba un poco vieja y adoraba á su patrón. El rudo golpe la había casi embrutecido.

Sofía, entretanto, ayudada por Gil diligentemente, atendía con sus cinco sentidos las prescripciones del

médico y trabajaba, infatigable. Todo eran carreras, luchas con esos inadvertidos contratiempos que sólo se presentan cuando se está más apurado. Hasta que don Luis no pareció más tranquilo, no cesó la buena señora en sus afanes y cuidados.

Después llegó la velada, las interminables horas de la noche vigilando el sueño del paciente, sentada á la cabecera—los pies helados de frío, el cuerpo rendido de cansancio, los ojos hinchados por el sueño -- para poder espiar él más mínimo movimiento y ocurrir á cualquier necesidad. Gil la acompañó en esa larga noche, llena de temores y de sombras, sin que pudiera convencerla de que debía ir á descansar siquiera un par de horas. No: ella no abandonaría así á su marido; le parecía que todo se descompondría si ella se retiraba; y Gil tuvo que dejarla velar pacientemente el sueño de Alcalde.

Era una noche de perros. Desde el interior se oía la lluvia torrencial que caía fuera y que repiqueteaba con furia contra los cristales del balcón. El sordo rodar de los truenos sacudía con estrépito toda la casa, desde sus cimientos. La luz intensa de los relámpagos cortaba á rápidos hachazos las tinieblas. El agua caía siempre, con quejido continuo y triste.

El frío se hacía cada vez más duro. Hubo que activar el fuego de la estufa. La maritornes encargada de esa tarea no daba con las tenazas de hierro.

—Pero, mujer —dijo en voz baja Sofía, levantán-

dose y dándole las negras tenazas que la criada tenía á la mano, sin hallarlas — aquí las tiene, aquí las tiene... El día menos pensado se le caen sobre la cabeza, se la deshacen, y usted busca que busca, sin encontrarlas.

Volvió á sentarse y se rió con Gil de su ocurrencia. Charlaron unos breves instantes sobre el desconcierto de la vieja sirvienta, y después, notando que el enfermo se movía intranquilo, calláronse.

Un trueno inmenso hizo retemblar los cristales y corrió á saltos gigantescos hasta perderse á lo lejos, despertando mil ecos cavernosos. Alcalde despertó asustado y quiso preguntar algo, pero la lengua se le quedó trabada.

— Cállate, no hables — le dijo Sofía, subiéndole las cobijas.— No es nada: un trueno... Duérmete... Esto te hará bien...

¡Pobre mujer! ¡Quería hacer callar á un mudo! Don Luis acababa de perder el habla y los movimientos. Estaba completamente paralítico.

Todo lo irreparable del mal no lo supo hasta el día siguiente, á la hora en que llegó el médico. Pero también, ¡qué desesperación la suya! Un instante creyó volverse loca y gritó entre sollozos histéricos que le devolvieran la palabra á su pobre esposo. El médico, Gil y la criada — más atribulada ésta que nunca — lucharon largo tiempo para calmarla. Al fin, la desdichada mujer se deshizo en llanto, y aquello la hizo bien.

Los días pasaron entonces tristes y silenciosos. El invierno se declaraba con una crudeza horrible. Continuas lluvias anegaban la tierra. El frío fué intolerable.

Durante el mediodía, don Luis Alcalde era sentado en un sillón que corrían hasta la ventana. Tenía perdidos las dos piernas, el brazo derecho y el don de la palabra. Sus ojos eran los únicos que parecían vivir en aquel cuerpo casi muerto. Por señas trataba de hacerse entender de sus diligentes servidores. Gil mostrábase más bueno que nunca.

Sin embargo, una nueva crisis vino á conmover al pobre muchacho. Fué una mañana, á eso de las siete. Bajaba de su habitación, con la cabeza pesada y los ojos hundidos. Al pasar por la alcoba de Sofía, vió la puerta entreabierta, y creyendo que ésta se había levantado ya, entró sin pedir permiso.

Sofía estaba sentada en el lecho, poniéndose las medias. Sus negros cabellos en desorden resaltaban sobre la blanquísima bata de noche. Al ver á Gil lanzó un gritito, y luego exclamó, mientras cruzaba los brazos sobre el pecho, para ocultar el seno:

— No se puede ... No entres ...

Gil se había detenido extático, con la respiración anhelante, la nariz dilatada y los pequeños ojillos grises lanzando llamas. Parecía una bestia espantada que se detiene súbitamente en su frenético galope al encontrar á su paso un terrible peligro. Los oí-

dos empezaron á zumbarle como una olla de grillos, y la sangre en sus venas, como una víbora, se deslizó ondulante, pegándole terribles coletazos. Su enorme cabeza tuvo entonces un balanceo, y como si aquello fuera lo que necesitara su cerebro para ponerse en marcha — lo mismo que un reloj al que se mueve el péndulo, — las visiones, esas visiones terribles del sensualismo, empezaron á hervir, á sucederse, á entremezclarse, á danzar en desorden completo y furibundo. Y creyó encontrarse nuevamente en el lecho de la meretriz, sólo que no era ésta la que estaba allí con el seno desnudo, sino Sofía, su anhelada amante.

— Espera un momento ... Vete ... — decía Sofía, — creyéndole cortado y lleno de vergüenza.

Aquella voz le estremeció, y tuvo un rayo de inteligencia en la negra noche que empezaba á rodearle. Vió entonces, á esa luz, al pobre don Luis completamente paralítico y sin poder defender á su esposa contra sus ataques bestiales. Y tuvo vergüenza y dudó de sí mismo; y retrocedió entonces vacilante como ebrio, y al llegar al corredor huyó á escape, resoplando como una locomotora, asustado del ruido de sus propios pasos, clavándose las uñas en la palma de la mano, los ojos cegados por un velo amarillo. Subió la escalerilla que conducía á su cuarto como un autómata, tendidos los brazos hacia adelante, el busto rígido y los ojos siempre inmóviles, siempre

con aquella neblina ante ellos que le hacían ver todos los objetos de un color amaranto.

Una vez allí, se detuvo casualmente ante el espejo. Su enorme cabeza vacilante le dió miedo. Tenía los labios temblorosos, las orejas muy caídas, el cuello hinchado. Pero ya el desorden de su cerebro se pronunciaba. Su imagen desapareció del cristal azoado, y, en su lugar, la niebla amarillenta empezó á girar, á romperse, trazando líneas y rasgos de tonos ora leves, ora obscuros. Una forma se dibujaba en el espejo, y sus ojos que se dilataban (mientras la frente se le llenaba de profundas arrugas, cual si los músculos se hincharan con el inaudito esfuerzo que hacían), distinguieron un busto informe que se llenaba de redondeces primero, luego se distendía al formar voluptuosas caderas y prominente seno, y por último señalaba la cabeza con una precisión de detalles maravillosos. Era Sofía, era Sofía, sensual, incitante, lujuriosa, que se le ofrecía tendiéndole los mórbidos brazos, avanzando su exuberante pecho, mostrándole sus labios rojos de fiebre y sus ojos llenos por las lágrimas del deseo. ¡Oh, la terrible alucinación! Gil quería apartar la vista, pero estaba hipnotizado. La incitante imagen estaba ahora en todos lados, en el techo, sobre la alfombra, contra los muebles, á lo largo de las paredes. Había Sofías á millares, todas iguales y provocativas. Ya no eran los relojes, con que él soñaba en su infan-

cia, los que se alineaban á su alrededor: hoy era la mujer, la mujer sensual, la que tenía retratada en sus pupilas y veía por doquiera. Y aquel cerebro morboso, completamente enfermo, seguía ardiendo bajo el cráneo con oleadas de fuego. Gil sentía como si por dentro de él anduviera una tromba de vapor ó de aire caliente inflándole ambos hemisferios cerebrales, á la manera como se inflan los globos con un gas. Y tan sólo cuando, después de agotada toda su fuerza nerviosa en quejas, gritos, golpes y carreras por su pieza, se encontró tendido en el suelo, boca abajo, mordiendo rabiosamente el puño de su americana, pareció calmarse un tanto.

Aquella noche, temiendo que se repitiera el ataque, no quiso dormir. Cogió un libro que tenía sobre el lavatorio hacía mucho tiempo, y empezó á leer. Después de largo rato, se encontró con que la lectura le interesaba, que le divertía, contra su costumbre de no recrearse con lectura alguna. ¿Qué libro era aquél? Estaba leyéndolo y no acababa de saberlo. Cerró entonces el volumen, y sobre su cubierta vió las letras rojas. ¡Ah! Era un tomo de Montepín, la novela *Simona y María.* ¡Era entretenida, en verdad, la historia de aquel crimen misterioso cometido en un panteón! Gil se encontró feliz, y siguió leyendo. Cada vez la lectura le parecía más interesante. Y cuando, completamente fatigado, la cabeza exhausta, los ojos hinchados y rojos

como dos clavos, cerró el volumen tras la última página, vió que dos rayos de luz penetraban al través de los cerrados postigos de su ventana.

—Mañana leeré el otro tomo—se dijo á sí mismo, apagando la vela, casi del todo consumida, y no cayendo en la cuenta de que *el mañana* ya era *el hoy.*

En efecto, el nuevo día llenaba la habitación con una neblina luminosa, haciendo perceptibles los objetos. Gil tuvo que volverse en el lecho hacia el lado de la pared para poder dormir. Poco después, su cuerpo rendido se sacudía con el acompasado sube y baja de la respiración.

VII

Y siguieron pasando los días iguales, aburridos, monótonos. Tras el invierno vino la primavera, y don Luis Alcalde pareció llenarse de alegría con ella. Sus ojos relampaguearon de gozo; sus labios marchitos se sonrosaron un tanto con el calor de su sonrisa. Y aunque la parálisis le tenía cogido de firme, parecía resignarse y hasta experimentar dulcísimo placer cuando le rodaban el sillón hasta la ventana. Prometíase también, sin duda, bajar al jardín, cuando vi-

niera el lindo y vivificante sol y cuando todas las coloreadas flores pudieran deleitarle con su aroma. Entonces, el recuerdo de sus buenos tiempos parecía revivir en su cerebro y un dulcísimo calorcillo inundaba su pecho. Veíase allá abajo, sobre las veredas del jardinillo, blancas de arena, paseándose feliz. Él estaba sano y robusto, y caminaba perfectamente con sus piernas. Metido dentro de su largo sobretodo de color café obscuro; una punta del gran pañuelo de algodón, á cuadritos rojos y blancos, saliéndosele del bolsillo; el gorro — regalo de su buena esposa — bordado de sedas de colores é hilo de oro, con una gran borla verde, también de seda, cabalgando sobre sus cabellos plateados por los años, veíase el bueno de don Luis paseando al sol, las manos cogidas por detrás de la espalda y cuidando con verdadero placer todas aquellas plantas vestidas de espesas túnicas esmeraldas salpicadas de flores y capullos.

¡Qué bello era vivir! Cierto que era triste estar así, maneado de brazos y piernas por la parálisis, y no poder comunicar por la palabra á los otros las sensaciones y pensamientos propios; pero siempre quedaba el consuelo de ver la luz, esa luz tan linda y tan viva del sol, que robustece el pecho y calienta la cabeza. Sí, era muy lindo vivir, y él viviría. Se resignaba con aquella terrible enfermedad que le tenía clavado en su sillón de ruedas, con tal de ver á los seres sus semejantes, y oir el susurro y ruidos de la

vida, y sentir el perfume de las flores. Sentado ahora junto á la ventana, miraba á través de los vidrios todos aquellos hombres, mujeres y niños que cruzaban en todas direcciones, con sus trajes variados y sus caras tan distintas las unas de las otras. ¡Qué cosa más rara!—parecía decirse el pobre anciano, notando aquel hecho por primera vez.—¡Mire usted que no haber dos rostros iguales en tal cantidad de seres humanos! Y en los labios una plácida sonrisa, en sus ojos una linda llamita de curiosidad, Alcalde observaba los transeuntes, clasificaba los rasgos de su fisonomía, los ponía en parangón, medía, pesaba. Nada: no hay dos iguales. Aquello diríase que le divertía grandemente. Extasiábase ante las líneas bellísimas y perfectas de una joven elegante ó de inocente chiquilla; y otras veces se burlaba interiormente de la fea cara de algún joven *dandy* ó de un triste mozo de cuerda. ¡Qué infinita variedad de rostros, Dios mío!

Después, entreteníase también en observar las golondrinas que se habían venido con la primavera. Algunas habían hecho su morada allí enfrente, en unos agujeritos que había en el pretil de la azotea vecina. ¡Qué hermosos pájaros! El penetrante y rápido redoble de sus grititos, al voltear en los aires, le sonaba en el oído como una bendición del cielo. ¡Cuánto hubiera dado él por poder también lanzar así algunos gritos de gozo! Aquellas queridas avecillas eran felices, y con ser inferiores al hombre,

tenían la libertad de acción que á él le faltaba. ¡Cómo revoloteaban las benditas! Subían de pronto con un parpadeo rapidísimo de las alas á grande altura; y luego, desplegadas todas sus plumas, de un negro azulado, con el blanquísimo pecho semejante á un copo de nieve, caían lentamente, en una curva extensa y voluptuosa que sugería la idea de una media luna eclipsada. Y sus giros y espirales eran cada vez más rápidos al perseguirse las unas á las otras, cruzándose en líneas caprichosas, volando apareadas algunas veces. ¡Qué lindos pájaros! ¿De dónde vendrían? ¡Quién sabe! De allá, muy lejos, de lo desconocido, de aquellas tierras situadas allende el Océano. ¡La inmensa distancia que habrán recorrido! ¡Los cielos y las regiones que habrán visto sus ojillos pintados! ¡Y cuántos pobres enfermos, clavados en su asiento, las habrán contemplado, como las contemplaba él ahora, mirándolas partir con tristeza, tal vez con envidia en el corazón y el temor de no volverlas á ver! Si hablaran aquellas avecillas, ¡cuántas cosas no vendrían á murmurarle contra el cristal de la ventana!

Don Luis Alcalde se adormecía con estos pensamientos. Una dulce melancolía reclinaba sus párpados. Su corazón latía muy despacio.

Allá, frente á él, la ciudad ostentaba el pintoresco panorama de sus torres, cúpulas y azoteas. Los hilos telefónicos cruzaban, en red apretada, hacia todos los

vientos. Manchas obscuras resaltaban en algunas paredes ó torres; en otros sitios un reflejo intensísimo que cegaba, hacía ver que allí unos cristales se incendiaban á la luz del sol. Algunas banderas uruguayas, aquí y allá, flameando al viento, señalaban el sitio de los edificios públicos. En diversos parajes, sobre el azul intenso del cielo, una ó varias chimeneas negras se levantaban redondeadas y finas, con su bonete cónico. También, en algunas casas, la ropa blanca, puesta á secar, se sacudía con bruscos latigazos, prendida á una larga cuerda. Y en todo el espacio, sobre aquel inmenso maremágnum de torres, azoteas, ventanas, campanarios, postes, cúpulas, ventanas, paredes, chimeneas y banderas, con sus colores variados y caprichosos, la luz del sol caía impalpable, brillante, en ondas voluptuosas, con un resplandor de alegría que ensanchaba el corazón.

Muy lejos, sobre la línea del horizonte, unos cirrus manchaban de blanco el profundo azul; y hacia el ocaso, donde declinaba el sol, el cielo se iba manchando de púrpura y gualda. Y abajo, allá, á lo largo de la calle, aparecía el río de la Plata con sus ondas serenísimas de un azul de Prusia intenso, hasta perderse en la línea del horizonte, entre brumas cenicientas.

Gil charlaba alegremente, sentado al lado de don Luis. La señora Sofía bordaba en el otro extremo de la pieza. Allá en la cocina, la criada estremecía

los aires con una canción de su tierra, una queja tristísima que terminaba siempre en el *alalá* provenzal. Hasta su habitación llegaban también los trinos de los canarios del patio. Por momentos oíase el ruido de la loza que arreglaba la maritornes ó el golpeteo vibrante de una lata que caía al suelo. En la casa de al lado, un piano, sacudido bravamente por unas manos nerviosas, cantaba el fogosísimo vals de *Doña Juanita.*

Gil no había vuelto á resentirse de nuevas crisis. Hacía tiempo que estaba tranquilo, siempre risueño y muy juicioso. Pasábase largas horas en su cuarto, leyendo las obras de Montepín y Gaboriau, que le encantaban; — y cuando no esto, veníase á tenerle compañía al pobre viejo paralítico, entreteniéndole con su charla y con sus gestos de mico. Había concluído por olvidarse de su mal, y hasta se juzgaba curado completamente. En efecto, por dos veces sucesivas había visto á Sofía en un desaliño muy á propósito para «desatarle la máquina», según decía, y nada había experimentado. Eso le tenía contento y decidor.

Ahora se había entregado por completo á la lectura de novelas. Tenía poca memoria, y muchas veces, á la semana de haber leído un libro, ya no recordaba nada de él. Pero, el caso es que pasaba momentos agradabilísimos leyendo aquellas historias enmarañadas y terribles de Matthey, Gaboriau y

Montepín. Seguía con una ansiedad vivísima los más mínimos detalles, viviendo él mismo la vida de los personajes, sintiendo sus penas, temores, risas y odios. Observaba todos los recovecos y cuevas en que se metía la trama, y temblaba como un poseído cuando algún peligro amenazaba á alguno de los personajes. Y muchas veces, al ver que uno de los criminales iba á caer en una celada, se angustiaba, sufría, devoraba rápidamente las páginas para ver si se salvaba, sintiendo, en fin, vehementes deseos de advertirle del peligro ó murmurando apenas un seco y cortante: « estúpido ». Porque la verdad sea dicha, los personajes buenos y honrados se le caían de sueño: parecían muñecos sin valor, incapaces de hacerse querer, entes que no valían el trabajo de ser mirados cinco minutos. ¡En cambio, los culpables!... esos sí, esos sí eran hombres de fibra, que él veía andar á su alrededor. Cometían el crimen y se veían dueños de una fortuna ... ¡Qué diablos! Apenaba sólo el pensar que fueran á quitársela. Y por eso, simpatizaba con ellos, y temía que fueran á descubrirlos.

Con esas lecturas pasábase las noches de claro en claro, y gran parte de los días. Tanto concluyeron por recrearle, que se olvidaba de ir algunas veces á divertir al anciano paralítico. Éste, entonces, se mostraba triste, meditabundo, como si todo le faltara. Sofía, que adivinaba todos sus pensamientos y

quería hacerle siempre sus gustos, salía en silencio, íbase donde Gil, y quitándole bondadosamente el libro de las manos:

— Anda á saludar al viejo ... Ya tienes tiempo de leer — le decía.

— Bueno, bueno — contestaba el muchacho bruscamente, — voy á concluir ese capítulo ... Déme el libro ... voy á ir al momento ...

Bien notaba la buena Sofía que Gil no quería á su marido como éste á aquél. Pero no le importaba. ¿Acaso había alguno que pudiera quererlo como ella? La pobre mujer, con una bondad sin límites, con un desinterés grandioso, seguía adorando á Alcalde, á pesar de todas sus rarezas y sus preferencias por el muchacho. Dios, sin duda, así lo habría querido, y ella no podía oponerse. Cumplía tan sólo con su deber de esposa, y estaba satisfecha. En la vida todo es así. Se quiere al que no nos quiere. Cada cual nace con su estrella. El que no se resigna es doblemente desgraciado. Cumplamos, pues, con lo que nos dicta nuestra conciencia; no nos hagamos mala sangre inútilmente; seamos siempre buenos y honrados, y Dios, en la otra vida, nos lo pagará con su infinita justicia. Tal era todo el catecismo de la buena Sofía. Y así, sin afectarse y tomar á pechos su desgracia, vivía tranquila.

VIII

—Cuando le digo yo á usted que acabo de toparme con ella en la calle y que he tenido que esconderme detrás de la puerta de una casa para que no me viera...

Gil se había exasperado un poco ante la contradicción que le suscitaba la maritornes. Sus ojos tenían aquel día un tinte apagado, cambiadizo, movible —como el de esos jarrones que parecen mudar de colores según se les mire— y los músculos de su cara, en tensión, le daban un sello de tristeza como el de las personas que pugnan por no llorar.

—Pero, hijo; si tú mismo viniste aquí diciendo una mañana que ese demonio de Ramona había muerto... ¿Cómo diablos puedes haberla encontrado hoy?

El muchacho se detuvo un instante, pensativo; por su cerebro quebrantado y lleno de sombras pareció cruzar una chispa calentita de luz que le hacía entrar en duda. En efecto, haría tal vez un par de semanas que él había traído á la casa esa nueva, después de haber visto por sí mismo, en su lecho de muerte, á la mujer que le recogió de pequeño. Había más aún: él la había cogido una mano, y el frío de ella le dió jaqueca por dos ó tres días, causándole

una impresión extrañísima — un miedo insuperable de la muerte que le hizo andar pegado á las polleras de Sofía como para ampararse.

Sí, todo eso lo recordaba. Pero, ¿es que él no acababa de encontrar á la Ramona por la calle de San José? ¿Acaso no la había visto, á dos pasos de distancia, marchando muy tiesa á pesar de sus años y con su trotecito menudo de jilguero? ¿No reconoció, también, su viejo manto de merino mugriento y rotoso, con ese indefinible color de los paños viejos que oscila entre el negro, el verde y el gris? ¿No había reconocido perfectamente sus ojos sin pestañas, aquellos ojos oblicuos hacia las sienes, como los de los chinos, y su nariz filosa, arqueada, con un largo costurón del lado izquierdo y que semejaba el pico de un loro barranquero? Pues, no cabía duda: era ella; era la vieja Ramona.

Pero al llegar aquí, el muchacho se hacía un lío en su razonamiento; si su madre postiza había muerto — y él estaba seguro de ello — ¿cómo es que andaba viva y pizpireta por la calle? Esto no podía ser, ¡claro! pero el caso es que era así. ¿Cómo? No lo comprendía, no acababa de entenderlo, pero el hecho se le imponía á pesar suyo.

Y por eso, porfiaba ahora con la maritornes, completamente exasperado y rechazando aquella duda que ella hacía surgir en su cerebro. Hablaba con una testarudez, con una convicción que crispaba los ner-

vios; y él mismo, sin darse cuenta, se exaltaba con la falta de lógica de sus razonamientos.

Por lo demás, ya no era la primera vez que le sucedía aquello. Dos días antes, había sostenido con un ardor inusitado é incoherente, que las flores de la Santa Rita del jardín eran de un color amarillo.

Sofía — que fué su contrincante en aquel caso — hubo de dejarle sin convencerle de su error. ¿Qué cosa tenía aquel demonio en los ojos para no ver lo que ella y todo el mundo veía, que las flores eran de color rojo? La esposa de Alcalde juzgó que Gil estaba malhumorado y le dejó plantarse en sus trece. Pero la verdad es que el muchacho veía lo que afirmaba. Para él, las flores eran amarillas y muy amarillas.

¿Qué significaba todo esto? Gil creía que la causa de aquellas rarezas no estaba en él sino en las cosas mismas. Si él había visto á la Ramona, no es porque él se lo imaginara, sino porque realmente era así; si él sostenía que las flores de la Santa Rita tenían un color distinto al de todas las plantas de su clase, no es porque él lo quisiera, sino porque verdaderamente ellas eran amarillas. Lo que no se explicaba es cómo los otros no veían lo que él, y que no sostuvieran lo mismo.

Esos días, sentíase muy débil de la cabeza: achacaba esto al excesivo calor que pesaba sobre la tierra. Sentía mareos continuos; un vacío dentro del cráneo

que parecía darle vueltas al cerebro y hamacárselo lentamente. Sus ojos, fijos, muy fijos, durante un minuto veían girar los objetos y empañarse en una especie de neblina cenicienta. Después, nada; á no ser un cansancio indefinible en todo el cuerpo; una pereza atroz que lo tenía tendido en el lecho ó sentado en un sillón durante horas enteras, sin pensar en nada, sin voluntad siquiera para mover un brazo. Estaba postrado, con una inmensa fatiga, casi soñoliento.

El bueno de Alcalde había ya preguntado por medio de señas y por repetidas veces qué era de Gil, y al decirle su esposa aquellas raras ocurrencias del muchacho, había sonreído complaciente al principio, juzgando que todo no era más que mimos y monerías; pero después, pensando un poco, el pobre hombre se había inquietado interiormente, temiendo que su chico fuera á estar enfermo. Y hubiera deseado el honrado Alcalde recobrar el habla, nada más que un cuarto de hora, para interrogar á Gil y saber si le dolía algo, qué es lo que le postraba. Desde aquel instante, los ojos del pobre paralítico preguntaban ansiosos á Sofía dónde estaba Gil y qué es lo que hacía. Claramente se veía que don Luis era víctima de la intranquilidad y que se apenaba con aquellas cosas del muchacho. Y tan sólo por la noche, cuando sintió á Gil cruzar por el patio silbando la habanera de *Niña Pancha*, recobró su calma y su alegría, brillándole de contento los ojos pensativos.

La vieja criada es la que se había enfurecido de verdad con aquellas porfías del muchacho. ¿Qué clase de animal era aquél para padecer semejantes ocurrencias? No; ella veía claro. Los patrones le habían aflojado demasiado la cuerda al zángano, y éste ya se daba todos los humos de un caballero y pretendía pisotear á los que valían más que él. Al principio, después de su enfermedad, se había hecho el manso y había escondido las uñas, pero ahora que había embobado al patrón, se permitía unas cosas que se salían de lo regular. ¡Vaya con el perdulario! repetíase la buena maritornes, fregando con verdadera furia la plancha de su cocina, como si hubiera tenido á Gil en las manos en vez del estropajo. ¿Pues no se creía más gente que ella, y no osaba llevarle la contra? ¡Y á ella tan luego! A ella, una criada envejecida en la casa y á quien los mismos patrones no se atrevían á reprender ó decirle una palabra más alta que otra! No; estaba visto: este mundo se pudría, sí, señor. Ahora eran los muchachos, los cualquiera, los salidos de la basura, los que querían imponerse y gritar á las gentes viejas y honradas.

Y éste fué el discurso, sobre poco más ó menos, que endilgó á la señora Sofía la fiel maritornes, cuando por la noche fué al comedor á retirar los platos. Sofía se había quedado allí cuidando la leche que hervía en el reverbero y que iba á servir á su marido.

Entonces la criada, mientras retiraba con grande cachaza el servicio, empezó á masticar sus quejas, sin dirigirse directamente á la señora, antes bien hablando en sentido impersonal.—¿Tenía ó no tenía razón? ¡Vamos, que ya no podían tolerarse más tantos desaguisados y que aquel salvaje era capaz de concluir con la *pacencia* de la misma Virgen Santísima!

Ella no decía nada á la señora: ésta sabría muy bien lo que debía hacer ... Pero si fuera ella la patrona, pongo por caso, es un decir, ya vería el tal Gil de dónde sopla el viento norte ... Porque, mire que es algo fuerte eso de tener que callarse cuando se trata de decirle á una que el día es noche y la noche día! ... ¡Recongrio! Pues allá, en la tierra, el que dice lo que quiere, oye lo que no quiere; y no sería semejante bandolero el que iba á subírsele á las barbas á la hija de mi madre, con perdón sea dicho ... En fin, allí eran otros los que mandaban y ellos sabían mejor que nadie lo que debía hacerse; á ella no se le importaba todo eso ni un céntimo, pero á veces la obligan á una á ser más clara que el agua, con el debido respeto sea dicho ...

Charlaba, charlaba continuamente la buena maritornes, en un flujo perenne de palabras, con su jerga pintoresca y sin mirar á la patrona. Había vuelto á tomarle rencor á aquel endemoniado mocito que ahora tenía la costumbre de metérsele en la cocina para

revolverle la alacena y robarle los pedacitos de pan que ella, sin objeto, por pura manía, guardaba cuidadosamente. Eso es lo que menos le perdonaba á Gil; y todo su rencor, toda su ira encontró salida al fin, y fácil pretexto, con la discusión que por la mañana empeñó á propósito de la Ramona. ¡Miren ustedes que salirse con semejante barbaridad, y todavía querer darse la razón! ¡Pues no faltaba más!...

Gil, entretanto, estaba en su habitación peinándose frente al espejo del lavatorio, aprontándose para salir á la calle. Ponía sus cinco sentidos en la tarea, aplanándose el pelo con la mano izquierda y con la derecha manejando el peine. Por momentos se exasperaba ante la rebeldía de sus greñas y un juramento hervía en sus labios; después volvía á la tarea, bizcando los ojos para verse mejor en el espejo y sacando la punta de la lengua por el lado izquierdo de la boca, como si eso contribuyera á darle maña para hacer bien derecha la raya. Así estuvo más de un cuarto de hora, hasta que quedó plenamente satisfecho.

—¿No te decía que yo iba á poder más que vos?—dijo en voz alta, dirigiéndose á su cabellera y mirándola hosco, en señal de desafío. Luego, satisfecho, se sentó en el borde de la cama, balanceando los pies alternativamente y secándose las manos con la toalla.

Había hecho el propósito de ir á la plaza y sen-

tarse en un banco para oir la música. La idea de estar allá, como un caballero, muy grave y formal, le perseguía desde el mediodía y le deleitaba. ¡Caramba! ¡Qué diferencia de ayer á hoy! Ahora era un mozo bien, que pronto tendría un lindo bigote... Pero, ahora que recordaba: ¿y los botines? Se había olvidado de lustrarlos por la tarde, y ese trabajo, la idea sola de hacerlo, le llenaba de pereza. ¿Si se los diera á la criada? Pero ésta iba á decirle que no tenía tiempo, que tenía que fregar la loza. ¿Y si saliera él con los botines así, medio sucios? No, no podía ser. Aunque nadie se los viera, él ya no sería para sí mismo un caballero.

—¡Vaya al diablo!— exclamó de pronto en un repentino arranque de ira. Cuando uno quiere hacer una cosa... ¡zas! todo sale patas arriba... ¡Ahí está!... Ahora son los botines... Pues no salgo, no salgo, no salgo. Me embromaré. Me quedaré en casa como un animal...

Y bruscamente se tendió en el lecho boca abajo, dándoles gusto á las greñas, que en un santiamén abandonaron la tersura á que les obligaran el peine y el cosmético, para enmarañarse y formar remolinos caprichosos.

Gil seguía mascullando palabras, furioso contra sí mismo, los ojos cerrados. Después se quedó quieto, sin saber lo que haría. ¿Si leyera? Allí tenía sobre el velador una novelita de Matthey, *El gabinete co-*

lor de rosa, del género que tanto le gustaba. Estaba firmemente resuelto á hacer esto, y hasta se había sentado en la cama, cuando de pronto tomó otra resolución. Púsose el saco y los botines sin lustrar, calóse el sombrero sobre sus greñas revueltas y lanzóse á la calle apresuradamente.

Iba á cumplir su deseo de todo el día: sentarse en un banco de la plaza Constitución, como un verdadero caballero, y escuchar las piezas que tocara la banda militar.

IX

Mucha gente había esa noche en la plaza, y los bancos hallábanse todos ocupados por hombres y señoritas.

Gil, con las manos en los bolsillos del pantalón, se paseaba lentamente, con aire grave, contemplándose á sí mismo y figurándose que todo el mundo lo observaba. La verdad es que él tenía un aire distinguido, un aspecto de caballero: esta idea que le retozaba en el cerebro, vertía por sus facciones suaves oleadas de sangre y por todo su cuerpo rarísimo y tibio bienestar. Sí, no cabía duda: los hombres lo observaban de reojo, con mucha envidia y estudiando

su elegancia y su aristocrático porte; las mujeres le seguían de lejos con la mirada, deseándole por novio, en silencio y sin demostrarlo por pura coquetería. Él adivinaba todo eso, más bien dicho lo veía, y, enorgullecido, satisfecho, muy contento, alzaba la cabeza sin mirar á nadie, poniendo rígido el cuerpo y dando, en fin, á su andar un suave balanceo, que es donde se figuraba residía su principal encanto.

¡Caramba! Y la verdad es que si él se hubiera peinado y hecho lustrar las botas, nadie le hubiera puesto el pie delante aquella noche. Porque él era un caballero; sí, señor, un verdadero mozo bien, mejor cien veces que aquellos gansos que paseaban á su alrededor, y sin otros méritos que los que les daban sus ropas. En cambio, él ... así, sencillito no más, sin cuidado del físico, sin un traje de valor, despeinado y con los zapatos polvorientos, atraía todas las miradas. Allí, por ejemplo, en un banco, había una rubia monísima que había querido comérselo con los ojos; y ahora que él se alejaba lentamente, sentía el fuego de sus ojos sobre su espalda. Porque ella estaba fascinada: eso era claro como la luz del sol; ella, forzosamente, le seguía mirando, no podía separar los ojos de él. Y acariciando tal idea, engreído, lleno de júbilo, sin que la más mínima duda sobre su triunfo enturbiara su encantador ensueño, Gil caminaba siempre, el cuerpo derecho, la cabeza

erguida, los ojos fijos en el vacío, sin otra cosa ante ellos que los sueños de su imaginación.

La música tocaba un pericón entonces de moda, y sus notas graves y melancólicas rodaban lentamente entre la multitud con ligeros gemidos de guitarra y sordos chasquidos de castañuelas. La dulzura de aquella música pasional llegaba apenas á los oídos de Gil, que seguía forjando castillos y palacios encantados. Pero el compás alegre unas veces y reposado otras de la música, iba penetrando poco á poco en su cabeza, y ya una nota única, persistente, suavísima, le dominaba. — ¿ Qué es lo que tocan ? — se preguntó Gil, sin saber con precisión si aquello le disgustaba ó le daba placer. Y de pronto la respuesta que se dió á sí mismo le llenó de alegría. Sí, es una ópera: es *Gioconda* (él pronunciaba la *g* como *j*). Y no vaciló un momento al decirlo. Verdad es que hay muchas óperas, y cierto, también, que él nunca en sus años había oído aquella partitura, — habiendo visto tan sólo en los carteles el nombre de la ópera de Ponchielli; — pero no le cabía la más mínima duda de que lo que estaba tocando la banda militar era la *Gioconda*. ¡Pse! ¡ Es claro ! ¿ Podía ser otra ? Era *Gioconda;* él lo sabía, estaba seguro de ello, segurísimo. Hubiera puesto su mano en el fuego. ¿ Pero cómo podía afirmarlo ? No lo sabía, ni lo imaginaba, ni se le ocurrió preguntárselo: tenía esa certeza y no raciocinaba más.

De pronto, en un banco colocado frente al Club Uruguay, vió un lugarcito vacío. ¡Vaya! Aquello venía como de molde: estaba cansado, y así, cómodamente, se distraería. Se sentó lentamente, con modales de caballero y recogiéndose un poco los pantalones, según había visto hacerlo á muchas personas bien. Pero, lo que le disgustó sobremanera, por un momento, fué el ver que eran sus vecinos de banco dos ó tres pobres trabajadores, muy mal vestidos. ¡Verse él, todo un caballero, al lado de aquellos sucios!

—¡Yo no sé para qué vienen á la plaza estas gentes!... —se dijo Gil, observándoles de reojo y con deseos de soltarles alguna fresca.

Pasaban en ese instante unas señoritas, y esto le distrajo. ¡Le habían mirado! Bueno: del mal, el menos: no le confundían con la gentuza. ¿Qué importaba hallarse sentado entre aquellos personajes harapientos? Él siempre tenía que sobresalir y distinguirse, como que era un caballero; —y ya no volvió á ocuparse de sus vecinos.

Toda su atención se concentraba en el lujoso edificio del Club que tenía enfrente. ¡Qué linda casa! ¿Quién sería el dueño? ¿Cuánto costaría? Y ahora que pensaba en ello, ¿por qué le llamarían Club? ¿Club? ¿Club? —se repetía Gil, sin que la palabra le diera la más mínima idea de su significado. Pero ¡bah! ¡qué le importaba á él saber lo que

quería decir *club?* Eso sería un nombre cualquiera, como almacén, botica ó confitería ... Es decir ... no; pensándolo un poco, ahora se le ocurría que ese edificio era para caballeros y que debían de haber buscado un nombre en francés. ¡ Sí ! ¡ Eso es ! ¡ Qué tonto, no habérsele ocurrido antes ! Sí, estaba seguro de que *club* era francés, lo mismo que la pieza ejecutada por la banda no podía ser otra que *Gioconda.* Y sin vacilar, convencido él mismo con el convencimiento que dan las cosas aprendidas hace mucho tiempo, quedó tranquilo y seguro de que sabía lo que era un club.

— Linda casa, — volvió á repetir para sus adentros ; mientras su cerebro seguía un nuevo rumbo de ideas. ¿ Cuándo podría tener él una semejante? Eso debía de costar muchos pesos. ¡Bah! ¿Y acaso él no los tendría? Digan ustedes que todavía era muy muchacho, y nada más. Pero así que fuera hombre, ya se vería. No un club: dos era capaz de tener. ¿ Pues no había sido lo mismo con respecto del reloj? Ahora se acordaba de aquel don Juan, almacenero, que tenía un reloj. ¡ Cuánto había deseado en aquel entonces poseer uno igual ! Pues bien : ¿ no lo tenía ya? ¿ Y por qué? Porque era más grande el Gil de ahora que el de antaño. Y lo mismo sucedería con la posesión de un club. Que él creciera, que le salieran barbas, y ya se vería si él también

no tendría casas. Las tendría como cualquiera, como todo el mundo, como el mismo Alcalde . . .

El nombre de su protector le arrancó bruscamente de sus divagaciones. ¿Qué haría en ese momento el buen viejo? ¡Pobre hombre! ¡Qué gran desgracia verse así acometido por una enfermedad tan perra que no le deja á uno decir lo que piensa ni caminar por donde quiere! Debía de ser muy feo y muy triste. Porque, mire usted: se le antoja á uno venirse á la plaza para divertirse, y . . . ¡plaf! . . . no se puede, porque las piernas están quién sabe con qué diablos entre los huesos que las tienen muertas y colgando como pedazos de cuerda. Después, se le ocurre á uno decir una cosa y no puede; se está uno como un chico recién nacido, que no sabe hablar . . . No, no, líbrenos Dios de esas cosas tan raras y tan malas. ¡Pobre Alcalde! ¿Por qué estaría así? Él que era tan bueno, él que le había recogido de la miseria para convertirle en un caballero. No comprendía bien eso. Si todavía Alcalde hubiera sido un hombre malo, bien hecho; pero un pobre hombre, callado, que no rezongaba nunca, que lo quería á él como á un hijo y que le hacía todos los gustos, hasta llegar á regalarle un reloj . . . ¡Si eso era para dar rabia!

Y Gil, en un buen momento, completamente lúcido, entrevió rápidamente toda la historia de su vida. Él hubiera seguido siendo un sucio y un pi-

llete si Alcalde no le recogiera de chico; él hubiera tenido que trabajar y ser un pobre, como aquellos hombres que estaban á su lado, si Alcalde no le hubiera arrancado del cuchitril inmundo de la Ramona para llevárselo á su linda casita; él no sería ahora un caballero, ni estaría allí sentado, ni le mirarían las señoritas ...

— ¡ Pobre Alcalde! ¡ pobre Alcalde! — repetía Gil por lo bajo, sintiendo que su corazón se hinchaba de ternura, que su garganta se agrietaba bajo los sollozos y que un velo tibio y húmedo cubría sus pupilas. Y una angustia, siempre creciente, iba oprimiendo su pecho. Recordaba su terrible enfermedad, y cómo le habían cuidado don Luis y la señora Sofía ... Si no fuera por ellos, él se habría muerto. ¡ Y él se portaba tan mal con ellos! ¿ Cómo podía tener esos modales bruscos, y esos pensamientos tan cochinos ... ? ¡ Miserable! Se daba asco á sí mismo; le asaltaban sus viejos remordimientos. ¡ Vaya un modo de agradecer los favores recibidos!

No; pero ya estaba resuelto. Desde aquel día, sería otro. ¡ Cómo los iba á querer á don Luis y á la señora Sofía! Iba á ser bueno; iba á ayudarles en todo; le contaría cuentos, como lo hacía antes, al pobre paralítico; lo llenaría de ánimos. ¡ Sí! Eso es lo que tenía que hacer. Así como don Luis le había hecho el favor de recogerlo, él, á su vez, le haría el favor de cuidarlo para que no se muriera

Porque, ¡es claro! Si él se ponía á cuidar al viejecito, Alcalde no se moría; era exactamente lo mismo que lo que se había hecho con él: cuando don Luis había cuidado á Gil, Gil se había salvado de la muerte.

Lentamente, olvidado de su afectación y del papel de caballero que se había impuesto, Gil se levantó de su asiento y empezó á caminar en dirección á la casa de Alcalde. Llevaba los brazos colgando, el cuerpo curvado hacia adelante, la barba reclinada sobre el pecho. No se cuidaba ya, ni se le ocurría, lucir su garbo ante la gente que aún llenaba la plaza. Su cerebro trabajaba febriciente en aquella obra que se imponía, en aquella obra de gratitud y moralidad. Deleitábase con sólo pensar en la alegría experimentada por don Luis al ver los cuidados de que era objeto, y la satisfacción de la señora Sofía.

—No, si yo me conozco,—murmuraba Gil apresurando el paso y remando mucho con los brazos, al par que se exaltaba con su obra buena;—yo me conozco... Cuando quiero portarme bien, me porto; y cuando quiero, quiero...

Un pillete, con un paquete de diarios bajo el brazo, le interceptó de pronto el camino. Gil tuvo una brusca caída del cielo de sus sueños, y, lleno de ira, le atizó un cachetazo al pobre muchacho. Volvióse éste; vomitó una palabrota de su más su-

cio repertorio, y huyó. Gil sintió el insulto como un latigazo, é impulsado por la rabia, sintiendo renacer en sí la bestia de sus primeros años, cuando también era pillete, echó á correr tras el chicuelo. Dióle caza á poco de allí, y arrinconándole contra la pared, junto á unos balcones ocupados por unas señoritas, le abofeteó soberbiamente, rojo de furor y balbuceando obscenidades y juramentos.

No se acordaba del papel de caballero que desempeñara hasta pocos momentos antes: tan sólo le dominaba, al través de aquel arranque de granuja, el propósito de ser bueno... con don Luis Alcalde.

X

En el gran silencio de la habitación dormida, el crujido de un mueble tomó las proporciones de una catástrofe y fué á herir el oído de Gil, que dormía boca arriba sobre su lecho, la boca entreabierta y la respiración un tanto fatigosa. En aquella especie de letargo que postraba al muchacho cuando se entregaba al sueño, el crujido nacido entre las sombras penetró hasta su cerebro, sin que él pudiera aun darse cuenta exacta de ello. No obstante, sus

nervios tuvieron un primer sacudimiento y latiguearon fuertemente su pobre organismo. Intranquilo, se removió en el lecho, sin cambiar de posición.

Ya trabajaba todo su sistema nervioso. Su respiración, de rítmica y gruesa, hízose de pronto desigual y silbante. El pecho se le oprimió lentamente, cada vez más, como si una máquina pneumática estuviera haciéndole el vacío en los pulmones. La mano derecha, por un acto puramente reflejo, estrujó las sábanas con fuerza. Después, pareció aquietarse, y su respiración, de nuevo acompasada, señaló la desaparición de la naciente pesadilla.

Dormía sosegado, cuando bruscamente despertó. Sus ojos, abiertos obstinadamente, apuñaleaban la sombra, buscando algo que él mismo no sabía. Enderezóse sobre un codo, después se sentó en la cama, y con movimientos regulares tendió la cabeza á derecha é izquierda, cual si tratara de ver ó de oir alguna cosa.

¿Le habían llamado? ¿Andaba alguno por la habitación? ¿Qué ruido es el que le había despertado?

Uno de sus oídos empezó á chillarle de un modo estúpido, y esto sólo fué suficiente para torcer el curso de sus ideas. —¿Quién estará hablando mal de mí? — se preguntó Gil, acordándose de que la maritornes le había dicho un día que eso significaba el zumbido en el tímpano, pero sin reflexionar que

en aquella hora todo el mundo estaría durmiendo y no tenían por qué hablar de él ni de nadie. Con rabia entonces metió su dedo meñique dentro de la oreja y empezó á hurgársela bravamente.

Y otra vez la sensación de un ruido entre las sombras volvió á conmoverle las entrañas. Se quedó alelado, con los ojos y la boca desmesuradamente abiertos.

¿Habría alguno allí en su cuarto? ¿Quién podría ser? ¿Serían ladrones?

El primer latigazo del miedo zumbó en su cerebro y le dejó el cuerpo tieso, duro, sin sangre. Después le entró un temblor ridículo en los muslos, como si un ejército de hormigas le anduviera por debajo de la piel removiéndole las carnes. Una ola de sueño le barrió todas las ideas de su cabeza, y sólo el instinto, el brutal instinto de la conservación, le quedó pegado á su ser.

¿Pero quién sería, ¡Dios mío! el que estaba allí dentro? ¿Irían á matarle? ¡Oh! ¡Qué cosa horrible! Él no quería morir; él no quería dejar esta vida tan linda y tan buena; él no se resignaría jamás á tener que abandonar todas esas cosas y placeres de que había disfrutado hasta el presente. Y lo que más le martirizaba, es que él sólo iba á morir, mientras los otros, los otros, es decir, todo el mundo, quedarían vivos, viendo el sol y gozando de la vida. No, no: él no podía morir; él tenía que salvarse.

Recién ahora, en aquel minuto supremo en que el corazón, ciego de miedo, latía desbocado, dándole patadas contra el pecho, recién ahora comprendía lo bueno que era vivir. Y entonces el temor de la muerte, el miedo más desordenado y más loco, ese miedo animal que hace correr frenéticamente á la gacela sin ver que por huir de un peligro va á rodar en un precipicio, se asió al cerebro de Gil y clavó en él su garra y le poseyó con ira, con delirio, con fiebre, con verdadero frenesí.

Un sudor frío perleó en su frente á raíz de los cabellos y sus dientes castañetearon. Sintió que el pecho se le aplastaba, cual si fuera á derrumbársele ante los locos martillazos de su corazón; y al mismo tiempo, las paredes de su garganta se unían fuertemente, sin dejarle respirar. Empezó á dolerle el vientre. Su cuerpo tuvo una convulsiva vibración.

—¿Quién anda ahí?—gritó roncamente, tembloroso, tratando, sin embargo, de dar firmeza á la voz, aunque sentía que las sílabas se le enredaban entre los dientes y no salían al exterior sino en trizas.—¿Quién anda ahí?—repitió otra vez angustiosamente, con el paladar seco y la garganta hecha astillas, sintiéndose morir de horror ante aquel silencio fúnebre que seguía á sus palabras. Y su pobre cabeza descompaginada empezó entonces á quemarse con oleadas de sangre.

Cayó sobre la almohada, á pesar suyo, y se apretó

contra ella, deseando hundirse entre la lana. Y la boca pegada á la tela durante unos minutos, retuvo los sollozos que estallaban en la garganta; sollozos de miedo, de angustia indefinible, del dolor de tener que abandonar la vida así, tan joven y tan sano...

Se quedó calmado de pronto, sin transición, como si fuera otra persona, pensando en la Lola.

No tenía ya miedo; no sentía ruidos ni trataba de averiguar si los había sentido.

Estaba seguro de que él no moriría. Sus nervios, en tensión hasta ese instante, descansaban, flojos y enervados. Un enorme peso se le había quitado de sobre el pecho, y su corazón latía acompasado. Sólo la cabeza se le resentía de falta de ideas, como exangüe y vacía, ebria de sueño y pesada por la modorra que le iba invadiendo. Poco á poco la memoria le abandonaba. El tic-tac de algunos relojes, de muchos relojes, le mecían blandamente el sueño. Ya no se acordaba de su miedo, de nada absolutamente. Y en medio á aquel crepúsculo de su conciencia, se quedó de nuevo dormido.

Al día siguiente, por la mañana, se levantó con el cuerpo dolorido y la cabeza pesada. Estaba triste, muy triste: sus ojillos de pulga tenían el cerco plomizo de sus malos días. Sus labios se le quebraban dolorosamente. Pero no había malas ideas en su cerebro; «no era la luna» lo que así le tenía: era

otra cosa que él no conocía, que no había tenido nunca. No había, pues, duda: estaba enfermo.

Sí, el pobre Gil estaba enfermo. Su organismo no funcionaba bien. Su cerebro cansado, sumido en tinieblas, apenas advertía ligeras ráfagas de luz. No sabía lo que hacía ni lo que deseaba. Se vistió automáticamente, sin darse el lavatorio diario y sin cuidarse del cuello y de la corbata. Cogió luego el sombrero, púsoselo, y, con grande cachaza, se sentó á los pies de la cama. Allí se estuvo por más de un cuarto de hora llorando como un chicuelo.

Bruscamente, una chispa irradió en su cerebro. La noche anterior, ahora sí que lo recordaba bien, le habían querido asesinar. Y la culpa era suya, nada más que suya. ¿Por qué no tenía un arma, un revólver, por ejemplo, dentro del cajoncillo de su velador? ¡Era un estúpido! ¡Mire que no habérsele ocurrido esto antes! ¡Es claro! Teniendo un arma á su lado, ¿cómo iba á sentir miedo? Y la verdad es que había sentido miedo. ¿Pero, cómo es que había podido volver á dormirse sin tener la precaución de encender la vela y revisar el cuarto, mirar bajo la cama y revolver los muebles? Esto es lo que no comprendía, lo que no acababa de entender. ¿Cómo había podido dormirse tranquilamente?

La raya de luz que viboreaba dentro de su cerebro titiló un instante, como la luz de una lámpara que se apaga, y luego se extinguió completamente.

El brillo de sus ojos desapareció, y una inmensa tristeza veló su rostro, que estaba del color de las terracotas. Los labios volvieron á resquebrajársele de nuevo. Y como un muñeco de resorte, púsose en pie y salió de su habitación.

Marchaba al acaso. Nada veía de lo que le rodeaba. El canto de la cocinera no llegaba hasta sus oídos. Así, maquinalmente, se encontró de pronto frente á la puerta de la habitación de Alcalde. Entró. El paralítico dormía aún; la señora Sofía no estaba allí.

Gil se detuvo un instante en medio de la habitación. Sus ojos no vieron nada absolutamente en la semi obscuridad en que se encontraba la pieza. Por lo demás, él no buscaba nada, ni trataba de ver, ni se daba exacta cuenta de lo que había ido á hacer allí. Pero de pronto pareció tomar una resolución y fuése hacia la ventana. Entreabrió un postigo, y el chorro de luz clara y sonriente pareció inundarle su cerebro. Fué á pasarse la mano por la frente y se encontró con el sombrero, que aún conservaba puesto. — ¡Hombre! — pareció decirse á sí mismo, — ¿quién diablo me ha puesto á mí el sombrero? — Estaba profundamente extrañado, y, no pudiendo resolver la interrogación, se sonrió con esa sonrisa tristona de los imbéciles. Sin embargo, tuvo un pudor, un sentimiento de respeto: estaba en la pieza de don Luis y debía descubrirse. Entonces

se llevó la mano al sombrero, pero al ir á quitárselo le asaltó otra duda: ¿por qué no había podido pasarse la mano por la frente?—De nuevo se perdía en la noche de su mente, y olvidábase, por asociación de actos, de lo que iba á ejecutar por asociación de ideas. No se quitó el sombrero, ni recordó tampoco que si no se había podido pasar la mano por la frente era precisamente porque lo tenía puesto. Se distrajo un momento mirando dormir á Alcalde. ¡Cómo dormía, Dios mío! ¡Cosa más rara! ¡Estaba él allí y don Luis no le veía! ¿Es porque dormía? —Pues si yo estuviera durmiendo y alguno entrara en mi pieza, le vería—pensó Gil; y siguió observando á Alcalde. ¡Qué cosa extraña el sueño! ¡Ah! ¡ahora veía claro! Se le ocurrió de pronto. ¡Es natural, no podía ser por otra razón! Si don Luis no lo veía, no era debido al sueño, sino á que tenía los ojos cerrados. Y satisfecho con su descubrimiento, fijó su atención en otra cosa.

Fué á sentarse junto á la estufa é inconscientemente cogió las grandes tenazas de hierro. ¡Demonche! ¡qué pedazo de tenazas! Con aquello se podía matar un buey ó la maritornes... Esta última idea le recordó una frase de Sofía, pronunciada cuando la enfermedad de su esposo. La criada buscaba en vano dichas tenazas, sin ver que las tenía bajo los ojos, y entonces la señora Sofía le había dicho: « Pero, mujer, si las tiene usted ahí al

lado; el día menos pensado se le caen á usted sobre la cabeza, se la deshacen, y usted busca que busca... » —La verdad es que si aquellas tenazas le caían á uno sobre la cabeza, pensaba Gil, no podían menos que rompérsela... Pero, ahora le asaltaba una idea: ¿cómo no se le había ocurrido antes? Ya tenía el arma que él buscaba para tenerla de noche en su cuarto. Con aquellas tenazas no necesitaba revólver, ni cuchillo. Y al que se atreviera á entrar á su habitación para asesinarle, ya le daría el vuelto.

Este hallazgo le dejó muy satisfecho. Por la noche, antes de subir para acostarse, entraría en la habitación de Alcalde, cogería las tenazas y abur... ¡Que vinieran después los ladrones!

Riéndose y frotándose las manos, salió del dormitorio y fuése derecho á la calle. Pasó junto á la maritornes sin contestarle los buenos días y sin oir tampoco los gruñidos y ¡recongrios! con que ésta descargaba su ira contra aquel salvaje tan descortés y mal educado.

Ya en la calle, el sol de verano, en vez de alegrarle, le llenó de melancolía, y á poco, su rostro inexpresivo, parecía contraerse, arrugarse, agrietándose de dolor á la manera de las hojas caídas del árbol y secas sobre el desnudo suelo de los caminos.

Empezaron entonces para Gil terribles días de

marasmo intelectual, de postración inmensa. Su cerebro parecía haberse licuado y llenábale el cráneo con oleadas dolorosas, sin que la más mínima idea brotara de él. Estaba como atolondrado, inconsciente; no tenía á veces ni la más mínima sensación del mundo exterior.

Una gran noche de espesas tinieblas envolvía su mente, y su pobre ser, su organismo desordenado, guiábase tan sólo por las inusitadas decisiones del instinto. Durante horas enteras permanecía profundamente abstraído, sin que un solo pensamiento germinara en él. Unas veces se reía como un loco, sin causa alguna, dibujando sus sonrisas con contracciones dolorosas de los músculos: una alegría insensata, frenética, que concluía por dejarlo extenuado y marchito; — otras veces el sello del dolor se incrustaba en su frente, y anublaba sus ojos, y hacía palidecer sus mejillas, y clavaba á ambos lados de la boca una mueca feroz, ridícula, porfiada; dolor inusitado, puramente cerebral, que le hacía llorar, llorar á mares, desesperado, afligido, con un llanto desconsolador é irritante para el que le ve correr. Y hondos suspiros desgajados de su pecho oprimido, quejas dolientes que su garganta engendraba á la fuerza, sin necesidad, bajo el influjo de los nervios relajados, lamentos brevísimos, pero desgarradores, que masticaba su boca pastosa, contribuían á hacer más tétrico y sombrío el aspecto del muchacho. Y

siempre esa constante falta de conciencia, esa noche de ideas y de memoria.

Era la crisis terrible que se pronunciaba en su más sombría faz. La locura se engarzaba implacable en aquel cerebro exangüe. Gil perdía su vida moral. Su sangre viciada, enferma, degenerada — aquella herencia fatal de sus padres — le pudría toda la carne, le relajaba los músculos, le cortaba los nervios y envenenaba su razón. Era el último toque de su enfermedad. El fantasma sombrío y cauteloso que, expiándole desde la sombra, avanzaba extendidas las manos escuálidas y fulgurantes los inmóviles ojos, estaba ya sobre él sonriendo asquerosamente con el placer de la hiena que olfatea su fúnebre festín.

Sin embargo, breves destellos de vida sacudían su ser de tarde en tarde; y en esos intervalos lúcidos, Gil, instintivamente, quería asirse á su razón y á la vida. En esos fugitivos minutos de conciencia, el pobre muchacho sentía que naufragaba en un océano de sombras, y entonces, con rabia, con verdadera desesperación, trataba de sujetar una idea, la primera que su cerebro creara, temiendo fuera aquélla la última; pero ya rápidamente su voluntad se desvanecía al par de su conciencia moral, y otra vez la misma postración y decaimiento se enseñoreaban de su ser.

XI

El recuerdo de la Lola empezaba á obsesionar á Gil. Su sensorio se enardecía bruscamente cuando una imagen femenina brotaba en su cerebro. La sangre le corría hirviente por las venas y concluyó por entregarse al placer solitario.

Desde entonces, el único trabajo de su pensamiento fué el de forjar escenas y cuadros amatorios. La mujer incitante y lasciva llenaba su alma. Su carne sintió las torturas del deseo. Con la imaginación empezó á poseer todas las mujeres que encontraba al paso. En sus horas embrutecedoras de satiriasis, llegó hasta desear á la maritornes.

Y de aquellos deleites solitarios, salía cada vez más postrado, más abatido. Su cabeza exangüe sufría vértigos. La memoria huía de su cerebro. Acontecíale, á veces, quedarse como alelado durante horas enteras, sin voluntad y sin reflexión.

Un día se encerró en su habitación y se puso completamente desnudo. Afrentó los muebles, las paredes, el lecho, y exhausto al cabo, quebrados los muslos, dolorida la cintura, vacío el cerebro, se sentó en el suelo y quedó allí silencioso, sumido en una noche espesa y dolorosa.

Sofía y la criada gallega llamaron en vano á la

puerta de Gil. Aquel empecinamiento en no mostrarse ni dejarse oir alarmaron á la buena esposa de don Luis Alcalde. Sí, no había duda alguna: el muchacho estaba seguramente con una de sus rabietas periódicas y por ello se había trancado con llave y no quería salir ni responder; pero aquello se prolongaba más que de costumbre y podía producirle una enfermedad. Optaron, pues, ama y criada, por fastidiar á Gil golpeándole la puerta y hacerle salir por tal manera. Pero se cansaron en vano; y enojadas por fin con lo que ellas juzgaron capricho ó maldad, retiráronse diciendo que el endemoniado saldría de su cueva así que el hambre empezara á socavarle el estómago.

Felizmente para Gil, su abatimiento dióle tregua á las cuatro de la tarde próximamente. Al volver á su conocimiento, una gran fatiga le tuvo jadeante sobre las tablas del piso. Después pareció preguntarse á sí mismo cuál era la razón de que se encontrara así en el suelo. Nada pudo recordar, por más que cansó su cabeza: la memoria había huido de él. ¿Hacía poco ó mucho tiempo que estaba allí? No hubiera podido decirlo. Fastidiado con eso, se levantó no sin trabajo, y hubo de apoyarse en los muebles para no caer: tal era su debilidad. — ¿Me habré emborrachado? — se preguntó, creyendo que aún le duraba el mareo, y que á eso, precisamente, era debida la flojedad de sus piernas y aquella danza

que á su alrededor ejecutaban los objetos de su habitación. No pudo, sin embargo, averiguarlo, y sintiendo mucho apetito, verdadera hambre, fué hasta la puerta. ¡Cuánto le costó correr el cerrojo! ¿Era que éste se emperraba en no correr ó eran sus dedos los que estaban faltos de vigor? Logró al fin abrir la puerta y, tambaleándose, dirigióse á la cocina.

La maritornes le miró de reojo, sin decir una palabra.

— ¿Qué hay? — preguntó Gil. — ¿Qué me ha sucedido? — Y después de una pausa, como recordando recién lo que había ido á buscar allí: — Tengo hambre . . .

Sofía llegó en aquel momento é interrogó al muchacho. Él no sabía qué era lo que le pasó: se había desmayado ó dormido, quién sabe, y al despertarse se encontró tendido en el suelo. Él no había sentido que nadie llamara á su puerta. Sofía le escuchaba cohibida, asombrada, sin entender muy bien lo que sucedía; y su asombro trocóse en temor cuando pudo cerciorarse de que Gil no mentía. Sí, el gesto de admiración que tuvo Gil cuando supo que se había pasado de encerrona casi tres horas, revelaba bien á las claras que todo lo que acababa de decir era cierto. La buena señora quiso mandar en busca del médico, pero él se opuso obstinadamente, alegando que se sentía bien, que aquéllo no era nada, que

tal vez era efecto de la bebida, aunque él no recordara haber bebido; y que lo único que por ahora quería era comer.

Sofía y Alcalde se tranquilizaron plenamente cuando oyeron al muchacho reir y cantar. Estaba en el patio entretenido con los pájaros. Su rostro no revelaba enfermedad alguna. Aquello no merecía, tal vez, la importancia que quisieron darle.

Esa noche, la criada se dió un tajo lavando la loza. La sangre corríale abundantemente de la herida. Como no pudiera restañársela bien, llamó á Gil para que éste le alcanzara unas telas de araña. Eso era santo remedio, y en su tierra no se usaba otra cosa: unas telas de araña y un poquillo de caña sobre la herida, y abur, todo estaba concluído y curado.

Gil anduvo buscando lo que se le pedía y vino por fin al lado de la maritornes, que ya empezaba á impacientarse con la tardanza; pero al ver la sangre que brotaba de la muñeca de la gallega, sintióse acometido de un vahido. Tuvo que apoyarse en la pared, y, cerrando los ojos, tendió las telarañas para que ella misma se las colocara.

—¡Vaya un hombre guapo! — dijo la criada, mirándole burlonamente. Pero él estaba profundamente afectado, con una angustia en el esófago que le daba vómitos. No lo podía remediar. Aquella sangre le había producido un efecto indescriptible, llenándole de miedo y de lástima.

Y durante toda la noche no pudo desviar sus ideas de la muñeca de la maritornes. ¡Pobre mujer! ¡Qué cosa horrible era aquel tajo! ¡Cómo brotaba la sangre de la herida!

El temor de la muerte llenaba por completo el corazón de Gil, y una compasión inmensa, infantil, sincera, nació por la sirvienta. Y entonces se juró á sí mismo ser bueno con ella, no molestarla ni hacerla enojar... ¡Pero qué tajo, qué tajo tan horrible, Dios mío, se había dado la pobre mujer!...

XII

Era una tarde de verano. El cielo tenía un color plomizo, radiante como un cristal, sin una nube. El sol derretía sus rayos perpendicularmente sobre la tierra abrasada. Ni un soplo de aire, ni un movimiento en toda la atmósfera. Como una neblina incandescente, el aire era pesado y quemaba con su contacto. Los árboles de la calle y los del jardín de Alcalde, heridos por aquel fuego que bajaba de lo alto en ondas diáfanas, inclinaban sus copas, y parecían exhaustos de savia, casi carbonizados. Dos edificios, frente á la ventana donde estaba sentado el anciano paralítico, se alzaban rectos, mudos, como

adormecidos en esa hora de la siesta, reverberando calor, sudando fuego por sus poros de caldeada arena. Apenas se veía cruzar, buscando la sombra, uno que otro transeunte con tardo paso, arrastrando trabajosamente su cuerpo, el sombrero en la mano, secando su frente sudorosa con el pañuelo.

Los adoquines de la calle brillaban al sol con un vívido fulgor que quemaba la vista y entontecía el cerebro. Diríase que toda su superficie se cubría de cristalitos luminosos, y que las facetas centellantes de cada uno de ellos se clavaban en la retina. Toda la tierra estaba en reverberación, vibrando ondas concéntricas, á la manera del humo que brota de una hoguera.

El espacio fulguraba inundado de luz, de una luz resplandeciente y extraña que parecía reflejada por plateados espejos. Un polvillo de oro en ascuas, trepidando en el aire, deslumbraba y daba vértigos. Había por doquier un gran derroche de tonos blancos y cristalinos. Brillaban las paredes de los edificios como sábanas tendidas á secar, convertidas también ellas en reflectores.

La ciudad parecía dormida, completamente aletargada. Uno que otro carruaje, tan sólo, cruzaba rápido por aquel mar de sol, rodando sordamente sobre las piedras de la calle. El tranvía pasaba como una sombra sobre sus rieles, abanicándose con sus cortinas de gruesas rayas rojas y blancas, con un tra-

queteo pesado, al trote acompasado de sus caballos. Iban éstos caídos, como largas siluetas fugitivas, la cabeza baja, el paso fatigado y la respiración ruidosa, con el sucio pelo inundado de sudor, al extremo de parecer telas de hule su lomo enflaquecido, y proyectando sobre la calle su sombra alargada, que danzaba como un muñeco chinesco.

Las moscas zumbaban, volando en enjambres y persiguiéndose las unas á las otras. Algunas se daban contra el vidrio al pretender salir al exterior. Su continuo murmullo provocaba el sueño.

— Día de fuego — murmuró Sofía, entrando en la habitación y yéndose derecho hacia don Luis para ver si necesitaba algo. Pero el buen hombre dormía como un bienaventurado, la boca un poco entreabierta, bañado en sudor. Sofía cogió entonces el pañuelo que tenía él sobre las rodillas y lo pasó por la frente, muy despacito, casi sin rozarla. Después corrió las cortinas de la ventana para apagar un poco la luz del día; y hecho esto, retiróse en silencio, marchando sobre la punta de los pies, á decirle á la criada que suspendiera su canto.

Arriba, en su cuarto, Gil estaba tendido boca arriba en la cama, los ojos entornados, como aletargado. Su cara, por efecto del calor, tenía un color terroso, lo mismo que una calavera barnizada. Un libro que había estado leyendo, se le había caído de las manos y descansaba despanzurrado sobre la al-

fombra, al lado de un par de botines. De pronto, tuvo un sobresalto que le hizo suspirar largamente, pero sin despertarle. En sus facciones se extendió una niebla de sufrimiento. Sus labios poco á poco se agrietaron, alargándose.

Estaba soñando. La posición que tenía en el lecho había excitado el sistema nervioso de la médula espinal. El cerebro también trabajaba.

El exorbitante calor del día contribuía igualmente á tejer su pesadilla.

Él estaba ... ¿dónde es que estaba? Esto no lo veía bien claro, por más que trataba de averiguarlo. Conocía perfectamente el sitio, había estado allí un millón de veces, lo reconocía; pero no podía decirse así mismo cuál era. Tan sólo notaba claramente que un bulto, una mujer avanzaba hacia aquel paraje. ¿Quién sería? Un velo ceñido alrededor de su cabeza impedíale verla distintamente. Y ella avanzaba siempre, muy cautelosa, poniendo un dedo sobre los labios para advertirle que guardara silencio. Entonces, como él estuviera acostado, quiso enderezarse, para saber al cabo quién era la dama misteriosa; sin embargo, sus esfuerzos fueron inútiles: no logró su objeto. Diríase que estaba colado al suelo y que no podía despegarse. Hizo aún algunos esfuerzos, pero ya la desconocida se inclinaba sobre él, diciéndole en voz muy baja que callara, que podían descubrirlos. ¿Pero, quién era esta mujer? También

la conocía, la había visto siempre, mas no podía recordar su nombre.

Se había sentado á su lado y le mareaba con sus caricias. Sus dedos finos y blancos peinaban sus cabellos. Los ojos negros y llenos de pasión, se clavaban en sus ojos y le bebían el alma. Por momentos, bajaba un poco la cabeza, y un beso, un beso largo, apasionado, de fuego, le encendía la sangre dentro de las arterias. La cogió entonces por la cintura y la apretó contra sí. ¡Qué linda era aquella mujer! ¡Qué líneas tan puras y tan divinas! ¡Qué formas más voluptuosas y sensuales! Y ella le pertenecía, le adoraba, le volvía loco con sus caricias de fiebre, de amor frenético y desmedido ...

Ya la tenía entre sus brazos, estrechándola locamente, selladas las bocas, apresurado el aliento; ya iba á poseerla, cuando, con una sacudida, despertó asustado. Sus ojillos grises miraron atontados alrededor. No distinguió nada al pronto: la luz del día le cegaba. Pero alguien acababa de entrar en la habitación, muy despacio, muy despacito.

—¿Quién anda ahí?—preguntó en voz alta, alzándose sobre el codo y entornando los ojos para ver mejor. Entonces, y mientras los oídos le zumbaban de un modo extraordinario, le pareció que una voz de mujer le contestaba muy quedo:

—No grites: soy yo; cállate ...

¡Dios mío! ¡Sí! Era la misma, la mujer de su

sueño. La reconocía perfectamente. Pero él estaba bien despierto; él no dormía ahora. Allí estaba su cama, la mesa de luz, el libro en el suelo al lado de los botines, y más allá, en sus sitios respectivos, el lavatorio, la cómoda, la mesita llena de baratijas, libros y flores ... — y él veía, palpaba, reconocía todo aquello; él no estaba soñando ...

— ¡Cállate!... pueden descubrirnos — murmuraba la mujer, lo mismo que en el sueño, y avanzando siempre. Gil estaba aterrado, mudo, cohibido. ¿Qué significaba todo esto? Su cerebro no raciocinaba ya, sino que estaba ardiendo, aunque debilísimo. Las ideas se daban de puntapiés mutuamente, y por momentos sentía un gran frío. La sangre en sus venas desaparecía poco á poco; el pulso se estacionaba. La mueca de sus labios se extendía, pronunciándose cada vez más, dando al rostro un aspecto de tristeza inenarrable. Los ojillos grises parecían retroceder bajo el matorral de las cejas y hacerse más pequeñitos de lo que eran. Las orejas teníalas encarnadísimas en unos sitios, como con coágulos de sangre, y caíanle, pulposas, abiertas lo mismo que paraguas ...

— ¿Quién *sos* tú? — preguntó con la imaginación, aunque creyó él, en conciencia, haber dicho en alta voz esas palabras.

— ¿Qué? ¿Te haces el tonto?... Soy yo, hombre, que te quiero y vengo á buscarte.

Gil se enderezó vivamente. Su enorme cabeza tuvo dos ó tres balanceos de derecha á izquierda. Después pareció comprender.

—¡Ah! ¡tú eres Sofía!...

Ahora no le cabía duda alguna. La mujer de su sueño estaba allí, viva en cuerpo y alma, y venía á buscarle. No podía creerlo, pero era evidente. Se levantó y dió dos ó tres pasos por la pieza, para convencerse de que no dormía. Fué hasta la ventana y abrió bien los ojos. La luz vivísima del sol le hizo parpadear vivamente. Vió también el jardín y sus conocidísimas plantas: las rosas, los jazmines, la planta de Santa Rita cuajada de sus bonitas flores, las enredaderas tapizando la pared del fondo, junto al banco rústico. También vió por allá un martillito que él se había dejado por la mañana, y que, por pereza, no había vuelto á recoger. Después oyó á la sirvienta gallega partir á hachazos pedazos de leña, canturreando entre dientes su *alalá* tristísimo. No: él no soñaba; él no dormía. Estaba bien despierto.

—Pero, ¿qué haces ahí, grandísimo tonto?

¡Era ella la que le hablaba! ¡Y estaba allí! ¡Él, que pensaba, al volverse, no encontrarla más! No había sido, pues, una alucinación del despertar... Estaba siempre allí, sentada en la cama, llamándole en voz baja, tendiéndole los labios.

El cuerpo de Gil vibró en una sacudida rápida,

cual si acabaran de cruzárselo con un latigazo. Ya no pensó más. La fiebre le ofuscó, recorriendo todo su cuerpo. Avanzó lentamente, los ojos muy abiertos, balanceando la cabeza. Sofía estaba tendida en la cama, llamándole con voz dulcísima, los ojos llenos de lágrimas de placer.

Y entonces él, como un desesperado, se precipitó sobre ella. Sí, no era un sueño. Allí estaba; ahora la sentía entre sus brazos, besándole con locura, mirándole fijamente á los ojos. Aquellos eran sus cabellos, el perfume que gastaba ordinariamente, el metal de su voz, sus modales y gestos peculiares...

Como Lola la *porteña*, aquella mujerzuela que había sido suya en un mísero cuchitril de la calle Yerbal, tenía ésta los labios húmedos, la mirada vaga, el cabello perfumado y el cuerpo tibio y blando. Como aquélla, le mareaba con sus caricias, con sus palabras apasionadas murmuradas muy quedo, con sus gestos y contorsiones. Y, loco de placer, ebrio de lujuria, estremecido y anhelante, la poseía furiosamente, agotándose en un esfuerzo continuo y creciente, sintiendo que se aproximaba aquella voluptuosa y extraordinaria sensación que le había revelado el arcano de la vida.

De pronto lanzó un grito, y quedó rígido, crispado todo el cuerpo, sudoroso y fatigado sobre aquel hacinamiento de carnes femeninas. Luego le invadió el cansancio, un desgano horrible, una laxitud in-

mensa, y se tendió en el lecho al lado de la hembra vencida y aniquilada.

El calor era insoportable. El zumbido de las moscas daba soñera. El ruido de un carro que pasaba por la calle conmovió toda la casa é hizo revibrar los cristales. A lo lejos, el silbido de una máquina hendió los aires con un grito de sufrimiento. Después todo volvió á quedar en calma. Gil, tendido boca arriba sobre el lecho, el cuerpo bañado en sudor, la boca entreabierta, dormía pesadamente con un sueño animal y rudo.

XIII

Sofía bordaba tranquilamente, sentada al lado de su esposo.

—Figúrate, Luis, el atolondramiento de nuestra criada. Dice que para no sufrir el calor que hoy hace, es necesario bañarse en agua caliente; y, ¿quieres creerlo?, se ha abrasado una mano á las primeras de cambio.

Alcalde sonreía plácidamente. El timbre sereno y dulce de la voz de Sofía le llenaba el corazón de calma y melancolía, como un toque del *Angelus*. Una gran paz inundaba su corazón.

En ese instante, la puerta se abrió con ímpetu y Gil apareció en el umbral. Ambos esposos se miraron asombrados ante la actitud extraña que presentaba el muchacho. Algo misteriosamente tétrico cruzó por el aire.

—¿Qué hay? ¿qué sucede?—preguntó Sofía alarmada por una de esas indefinibles adivinaciones que nos confunden bruscamente el espíritu.

Gil tenía el cabello en desorden, las mejillas amoratadas, los ojos vidriosos y la respiración trepidante. Miraba fijamente un punto del espacio con la persistencia de los hipnotizados y avanzaba como un autómata, ladeando tristemente la cabeza.

—Pero, ¿qué sucede, Dios mío!—interrogó nuevamente Sofía.

La voz llegó hasta el espíritu de Gil y le hizo detenerse. Como sacudido por un brusco latigazo, su cuerpo tuvo una contracción. Los puños se le crisparon y un rayo de cólera cruzó por sus ojos. Pero, todos ellos eran actos reflejos; su conciencia no intervenía: oía, sin comprender.

Bruscamente se llevó la mano á la frente, cual si tratara de comprender algo, y volvió á dejarla caer inconscientemente.

Alcalde no comprendía nada. Sofía, sofocada, se puso en pie.

—Pero, habla, di: ¿qué sucede? ¿Estás malo? ¿Qué sientes? Vete á la cama; ahora voy yo á atenderte.

Gil creyó comprender algo esta vez. Una palabra de la alocución de Sofía llegó netamente á su espíritu. Y entonces, con voz sorda, exclamó:

—¿Por qué te escapaste de mi cuarto?

Sofía le miró estupefacta. Ahora no comprendía nada absolutamente. ¿Por qué ese brusco y atrevido tuteo? ¿A quién dirigía semejante reproche? ¿Qué significaba esa actitud?

Entretanto, los ojos de don Luis miraban fijamente á Gil. Trataba de adivinar algo, y el miedo, al propio tiempo, obscurecía todas sus reflexiones.

—¿Por qué te escapaste de mi cuarto?—repitió aún Gil con voz trabajosa y espantoso el semblante.

Sofía, instintivamente, retrocedió dos pasos. Tuvo miedo de los ojos del muchacho, clavados sobre ella como dos dagas enrojecidas. Un funesto presentimiento le atenaceó el corazón.

El rostro de Gil se contrajo todavía más, como en un espasmo de dolor.

—¡Ah! te callas, sinvergüenza—dijo entonces, recobrando la idea que le había traído allí.—Te haces la mosquita muerta; parece que no sabes nada... ¿Y por qué te escapaste? ¿Por qué no te quedaste en la cama?...

Sofía, muda de asombro y de terror, le miraba fascinada. ¿Qué quería decir aquel muchacho? ¿Era á ella á quien se dirigía? ¿Qué desatinos estaba profiriendo?

—Sí, no lo niegues... Eres mía, mía, mía... Y ahora vas á tener que dormir siempre conmigo... ¿Por qué te escapaste de mi cuarto?... ¿Por qué?... Ahora ya no *sos* del viejo... Fuiste mía y serás siempre mía...

Sofía se irguió indignada:

—¡Miserable! ¡Fuera de aquí!

—¡Mía, mía, sólo mía!... ¿Crees que te voy á dejar escapar ahora que dormiste conmigo?...

Súbitamente, la verdad fulguró ante los pobres esposos: Gil estaba loco. El terror arrojó á Sofía sobre el inerme don Luis.

Miraba éste anhelante á Gil. ¿Era aquél el muchacho que le divertía con su charla, que adoraba tanto, que había recogido del fango para hacerle hombre? ¿Estaba enfermo ó delirando? ¿Cómo podía hacer semejantes afirmaciones respecto á su esposa, si ésta no se había apartado en toda la tarde de su lado?

—¡Cochina, cochina! ¡Te escapaste, no? ¿Te viniste con el viejo! ¿Te quieres reir de mí, eh?... ¡Ah, ah, ah! ¡Yo te voy á dar, gran cochina!...—vociferó el muchacho.

—¡Socorro!—gritó Sofía, presintiendo el peligro y paralizada por el miedo.

Gil tuvo un brusco sobresalto y volvió los ojos en derredor. De pronto los detuvo sobre las tena-

zas de hierro que estaban junto á la estufa. Una sonrisa atroz contrajo sus labios exangües.

Las cogió en silencio y se quedó quieto un instante sin dejar de sonreir. Un silencio atroz pesó sobre la habitación durante breves segundos.

Sofía quiso pedir socorro nuevamente, y la voz se le anudó en la garganta. Un sudor frío invadió todo su cuerpo. El estómago pareció subírsele á la boca. El espanto inmovilizó sus miembros y la dejó clavada, como una estatua, al lado de su esposo.

Entonces sucedió algo espantoso. La cabeza de Gil osciló sobre sus hombros, y de pronto su cuerpo tuvo una extraña vibración. Dió un paso, luego otro, y avanzó lentamente, rígido el busto, horrible la mirada. Cerca ya de Sofía armado de las tenazas, se puso á sonreir de un modo abominable. Su brazo derecho, esgrimiendo la maza de hierro, se levantó en el aire. Y, bruscamente, como un elástico, descargó el tremendo golpe. Sofía, helada de espanto, completamente fascinada, ni siquiera intentó desviarlo.

El rudo mazazo crujió sobre el cráneo, abrió un surco y penetró hondamente haciendo saltar la sangre. Un alarido de res herida contestó al choque del hierro, y Sofía giró sobre sí misma como un trompo antes de desplomarse pesadamente.

Gil se inclinó entonces sobre su víctima y la miró obstinadamente. Tenía la mísera mujer un gran agujero en el cráneo, por el cual se veía correr la

sangre, obscureciendo la masa encefálica. La violencia del choque habíale saltado un ojo y partido la frente sobre la sien izquierda.

Los ojos de Alcalde arrojaban llamas. Luchaba desesperadamente por levantarse; quería gritar, ahogar con sus manos al miserable, pero la parálisis le tenía atado, convirtiéndole en un testigo mudo é impotente. Su corazón latía desordenado; en su garganta se ahogaba un clamor que sonaba sordamente, como una tormenta que estalla á lo lejos. La desesperación le llenaba el cerebro de sombras espantosas, de ideas extrañas, imposibles, desordenadas, de pensamientos confusos, cuyo zumbido le arrastraba hasta el confín de la locura. Y un hormigueo, que crecía por instantes, le surcaba todo el cuerpo, al través de los miembros ateridos.

Entonces Gil, sin dejar de sonreir, arrojó las tenazas lejos de sí. El ruido argentino del hierro le recreó un instante y miró el arma horrible, manchada con coágulos de sangre. Algunos cabellos de la víctima estaban adheridos á ella.

Gil avanzó un paso y sacudió la cabeza como si tratara de desvanecer un sueño. Sus ojos encontraron el cuerpo de Sofía tendido sobre la alfombra, á los pies del paralítico, desangrándose lentamente por la boca abierta en el cráneo. Luego miró á don Luis y pareció reconocerle. La sonrisa de sus labios

se dilató aún, y, trabajosamente, descoyuntando las sílabas, murmuró roncamente:

— ¿Qué te parece, viejo?

Alcalde se irguió súbitamente, como un muñeco de resorte. Un átomo de vida, el último, le animó en ese instante. El hormigueo que recorría sus miembros había llegado hasta su corazón, y de pronto se había puesto en pie, terrible, amenazador. Su brazo derecho se alzó durante un minuto. Su garganta lanzó un grito agudo, estridente, interminable; un ¡ah! prolongado, frenético, lleno de discordancias de trueno y de chasquidos de vendaval; un alarido inaudito de dolor, de imprecación, de pavura. Después se desplomó sobre su asiento, como un montón de carne inerte. Estaba muerto.

Acuarelas

Heroísmo

Á Carlos Martínez Vigil.

La cena había terminado. Horrorosa confusión reinaba sobre la mesa que pocos momentos antes ofrecía á los comensales de Roberto los más exquisitos manjares y los licores más finos. La luz de la araña central, apenas mitigada por los labrados globos color de rosa, se tendía perezosa sobre aquel inmenso derrumbe. Una gran compotera de cristal, sustentada por dos cariátides de prominente seno y desbordantes caderas, ofrecía aún algunas frutas glaciadas con las aristas del azúcar. En dos grandes floreros de China, artísticamente esmaltados, las flores más lujuriosas, vestidas con túnicas de luces multicolores, exhalaban muriendo sus últimos perfumes. Un gran vaso de plata, maravilla del cincel, descansaba en el centro de la mesa, vacío del ponche que contuviera, irradiando sus reflejos metálicos con

claridades de luna entre copas de cristal de Bohemia y porcelanas de viejo Sèvres.

Las risas se apagaban mientras las conversaciones corrían por parejas, reuniendo las personas en grupos, á veces formando un dúo sencillamente. Los hombres habían encendido habanos. Las mujeres, reclinadas en sus asientos, respondían con perezosa languidez, los ojos un poco entrecerrados, á las cuestiones formuladas por sus galanes. Lulú, bastante fastidiada, había pedido más *chartreuse*.

De pronto, Renato se volvió hacia Nina, que bostezaba coquetamente á su lado, y le dijo:

—¿Cuál te parece á ti el mayor heroísmo?

La linda joven volvió á su amigo los ojos, y, sesgados sus labios por el picor de una sonrisa burlona, repuso con una pereza inimitable:

—Estar á tu lado y no caerse de sueño.

Aquí y allá, como burbujas de *champagne*, brotaron alegres risas. Arturo, que murmuraba no sé qué historia al oído de Violeta, apoyó el codo sobre la mesa y gritó á la preciosa Nina al través del jolgorio:

—¡Admirable, mi hada azul! Te has ganado mi yunta inglesa.

—¿Cuándo la mando buscar?—interrogó friamente la joven, mientras mojaba sus labios en el oro líquido de su copa de *chartreuse*.

—Ahora mismo, si quieres.

Renato murmuró entonces:

—Ya sé ahora cuál es el mayor heroísmo.

—Dilo.

—El de Arturo. Acaba de partirse el corazón haciendo ese regalo, sólo por parecer generoso.

—No es ése, sin embargo, el mayor heroísmo,—dijo de pronto Lisa.

Todos volvieron el rostro hacia la encantadora mujercita. Sus ojos despedían chispitas de luz. Sus labios, cargados de sonrisas, temblaban ligeramente. Extrajo aún dos largas fumadas de su cigarrillo, que le formaron en torno de la cabeza como una aureola, y mientras rompía al descuido un finísimo vaso de cristal golpeándolo con un cuchillito veneciano, dijo:

—El verdadero heroísmo es pretender averiguar cuál es el mayor heroísmo.

Renato tuvo para ella una inclinación de cabeza amabilísima, y replicó:

—Gracias, querida niña. El mayor heroísmo es el de verte sin amarte.

—¡Adulón! ¡Qué feo vicio!

—¿Crees que miento?

—No; dices verdad, pero una verdad que adula.

—¡Caramba! —prorrumpió Alfredo. —¿Sabes, Lisa, que estás hoy oportunísima?

—¿Hoy?... ¡Impertinente!

—Muchas gracias.

—Las tengo de sobra; guárdatelas tú, que te hacen falta.

—¡Hombre! — exclamó Raúl, que había visto aquellos breves relámpagos cruzar al través de las flores y la argentería, — ¿saben ustedes que es magnífica esa idea de averiguar cuál es el mayor heroísmo?

—Pues resuelve tú el problema — le contestó Nina con su vocecita burlona, que parecía un hilo de perlas desgranándose.

—Tiento la prueba. El mayor heroísmo, adorables señoras mías ...

—¡Uf! ¡Qué manera de hablar!

—Parece usted un orador de café...

—Ó un poeta cursi, y tonto, y feo ...

—¡Que se calle inmediatamente!

—¡Nos ha llamado señoras! — exclamó Violeta, profundamente consternada.

Las voces se alzaron un momento formando confusa algarabía. Hubo enérgicas protestas; risas húmedas por el licor; admiraciones frenéticas que desmayaron muy luego entre las flores de pétalos aterciopelados. Hasta las luces experimentaron un leve parpadeo que ahuecó la sombra de los rincones.

—Yo creo — murmuró Teodoro, así que el silencio se restableció un poco — que el mayor heroísmo es el de Leónidas en Constantinopla.

—¡Asesino!—aulló Roberto, encarándose con aquél.

—¡Que lo fusilen!

—¡Que lo descuarticen por zángano!

—Vete á la escuela, hijo...

—¿Acaso sabes tú más historia?...

—¡Pse!...

—A ver, á ver... Haz una cita...

—Bruto matando sus hijos...

—¡Bah! Brutos como ése, se ven todos los días.

—¡A la calle!

—¡Está malo!

—¡Una cita, señores, y me rindo!

—Allá va: Aníbal cruzando los Alpes.

—Yo tengo otra: Napoleón en Arcole.

—Y yo: Alejandro bebiendo el líquido que le daba su médico, cuando todos le decían que estaba envenenado.

—Régulo.

—José huyendo de la mujer de Putifar.

—Los diez trabajos de Hércules.

—Job pasándose siete días y siete noches sin decir esta boca es mía.

—Alejandro cediendo á Apeles su querida Campaspe.

—Hacer la noche de San Bartolomé.

—Nerón matando á su madre Agripina.

—¡Basta, por piedad!—rugió Teodoro, tratando de hacerse oir en medio de aquella infernal baraúnda.

Nadie le oyó. El vendaval de los siglos se había

desatado y crujía en aquellos cerebros calenturientos. Los ojos tenían explosiones de lumbre; las lenguas vibraban locas, como campanas echadas á vuelo; los brazos batían el aire como en el gran concertante de *Aída*. Y todos, arrastrados por un deseo imperioso de gritar, que latigueaba sus carnes y encendía llamas en sus venas, en coro descabalado, prorrumpieron locamente:

—Cayo Graco en el Aventino.—Cleopatra haciéndose morder por un áspid.—Prometeo encadenado al Cáucaso.—Colón marchando á lo desconocido.—Lutero concurriendo á la dieta de Worms.—Justiniano casándose con Teodora.—Carlos I de Inglaterra dejándose cortar la cabeza por Cromwell.—Felipe II diciendo que mataría á su propio hijo si fuera hereje.—Masaniello.—Los cruzados marchando á pie, como bestias.—Sardanápalo y su epitafio.—Alcibíades cortándole la cola á su perro.—Macrón ahogando á Tiberio.—Solimán en la toma de Zigeth.—Epaminondas en Leuctres.—El mago Esmerdis suplantando al hermano de Cambises.—El sol de Austerlitz...

—¡Silencio, energúmenos!—vociferó Teodoro, casi destrozado por aquella avalancha.

Todos callaron repentinamente, fatigados, vacío el cerebro, con la respiración anhelante. Entretanto, las bonitas mujeres dormían plácidamente, arrulladas por aquel rodar tumultuoso de las edades.

—¡Imbéciles!—murmuró Teodoro por toda venganza.

Lulú despertó entonces, y húmedos aún los ojos por el rocío del sueño, dijo perezosamente:

—¿En qué quedamos?

—No hemos resuelto el problema.

Las otras amiguitas despertaban poco á poco. Violeta sonreía, pero sus ojos continuaban obstinadamente cerrados.

Rodolfo mandó traer más *champagne.* Otra vez las risas encendieron auroras en todos los rostros, y volaron luego bajo la dulcísima claridad que filtraba al través de los globos de cristal color de rosa. Los genios invisibles del *champagne* retozaban en las copas levantando un mar de espuma chisporroteante. Las flores languidecían aún más, embriagándose con sus propios perfumes.

Raúl quiso despertar á Violeta, y la besó en los labios.

—He ahí un acto heroico—exclamó Nina. Nuestra amiga Violeta odia al pobre Raúl, y por no dar su brazo á torcer, sufre pacientemente esos besos que detesta.

—¿Hablas en serio?—preguntó el joven.

—¿Lo dudas? Le eres á ella tan indiferente como á tu amante Lisa.

Y, en efecto, Lisa oía, casi con rubores, una historieta que Claudio murmuraba á su oído, sin preo-

cuparse de su amante. Éste, muy disgustado, hizo que despertaba á Violeta.

—¿Ha dormido usted bien?

—Mal, muy mal,—replicó aquélla, bostezando con la voluptuosidad de una gatita;—he tenido pesadillas horribles. Veíame en un comedor, después de una cena excelente, rodeada por unos cuantos jóvenes imbéciles...

—¡Bah! Eso es un sueño...

—¿No gusta? Tanto peor. Contaré otra de mis pesadillas. Veía un feo gusano que me besaba en los labios...

—También eso es un sueño—exclamó Raúl.

—Pero, ¿y el acto más heroico no se ha averiguado?—preguntó alguien.

—Yo lo citaré—dijo Violeta.

Todos se inclinaron para oirla. Lisa, á quien Claudio terminaba el cuento, apoyó ambos codos sobre la mesa y se dispuso á oir con toda el alma. Violeta se había inclinado haciá Roberto y le hablaba en voz baja, esperando que se hiciera completamente el silencio. Renato estaba ocupadísimo en adivinar qué perfume es el que tenía en el cuello la bellísima Nina, y ésta, con ligerillos espasmos, le dejaba huronear. En cuanto á la pequeña Lulú, dedicaba toda su atención á un ánfora escultural, tallada en bronce, con filigranas sobredoradas representando aligustres, y en cuyo redondeado vientre desplegaba sus ondu-

lantes alas una hermosísima cigüeña en relieve. Su mano pequeñita, de un esmalte lechoso, jugaba con un platillo de transparente porcelana floreado de crisantemas.

—Conozco yo una niña —empezó Violeta— que vivía locamente enamorada de un lindísimo joven. Ella era hermosísima como uno de esos ensueños místicos que bajan en un chorro de luz en medio á la callada soledad de los templos. Él era un hombre gallardo, fuerte, de rostro sereno y varonil. Ella sabía que él no había amado nunca, si bien había tenido muchísimas amantes. Decíase por doquier que un amor no vivía en su pecho más de un día; que los pesados dedos del olvido borraban en su corazón los nombres de las mujeres amadas, como las sombras impalpables de la noche diluyen y borran poco á poco la imagen de los objetos. Pues bien: la joven de mi cuento, adorando como adoraba á aquel hombre, deseaba que su amor fuera eterno. ¿Qué hacer? Si le entregaba su cariño, indudablemente sería feliz un día, pero no más. Entonces recurrió á un acto verdaderamente heroico.

Todos oían religiosamente. Allá, sobre la límpida luna de Venecia, veíase á Violeta accionar con calma, toda llena de dulzura y poesía. Sus ojos tenían destellos vívidos, que se enhebraban, á veces, entre las pestañas, y palpitaban en ellas como gotas de luz. En sus labios, finos y rojos, la sangre viva po-

nía un nidal de besos. Su busto, de curvas majestuosas, se destacaba soberbio, coronándose altivo con la majestad del pecho saliente y poderoso, el que, á su vez, iba á morir en aquella garganta donde corrían reflejos y claridades helénicos.

—Entregóse la niña de mi cuento al amante que adoraba—prosiguió Violeta—y con grande admiración de él, ella permaneció insensible á sus arrebatadoras caricias. Ninguna sensación, ni un suspiro, ni el apresuramiento de los latidos del corazón, ni la sangre que alborea en el rostro, indicaron al amado joven que la niña había encontrado la dicha suprema entre sus brazos. Estaba fría, serena, tranquila, mirándole con sus grandes y rasgados ojos negros, sonriendo con plácida quietud. Él se quedó alelado, extático, sin encontrar una frase feliz. ¡Cómo! ¿Él no había logrado conmover á aquella hermosísima joven, llena de vida, apasionada, sedienta de amor? ¿Él no había logrado hacer palidecer aquellas sienes de nácar, ni encender con tonos de púrpura aquellas mejillas de nieve, ni reclinar aquellos párpados queridos al peso de una somnolencia dulcísima, ni apresurar los latidos de aquel corazón con las palpitaciones tibias de un pajarillo prisionero? Veíala allí, fría, tranquila, como esperando aún el beso supremo de Cupido, la comunión misteriosa de dos almas, la revelación idolatrada de una sensación extraña y poderosa; y estaba serena, mirándole con

sus ojos límpidos, donde los astros habían puesto algo de su resplandor eterno.

Sus cabellos en desorden, tejían sobre la almohada de nieve, delicados y exóticos caprichos, flores de azabache con reflejos metálicos, ondas fugitivas de contornos imposibles. Sus dos senos alabastrinos, brotando entre la nívea lencería, parecían dos globos que una extraña luz interior iluminara con resplandores de luna. Su brazo izquierdo, coquetamente doblado, mientras la mano diminuta sostenía aquella adorable cabeza, parecía el ala de un ave que duerme sobre ella. Y allá, entre el oleaje de las revueltas mantas carmesíes, sus formas se adivinaban puras, majestuosas, con ondulaciones provocativas y rápidas huidas entre pliegues caprichosos.

¡Ah! ¡El pobre muchacho estaba vencido! Una y otra vez tomó entre sus brazos á la querida niña, cubriéndola de arrebatadoras caricias, sellando sus labios á sus labios, pretendiendo comunicarle su amor y su fiebre: ¡todo era en vano! Galatea no revivía bajo los besos de Pigmalión. Y él, entonces, desesperado, herido en lo más íntimo de su amor propio, juróse no abandonar á aquella hada de mármol, que parecía rechazar la rebosante copa del placer que se le brindaba. ¡El pobre galán estaba vencido!

Un gran silencio reinaba en el amplio salón. Las bellas oían tranquilamente, entrecerrados los párpa-

dos como si siguieran en sueños el vuelo perezoso de sus recuerdos. Los hombres escuchaban la bonita charla de Violeta, muy encantados. Ella prosiguió, bajando la voz como el creyente que se aproxima al altar sagrado:

—La encantadora mujercita de mi cuento no había sido indiferente á las amabilidades de su amante. Sus besos le habían abierto las puertas del Deseo; su amor le había hecho experimentar todos los inefables goces del Amor. Pero ella, con voluntad férrea, había detenido los latidos del corazón y acallado la sangre que en tropel le subía á las mejillas; y había puesto toda su alma en parecer indiferente, y conservar sus ojos sin una niebla de placer, y destruir en su garganta el suspiro y el grito de amor que la sacudía interiormente y angustiaba todo su ser. Su cuerpo todo había respondido al reclamo de su amante; su sangre se había quemado en el mismo fuego que consumía la de él; sus ideas se habían adormecido bajo el éxtasis divino de la misma sensación; los músculos de sus marmóreos miembros tuvieron la impulsión inicial de coger aquel otro ser querido y estrecharlo contra sí, con furia, con delirio, con inmensa pasión, para aniquilarse, destruirse, sepultarse en él, locamente, con verdadero frenesí. Pero ella, la amante niña, había muerto esas manifestaciones y había ocultado su placer en quién sabe qué apartado rincón de su alma. Y por este medio

inaudito, por este sacrificio gigante, por esta victoria lograda contra todas las leyes fisiológicas, la encantadora mujercita de mi cuento pudo conservar al amante que no daba á sus amores más que un día de vida.

—¡Imposible! — clamaron todos los oyentes.

—¿Imposible, decís? — contestó Violeta con irónica sonrisa. — Y si yo os dijera el nombre de esa mujer, ¿qué diríais?

Entonces Violeta se volvió hacia su amiguita Lulú, sosteniendo en la diestra la copa de *champagne* que ardía bajo la luz de la araña como un joyel de pedrería, y le dijo brevemente:

—¿Digo el nombre de la linda pecadora?

—¡Oh, no, no! ¡Por Dios! — murmuró Lulú.

Y en sus ojos, modestamente fijos en el ánfora escultural tallada en bronce, con filigranas representando tallos de aligustre y en cuyo redondeado vientre desplegaba sus alas una hermosísima cigüeña en relieve, en esos sus ojos divinos hubo un breve relámpago de temor, mientras sus mejillas se rielaban con el más leve color de púrpura y su mano pequeñita, de un esmalte lechoso, rompía, con un movimiento nervioso é involuntario, el platillo de transparente porcelana floreado de crisantemas.

Justo castigo

Aimer par cœur, c'est avoir d'avance tout pardonné à ce qu'on aime.

PAUL BOURGET. — *Physiologie de l' amour moderne.*

I

Caminaba de prisa, cerrado el sobretodo y el cuello subido hasta las orejas, metidas las manos en los bolsillos y distraído hasta el extremo de chocar dos ó tres veces con alguna persona. Al pasar frente á la Catedral miré el reloj.

— ¡Diablos! ¡Las dos de la mañana! ¡Buen sermón el que me va á espetar mi chica! ¡Pobrecilla!... ¡Tenerla allí encerrada todo el santo día de Dios, para presentarme después á semejante hora! Decididamente me estoy portando mal, muy mal, con ella; con ella, que me adora y que no vive sino

para mí. Ya, ya; porque lo que es otra que me quiera igual, no la encontraré en todos los días de mi vida. ¡Me idolatra! Recuerdo que el sábado pasado, por haber llegado un poco tarde, tuvo la inmensa fuerza de voluntad de no besarme hasta pasados cinco minutos. Sí; lo que es ahora, juro que ésta será la última... Estoy firmemente resuelto á portarme mejor, á contar desde la fecha. ¡Qué diablos! Otra mujer que no fuera ella, con menos de lo que hago, me hubiera retirado su cariño ó me hubiera enviado á paseo... ¡Pero ella!... Es un ángel. No vive sino por mí; no piensa más que en mí. Sueña conmigo, y el tenerme constantemente á su lado es la única ventura que ambiciona. Bien es verdad que mi adorada me debe mucho... es decir, no... no me debe nada, pues que me ha pagado con creces el haberla recogido de la pobreza en que vegetaba, el darle el espléndido lujo que ostenta y los placeres encantadores de que disfruta. ¡Y ya lo creo! Una sola mirada de mi Lulú vale por todo un mundo de esplendores; una sola de sus sonrisas vale toda una eternidad de felicidades, y un beso... ¡huy!... un beso en esa boca encantadora que parece el cálido nido del amor!... ¡Y luego, ser amado por ella, por Lulú, por esa hada de formas esculturales, cuyo cuello avergüenza con su blancura al de los cisnes, y cuyos ojos hacen inútil la luz resplandeciente de los astros! La verdad, Ro-

berto, que no te mereces dicha tan colmada ... Eres un miserable. Cometes una infamia engañando á la preciosa mujercita que á ti sólo adora. Es una vergüenza presentarte á semejante hora. Tú no te mereces felicidad parecida, desde que no sabes apreciarla ... Pero he de corregirme ... Ésta de hoy será la última noche que, jugando al billar, me olvide de mi querida niña... ¡Y pensar que es mía!... ¡Pensar que nadie más que yo — ¡ah, Roberto, no te lo mereces! — puede ver correr la luz sobre su espalda desnuda que parece un mármol de Paros, apenas sonrosado por el frío de la noche; pensar que sus senos de nieve sólo á mí revelan las delicadas venas de marfil que le dan su sagrada savia para ofrecerlos puros y frescos como ánforas de leche; pensar que sólo mis brazos estrechan á esa querida niña que siento, como si la tuviera ahora mismo, estremecerse contra mi pecho con sacudidas de vida y aleteos de mariposa!... ¡Ah! Lulú... ¡No te merezco!... Los mármoles, los jarrones, los tapices finísimos, las kamousas chinas, los bronces, todas esas acuarelas esfumadas como con tintas de la aurora; todos esos *bibelots* evocadores de la antigua Grecia, del Renacimiento y del siglo XVIII, esos alabastros y marfiles y lacas imposibles y exóticos con que he rodeado, en un lujo asiático, tu espléndida personita; las soberbias lunas de Venecia que te envían tu imagen seductora; las consolas esplenden-

tes de dorados, las telas finísimas y transparentes; las pieles de precios fabulosos y los tapices de Smirna, dignos de odaliscas, por donde corres sin ruido como una gacela; los pórfidos y jaspes de venas de sangre; los kakemonos japoneses y las ágatas de dibujos cabalísticos; las esmeraldas y diamantes y zafiros, y todo lo que por ti he dado, todo lo que te rodea, todo lo que estoy pronto á sacrificar por ti, no vale nada si se le compara á la inmensa dicha de sentirte mía, de aspirar tu aliento, de adorar tus ojos, de escuchar mi nombre entre tus labios de grana, de caer, en fin, temblando, de rodillas, para desflorar con labios ardorosos la uña de rosa de tu pie nacarado... ¡Y yo, infame, te abandono, me olvido de ti y me presento á las dos de la mañana!... Pero, ¿qué pensará, Dios mío, mi hada querida, de semejante conducta? Las dos... las dos, y sabe Dios cuántos minutos ahora... ¡Oh, esto es abominable!... Sí, debes jurarlo, Roberto: ésta será la última vez que cometas tal villanía... Y la verdad es que nunca he llegado tan tarde... cuando mucho, á las doce de la noche... ¡Pero á las dos!... ¡Vamos, que es un verdadero escándalo!... Y es el caso que ella ya estará durmiendo... ya no me esperará... Bien mirado, lo mejor sería que me largara para casa... Me parece lo más sensato... El despertarla ahora, turbar su sueño precioso por mi incalificable conducta, no es justo ni

razonable siquiera. Sería agregar un nuevo crimen al cometido... ¡Ah, Roberto, Roberto!... Pero, ¿cómo demonios me privo yo del placer de verla? ¡Bah!... ¡no importa!... Entraré sin que me oiga, en silencio; la daré un beso en la frente y me acostaré en su diván para no serle incómodo... ¡Pobre ángel mío! No volveré á ofenderte más, delicada Lulú...

II

Llegué á la casa de mi amada niña y abrí silenciosamente la puerta con mi llavín. Subí con todo cuidado para no hacer ruido en la escalera, y penetré, á oscuras, en la sala. Luego, lentamente y extendiendo los brazos para no chocar con algún dije encantador de los muchos que yo había regalado á mi adorada y que cuajaban toda la casa, atravesé varias habitaciones y llegué finalmente á la alcoba.

Y entonces, á la media luz de la lámpara, á esa media luz misteriosa que busca el amor para abrir las puertas del edén á los escogidos, ví á mi niña querida en la penumbra del lecho, más bella que nunca, con los labios entreabiertos como si soñara con besos de amor, las alas de nieve de su pequeñita nariz estremecidas por el mismo dulcísimo aliento

que levantaba suavemente su pecho y reclinando su delicada cabecita, esa adorable cabecita ceñida por una onda inmensa de cabellos negros, sobre el brazo de mi amigo Jorge.

¡Oh! Yo, nadie más que yo, tenía la culpa de ello. ¿Por qué abandonaba así á mi delicada Lulú?

Lleno de remordimientos me retiré en puntillas de pie para no turbar el sueño de mi querida niña.

La liga

Á Amado Nervo.

Fué una carcajada espontánea, unánime, que corrió alegre entre las volutas de humo de los cigarros. Teodoro, gravísimo, casi ofendido, contempló un instante á sus oyentes.

— Pero, ¿hablas en serio? — le preguntó Roberto.

Y otra vez la misma carcajada sonora y vibrante brotó en coro de todos aquellos jóvenes elegantes que charlaban alegremente en el amplio y lujoso salón del club.

Era una noche de verano. Los últimos jugadores de la carambola y el bacarat, corridos por el calor, habíanse llegado al salón de lectura por ser más fresco, y allí, fumando exquisitos habanos, dejaban rodar el tiempo para no desmerecer su hermosa fama de trasnochadores.

Junto á la puerta que da al balcón, los amigos

de Teodoro se habían reunido para escuchar la historieta amorosa que éste les refería. Alegres chistes y festivas observaciones cortaban á menudo la palabra del joven. Teodoro había optado por reirse también, aunque sostenía muy seriamente que era cierto lo que acababa de decirles.

—¿De manera, seductor Teodoro, que has conquistado una mujer virtuosa?

—Ríanse ustedes todo lo que gusten, pero esa es la verdad...

—¡Que cuente cómo fué eso!

—¡La historia, la historia inmediatamente!

—¡Que hable!

—¡Que cante!

—¡Que baile!

—¡Silencio, señores! Teodoro debe darnos una explicación inmediata...

—Veamos: ya somos todo oídos.

Y no hubo otro remedio. Encendió el joven otro cigarrillo y empezó así su narración:

—Hacía ya largo tiempo que yo la asediaba, persiguiéndola sin tregua, siguiéndola á todas partes, rodeándola de galanterías, rindiéndole el culto de mi acendrada admiración. La había conocido un domingo hermosísimo de sol. ¡Qué hermosa mujer! Alta, elegante, de formas esculturales, de facciones divinas, admirablemente sombreadas por una espesísima onda de denegridos cabellos. Era una de esas hadas en-

cantadoras de que nos hablan los poetas y á quien no se puede ver sin amar con delirio, con frenesí!...

—¡Que se supriman los comentarios!

—¡Está prohibido el lirismo!

—¡No entendemos eso! ¡Que hable en castellano!

—¡Basta de hipos románticos!

—¡Mamarracho!

—Bien, bien; no volveré á pecar, — replicó Teodoro, tratando de contener aquella avalancha de reproches. Después, con mucha calma, prosiguió:

—Pues como decía, durante mucho tiempo luché en vano antes de lograr una sola mirada de aquella niña encantadora. Con modestia, su alma angelical temía corresponder al cariño que yo le ofrecía; y en esos inolvidables instantes en que sentados ambos en un confidente le juraba una vez más mi cariño, mi pasión, mi idolatría, la encantadora mujercita sentía estremecérsele blandamente el pecho, y una divina aurora de su sangre alboreaba en el cielo de sus mejillas...

—¡Esto no se puede tolerar!

—¡Le vamos á pegar á usted cuatro tiros si vuelve á enjaretarnos otra metáfora!

—¡Cursi!

—¡Renacuajo!

—¡Mico!

Teodoro, impasible, prosiguió:

— Tanta constancia, tan acendrado cariño despertaron el dormido corazón de mi encantadora amiga, y una pálida noche de luna — ¡qué hermosísima noche, Dios mío! . . .

— ¡Cuidado, Teodoro!

— Bueno: era hermosísima; ya lo sabemos.

— Suprima los detalles conmovedores.

— Pero, señores, si me interrumpen á cada paso, no podré concluir mi historia. Decía que una noche, en fin, mi niña adorada me otorgó . . .

— ¿Qué? ¿qué? ¡Que lo diga pronto!

— No nos tenga usted en esta dolorosa expectativa.

— . . . nada de malo. Ya les he dicho á ustedes que mi dulce amante es honrada . . .

— ¡Qué horrible palabra!

— ¡Imposible! Ya no hay mujeres honradas . . .

— ¡Basta de chanzas de mal género, Teodoro!

— ¡Sí, señores, lo repito: es una mujer virtuosa! Han transcurrido dos años desde la fecha en que me otorgó la cita á que iba á hacer referencia cuando ustedes me interrumpieron, y tan sólo he conseguido de ella insignificantes pruebas de cariño. Mis más ardientes súplicas, las demostraciones más grandes de amor, las persecuciones de que ha sido objeto por cien adoradores, las promesas, los regalos, las lágrimas, todo, todo ha sido en vano; y ni yo ni

nadie ha logrado vencer á esa mujer preciosa, llena de vida, sedienta de pasiones, arrobadora...

—¡Por favor, Teodoro!...

—... Y después de esta tremenda lucha; después de tantas y tan múltiples persecuciones; después de haber asediado de mil modos á la prenda de mi amor, al cabo he podido lograr una pequeña prueba de su cariño...

—... ¿Y es?...

—¡Una liga!

—¡Mentira!

—¡Falso!

—Ya verán ustedes y se convencerán... Yo, yo solo soy el único que he conseguido ese triunfo. Hubieran ustedes visto el divino rubor que encendió su rostro al entregarme, pálida y conmovida, ese objeto, que se le cayó un día—día inolvidable y glorioso—por casualidad. Temblorosa como cándida paloma, el pecho agitado por la emoción, los ojos llenos de lágrimas y la voz temblorosa, fué cómo mi niña adorada me concedió esa prueba irrecusable de amor, que ningún mortal ha logrado, que nadie hubiera osado pretender!

—¡Nos está engañando como á chinos!

—¡Pruebas! ¡pruebas! ¡pruebas de lo que afirma!...

—¡Ah! ¿dudan ustedes?—replicó Teodoro, gozándose en su triunfo y mirando á sus oyentes con aire de infinita conmiseración. Y entonces, con mu-

cha calma, lleno de majestad, sacó del bolsillo interior de su americana la cartera de piel de Rusia y la abrió. Tomó delicadamente un paquetito y lo desenvolvió.

—¡Vean ustedes, pobres de espíritu! — exclamó, luciendo en su mano una hermosísima liga de seda color verde luz y ornada con un broche de oro con un Cupido en relieve. — ¡He aquí la prueba!

Y ante aquel objeto precioso y artístico, todos los oyentes de Teodoro, todos, sin exceptuar uno solo, exclamaron en coro:

—¡La liga de Lulú!...

¡Inocente!

Á José Santos Chocano.

Era una tibia noche de verano. Violeta, reclinada en su diván, tenía entrecerrados los lindos ojos y estrujaba, con mano distraída, el lazo que ceñía la cintura de su blanco peinador. Carlos, sentado á su vera en una banqueta dorada, la contemplaba con adoración y respeto.

Durante todo el día el calor había abrasado la tierra. Las hojas de los árboles desmayaron sobre sus pedúnculos y su color verde se acentuó á influjo de la savia enardecida. Los rayos solares, horadando el follaje, fueron á quemar la hierba, dejándola salpicada de briznas de oro. Hubo más vida y más amores. Las aves, en sus nidos, lanzaron arrullos perezosos de placer, y los insectos de caparazones color de esmeralda y azul de Prusia, como un enjambre alado de piedras preciosas, se revol-

caron sobre el césped y treparon á los arbustos sacudidos por una vibrante onda de alegría.

En el prado, vestido con su más resplandeciente túnica primaveral, divagó durante las horas somnolientas de la siesta, un tardo gemido de pasión: besos extraviados en la sombra, requiebros entre un lirio y una caléndula, abrazos furtivos de las abejas de oro bajo las cortinas de gro de una amapola. Y en el entretanto, misteriosos pebeteros donde ardían moléculas de sol, quemaban esencias de reseda y madreselva.

Pero ahora todo parecía reposar de aquel delirio de amor, cual si se hubiera agotado la fuerza vital en las horas de la tarde. Una pereza de harem se tendía sobre la naturaleza, bajo la clara mirada de las estrellas. La luna cruzaba en calma el fondo azul del cielo, como una virgen hebrea que se dirige al lecho de su rey. El silencio se hieratizaba á lo largo de los senderos.

Violeta sentía latir sus sienes, palpitar acelerado su corazón, estallar el grito de la sangre en el cauce jaspeado de sus venas. Un sopor extraño, como una garra de terciopelo, la retenía sobre el sofá. No sabía lo que deseaba, ni alcanzaba lo que sentía. Sus labios rojos se obstinaban en el silencio, y sus ojos encantadores—sus ojos de maravillosas claridades—permanecían entrecerrados, dejando caer, por ins-

tantes, sobre el doncel sentado á su lado, un lampo fugaz, húmedo y fosforescente.

Carlos era casi un niño. Rostro ovalado, ojos claros, frente tersa, cabellos rubios, líneas puras y serenas: un arcángel de vidrial. Acababa de salir de la Universidad, donde las matemáticas no habían hecho buenas migas con él. Y en verdad que para un hombre de salón viene á ser lo mismo saber ó ignorar á qué son iguales los tres ángulos de un triángulo rectángulo: con igual garbo se hará el lazo de la corbata y con el mismo *chic* se prenderá una gardenia en el ojal.

Había conducido á Carlos hasta el salón de Violeta un inconsciente amigo; y ella, al par que despedía á éste, había rogado á Carlos que se quedara para contarle sus breves años de estudiante. ¡Se interesaba tanto por esos pobres chicos que se marchitaban, como flores de invernáculo, bajo la ficticia luz del quinqué durante las interminables noches de estudio! Les compadecía muchísimo; veía en ellos unos héroes, casi unos mártires. Y por oirle, no más, le había hecho quedar. Luego, concluído que hubo el joven su relato, se sintió Violeta repentinamente indispuesta. Él quiso ir por un médico; pero la linda mujercita, con un adorable movimiento de su mano de nieve, lo detuvo, declarando que el mal pasaría muy pronto.

Carlos no sabía qué decirle. Sentíase molesto al

lado de aquella mujer hermosa. No quería mirarla, y bajaba los ojos; pero la tentadora imagen, asilándose en su espíritu, le obsesionaba. Al través de sus pestañas, como en un sueño, advertía una cabeza hechicera auroleada por finísimos cabellos; unos ojos húmedos, con la humedad serena de la fiebre; dos labios cálidos, crispados por un suspiro desmayado, y, en fin, un cuello mórbido y blanco que iba á morir en la sombra del descote con suavísima ondulación. Y al mismo tiempo, el perfume enervante que exhalaban las ropas femeninas, llegaba hasta su cerebro y latigueaba su médula.

Quiso levantarse para partir, mas ella le detuvo. ¿Dónde iba? ¿Estaba fastidiado? ¡Cuánto lamentaba no hallarse bien para atenderle y agasajarle! — Su voz grave, de contralto, tenía arrullos de paloma y caricias de seda. Le hablaba en voz baja — como se habla en las horas de las divinas locuras — inclinada hacia él, trémulos los labios y los ojos velados por una niebla de misterio.

Carlos sentíase cada vez más mareado: creía oir los latidos pequeñitos del corazón de Violeta; temblaba bajo el espasmo de su tibio aliento; se sonrojaba sintiendo tan cerca aquel busto firme y soberano que crujía bajo el peinador. Y otra vez se puso en pie para marcharse.

— *Quédate*. . . — murmuró Violeta débilmente, muriéndose, agotada. Pero Carlos se ruborizó hasta el

blanco de los ojos ante la rudeza de aquel brusco tuteo, que era toda una confesión de amor. Creyó haber oído mal, y, por temor de ofenderla, rápidamente, sin reflexionar, sin levantar la vista siquiera, despidióse de la hermosa que en vano retenía en la suya su mano con una presión inequívoca y halagüeña.

Y él huyó como un poseído, saltando de cuatro en cuatro los escalones hasta encontrarse en el medio de la calle, sin atreverse á volver los ojos ni á balbucear una frase; en tanto que allá arriba, la preciosa Violeta se arrojaba sobre su lecho, esta vez sí, sacudida por un verdadero ataque de nervios.

Era una tibia noche de verano.

La desesperación de Lulú

> ... L'enfant malade est douze fois impure ...
>
> VIGNY.

I

Lulú siempre se ríe. Su boca diminuta como un capullo de rosa, se entreabre en la aurora de la alegría mostrando dos hileritas de gotas de rocío; luego una carcajada argentina, fresca y suave, hierve en su garganta y enciende con el más suave color de púrpura sus preciosas mejillas. Sus ojos, como diamantes negros, ríen continuamente con reflejos azulados.

Sólo el placer existe para la delicada Lulú. Su corazón late tan sólo á impulsos de la alegría. Sus manos pequeñas baten palmas continuamente. Y todo

su cuerpo, deslumbrante de blancura, es un himno de pasión y de contento.

La suerte adversa y el dolor no existen para la bella Lulú. Todos los días de su vida, todas las horas, todos los instantes son para ella relámpagos de amor, notas de pasión, juguetonas y rientes carcajadas, burbujas de *champagne* que chisporrotean en un lago de oro. La tristeza no puede herir á la querida niña, y si alguna vez se le ha presentado, ha huido muy pronto avergonzada de haber atentado contra aquella sonrisa de Venus.

Para Lulú son todas las distinciones y favores de una corte inmensa de adoradores. Las mujeres la envidian; las flores, avergonzadas de verla tan bella, se marchitan sobre sus tronos de esmeralda; y, para besarla en los labios, el sol escoge su rayo de oro más sutil y voluptuoso.

Lulú siempre ríe. Su corazoncito no cesó un instante de latir el día en que perdió su primer amor; su cabeza jamás se inclinó pensativa, herida por una venganza de la envidia; su vanidad no se sintió humillada cuando un amante desdeñado cometió el crimen inaudito de decir que Lulú no era cariñosa.

Lulú tenía un jilguero al que quería con locura. Era, tal vez, su única pasión. Dábale de comer el alpiste sobre los labios, y hubiera preferido su propia muerte á la de la linda avecilla. Un día, Micifuz, el gato negro, saltó sobre el pajarito y le dió

muerte. Pues bien: ese día Lulú no estuvo triste; antes, por lo contrario, tuvo un grandioso acceso de risa cuando vió huir de ella al asesino.

Una amiga, y amiga de la infancia, la que más favores le debía, le mintió una vez y huyó con el amante que adoraba Lulú; y al saberlo ésta, no pudo contener su alegría, pensando que si había huido aquella mujer, era por temor á ella.

Una vez corrióse el rumor horrible de que la sencilla Lulú se embriagaba en las cenas con *champagne*, y al llegar la nueva á oídos de la pequeñita hada, la acometió tan fuerte risa, que su doncella creyó por un instante que se iba á enfermar.

II

Una tarde Violeta vió entrar á su amiguita Lulú con las mejillas de nieve empapadas por las lágrimas. Violeta, la preciosa Violeta, sintió que toda la sangre se le agolpaba al corazón.

¿Cómo? ¿Era realmente su buena compañera la que estaba así tan afligida? ¿Era aquella delicada hada, que vertía juventud y alegría á su alrededor, la que ahora tenía entre sus brazos y sentía estremecerse con los sollozos? ¿Era Lulú, Lulú la bella, la adorada, la riente niña?

Algo horrible debía de haberle pasado. Violeta toda estremecida, atemorizada por semejante acontecimiento, no hallaba palabras para consolarla.

—Pero Lulú, sé razonable... no llores así... Vamos, dime qué tienes... Tú sabes que te quiero, que soy tu única amiga. ¿Qué ha podido conmoverte de ese modo?

Y como Lulú siguiera sollozando, sin darle una respuesta, continuó la fiel amiga:

—Vamos á ver, querida mía. Es necesario ser razonable. Confíame tu dolor para compartirle. ¿Has perdido á Roberto?

—No, no,—hizo la cabecita de Lulú.

—¿Has perdido toda tu fortuna? ¿Se te ha injuriado públicamente? ¿Ha muerto tu... madre?

—No, no,—seguía haciendo la bella cabeza de la joven.

Violeta entonces se enojó. ¿Qué podría tener Lulú que la afligiera más que la pérdida de un amante adorado, de una fortuna considerable, de su dignidad de mujer, de una madre, que es el ser más querido? Esto era para concluirle la paciencia á un santo.

—Lulú,—dijo Violeta,—á ver, niña... levanta esa cabeza; dime lo que tienes, ó me resiento contigo...

Y haciendo su voz más amable, más dulce, casi confidencial, prosiguió:

— ¿A su Violeta querida no le dice Lulú lo que así la aflige?

Entonces la pobre llorosa levantó sus ojos enrojecidos y preñados de lágrimas, y con un sollozo inmenso que la ahogaba, entrecortada la voz, murmuró:

—Anoche... estuve en el baile... de...

—¿Y bien?

—Fuí con Roberto...

—¿Y el miserable cortejó á otra?

—¡Yo celosa!—exclamó Lulú casi á punto de lanzar una carcajada.

— Pues entonces...

—Yo iba con un vestido blanco; yo creí estar encantadora; estaba contentísima de mí misma.

—¿....?

—Y Roberto... ¡oh, mi Dios, yo muero de horror!... me comparó... me dijo que parecía... una niña inocente!... ¡Una virgen!...

Y la pobre calumniada, estremecida por semejante recuerdo, cayó ahogada en sollozos en los brazos de su amiguita Violeta.

Sugestión

Á J. M. Vargas Vila.

—¡Qué horror, Dios mío! Ya no se leen bonitas novelas: todas son estúpidas y mentirosas. Ya no tenemos, querida Lulú, ni *Dama de las Camelias*, ni *Pablo y Virginia*, ni *Julieta y Romeo*, ni *Graziela*. Hoy todo es cieno, sangre, miserias, degradaciones. Hoy esos señores inicuos que se dicen novelistas, nos hacen á nosotras, las mujeres, más malas de lo que somos; nos presentan como unos monstruos de corazón corrompido, y no ven en nuestros actos más que falsías, torpes mentiras y cálculos arteros. ¡No conciben nuestra belleza ideal y nuestras formas esculturales sino como un hacinamiento brutal de carne!... ¡Esto es detestable! ¡esto es un verdadero horror! ¿No hay, pues, leyes contra la procaz calumnia y la infamia vil? Te digo, mi buena Lulú, que debiera llevarse á la hoguera á

todos esos señores que se llaman Zola, Bourget y Maupassant... Es una plaga, querida... ¡Qué quieres!... Esto me subleva...

—Pero, ¿qué es ello?—interrogó la linda amiga de Nina, profundamente consternada con la acusación que se hacía á la literatura.— ¿Qué tienes hoy, pícara mujercita, para emprenderla así con los novelistas? ¿Te han ofendido, acaso?

—Justo. Y no sólo á mí, sino también á ti, y á nuestra común amiga Lisa, y á Violeta, y á Irma, y á todas las mujeres, en una palabra.

—Explícate, no entiendo bien.

—Oye y verás. Creo que hace dos días...

—¡Dios mío! ¿cómo voy á acordarme de lo que he hecho hace dos días?...—en fin, hará dos días, ó tres, ó los que sean, ¡qué sé yo!... Arturo se olvidó en mi alcoba una novela francesa. Tú sabes lo distraído que es ese adorable muchacho para cualquier cosa que no tenga relación conmigo...

—Suprime los paréntesis ó de lo contrario creeré que eres un incipiente orador parlamentario.

—Pues bien: en la efusión de la despedida, mi buen amigo no recordó que dejaba un libro horrible sobre mi psiché...

—¿Versos de algún romántico con más cabellera que un cometa?

—No, Lulú, algo peor. Pero déjame proseguir. Así que partió, volví á mi habitación para poner-

me bonita... Ya sabes tú: tenía que retribuir su visita á una amiga...

—Ya, ya; adelante—murmuró Lulú con fugitiva sonrisa.

—...á una amiga, no te rías... ¿Y qué veo? Pues... la novela en cuestión. Como tenía precisión de ver á esa amiga...¿sabes? había dado palabra ..

—Sí, sí; adelante—repitió Lulú indulgentemente.

—No podía faltar, por supuesto. Dejé, pues, el libro dentro de un cajoncito del velador, y ¡abur!... Cuando volví...

—De casa de tu buena amiga...

—De casa de mi buena amiga, estaba fastidiada grandemente ...

—Acontece.

—...y no sabiendo qué hacer... ¡toma!, me dije, veamos el libro ése que se olvidó Arturo. Y ahí me tienes engolfada en la lectura de *Suggestion*, novela de un tal Nizet, me parece... Pero, ¿podrás creerlo, Lulú? ¿No pretende ese monstruo de autor que su protagonista... ¡qué sé yo cómo se llama!... hipnotiza ó sugestiona, ó algo así por el estilo, á una dama que va de viaje en el mismo vagón de ferrocarril; y lo que es más, le ordena que le ame á él, que le adore con frenesí, sea su esclava, y hasta me parece le manda que se le entregue por querida? ¿Te has imaginado tú, hermosa niña,

algo semejante? Por supuesto, no continué leyendo tamaño disparate...

—Escucha...

—No, espera; voy á terminar. No concluí de leer la novela, pero cuando Arturo volvió á verme, le interrogué respecto del desenlace. ¿Y sabes lo que me contestó? Oye: que la sugestión se llevó á feliz término; que la dama obedeció todo lo que quiso mandarle el agente viajero que la hipnotizó; que, al fin, por una nueva sugestión, y deseando deshacerse el hombre de su amante, la hizo suicidarse... ¿No es esto, repito, una mentira atroz, infame, colosal?...

Y Nina se echó hacia atrás en su hamaca, roja de indignación.

—Escucha, querida mía,—dijo entonces Lulú.—Es que tú no has...

—¿Qué? ¿Acaso vas ahora á defender tales infamias? ¿Pretenderás decir que nosotras si sucumbimos—¡una palabra inventada por la fatuidad de los hombres!—es contra nuestra voluntad? ¿Dirás, por ventura, que somos simples máquinas que se manejan, así, á voluntad, como se quiera?

—Óyeme un poco, Nina. No te exasperes de ese modo. Déjame explicarme.

—No, si no me exaspero: me río como las colegialas que creen al pie de la letra esos cuentos. ¿No ves?

Y toda roja aún por la ira, los hermosos ojos encendidos por rápidos efluvios de luz, los labios como bulbos de sangre, agregó:

—Habla, pues; ya te escucho.

—Quiero decirte que estás equivocada. Eso que me cuentas puede ser cierto. Yo, que te hablo, he sido víctima de algo muy parecido...

Nina abrió su diminuta boca como para decir algo, y quedó así cortada, estupefacta, con los ojos llenos de asombro.

—¿Te admira, verdad? Pues, niña, es cierto lo que oyes. Yo he sido víctima de una de esas infamias.

Y como su joven amiga pareciera no comprender aún, agregó:

—Verás tú. Creo que conoces á Ricardo. Es un joven adorable, uno de esos hombres con quien se han de pasar, forzosamente, momentos deliciosos; pero á los cuales — pese á su bondad y belleza — no se ama sino como á un amigo. Hay más aún. Habiendo sido, tiempo atrás, el amante de nuestra encantadora Lisa, no quise nunca aceptar los obsequios con que él, de continuo, empezó á asediarme. ¿Qué hizo entonces él para vencer mi natural honradez? ¡Ah, el infame! Cuando más confiada estaba yo, creyendo que en él había muerto ese capricho y que ya no veía más en mí la mujer ardientemente deseada... ¡me hipnotizó!... Sí, mi buena Nina; me durmió, así, á distancia, mirándome fijamente...

Nina, admirada, llena de pavor, escuchaba temblando á Lulú.

—... Y después de dormida, me ordenó que le amara, que no pensara más que en él, que fuera suya, en fin!...

—Concluye,—dijo brevemente Nina.

—Pues bien: cuando desperté, creí adivinar lo que había hecho Ricardo, y me dije: «Lulú, no cejes. Esta noche, en vez de quedarte en casa esperándole, como él te lo ha ordenado, vete á casa de tu amiga Violeta, y allí estarás en salvo.» Dicho y hecho... es decir, ahora verás. Llega la noche, me visto apresuradamente y salgo. Pero, ¡oh fuerza sobrenatural y misteriosa! En vez de ir hacia la casa de mi amiga, como tenía resuelto, mis pasos se dirigen á otro lado. Yo no sé bien... pero algo ajeno á mi voluntad me guía. Y camino, camino siempre con locos deseos de llegar al nido encantador de Violeta, y entretanto, un poder sobrenatural me arrastra, me arrebata, conduciéndome á otro lado. De pronto me detengo... ¡Dios mío! ¡estoy frente á la casa de Ricardo! ¡Esto es horrible! Pero yo no estoy durmiendo; ¡yo no quiero ir allí! Y sin embargo subo... Entro en la pieza y no veo á nadie... ¡Es claro! Ricardo estaría en mi casa esperándome... ¡Qué chasco! Entonces la alegría me hormiguea en el cuerpo. «¡Soberbia broma!» me repito una y otra vez; «él me esperará allá toda la

noche, mientras yo me guardo de él en su misma casa.» — Con esta reflexión, no puedo contenerme más y salto por toda la habitación como una locuela. Ahora sí estoy segurísima de que él se encuentra en mi casa. El reloj del velador señala media noche y un cuarto... Y como no he de quedar toda la noche levantada, acuéstome en el mismo lecho de Ricardo...

Lulú se interrumpió un instante para observar si la lluvia había cesado, y prosiguió después de este modo:

— Pero, he aquí que cuando más encogidita estaba entre las sábanas del lecho, se abre la puerta... ¡Oh, qué abominación!... Es él, él que entra sonriendo y me dice: — «¿Me has esperado mucho, querida mía? Te indiqué las doce para la cita, pero un grave asunto me retardó un cuarto de hora... Perdóname, Lulú mía.» — ¡Ah! ¡Es que yo había comprendido mal! ¡Era á su casa precisamente á la que Ricardo me había ordenado venir! ¡Y yo, ¡inocente de mí! que creía huirle abandonando mi casita! Pero lo peor, Nina mía, es que, á pesar de no querer estar yo allí — ¡oh poder inmenso y misterioso! — le dije con voz breve y suplicante:

— Ven pronto, mi amor... ¿por qué has demorado tanto?

Lulú calló de nuevo. Un gran silencio se hizo después de sus últimas palabras. Después, Nina, dudando aún, preguntó:

—¿Y crees tú que Ricardo tenga esa fuerza terrible sobre cualquier mujer?

—Estoy convencida de ello.

—¡Pobre amiga mía!—dijo entonces la delicada Nina;—has sido víctima de una sugestión... Pero, dime... quisiera conocer á ese Ricardo... ¿Podrías tú presentármelo?

El fruto prohibido

> «Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto comerás;
> Mas del árbol de ciencia de bien y de mal, no comerás de él; porque el día que de él comieres, morirás.»
>
> Génesis: *Cap. II, 16 y 17.*

Irma, muy sencilla dentro de su traje negro, confesaba sus pecados. Una gran calma desmayaba por los desiertos patios del templo, y espesas sombras dormitaban en los huecos sagrados de los altares. Aquí y allá algunos cirios chisporroteaban su luz amarillenta y cadavérica, llorando lágrimas de cera para ofrendar la divinidad. De las altas bóvedas caía un silencio imponente que hacía hablar bajo, con trémulos cuchicheos, á seis ú ocho mujeres que oraban en la nave principal. Á la derecha, en un altar monitísimo, San Roque se dormía sobre su báculo. Á la izquierda, otro altar consagraba la pa-

sión del Cristo. Estaba éste en la cruz, el cuerpo cubierto de heridas sangrantes y amoratadas, la hermosa cabeza caída sobre el pecho, apenas velada por el dolor y los ensortijados cabellos. Era la hora de su muerte. En el fondo del cuadro, sobre la ciudad maldita é incrédula, las sombras se apretaban furiosas, llenando todo el cielo, y rasgadas, á la izquierda, por la línea fulgurante del rayo. Al pie del altar se aplastaban sombras y misterios. Las flores de oropel colgaban secas y marchitas. Las luces parecían haberse apagado ante el soplo poderoso del viento del desierto. El triste silencio de la muerta Galilea sollozaba sobre el mantel sagrado, de una blancura de sudario. A la derecha del cuadro, la madre del Dios-hombre lloraba su inmensa tristeza.

Pero desde arriba, por entre los vidriales historiados, un rayo de sol se deslizaba furtivo para venir á besar la frente de Jesús crucificado. Era un rayo amaranto, casi de oro, tibio y tembloroso, cargado de poesía y perfumado de mirra é incienso. Purísimo y acariciador, ceñía en su descenso palpitante, las sienes del Redentor, tejiéndole una corona de gloria. Y entre las sombras que envolvían por doquiera el sagrado recinto, parecía aquel rayo de oro la apoteosis del sublime mártir, el beso de luz que, desde el fondo de los cielos, depositaba el Eterno sobre la pálida frente de su divino Hijo.

Precisamente al lado de este altar confesaba Irma sus culpas. El rostro lloroso, conmovido el pecho, las manos juntas en mística actitud, arrodillada ante la rejilla del confesionario, ¡cuán bella estaba la desolada pecadora! De sus grandes ojos negros apenas percibíase un perdido rayo enredado entre los arcos sublimes de sus pestañas. En sus labios breves, heridos con el carmín del Deseo, temblaban los sollozos de su garganta. Las albas mejillas de aquella Magdalena se teñían de rubor al confesar sus faltas. Y su corazón inconstante, ese corazoncito que ambicionaban tantos mortales, latía apresurado bajo la bata de seda negra.

Había ya concluído su confesión, y el padre la aconsejaba ingenuamente. Ella, muy inocente y tranquila, formulaba cuestiones. Y como algo pareciera persistir en su conciencia, á pesar de los argumentos de su confesor, éste pareció ponerse grave y enojarse.

—Óyeme, hija mía. Te hablo en nombre de la salvación de tu alma. Teme el castigo de Dios si no escuchas mis palabras. Eres una niña y yo un ministro del Señor. Sigue, pues, mis consejos: no ames á los hombres, olvídalos, desprécialos.

El padre Jerónimo debía estar muy resfriado, porque, por momentos, una tos ronca y brusca brotaba del fondo de su pecho y llenaba de pavor las naves silenciosas del templo.

—¿Sabes tú lo que es un hombre, pobre niña? —proseguía el santo varón.—Un hombre es el ser más malo de la tierra. Compáralo contigo y dime después si tú puedes amarlo. Escucha: tú tienes un alma dulce, pura, llena de celestes ensueños y de purísimas ambiciones; el hombre la tiene de barro, corrompida, llena de serpientes y repleta de maldades. Tú tienes un corazón sensible, que late con candor y quiere con amor puro y verdadero; el hombre le tiene amasado de sombras y picardías y no late sino por sensualismo y no quiere sino por orgullo y amor propio. Tus pensamientos son castos, tus sueños angelicales, tus deseos nobles y elevados; los pensamientos del hombre son materiales y rastreros, sus sueños son la sombra de los siete pecados capitales, sus deseos los más inmundos y tenebrosos que puedan imaginarse.—Dime, ahora, desdichada joven, ¿puedes unir, al de un hombre, tu pensamiento, tu corazón y tu alma? ¿No te horroriza ese abominable consorcio? ¿No caen tus encantados ensueños ante este verdadero y sapientísimo paralelo?

Los ojos de la bella pecadora, vueltos un instante hacia su padre espiritual, tenían tal mudo reproche, que los labios no tuvieron tiempo de formular una observación tímida. El sacerdote hablaba otra vez.

—Pero aún hay más, hija mía. Tu inocencia, tu

candor son armas de que se vale Satanás para tentarte. Yo te conjuro á que me oigas, porque yo soy la palabra de Dios.

Y después de toser nuevamente con esa su tos ronca y brusca, prosiguió el buen padre:

— Aun te haré notar un mayor abismo que existe entre ti y el hombre. Tú eres una flor delicada y hermosísima, suave y perfumada, débil y amorosa; el hombre es una dura espina, mala y fea, ordinaria y pestilente, brava y rencorosa. Tú tienes cabellos de seda, él de puerco espín; tú, labios rojos y virginales, él, pálidos y gastados por el placer; tú, ojos inocentes y que sólo ven la poesía, él, terrenales y que sólo buscan la carne; tus oídos sólo oyen los coros divinos, los de él, el ruido del oro y el de la orgía. Tu cuerpo es frágil y delicado como un cristal, el del hombre duro y tosco como barro macizo; tus miembros son esculturales, los de él feos y disformes. Tu piel es satinada, la de él rugosa; tu cara es suave y finísima, la suya es dura y cubierta de horroroso vello. Dime ahora, joven ciega é incauta: ¿puedes unir al de un hombre tu hermoso rostro, tu cuerpo escultural, tu piel delicada? ¿No te espanta esa unión tan horrible y detestable? ¿No caen tus sueños de virgen ante este espeluznante y justo paralelo?

Los ojos de Irma sonreían picarescos, cual si dijeran á su padre espiritual que estaba engañándo-

los. Y sus labios no tuvieron tiempo de formular, no ya una réplica, sino una observación. El sacerdote hablaba otra vez.

—¡Oh! La negra serpiente del paraíso te murmura al oído, pobre hija mía, mientras yo te hablo. No la creas: ella es el demonio; yo, tan sólo yo, tengo en mis labios la verdad.

Y esta vez el golpe de tos que le acometió fué más grande y tenebroso. Escupió casi con furia, pisando el esputo cual si escupiera y pisoteara al mismo Lucifer. El silencio se encontró todo estremecido de miedo. Los ecos dormidos del templo despertaron azorados, repitiendo con pavor aquella tos. Después se hizo otra vez la calma, y el sacerdote continuó en voz muy baja, pero más ronca aún.

—Hay más, hay más horrores todavía. Yo quería callarlos, hija mía; pero es necesario descorrer el velo de tu inocencia y hacer descender al fondo de tu alma la luz divina de la verdad. Escúchame, pues. Tú has sentido ó sientes ó sentirás amor; ese amor puro y celestial que enciende en alegría el corazón y en dulcísimos ensueños la mente. La imagen adorada flotará en tus recuerdos, te seguirá en el rodar continuo de los días, inundará de luz, plácida y tranquila, la soledad de tus noches. Tu corazón sentirá extrañas sensaciones, inusitadas quejas, repentinas alegrías. Tendrás horas sonrientes, horas de opresión y tristeza. Sonreirás feliz al lado de tu amante y

llorarás ausencias de amor. Tu vida será poca para consagrarla al culto de tu amado, y tus pensamientos no tendrán otro norte que él, ni tus labios otro nombre que el suyo, y tu corazón más latidos que los que él despierte en ti. Soñarás entonces con vivir á su lado, amante y querida, los dos solos, muy juntos, embelesándote con sus palabras de amor, realizando tus más dichosos sueños de virgen. Ahora, escucha lo que siente y piensa él, el hombre. Nada de amor, nada de sueños, nada de poesía. El torpe materialismo es su ideal, el sensualismo su medio y su fin. Pensará en que tú tienes un rostro bonito para llenar de besos, un seno robusto para amamantar tus hijos, un cuerpo virgen que satisfaga la sed de sus sentidos y le dé á su sensorio gastado el placer que ya no encuentra en noches borrascosas de desenfrenadas orgías. Pensará en ti cuando esté á tu lado, si es que al tomar entre las suyas tus manos blancas, no está pensando en la mujer que, á la pálida luz de una lámpara, amó la noche antes. Lejos de tu lado, cortejará la primera mujer que encuentre, ó hablará de caballos, ó de caza, ó de gimnasia con los amigos, ó jugará grandes sumas de dinero en el club. Tu imagen no flotará en sus sueños sino como imagen de impureza capaz de saciar sus brutales apetitos. Su corazón no se tomará el trabajo de apresurar sus latidos al estar cerca de ti, ni sentirá horas de opresión y tristeza por

no verte. Y su vida será toda para el mundo y sus placeres, menos para ti; sus pensamientos, cuando á ti los vuelva, serán para pedirte goce brutal ó para descubrir la primera arruga en tu frente y la primera cana en tus cabellos; su corazón latirá tan sólo para forjar mentiras y falsías y desengaños. Soñará entonces con abandonarte, después de haberte perdido, disgustado de tus encantos después de haberse saciado de ellos, odiando hasta el eco de tu voz, no habiendo logrado realizar ningún hermoso sueño porque su corazón es de lodo infecto y su cerebro de excreciones pútridas y malsanas. Compara, hija mía: por una parte, un amor puro é ideal; por la otra, el vicio, la carne, el placer inmundo y bochornoso . . .

El padre Jerónimo calló. Irma, desde hacía breves instantes muy pensativa, tenía inclinado el rostro sobre el pecho. ¿Serían así, en realidad, los hombres? ¿Buscarían solamente el placer? Y este mismo placer, ¿qué era? ¿por qué le buscaban los hombres? ¿por qué merecía tal odio del sacerdote? El placer, un don natural de la naturaleza, fruto de nuestra misma constitución, ¿merecía este rudo ataque que le dirigía el confesor?

Irma salió lentamente del templo. Su frente se inclinaba pensativa, como una azucena doblegada por el rigor de los soles. Era evidente que las palabras severas del padre Jerónimo habían levantado en el

fondo de su alma un revuelo de remordimientos. Acaso en aquel minuto supremo, las blancas palmas de la virtud florecían en el altar de su conciencia. ¡Qué inmenso triunfo para el buen padre haber conquistado un ángel más para los cielos!

Andando siempre, llegó al cupé y subió en él. El lacayo, muy derecho dentro de su librea, y el alto sombrero en la mano, esperaba junto á la portezuela.

Irma tuvo entonces una imperceptible sonrisa y ordenó brevemente:

— Á casa de Roberto.

Desmemoriada

Á Froilán Turcios.

—¡Oh, me acusas y me injurias!—exclamó Irma, irguiéndose como una serpiente de oro bajo la planta que la ha herido.—¡Así correspondes al inmenso cariño que siempre te he profesado! ¡Y eres tú el que ha recogido en los jardines de mi amor las flores más luminosas de mi alma; tú, el que ha bañado su espíritu en las piscinas de mis ojos para sorprender la ninfa misteriosa que duerme en su seno; tú, el que en las horas de delirio, has bebido la miel de mis labios en la roja colmena de mi boca, eres tú el que me ofendes con viles sospechas y torpes acusaciones! Está bien: todo terminará entre nosotros. Nos separaremos. Nos iremos lejos el uno del otro. Las aves que realizaron un ensueño prodigioso en un nido que era el trono del Amor, rayarán el cielo en opuestas direcciones, y todo será desvanecido. Caricias, besos, dulces memorias, todo, todo es polvo, todo es nada, y una

pequeña ráfaga dispersará todo eso que constituyó un día la luz, la alegría, el perfume y el poema de dos existencias...

Las lágrimas asomaron á sus ojos. Alfredo sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Óyeme, Irma. No es el vano prurito de acusarte; no es el deseo de romper una unión que ha sido mi única felicidad en la tierra, la que me ha hecho llegar hasta ti airado. Dos años hace, apenas, que me ví precisado á partir, y al volver...

—Sí, sí; ya lo he oído: al volver te han enterado amables amigos de que te había engañado con Roberto...

—¿Cómo? ¿Con Roberto?

—No, espera... Quiero decir con Carlos...

—¡Dios mío! ¡Carlos también!

—No, tampoco... ¿Ves tú, Alfredo mío, si soy desmemoriada?... No recuerdo... ¿Será Lauro, acaso?...

—Pero, di, por Dios, esos nombres...

—Esos nombres, esos nombres,—exclamó triunfante Irma;—esos nombres evidencian que soy inocente... Si yo te hubiera engañado, ¿crees tú que no recordaría el nombre de mi amante?

Alfredo no pudo, esta vez, cerrar los ojos á la razón, y sus labios otorgaron el perdón que demandaban los labios de Irma.

En la siesta

Á Casimiro Prieto.

Era toda una explosión de colores llameantes: rojas margaritas, á millares, salpicaban como gotas de sangre el tupido césped que alfombraba el suelo, y florecitas azules, lilas, amarillas y blancas, como aristas del iris, teñían los dorados pastos de formas raras y caprichosas. Las mariposas de alas de pedrería volaban entre las flores como pedacitos de nácares encendidos. Algunos extraños insectos de caparazón azul turquí ó del más fulgurante color de esmeralda, trepaban perezosos por los cocuyos y nelumbios. El ambiente era tibio y perfumado como la alcoba de una amante encantadora. Era la hora de la siesta.

—¿Quieres? ¿Nos sentamos ahí?

Y mientras tal decía, sonreíame tan pícaramente con sus dos ojazos, más negros que un sueño sin

visiones, que ambos caímos sobre el césped. Allí, mientras arrancaba con sus blancos deditos los yuyos y las flores, empezó á contarme, con su voz de notas más rubias y alegres que un enjambre de abejas, tranquilos idilios de su infancia, que parecía entrever al través de su triste existencia como un girón de azul en todo un horizonte preñado de nubes. Hablaba mi Lisa de una manera infantil, dulce, acariciadora, con vagos arrullos de paloma, casi sin fijarse en lo que decía, olvidada de todo.

En torno nuestro la tierra entonaba un himno de pasión. Ruborizadas, sacudían las margaritas de terciopelo sus agudos pétalos, que los picarescos silfos cuajaban de besos; las mórbidas caléndulas se movían voluptuosamente en un último espasmo de amor; los aristocráticos nenúfares cimbraban el talle haciendo elegantes saludos á las desnudas ninfas que jugueteaban en el agua del arroyo; sangrientas amapolas, brotadas allí quién sabe por qué misterioso acaso, clamaban por los amores frenéticos del trópico, y hasta las flores de los junquillos parecían tener un perfume más incitante y lascivo. Y en torno de esa trepidación de fuego, meciéndose sobre toda esa onda de infinito placer, de espasmos hieráticos y mal contenidos deseos, los insectos de antenas plateadas y túnicas escarlatas con élitros resplandecientes y vibradores se perseguían los unos á los otros extendiendo sus alas de tul bordadas con luces mul-

ticolores, mientras las mariposas, cargadas de joyeles, se abanicaban fatigadas sobre el borde de las rosas, y los pájaros de ojillos vivaces, como piedrecitas de ónix, apenas empezaban un canto que se terminaba en un pío somnoliento de placer.

Abejas de oro, rubias como un rayo de sol, volteaban en el aire con un zumbido continuo y adormecedor, escribiendo en el aire con sus giros enigmáticos extrañas leyendas ignoradas por el hombre. En torno de un salvaje sarandí, una miriada de microscópicos insectos, hijos de la hierba, pululaban como polvo de luces esmeraldas.

Los ojos negrísimos de Lisa — ¡oh, los ojos cargados de belladonas enervantes! — miraban aquella naturaleza tropical que celebraba, en las horas de fuego del verano, su gigante connubio bajo la inmensidad del cielo azul y despejado; en tanto que su seno temblaba bajo la túnica de batista, como vívida luz dentro de globos de alabastro. Embriagábase con aquel zumbido de los insectos que rielaban el aire, con aquellos perfumes del polen que fecundaba el seno de las flores, con aquella extraña sinfonía que cantaban las hojas de los árboles centenarios, los rápidos aleteos de los pájaros y los chispazos de sol que se clavaban revibrantes sobre las piedras del camino.

Ahora eran sus palabras más dulces y melancólicas, y brotaban las frases de sus labios — de sus

labios rojos como brasas de incensario — perezosamente, con modulaciones graves, con lentos intervalos llenos de caricias, con una elegancia de virgen que se desvanece. Su mirada se bañaba en la humedad divina de la pupila y desmayaba entre los tendidos arcos de las pestañas con ligeras escintilaciones de estrella lejana.

Teníala reclinada contra mi pecho, y, al través de sus negros cabellos, que caían en desorden, veía sus manos nacaradas, de afilados deditos con uñas de rosa y nieve, deshacer un junquillo sobre su falda.

De pronto una víbora, como una joya venenosa, cruzó rápidamente entre los pastos.

— Ven, Raúl — me dijo; — bésame ... ¿Me quieres?

Y era su acento tan amante, tan lindo, tan rumoroso, que le contesté entregándole todo mi ser en un beso:

— No, mujer ... ¡qué he de quererte!

Levantó hacia mí sus grandes ojos, los pórticos divinos de su alma; hizo una encantadora mueca cual si fuera á llorar, y...

— Sí, ya lo sé: tú no me quieres — replicó con infinita tristeza.

— ¡Bah! No llores, Lisa ... ¿no ves que es broma?

Y cuando, para desagraviar á mi niña encanta-

dora, al ángel que es toda la gloria de mi corazón, la única dicha de mi vida y la única esperanza que aun vive en mi mente, le cubría la nuca perfumada, el rostro hermosísimo y los ebúrneos brazos con una lluvia de besos y caricias, balbuceando frases de amor y pidiéndole de hinojos su perdón, clavó ella sus límpidos ojos en los míos y me dijo más seria y más bella que nunca:

—¡Tonto! ¿Y tú crees que yo te quiero?

Día de sol

Á Numa Pompilio Llona.

Sacaba el mar de su lecho, engarzado de perlas y corales, sus níveas sábanas de arena para extenderlas á secar sobre la playa. El sol vertía sus más blancos efluvios, y sobre la cresta de las olas, que semejaban ramilletes de jazmines y lirios, deshacíalos en todas direcciones, asaeteando el espacio con una claridad refulgente y dando á las aguas el tono de un mar de hielo.

Había allí un derroche de tonos blancos que cansaba la vista y entontecía el cerebro. Sobre el azul pálido del cielo, bordaban algunos cirrus, con su algodón de nieve, caprichosas siluetas de dragones y quimeras. La tibia luz del sol daba á cada molécula el aspecto de un diminuto cristal, de bien talladas facetas, que dispersaba los rayos luminosos con una intensidad poderosísima y una blancura de icefield.

La misma arena de la orilla, sin un pliegue, sin una sombra, se extendía, temblando de calor y sudando vapores blanquecinos. Algunas gaviotas, como girones de espuma arrancados por el viento al penacho de las olas, se alzaban de pronto de aquel espejo radiante de claridad y volteaban en el espacio con una voluptuosidad que hacía soñar con las almeas de Tebas.

El ambiente era tibio é invitaba al reposo; apenas un perezoso vientecillo jugueteaba, escondiéndose tras los pinos de la playa. El aliento salobre de las aguas, ese penetrante olor de marisco, embalsamaba la atmósfera y en tenues ondas corría á perderse en el lejano horizonte.

Nina caminaba lentamente al lado de Roberto, cubriendo su hermosa cabeza con una sombrillita que parecía un hongo cuajado de nieve.

El enamorado galán se detuvo de pronto y miró fijamente á la seductora niña. Ella también detuvo sus pasos, y algo extraño que la cohibió hubo de notar en la mirada de su gentil compañero, porque bajó la vista apagando su mirada de fuego bajo el arco sombrío de sus pestañas.

Él la hablaba dulcemente al oído, con un murmullo más dulce que el rodar de las olas sobre la playa; y las frases brotaban ardientes, apasionadas, de sus labios, para ir á reclinarse, llenas de alegría, en el corazón de Nina. ¡Oh! ¡qué dulce melodía la

que vibraba en la honda calma, bajo aquel cielo resplandeciente de luz y de pureza! ¡Cuán queridas eran aquellas notas que caían con un susurro misterioso en el oído de nieve de la niña y que temblaban llenas de miedo, cual si temieran rozarla con sus alas de cristal! Y el mancebo seguía hablando, cada vez más apresurado, más ardiente, los labios temblorosos, pálido de amor...

—¡Oh! no, no... ¡Dios mío!—exclamó Nina sintiendo subir á su rostro el rubor.—¡Un beso!... aquí... me moriría de vergüenza...

—Querida Nina...

—¡Que no! ¿Oyes?—dijo la hermosa.

—Pero ahí, en el cuello—insistía él con enamorado acento.

Nina se retiraba, le huía toda enrojecida. Entonces él se exasperó, y en su despecho de amor, fué brutal:

—Sí, ya sé—murmuró,—tu pecho no late ya con el amor... eres vieja...

¡Oh! ¡cómo tembló la niña ante aquel ultraje! ¡Ella vieja! ¡Y tal mentira podía quedar en pie! ¿Y lo permitiría su dignidad? ¡No, y mil veces no!

Y entonces Nina, pálido el rostro hasta vencer en palidez á la muerte, se llevó ambas manos al pecho y todo lo desgarró. Saltaron los botones de la bata, los broches del corsé, rasgó su riquísima camisilla.

—¡Mira si soy vieja!...

Y entre la blanca camisa, reventada en ondas de espuma, surgió su pecho poderoso que se esfumaba en una curva imposible al llegar á su cuello de garza somnolienta, mientras sus dos senos, duros y apretados, parecían inmensas flores de luz.

Las aguas se alzaron admiradas para verla, y en medio de su resplandeciente lumbre, el sol palideció vencido por Nina.

La fugitiva

«... être avertie du temps c'est être ramené dans la vie. »

CATULLE MENDÈS: *Lila et Colette*.

—¡Oh! querida Lulú. Siento el frío del cansancio dentro de mis venas. Ya no puedo resistir más al deseo de irme lejos de esta ciudad, de olvidarlo todo: los paseos, el teatro, los bailes. Quiero huir sola, sin amante ni amigo, para ocultarme en cualquier lado, en un rincón de nuestra hermosa campaña. Figúrate, querida... una casita rústica, solitaria, un lecho de paja y una comida frugal en vez de nuestros lujosos hoteles, de nuestras voluptuosas camas de sándalo y de estos banquetes que iluminan el resplandor de cien bujías y el brillo de nuestros ojos. Seductor, Lulú, divino, ¿verdad?...

—¿Pero, qué es ello?

—¿Cómo? ¿No te lo he dicho ya? Escúchame.

Quiero ser virtuosa, borrar todo mi pasado, tejerme un porvenir risueño y tranquilo, con horas de calma dulcísima, como aquellas de la infancia que enhebraron mi existencia de fragantes azahares. No más, Dios mío, esas noches de tempestuoso amor que embriagan los sentidos y languidecen nuestros miembros. No más reuniones, ni teatros, ni bailes, donde nos murmuran al oído temblorosas palabras que hacen vibrar dulcemente nuestros pechos. No más esas efusiones ardientes que matan el organismo y nos dejan pálidas como lirios enfermos en los brazos de nuestros amantes. No más esas horas tropicales de pasión en que el alma siente los rumores y delicias del perdido Edén... Nada, nada. Quiero cambiar de vida; quiero ser otra.

—¿Y desde cuándo has tomado esa resolución, querida Violeta?

—¡Oh! Mucho tiempo ha que pienso en ello. ¿Qué? ¿No lo sabías? Siempre ha sido mi sueño dorado, el anhelo más grandioso de mi alma vivir lejos de la ola mundanal, en medio de la soledad de nuestras queridas campiñas, teniendo por único lecho la perfumada yerba de los prados virginales y por techumbre el espléndido azul de nuestro cielo. Calcula, amiga mía... En vez de esta vida agitada, repleta de alegrías nerviosas, otra vida llena de goces tranquilos; en vez de estas noches de fiebre y de amor, otras pálidas y serenas, en las que se

duerme, bajo los callados sauces, á orillas de un perezoso arroyuelo, mecida, no por frases ardientes y apasionadas, sino por el murmullo de la hojarasca . . .

—¡Ta! ta! ta! Romanticismo, Violeta.

—Y bien, romanticismo si quieres; pero mil veces mejor que esta existencia que arrojamos, como princesas opulentas, á la nada, entre copas de *champagne* y argentinas carcajadas. Al fin, mi buena Lulú, estoy cansada de verme asediada por tantos amigos . . .

—¡Ah!. . . Violeta. Esto es ya distinto: así estoy conforme contigo. Yo también he pensado en ello; pero, por más esfuerzos que he hecho, no he podido hallar un medio para huir de sus seducciones. No he resuelto el problema de mi tranquilidad. Por otra parte, ¡son ellos tan buenos, tan amables! . . . ¿Cómo verles morir de amor sin prestarles el calor amante de nuestro seno y acercar á sus labios sedientos el ánfora divina de nuestros besos? ¿Cómo no tejer en torno de sus pálidas sienes las guirnaldas del amor, si tenemos en nuestra alma la eterna primavera de la vida? Sería menester no tener corazón . . . Sí, mi dulce Violeta, ha tiempo que busco el modo de quebrar estos lazos —divinos, por otra parte, —pero que matan el alma y nos dejan pálidas y exangües en los brazos de nuestros amantes, como azucenas tronchadas.

—Pues bien, Lulú; si piensas como yo, si tú también suspiras por la quietud, si buscas tu libertad... sígueme.

—¿Y no has hallado otro recurso menos cruel que éste de cambiar violentamente de vida? ¡Es tan duro!...

—Ninguno, Lulú.

—Espera. Ha poco, antes de llegar tú, pensaba en lo mismo, y creo que encontraba algo. Déjame meditar un instante; reuniré ideas...

Violeta examinaba á su amiguita. Lulú, la hermosísima Lulú, tenía inclinada su cabecita de hada y parecía un esbozo de Botticelli.

—Oye... —dijo después de breves instantes,— sí, creo que será lo mejor... Veamos qué te parece mi idea. Nada de partir á otras regiones para ocultarse en la soledad de nuestras campiñas y buscar, en cambio de nuestras voluptuosas camas de sándalo, ese lecho de perfumadas hierbas tendido á la sombra de los callados sauces y adormecido blandamente por el murmullo de la hojarasca... Nada de abandonar nuestros hoteles y estos banquetes deslumbrantes iluminados por la luz de cien lámparas, entre el reverberar de las flores y la argentería. Nada de rehuir los bailes y teatros y *soirées*, por buscar esas noches tibias y serenas en las que las estrellas enhebran sus impalpables rayos entre las ramas de la selva dormida, como telas de

araña luminosas... Lo que debemos hacer, lo que yo te conjuro que hagas, querida mía, es cansar á nuestros amigos.

—¿Cansarlos?

—Sí, cansarlos. ¿Por qué nos solicitan? ¿por qué nos persiguen? Porque nosotras, antes de darles nuestro amor, nos hacemos de rogar, empleamos coqueterías encantadoras, nos hacemos más y más deseables. Pues bien—y Lulú se animaba poco á poco,—entreguemos á todos y pronto y á menudo las flores enervantes de nuestro amor; colmemos la dorada copa de sus deseos con el néctar divino de nuestros labios; hartémosles de inenarrables horas de pasión, de caricias embriagadoras, de murmullos misteriosos, de suspiros y palabras, y por tal modo la nieve del hastío caerá sobre el jardín de sus ilusiones, y, sin marcharnos de aquí, hallaremos una vida de reposo y respetada.

Lulú estaba radiante. La sonrisa de Violeta la dejó helada.

—Palabras, palabras, palabras—murmuró con tristeza la hermosísima joven, plagiando inconsciente á Shakespeare.

—¿Cómo?—interrogó su amiguita.

—¡Pues es claro!... Escucha, querida. Antes que tú he tenido esa idea, y... (aquí un precioso rubor encendió las mejillas de Violeta)... la puse en práctica. Pues bien...

— Concluye.

— Hoy todos me solicitan con más empeño.

— ¡Ah, diablo! ¿De modo que estás firmemente resuelta á partir?

— Sí.

— ¿Y volverás? . . .

— Cuando de allá tenga que huir, como hoy de aquí, por verme asediada, perseguida . . .

— Hoy partes, ¿verdad?

— Hoy mismo.

— Entonces — dijo Lulú con gravedad y tendiéndole la mano á Violeta, — entonces, hasta dentro de quince días.

— ¡Dios mío! ¿pasará tanto tiempo sin verme perseguida?

Y con un delicado mohín de tristeza, la adorable fugitiva se separó de su amiguita Lulú.

Horas tristes

«Como á nuestro parecer,
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.»
MANRIQUE.

La pequeña Lisa está aburrida, aburridísima. La bonita sonrisa que, siempre incrustada en sus labios, ilumina el rostro encantador con una aurora misteriosa de vida y de dicha, ha desaparecido esta noche. En sus ojos muy negros y muy profundos, sobre los que las espesas y tendidas pestañas derraman tesoros de sombras, hay hoy una débil lucecilla de tristeza, muy pálida, muy cambiadiza. Su delicada frente, sobre la que corren reflejos de nácar, se ha reclinado pensativa y con ligeras arrugas señalan el rastro de los negros pensamientos que tras ella discurren. Y su corazoncito querido, ese corazón cuya posesión reclaman de rodillas muchísimos amantes bellos y ricos, está casi sin latidos, como si el

frío del esplín detuviera y helara la pobre savia que corre por sus arterias.

La encantadora Lisa está muy fastidiada. La bonita novela de Loti, *Mi hermano Ives*, que ha poco leía — cortando con su dedito de marfil las páginas, por no incomodarse en pedir su plegadera — ha rodado sobre la gruesa alfombra de Esmirna, al pie del canapé de sedas de la China en que se encuentra reclinada. También se ha negado á recibir á Raúl, á su fiel amante Raúl, que tanto placer le da con su conversación galante y divertida. Y hasta la pícara Semíramis, un pequeño simio que del Brasil le trajo no recuerda qué admirador de hace tres meses, vése alejada de Lisa.

¿Qué tiene la linda mujercita para estar tan pesarosa? Los numerosísimos ramos de flores que se ven en la habitación llenando todos los floreros, mesas y sillas, indican palpablemente que la dulce amante no ha sido olvidada por sus adoradores. El mismo Raúl, al retirarse sin lograr el favor de llegar hasta ella, lo ha hecho lleno de tristeza; y la querida Lisa, que tanto placer disfruta con ver sufrir al joven, puede estar segura de que pasará el día tendido sobre su lecho, los ojos llenos de lágrimas y el corazón de pesadas angustias.

La noche antes, en el teatro, ha visto que las más hermosas mujeres la miraban de reojo, rápidamente, con sonrisa desdeñosa, prueba más que acabada de que

ella estaba encantadora y de que el traje que estrenaba era una maravilla. Y más tarde, después de la cena, había tenido la inmensa dicha de entregar á una pobrecita mendiga que encontró á la puerta del café, su ramo de lilas.

¿Qué tenía, pues, la pequeña Lisa para estar así, tan triste? Ella misma no hubiera podido decirlo. Nada que pudiera desear le hacía falta en aquel instante; por lo demás, el capricho más extravagante de Lisa, la orden más imposible hubiera sido cumplida instantáneamente. Y sin embargo, una sombra de tristeza llenaba su delicada cabecita, dejando sin luz sus ojos y sus labios sin sonrisas. Sentía una opresión en el pecho, que le subía hasta la garganta, encendiendo en ella el fuego de los sollozos.

—¡Qué desgraciada soy, Dios mío, qué desgraciada! — murmuraba la encantadora joven.

Y la espléndida luna de Venecia, que reproducía su imagen sobre el mullido canapé de finísima sedería de China, le mostraba, al par de los artísticos bronces y candelabros, las valiosísimas acuarelas y los tapices otomanos que recubrían el mosaico de las paredes, y los muebles Renacimiento que representaban por sí solos una fortuna.

¡Ah! Pero á la delicada niña nada de esto la seducía ya. Los dedos helados del fastidio estrujaban su corazón, apagando la luz de su sentimiento. ¿Qué le importaban los diamantes, los rubíes y las

esmeraldas que en el *secrétaire* de laca de Yedo, ocultaban sus luces primorosas? ¿Qué le importaban todos aquellos monísimos *bibelots*, verdaderas joyas de arte, que se esparcían sobre la dorada consola, la mesa de sándalo, las rinconeras y pedestales de mármol negro? ¿Qué se le hacía á ella toda esa banda de criados, que estaban allá abajo, muy tiesos dentro de sus libreas, esperando un gesto, una orden cualquiera de la niña para salir disparados á cumplirla? ¿Qué se le daba tener una corte de amantes, sumisos esclavos que hubieran dado sus trenes, palacios y rentas por poder desflorar con un temeroso beso de pasión el delicado piececito de la bonita Lisa?

La negra noche del esplín la tenía presa en sus impalpables tules, y la pobre niña era bien desdichada. Allá, muy lejos, en la plaza sin duda, una banda militar ejecutaba un alegre vals; pero las notas traídas por el viento hasta el oído de lirios de Lisa, sonaban tristemente, como sollozos callados ó lamentos errantes en la inmensa soledad de los campos. Y las estrellas, que veía á través de los cristales de su balcón, brillaban en lo alto muy tristes, muy pálidas y muy calladas.

—¡Qué desgraciada soy, Dios mío, qué desgraciada! — repetía la pequeña Lisa, sintiéndose pobre en medio de las riquezas que la rodeaban y viéndose huérfana en medio de la gigante corte de sus adoradores.

Entonces su mano breve y de una blancura suavísima de armiño, apretó nerviosamente el botón del timbre eléctrico. La doncella entró precipitadamente, sin que el ruido de sus pasos surgiera de los bordados de la alfombra de Esmirna.

—Alcánzame ese libro y vete—susurró más que dijo la linda mujercita.

La novela de Loti estaba otra vez entre las manos de la niña, sin que pensara en leer. Pero, de pronto, sus ojos distraídos se fijaron en una palabra: «Alisios», «alisios»;—¿qué significaba eso? ¿«Alisios»? ¿qué nombre era éste? Un rayo de luz cruzó su cerebro. ¡Ah! sí. Ahora recordaba: los vientos alisios. Eso lo había estudiado ella en el colegio, cuando era niña. ¡Oh! ¡qué edad aquélla! Era muy pequeñita é iba todas las mañanas, muy temprano, con un pobrísimo trajecillo de zaraza al colegio. La abuelita la llevaba de la mano, obligándola á repetir la lección por el camino y haciendo sonar sus zuecos sobre las piedras de la calle. Sus padres eran muy pobres, y sus condiscípulas le hacían befa. Pero entonces ella era pura, de alma virginal, de un candor adorable, y el solapado seductor no había llegado aún á convertir la nívea mariposa en mísero gusano. Y ahora recordaba todo con perfecta claridad: ella no había podido aprender nunca los vientos alisios ni los números que-

brados: eran dos lecciones que le habían costado muchas penitencias.

¡Cómo se llamaba desgraciada en aquel entonces! ¡Con qué lágrimas amargas lloraba su desventura! Y, sin embargo, veía bien ahora que aquella época era la única feliz de su vida. ¡Ah! ¿Por qué en vez de esos lujosos carruajes y toda la nube de amantes que la rodeaban, no conservaba el pobre y humilde hogar de sus padres y la sencilla abuelita que con sus gruesos zuecos la acompañaba al colegio?

«Alisios», «alisios»; — esta sola palabra hizo brotar en tropel, instantáneamente, mil pensamientos en la querida cabecita de la pequeña Lisa; y entonces sus ojos, sus cansados y hermosos ojos, sintieron un extraño calorcillo, en tanto que las lágrimas corrían silenciosas por sus mejillas de nieve y rosa.

— Abajo está el señor Raúl — dijo la doncella, que había entrado muy quedo en la pieza. — Pide permiso para entrar.

— ¡Ah! ¡bah! ¿Raúl? — murmuró Lisa. ¿Es que la mujer del amante puede recuperar la felicidad de la niña? — Dígale usted que no le recibo; que no vuelva más; que no le quiero...

La doncella se iba ya, un tanto triste, casi á punto de asombrarse. Un gesto de la linda mujercita la detuvo.

¿La felicidad? ¿Podría ella volverla á encontrar jamás? ¿La recobraría con su llanto?

—Haz entrar á ese pobre muchacho,—dijo á la doncella, mientras frente á su espejo disimulaba la huella de sus lágrimas.

Mártir de amor

Á Manuel B. Ugarte.

—No, querida; tu misma conciencia debe recriminártelo. Eso que haces no está bien hecho. Engañas miserablemente al hombre que se muere de amor sólo por ti. Y no comprendo cómo tu corazoncito no te dice nada, cuando, teniendo á tu amante entre tus brazos, le das con los labios que aún arden con el contacto de otros labios que los suyos, tus besos de amor. Alfredo es bueno y por ti se sacrifica, y si á veces es duro contigo, ya te lo merecerás. Por otra parte, esos mismos raptos de furor de tu amado, son la prueba más patente de lo mucho que te quiere. Tú conoces el refrán: «el que cela, quiere». No trates, pues, de que mi conciencia te disculpe. Tu acción es mala. Cierto es que Arturo es un buen chico y amable—¡oh! eso sí, muy amable—y que es bello y que sabe hacerse

adorar. Cierto también que nosotras, por nuestra misma naturaleza caritativa, no podemos ver sufrir á un excelente muchacho sin prestarle el consuelo de nuestro amor; pero no debe mentirse, si queremos ser virtuosas, á dos hombres á un mismo tiempo. Para ello se quiere á uno, luego al otro. ¿De mí habrá alguno que tenga queja? ¿Cuántos han reclinado su cabeza sobre mi pecho y, pálidos de amor, han sentido la dicha suprema bajo la lluvia de mis cabellos? ¡Qué sé yo! Y sin embargo, ninguno habrá sentido palpitar en mis labios los besos de otro amante. ¡Oh! sí, querida Violeta, yo no puedo perdonarte. Me es muy duro tener que recriminarte algo, á ti, mi más buena amiga; pero tu conducta me obliga á retirarte mi cariño. Tú ofendes mi virtud, y, aunque con el alma destrozada, tengo que dejarte. Tú siempre...

¡Ah! ¡pobre Violeta! ¡Cuán duras y justas eran las palabras de su hermosa amiguita Lulú! Sus recriminaciones iban directamente á su corazón, y su preciosa cabecita se inclinaba tristemente bajo el peso de los reproches. Las lágrimas temblaban en sus ojos; y era su gesto tan triste, tan desventurado, que Lulú se detuvo un momento. Luego, impasible, como juez severo, continuó:

— Tú haces del amor una cosa horrible. ¿Qué placeres puros y seductores puedes encontrar en dar tu delicada personita á dos amantes á un tiempo?

Cuando en la media noche, bajo la sombra misteriosa de la alcoba dormida, no turba el silencio otro ruido que el tic-tac del pequeño reloj que marca las horas de placer que te da un hombre amable y bueno, ¿no te conmueve ninguna voz interna, recriminándote tu doblez? Vamos á ver, Violeta, responde francamente: ¿tengo razón al declararte culpable y retirarte mi amistad, esta amistad que nos es tan cara y tan dulce?

La pobre pecadora había ocultado su bonito rostro entre las manos y lloraba en silencio.

Lulú tenía razón. Aquella Lulú, esa otra hada preciosa, esa amiga fiel para quien no hay secretos, no hacía más que justicia al retirarle su cariño.

Ciertamente que sufriría bastante con esta resolución; ahora mismo sentía flaquear su voluntad, al ver el desconsuelo de su dulce amiga. Pero ella era recta y debía cumplir con su conciencia.

—Y bien, veamos—dijo Lulú levantándose y pronta para partir, aunque con el corazón destrozado, —¿no tienes nada que hable en tu defensa? ¡Habla!

¡Oh! ¡cómo se iluminaron las facciones de la desconsolada Violeta! Había examinado su conciencia y se creía salvada. No, no era tan culpable como parecía.

Lulú vió aquel reflejo de alegría, y sintió que un peso se le quitaba del pecho. ¡Si pudiera disculparse!

—Vamos, habla, —repitió.

— Sí, sí — dijo Violeta. — No es la mía una falta tan grande. Escucha: Alfredo es de genio violento... Tú le conoces... Ha sido tu amigo... Pues bien, cuanto mejor es mi conducta, tanto más malo se muestra conmigo. Si estoy callada, cree que pienso en otro; si me río, que recuerdo picardías.

— ¿Y bien?

— Cuando le engaño con Arturo, cuando soy verdaderamente culpable, es cuando precisamente se muestra más amable y bueno conmigo.

— ¿Y bien?

— Y bien, que á Arturo no lo quiero; y si le doy mi cariño, es por ver irradiar el amor de mi Alfredo. ¿Entiendes?

¡Oh! sí. Lulú estaba desarmada. Desde que lo hacía por conservar á su amado y ser feliz con él, Violeta no era criminal. Y aquella acusadora terrible, aquel juez inflexible y recto, no pudo cerrar los ojos á la verdad y, saltando al cuello de su pobre amiga, mártir de su mismo amor, le llenó el rostro, el cuello, los ojos, con una lluvia de sus besos más ardientes y cariñosos.

Las botinas acusadoras

Á Daniel Dublé Urrutia.

La media noche acababa de sonar en un pequeñito reloj de orfebrería extraviado en algún rincón de la obscura alcoba, y aquel timbre suave, leve, á la sordina, armonizaba acabadamente con el grave reposo que pesaba en la habitación. Una veladora desleía una tenuísima claridad verdosa que no alcanzaba á penetrar las pesadas sombras de misterio que se abatían sobre el gran lecho ornado de amplios cortinados, — el lecho de las divinas caricias, el templo amable del Amor.

De pronto, una sombra se agitó entre la sombra: hubo un frufru de ropas, un rápido crujido de elástico que se distiende y un lento suspiro de mujer.

— ¿Duermes, Lulú? ¿Estás fatigada, querida mía? ¿Te incomoda mi brazo en torno á tu cuello? ¿Quieres que lo retire?

—No, no, amor mío ... Estoy bien así ...

Y al través del silencio, como una gran mariposa negra, voló el rumor de un beso.

—¡Niña! —suspiró la voz más que dijo, —eres frágil como un cristal y leve como un copo de espuma ... Te has desvanecido, estás deshecha ... No podrás vencerme nunca ...

—Mentira ... mentira ... —hizo la vocecita de Lulú, quebrada, levísima.

—¿Lo ves? No tienes fuerzas ni para darme otro beso ...

Hubo aún una sorda protesta, el rumor de risas contenidas, y luego, sobre el altar perfumado de la carne femenina, corrió como un surtidor de aromas el credo eterno de la pasión:

—Eres mía. Tu frente de diosa altiva, hecha para cruzar la vida entre un homenaje de cervices humilladas, se ha doblegado sobre mi pecho como una flor que cae en un estanque. Tus cabellos, que han despertado, en una maravilla de reflejos dorados, las auroras de los vidriales, se han destrenzado pecadores sobre la almohada que sabe de nuestros dulces pecados. Tus ojos, de fiebres profundas, de mirada enigmática, que han encendido deseos como iras de leones, se han enturbiado bajo mis caricias, como lunas sonámbulas que velan las nubes silenciosas. Tu boca diminuta, surcada de sonrisas, floreciente de besos, cuajada de tonos rojos que hacen

soñar en ardientes lascivias, se ha crispado en una mueca suprema de deleite bajo mis abrazos. Y tu cuerpo real, de elasticidades de gata, de curvas embriagadoras, de prominencias delirantes, se ha retorcido con el espasmo divino que te dió la sabiduría de mi beso. Y no hay un pétalo de tu piel, no hay un hueco de tu carne, no hay una sombra de tus encantos ni un resplandor de tu belleza, que mis labios no hayan profanado. Y mi fiebre ha corrido sobre ti, como la tuya sobre mi cuerpo, para realizar la comunión de nuestras almas. Hemos confundido nuestras ansias, nuestra sangre, nuestros delirios. La madre Lujuria nos ha consagrado...

—¡Oh, dulce amor mío! — balbuceó Lulú. — ¿Qué importa morir? Dame aún otra caricia, aunque caiga deshecha como una flor... Soy toda tuya...

Bruscamente se abrió la puerta de la alcoba. Roberto — pálido con la ira de los amantes traicionados — surgió en el umbral, como una sombra vengadora.

La luz derrotó los encantos de la sombra. Bajo las sábanas, al lado de Lulú, un cuerpo se estremecía lleno de pavor.

—¡Falaz, perversa, engañadora! — exclamó Roberto con desesperación y encono.—¡Me has traicionado aún! ¡Otro amante profana mis caricias y otros

besos borran las huellas de los míos! ¿Por qué ...

Su imprecación quedó helada súbitamente entre los labios. En medio del desorden erótico de las ropas que llenaban la alcoba, sus ojos acababan de descubrir la prueba del flagrante delito. Y sus ojos, como hipnotizados, quedaron fijos sobre aquella revelación muda y elocuente.

—¡Las botinas de Violeta! — murmuró el pobre Roberto, sintiendo desvanecerse toda su ira en una niebla de asombro. Y con la tristeza de los héroes vencidos, retrocedió, se perdió entre los tapices de la puerta.

La sombra se abatió de nuevo sobre el gran lecho ornado de amplios cortinados — sobre el gran lecho de las divinas caricias, sobre el amable templo del Amor.

Aguas fuertes

El beso de la Muerte

Á Francisco Sicardi.

Aún vibraba en mis oídos la última frase de Mimí: « *on peut ce qu'on veut, dans la vie* », cuando el telón cayó sobre la comedia de Maurice Vaucaire, y el rumor de los aplausos llenó toda la sala del Théâtre Français. Hubo el zumbido de una colmena que se dispersa; las luces oscilaron, y al dejar mi butaca, la marea de brazos por el aire enfilando sobretodos y de mujeres vistiendo sus abrigos llenos de blondas y gasas, me volvió la espalda en una huida. Salí silenciosamente, siguiendo la corriente de los espectadores que abandonaban la sala, cambiando frases y saludos, con un murmullo de pies cansados por una larga inacción, y alcancé el peristilo. Frente al busto de Balzac, me topé con Des Joncquières.

— ¿Vas á tu redacción?

— No, — le repliqué; — me voy á dormir.

—Mejor así, porque no debes entonces estar apurado. El piso está seco, la noche hermosa y fría... ¿qué te parece que nos retiremos á pie?

Me ofreció un habano, escogió otro para él en su cigarrera de cuero de Rusia, y cogiéndome del brazo, me arrastró bajo las arcadas de la calle Rivolí. Caminábamos apresuradamente para no sentir el aire frío de la noche, mientras comentábamos el sacrificio de Mimí en la comedia *Petit chagrin* que acabábamos de oir, y aquella valiente frase: «*on peut ce qu'on veut, dans la vie*», que apenas había llamado la atención de los espectadores, preocupados con el ajetreo de la partida. De pronto, un bulto informe, hombre ó bestia cubierto de harapos, se nos cruzó al paso.

—¡Calle!—dijo Des Joncquières,—el loco Pasini... Creí que había muerto.

—¿Pasini? ¿Quién es Pasini?—pregunté á mi amigo, volviéndome para observar aquella miseria humana, deforme y contrahecha, que se arrastraba á lo largo de las paredes murmurando con voz ronca y sorda extraños monosílabos.

—¿No conoces á Pasini? ¡Hombre! Vale la pena de que le conozcas. Ven.

Volvimos hacia atrás y alcanzamos al hombre. Era un andrajo viviente. Su cara escuálida, sucia por una barba inculta, desaparecía bajo la sombra de un sombrero mugriento. Era cojo y contrahecho,

y sus ropas estaban reducidas á girones. Con una mano larga y fina — verdadera mano de aparecido — sostenía un grueso palo. El pelo le caía por detrás en forma de melena, disimulando la falta de camisa. Andaba casi arrastrando una pierna, quebrando todo el cuerpo á cada paso, y lanzando al hacerlo un ronco gemido.

— ¡Eh, Pasini! ¿Dónde vas? — le interpeló Des Joncquières.

No nos hizo caso; siguió andando trabajosamente. Entonces nos le pusimos delante y pude verle mejor. Era un hombre sin duda joven aún, pero que representaba cincuenta y cinco años. Parecía un esqueleto, tan delgado era; y algún accidente debía de haberle contrahecho una pierna y el busto de aquella horrible manera. Un ronquido sordo hervía en su garganta. Sus ojos azules, fríos y vidriosos como los de los peces, parecían no mirar. Aquellos ojos inmóviles y transparentes hacían daño.

— Oye, Pasini: ¿no me reconoces? Ven acá; este amigo quiere hablarte.

— Tengo sueño — nos contestó; — déjenme marcharme.

— Espera, hombre, espera — insistió mi amigo Des Joncquières; — puede que te convidemos con una copa de *champagne*.

Los ojos del mendigo relampaguearon de deseo. Nos miró breve espacio y pareció satisfecho de su examen.

— Son unos caballeros como yo — murmuró para sí; — me convidarán con un buen *champagne.*

— ¿Hace tiempo que no lo bebes?

— Sí, hace tiempo. Todos se burlan de mí cuando rechazo otra bebida. Pero yo soy un caballero y no puedo beber más que *champagne.*

Resultaba, en verdad, casi cómico oir hablar de tal manera á un mendigo de aquella catadura. Sin embargo, en medio de su deformidad y miseria, se adivinaba en el hombre un ser más desgraciado que despreciable. Des Joncquières continuó:

— Vente con nosotros y te convidaremos con *champagne;* pero, á condición, por supuesto, de que nos cuentes la historia de tu amigo Pasini.

— ¿De Pasini? — murmuró. — ¡Pobre Pasini! ¡Qué buen chico era! Ahora está muerto: murió enterrado vivo...

En esto, interpelé á mi amigo Des Joncquières:

— Pero, ¿no dices tú que este hombre es Pasini?

— El mismo, hombre. Pero el pobre está trastornado y cree que Pasini es otro. Cuenta su propia historia como si fuera la de un amigo. Anda, vamos á cenar, y le haremos charlar mientras bebe su *champagne.* Vas á oir algo curioso; por lo menos, lo pasaremos mejor que en compañía de una de esas muñecas pintarrajeadas que no saben otra cosa que comer ostras y decirte románticamente, al final de la cena, mientras hacen la digestión: «T'es

mon type; viens-tu chez moi, mon chéri?» Verás que en la vida se presentan casos más terribles que en las novelas y dramas. Vamos.

Me cogió del brazo y echamos á andar. El mendigo nos seguía, arrastrando trabajosamente su pierna y quejándose á cada paso. Dos ó tres veces interrumpió nuestra conversación para que le ratificáramos nuestra promesa de invitarle con *champagne;* después volvía á sus roncos gemidos, deslizándose como una sombra á lo largo de las paredes.

Concluimos de cenar. Pasini había bebido, con placer inefable, algunas copas de *champagne*, y nos mostraba un rostro agradecido y sonriente. Nos llamaba «sus buenos amigos». Una vez, al beber, se acordó de Pasini, que había sido enterrado vivo, y derramó algunas lágrimas.

Mientras sorbíamos una tacita de moka y el mozo retiraba la vajilla, Des Joncquières instó á Pasini para que nos contara la historia. No se hizo de rogar más.

— Ustedes han cumplido su palabra y ahora yo cumpliré la mía: así se hace entre caballeros. Voy á narrarles la historia de mi pobre amigo Pasini con toda fidelidad, sin omitir detalle, para que ustedes se den cuenta de su horrible desventura. Les diré la verdad, toda la verdad, y luego ustedes me

creerán ó no. Pero juro á ustedes, por la salvación de mi alma, que no hay nada de imaginario en los espantosos sucesos que narraré.

Nos miró un instante con fijeza, hizo como que se sacudía el polvo de la manga de su raído abrigo, y empezó á contarnos su propia historia como si narrara la de otra persona:

—Era mi amigo Pasini un hombre de treinta años, fuerte, robusto, bastante bien parecido, de buena familia, con una rentita más que regular, instruído, alegre y decidor. Esto basta. Una noche de carnaval—me olvidaba decir á ustedes que entonces vivíamos en Roma—vino á buscarme á mi casa para ir á pasear por el Corso. Salimos juntos, cogidos del brazo, alegres como buenos muchachos que éramos, y dispuestos á divertirnos de cualquier modo. Ustedes saben ó se imaginan lo que es el carnaval en Roma, con la licencia de las costumbres que allí domina y el ejemplo que dan los poderosos. Pero, el Santo Padre me lo perdone y Dios se lo tenga en cuenta solamente á su hijo César.

Al llegar aquí no pude menos de mirar con extrañeza á Pasini. Des Joncquières sonreía, pues conocía sin duda el cuento; mas yo no sabía quién era ese César hijo del Papa, ni si el Papa tenía hijos. Pasini notó mi asombro, y prosiguió impertérrito:

—Ya, ya. El asombro de todos. No sé qué em-

peño tienen ustedes en dudar de que Alejandro VI ciña la tiara y sus hijos den el ejemplo de una vida criminal y licenciosa al pueblo...

—¡Ah!—exclamé yo, cayendo en la cuenta,—¿quiere decir que lo que le acaeció á su amigo fué durante el pontificado del padre de Lucrecia Borgia?

Al oir este nombre, Pasini se puso densamente pálido y se echó á temblar. Durante unos momentos permaneció excitadísimo. Con todo, fuése calmando poco á poco, y al fin pudo decir:

—Pues ¿y qué tiempos son los que corren, sino estos del papa incestuoso? ¿Ó es usted, también, de los que sostienen la paparrucha de que el pontífice es León XIII y hay un rey de Italia que se llama Humberto I ó no sé cuántos? ¿Estamos ó no estamos en el año de gracia de 1497?

No quise contrariarle y accedí á todo lo que deseó. Le rogué, pues, que continuara su historia.

—Muy bien,—dijo Pasini.—Andábamos por el Corso, cogidos del brazo, oyendo las bromas de las máscaras, riéndonos de sus disfraces y brincos, jaraneando con las murgas y carromatos, cuando de pronto dos mujeres ocultas en sendos dominós negros se nos pusieron delante é invitaron al amigo Pasini á que las acompañara.

—¡Hombre! ¿Y yo? ¿No soy de la partida?

—Contigo no queremos nada,—me contestaron las mascaritas.—Es á Pasini al que vamos á lle-

varnos para que nos sirva de caballero. Tú eres un mico feo, que debes irte solo á la cama.

Y sin más rodeos, arrastraron á Pasini y en pocos pasos se perdieron entre la marea endiablada de máscaras y vehículos.

¿Por qué no se resistió Pasini á seguir á aquellas desconocidas? ¿Cómo no tuvo un presentimiento del horrible desenlace de su aventura? El hombre, en la vida, comete á menudo semejantes absurdos y errores, por dejarse arrastrar de una quimera y no acostumbrarse á reflexionar sobre sus actos y decisiones. El brazo hermoso de una enmascarada, entrevisto bajo la manga de un dominó negro, le arrebató y ya no se cuidó de preguntarse quién era esa mujer que le conocía y le buscaba. La siguió porque era mujer y porque su corazón juvenil retozaba ante la perspectiva de una aventura amorosa.

Pasini se interrumpió para beber *champagne*. Yo le contemplaba con curiosidad. Sus reflexiones, su manera de expresarse turbaban mis ideas y me hacían estudiarle con interés. Él prosiguió así:

—No habían caminado mucho trecho, cuando, al volver de una esquina, una de las enmascaradas se detuvo, y, sacando un antifaz negro de la amplia manga de su dominó, se lo presentó á Pasini.

—Póngase esta careta si desea acompañarnos,—le dijo;—mi amiga le atará á usted las cintas detrás de la cabeza.

—¿Cómo?—replicó mi pobre amigo,—¿voy á enmascararme sin disfraz?

—Peor es que le vean á usted con la cara descubierta, acompañando á dos mujeres disfrazadas.

—Tiene usted razón.

Y se puso la careta. Pero, inmediatamente se dió cuenta de un extraño detalle.

—¿Qué es esto? Yo no veo nada. Este antifaz tiene los ojos cubiertos con algo.

Una risa de mujer le hirió en su amor propio. En seguida una voz dulce y rumorosa murmuró á su oído:

—Si desea usted ser nuestro caballero, es condición indispensable que se deje conducir con los ojos vendados. Somos damas á las que no gusta que se les descubra el nido. No deseamos comprometernos. Si usted conociera nuestro domicilio, podría mañana revelar lo que entre nosotros suceda. Es necesario, pues, que usted se deje guiar, sin pretender averiguar quiénes somos ni dónde le conducimos. ¿Tenemos su palabra de honor de caballero?

Pasini vaciló un segundo. La otra dama dijo entonces:

—Si tiene usted miedo de nosotras, dejemos aquí la aventura.

Esto le decidió. El temor de pasar por tímido ó cobarde, por una parte, y, por la otra, la curiosidad

de ver en qué paraba aquel galante suceso con damas, al parecer, de buen mundo, le hicieron replicar aturdidamente:

—Soy de ustedes.

—¿No tratará usted de quitarse el antifaz hasta que se lo indiquemos?

—Doy mi palabra de caballero.

—Entonces andando.

Inmediatamente Pasini se sintió arrastrado por las dos incógnitas mascaritas. Iban en silencio, y él un tanto preocupado con tan original suceso; pero pronto se desvanecieron sus últimas vacilaciones. La dama que se apoyaba en su brazo izquierdo, le dijo á media voz:

—¿No tenéis amante, Pasini?

—No tengo amante ni amiga. Hace apenas un año que vivo en Roma y aún el amor no me ha hecho caer en sus redes.

—¿Sois desamorado? ¿Sois frío? ¿Acaso tenéis un ideal?

—No tengo ideal alguno. No soy desamorado. Es que en realidad no he encontrado aún una mujer que me haya hecho sentir el fuego de una pasión.

—¿No habéis encontrado mujeres hermosas? Roma tiene muchas dentro de sus muros...

—Las hay, sí; las he encontrado... Pero á unas las he visto de muy lejos, y á otras desde muy abajo...

—Sois modesto, Pasini. ¿Conocéis á Angélica Crespi?

—Es una belleza augusta, una virgen griega... Pero tiene dueño...

—Sí, dicen que el duque de Gandía ...

El brazo de la desconocida tembló levemente sobre el de Pasini; mas éste no advirtió dicho detalle sino mucho después. La máscara continuó:

—¿Y á Lucrecia Borgia, la conocéis?

—¡Oh, sí! Es decir, es como una visión entrevista en sueños ... Es la mujer más hermosa de Roma ...

—¿No amaríais á esa mujer?

—¿Puede acaso descender ella hasta mí?

—¿Os pregunto si la amaríais?

—¡Oh! ¡con toda el alma!—replicó Pasini con verdadero entusiasmo.

—¿No la teméis?

—¡Oh!, sé que cuentan de ella terribles cosas ... Pero, ¿qué importa la muerte después de haber amado á semejante mujer?

—¿Daríais vos la vida por ella?

—La daría ... Mas, ¿á qué viene este interrogatorio, hermosa máscara?

—¿Cómo sabes que soy hermosa si no me has visto el rostro? Feo vicio es el de la adulonería.

Bruscamente se detuvieron Pasini y sus acompañantes. Un grupo de gente les interrumpía el

paso. Hicieron un pequeño rodeo y prosiguieron la marcha.

Entonces fué cuando por primera vez se le ocurrió al joven reflexionar sobre el camino que seguían. Habían hecho muchos rodeos y caminado durante largo tiempo. Estaba completamente desorientado. Una vez creyó encontrarse cerca del Tíber, por la humedad que notaba bajo sus pies; pero muy luego el camino se había afirmado, y ya no supo qué pensar. Dieron aún nuevos rodeos, y como el paseo empezaba á parecerle demasiado largo, exclamó:

—Pero, señoras mías, ¿no llegaremos nunca al palacio encantado?

Y el infeliz se reía bajo el antifaz, creyendo que sus compañeras pretendían reducir toda su broma de carnaval á una larga caminata. Pero aquéllas continuaron andando, sin hacerle caso. Nuevos giros y revueltas le confundieron aún más. Parecíale que hacía una hora que estaban en marcha y que desandaban lo andado. Otra vez creyó notar la humedad del río; pero no podía ser, porque se habían alejado de él en la dirección opuesta y hacía largo tiempo de ello. Empezó á sentirse mareado y confundido. La obscuridad á que le condenaba el antifaz le turbaba más aún.

—Como broma es buena, amigas mías,—dijo en esto Pasini, que íbase sintiendo violento en su ex-

traordinaria situación; — pero yo les suplicaría á ustedes que descansáramos un instante.

— Ya llegamos, — dijo la mascarita.

Y en efecto, pocos momentos después, y tras una vuelta á la derecha, se detuvieron sobre un piso duro de piedra. Una de las mujeres, la que iba de su brazo derecho, se desprendió del grupo. El ruido de una llave de hierro girando en la cerradura, le indicó que abrían una puerta. En seguida se sintió arrastrado hacia adelante y penetró en un portal. La sensación de una obscuridad más intensa que la que le había rodeado hasta entonces, le hizo un efecto desagradable. Pero, siguió andando. De pronto, la máscara que aun se apoyaba en su brazo izquierdo le dijo:

— Hay que subir cuatro escalones.

Los subió y notó que entraba en una habitación alfombrada. Siguieron andando, y á poco, el roce de su brazo derecho contra una colgadura le demostró que pasaba á otra cámara. Allí se detuvieron.

— ¿Podré, al fin, descubrirme? — dijo Pasini, sintiéndose cada vez más molesto en su extraña situación.

— Un momento aún. Soltadme el brazo, — contestó su compañera. — Quedaos un instante aquí y respetad vuestra palabra de honor.

La sintió alejarse. El silencio y la obscuridad le

rodeaban. Al sentirse solo, sin el contacto de aquel brazo de mujer, tuvo un escalofrío.

Un leve murmullo de voces, algo lejano, le distrajo. Pero no pudo advertir quiénes hablaban. Por un instante, pensó en quitarse el antifaz; sin embargo, le retuvo un temor inexplicable. Y, entretanto, la desconocida no volvía.

Sentíase cada vez más nervioso. De pronto, el corazón le dió un vuelco. Una mano había cogido la suya, sin que hubiera notado la proximidad de persona alguna.

—¿Quién sois?—preguntó, así que se repuso un tanto.

—Venid,—dijo una voz que le pareció distinta á la de su compañera de camino. Y se dejó arrastrar automáticamente.

Cruzaron varias habitaciones. En una de ellas, le pareció advertir risas contenidas; pero, lo terrible, fué que una de las risas le pareció de hombre. ¿No era, pues, aquélla una aventura de mujeres? La mano que le guiaba oprimió la suya más fuertemente. Entonces pretendió llevarse la mano libre al antifaz.

—¡Cuidado!—dijo una voz; pero aquella voz no venía del que le guiaba, pues se oyó á su izquierda. Quiso detenerse bruscamente, resistirse...

—Seguid—ordenó una tercera voz á sus espaldas, distinta de las anteriores.

El miedo empezó á angustiar el pecho de Pasini.

Mas, de pronto, la voz de su enmascarada vibró ante él.

—¡Soltadle! —dijo. — Descubríos, caballero.

Se arrancó rápidamente el antifaz y miró á su alrededor. Quedó asombrado de no ver más que una mujer. Las tres personas cuyas voces distinguió perfectamente un momento antes, no se hallaban allí.

Estaba en medio de un amplio y lujoso comedor. La luz de las bujías le deslumbraba los ojos, cegados por la prolongada obscuridad que los había rodeado durante todo el camino. Pero tuvo la intuición de que estaba en un palacio lujosísimo.

Entonces miró á la dama que, frente á él, le sonreía.

Era una mujer hermosa, deslumbrante. Tenía el cabello castaño, la frente tersa, ojos negros y profundos, nariz recta y fina, boca enérgica de labios purpúreos y cálidos. El cuerpo era el de una estatua de curvas serenísimas. Vestía como una reina. Pasini, al mirarla, se estremeció. Aquella mujer era Lucrecia Borgia.

El narrador se detuvo al pronunciar este nombre y buscó la copa de *champagne*. Des Joncquières se la llenó, mirándome sonriente. Yo examinaba fijamente al mendigo, cuya mano temblaba al acercar el cristal á sus labios. Después de beber y de se-

renarse un tanto, continuó su narración con voz algo opaca.

—Pasini, el pobre Pasini, estaba más muerto que vivo al encontrarse frente á frente con aquella dama. Nunca recordó las primeras palabras que ella le dirigió, ni supo jamás lo que él mismo contestó. El asombro y el terror confundían su conciencia. Estaba completamente alelado. Sintió solamente que le guiaban hasta la mesa. Entonces fué cuando por primera vez advirtió que ésta estaba cubierta de flores y manjares. La luz de las rosadas bujías se quebraba sobre elegantes cristales y riquísimas piezas de argentería. En un rincón, un pebetero dorado quemaba perfumes que embotaban los sentidos.

Se sentó á la mesa, frente á la dama, y trató de serenarse. Le hablaban, pero estaba tan aturdido que no acertaba á dar una contestación lógica. La dama se echó á reir, y su risa le prestó alguna serenidad al desventurado muchacho.

Empezaron á comer; pero, como sucede con frecuencia cuando no se tiene apetito, más que comer se bebió. El vino reanimó á Pasini y fué dándole confianza. Era un vino generoso, agradable, que incitaba á beber. Y Pasini bebía cada vez más, notando que á cada copa que bebía un dulcísimo calorcillo le recorría el cuerpo, inundándole de alegría y buen humor. Así, al final de la comida, había

olvidado todos sus temores y se mostraba locuaz y divertido. ¡Desdichado!

—Y bien, amigo mío, ¿estáis contento?—le preguntó la hechicera, tendiéndole una mano al través de la mesa.

—¡Oh, sí! ¡muchísimo!—exclamó Pasini, cogiendo con arrebato aquella mano blanca, de hermosos dedos finos, cruzada por suaves venas azuladas.

Se levantaron y fueron á tenderse en un amplio diván adosado á la pared. La maga se inclinó sobre él y le miró en el fondo de los ojos.

—Te amo, te amo, amor mío—murmuró levemente, á media voz, casi con un suspiro.—Desde que te vislumbré, días atrás, en la calle, he soñado con verte rendido á mis plantas; y nada me ha detenido, nada me ha intimidado para traerte hasta el fondo de mi palacio. ¿Verdad que tú también sabrás amarme? ¿Verdad que tú me adoras? ¡Di! ¿Te parezco hermosa? ¿Soy tu verdadero ideal?

Pasini estaba arrobado. El licor había encendido llamas en sus venas, y aquella mujer concluía de enloquecerle. El acento de su voz le rozaba el oído como el murmullo de una música lejana y le estremecía el corazón. Aquellos ojos negros y profundos, á los que hacía más negros la sombra de las tupidas pestañas, le miraban con una mirada que le galvanizaba el sensorio y le encendían visiones de

fuego en el cerebro. Y el vago perfume que emanaba de aquel busto de mujer, amplio, arrogante, provocativo, despertaba en él feroces lascivias y apetitos desordenados.

—¡Oh, ven! ¡ven, hermosa mía!

Al apretarla contra su pecho para cambiar el primer beso de fuego, el delirio, la locura, el frenesí se apoderaron de su alma.

—¡Mía! ¡mía! ¡mía! — balbuceó en un espasmo.

—¡Sí, tuya, amor mío; siempre tuya!... Así, muy juntos, los dos... un solo cuerpo, un alma sola... ¿Es tuya mi alma? ¿Es mía la tuya, di?

—Soy tuyo; es tuyo mi corazón, tuya mi alma, mi vida toda tuya... ¡Qué importa el mundo! ¡Qué importa morir, si se muere entre tus brazos!

—¡Oh, dilo aún, mi amor! Estréchame contra tu pecho, así, más aún... Y ahora, bésame, bésame mucho...

—Dame tus labios... déjame quemar en ellos los míos, mi Lucrecia...

Como un resorte de acero que se distiende, la mujer se puso rápidamente en pie, vibrante, enérgica.

—¿Cómo? ¿Sabes quién soy? ¿Me conoces?

Pasini, bajo los vapores del vino aún y trastornado por el deseo, contestó estúpidamente:

—Sí, mi hada divina, te conozco... ¿Quién no conoce á la mujer más hermosa de la tierra?...

—¿Y no tiemblas? ¿No temes á la cruel Lucrecia?

—¿Por qué temer? ¿Qué me importa morir, si muero bajo tu beso?

—¡Oh! dices bien, mi amor... ¡Cuán bello eres así!... Dame tus labios...

Pasini se detuvo otra vez. Su rostro estaba pálido; turbados sus ojos; trémulas sus manos. La voz en su garganta se hizo más sorda, y fué ya á media voz, sacudido todo el cuerpo por una vibración nerviosa, que continuó su narración:

—Lo que aconteció después, fué espantoso. Aquella mujer infernal se desprendió de los brazos del pobre Pasini y salió de la habitación no recuerdo con qué fútil pretexto. Mi pobre amigo, en el colmo de la dicha, se sentó en el diván y esperó la vuelta de la ardiente amada. Pero el tiempo pasaba y la hermosa no volvía. Cansado, al fin, se puso en pie y empezó á pasearse por la habitación. Su cabeza aún no estaba muy firme, y, á no ver los residuos de la cena sobre la opulenta mesa, hubiera creído que todo aquello era un sueño. No reflexionaba mucho, tampoco; y, sin duda por ello, fué que se decidió á trasponer el umbral para averiguar dónde se había marchado su amante de una hora.

Apenas dejó caer el tupido cortinado que sepa-

raba una pieza de otra, el espanto le clavó en su sitio. Se hallaba frente á una pequeña habitación austera y sombría. En medio de ella había una mesa, y escribiendo sobre ésta, un hombre. La luz trémula é indecisa de una bujía iluminaba apenas aquel cuadro de pesadilla.

Cuando volvió de su asombro, quiso retroceder silenciosamente, sin ser notado. El hombre escribía siempre y no debía haberle visto. Con la mano tanteó detrás de sí el cortinado para separarlo y volver sigilosamente al comedor.

Entonces sintió que otra mano cogía la suya y le detenía.

Se volvió, casi á punto de lanzar un grito. Otro hombre estaba á su lado.

Lo que pasó por el espíritu de Pasini en aquel momento es imposible de decir. Los vapores de la embriaguez se le disiparon como por encanto. El corazón empezó á latirle con fuerza. La garganta se le anudó con las angustias del miedo.

Aquel fantasma surgido de la sombra tenía un puño de hierro. En vano trató Pasini de escapársele, silenciosamente, para no llamar la atención del otro que escribía siempre sobre la mesa; el coloso no le soltaba. Y un gemido de pavura se deslizó entonces de su pecho.

En silencio, sin murmurar una sílaba, el desconocido le arrastró hacia el centro de la habitación,

á pocos pasos de la mesa. El otro seguía escribiendo, sin mirarles. Y así pasaron unos segundos mudos, terribles, que parecieron siglos al desventurado Pasini.

Bruscamente, el hombre alzó la cabeza. Su rostro frío, marmóreo, de ojos duros y acerados, le causó un vértigo al prisionero. Le miró un breve espacio, se puso en pie, recogió silenciosamente los papeles y los guardó en su escarcela. Después, con voz concisa y opaca, dijo:

—Vamos.

Pasini, en el colmo del terror, quiso resistirse, desprenderse, huir. Pero otro hombre surgió á su lado y ya no pudo debatirse. Entre dos lo sacaron de la habitación y lo condujeron á un amplio vestíbulo. El primer hombre les precedía.

Cruzaron el vestíbulo y descendieron á un jardín. Al verse fuera de aquellos muros espesos, al aire libre, Pasini empezó á dar voces de socorro, creyendo que alguien, desde la calle, pudiera oirle. Entonces uno de los hombres le colocó una mordaza.

Luchando siempre, llegaron á un pabellón situado en el fondo del jardín. Una vez allí, Pasini fué empujado hacia dentro por la mano vigorosa de sus guardianes. La puerta se cerró inmediatamente.

—Es en vano gritar y resistirse,—gruñó el primero de aquellos fantasmas horribles.—Hay que

ser razonable, amigo mío. Por lo demás, nadie vendrá aquí en su ayuda.

Guardó un momento de silencio, y luego agregó con una calma aterradora:

—Vamos á ver: ¿cómo desea usted morir? ¿Con eso ó con esto?

Y al propio tiempo indicaba un puñal que tenía al cinto, y una copa, situada sobre una mesa, que contenía un líquido verdoso y transparente.

Pasini sintió una congoja mortal. Unas ansias atroces de llorar le sacudieron la garganta. Se sintió débil, pequeño ante aquellos espantosos fantasmas de la muerte, y un vagido de criatura temerosa se escapó de su pecho. Estuvo á punto de caer de rodillas para demandar gracia; pero uno de sus guardianes le detuvo, mientras el otro repetía:

—Vamos, abreviad. ¿Qué elegís: esto ó eso?

Hay que haber visto la muerte frente á frente, en tales circunstancias, y cuando se ama la vida, para darse cuenta de las enloquecidas ideas que cruzaban el cerebro del infeliz Pasini. No es nada morir en una batalla, donde el ardor del combate nos hace perder la conciencia propia; no es nada morir en el lecho, donde la enfermedad nos ha ido apagando paulatinamente las energías vitales y destruyendo poco á poco el miserable instinto de la conservación. Pero es horrible, es cruel, es abominable, sentirse fuerte, lleno de vida, rebosante de juventud, y

oir pronunciar este dilema feroz: «elegid: el puñal ó el veneno». Y uno ú otro es la muerte; es la muerte que nos tronchará la vida en plena salud, en pleno vigor de nuestras facultades intelectuales... ¡Pobre Pasini! ¡pobre amigo mío!...

El extraño mendigo se detuvo otra vez. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Los sollozos encrespaban su garganta y le sacudían todo el cuerpo. Des Joncquières le puso una mano sobre el hombro, y le dijo pausadamente:

—No os aflijáis más. Concluid la historia y llevaos la botella.

—Y bien, voy á concluir... Uno de aquellos sicarios infames, viendo que Pasini no se decidía nunca, avanzó hacia él... Mi desgraciado amigo le vió llegar, armado el brazo de un filoso puñal. Quiso escapar de las manos implacables que le retenían, y todo su cuerpo se retorció en una contorsión sobrehumana: fué inútil. Los hombres que le sujetaban parecían gigantes; no soltaron su presa. Y entonces alzó los ojos, desesperadamente, para implorar perdón, ¡y vió el puñal brillar en lo alto! Quiso gritar, y no pudo. El miedo le vació repentinamente el cerebro. Una ráfaga helada le recorrió todo el cuerpo. Y fué un segundo, nada más. El puñal, esgrimido por un puño feroz, cayó como un

rayo, una, dos, tres veces... y luego... nada... yo no sé... un espanto, un clamor, una sensación dolorosa, fría, fría, fría, horrible... y luego, nada más.

Yo no sé lo que pasó después. Debieron recoger al pobre Pasini y transportarlo lejos, no sé dónde. Debieron haber hecho un hoyo, en cualquier parte, en algún paraje sombrío, y enterrarle en él... La tierra cayó sobre el pobrecito, y le cubrió... Y allí está Pasini... muerto, muerto...

Pero, escuchad ahora lo más horrible... Un día, no sé cuándo, Pasini despertó... No estaría muerto del todo... yo no sé bien... Pero el pobre despertó un día y se encontró bajo la tierra. ¡Imaginad su desesperación al hallarse con vida en una fosa! ¡Sentir que la vida corre lentamente por vuestras arterias y ver que la muerte os estruja implacablemente entre cuatro tablas! ¡Saber que la luz, el aire y el movimiento reinan á pocos pasos de vuestro cuerpo, y encontraros maniatado en el antro de la sombra, de la desesperación, de la nada, sin que vuestros gritos sean oídos, sin que vuestros esfuerzos os vuelvan al mundo de los vivos! ¡Es abominable! Y entonces se ruge, se impreca, se lucha, se llora, se maldice; y entonces todas las rebeldías se centuplican para rechazar con las manos, con las rodillas, esa tabla miserable que os roba el aire, la luz, la vida, que os cierra el cielo para sepultaros en los abismos de la más espantosa deses-

peración ... ¡Pobre Pasini!... Debe haberse vuelto loco de espanto y de horror... ¿Vosotros sabéis lo que es estar enterrado vivo? ¿Lo sabéis? ¿No, verdad? ¿Verdad que no? ¡¡Oh!!

Estaba en pie, saltados los ojos, erizados los cabellos, inundado de sudor. Sus frases se habían hecho poco á poco incoherentes. Visto así, el infeliz mendigo daba pavor. Yo no pude resistir más, y traté de calmarle. Des Joncquières, nervioso al par mío, trató de volverle á la realidad. Le dimos un poco de agua, le serenamos. Lentamente se fué calmando. A intervalos murmuraba: «¡Pobre Pasini... está enterrado vivo!...» y luego gemía. Al fin recobró la calma, tras no pocos esfuerzos nuestros. Se puso en pie para partir. Recogió el mugriento sombrero, que había rodado por el suelo, y le limpió cuidadosamente con la manga de su gabán. Nos miró estúpidamente y balbuceó:

—Ahora me voy. ¿Puedo llevarme la botella de *champagne?* Hay algo todavía, y entre caballeros... Buenas noches, buenas noches .. ¡Pobre amigo mío! ...

Cuando salió, miré á Des Joncquières. Mi amigo se ponía el sobretodo en silencio. Salimos sin murmurar palabra. Ya en la calle, me dijo:

—¿Horrible, no es cierto? Y bien: ¿quieres que

te diga lo que pienso? Éste es Pasini, el mismo de la historia... Y está loco ahora, no hay duda; pero está loco porque algo muy semejante á eso le ha pasado en la vida... Tiene en el pecho varias heridas; yo las he visto... Pero, amigo mío, jamás se averiguará quién fué esa Lucrecia Borgia, por lo mismo que no se averiguan muchos crímenes. Vaya, es tarde; buenas noches.

Y nos separamos.

La música de las flores

Á Leopoldo Lugones.

¡Estaba libre! La idea viboreó en su cerebro como un lumínico reguero de fósforo frotado. Le habían dejado solo en su habitación, creyéndole dormido. Podía, sin temor, escapar á aquellos implacables guardianes — ¡su misma familia! — que lo vigilaban continuamente como á un pobre loco. Entonces Saúl se arrojó del lecho con presteza, conteniendo el aliento, los ojos arrojando llamas de deseo, y, lentamente, en puntillas de pie, salió afuera. Ya en la escalinata, una alegría salvaje distendió sus músculos. ¡Libre! ¡Estaba libre! ¡Podía realizar al cabo aquella idea que le torturaba sin segundo! Bajó los escalones en dos saltos, y se lanzó apresuradamente por las enarenadas veredas del jardín.

Una vez en él, sus pulmones respiraron mejor; sus ojos perdieron aquella mirada dura, helada, que,

materializándose, hacíase punzante, y en su lugar otra más serena y más plácida entibió la pupila; sus labios, que la fiebre sellara hasta entonces con un color violeta, se tornaron rojos para vestir la realeza de su sonrisa, y por su frente, hasta ese instante envuelta en sombras, pareció distenderse una calma infinita, con esa luz de blanca seda con que la luna surge entre las negras nubes que la envolvían. ¡Estaba libre!

¡Pobre Poeta! Hacía tres meses que su tirana familia lo encerraba, prisionero, entre las cuatro paredes de su habitación; tres meses eternos sin beber la húmeda claridad del cielo, sin escribir una sola estrofa con los perfumes de su jardín, sin escuchar la melodía de sus flores. Ya consideraba perdida su dicha, destruída su gloria, inconcluso su poema, y de pronto, cuando menos se lo sospechaba, volvía á pisar los umbrales del templo sagrado y podía continuar su obra, — aquella obra que haría su nombre inmortal. ¡Estaba libre!

Se sentó en el sitio que ocupaba antaño, en aquellos buenos días en los que aún no había llegado la envidia, con la careta de la ciencia, para encadenarle, acusándole de tener demasiado genio, de ser un maniático; y su mano fina y nerviosa descorrió las últimas sombras de dolor que empañaban el cielo de su frente. Durante algunos instantes estuvo enajenado al encontrarse solo en medio de sus flores,

y sus miradas encendidas las recorrieron amorosamente, una por una. ¡Ah, las flores queridas de su corazón, la única dicha de su vida, el único pensamiento de todas sus horas! ¡A ellas había dedicado todos sus afanes, todos sus cuidados, todos sus instantes, su vida, sus estudios, su fortuna toda! Desde su juventud se había consagrado á ellas con curiosidad primero, después con verdadero encanto, y por último con amor de sabio. Su amor por las flores había hecho de él algo más que un aficionado: era un perfecto botánico, un verdadero sabio en la materia. No se había contentado con poseer en su jardín y en su invernáculo las plantas más raras y exóticas, las flores más caprichosas y más bellas, no; el sabio coleccionista había querido obtener, y las había obtenido, las verdaderas maravillas de la naturaleza, las especies extraordinarias y únicas, los ejemplares que parecen engendros de imaginaciones calenturientas, fantasías de países lejanos y encantados, ensueños misteriosos de una flora desconocida. Y era así cómo al lado de la Napoleona imperial, cuya estrella azul, en medio de la doble corola, resplandece como un cristal de azurita; de la Ixia manchada, de grandes campanillas lilas, rosadas, blancas y púrpura, con cuello azul ó amarillo; de la Amherstía magnífica, de grandes flores color de escarlata brillante, terminadas por un pétalo superior, á guisa de estandarte, con un disco nevado y una gran man-

cha amarilla en la punta circuída de reflejos purpúreos y violados; de la Brugmansia olorosa, con sus guerreras flores, en forma de trompeta de un pie de largo y blancas como la escarcha; de la variedad de las Tydœas llamada « Mme. Heine », abiertas, en la extremidad de un tubo grueso, ventrudo y largo, de un acarminado violento, en forma de copa de *champagne* en cuyo fondo el oro del licor se irisa con el blanco del marfil y el rosa de la aurora; de la Vanda gigantea, la de las flores abiertas como la boca de un dragón amarillo, dejando ver una lengua con dos lóbulos rosados como bulbos venenosos, — poseía el sabio, la Vernonia centriflora, con sus pompones espinosos de un color violáceo desleído en rosa; la Thunia alba, de grandes flores nacaradas, con formas de estrella, que ostentan en su centro una campánula rebosante de doradas espigas; la Pentstemon Jeffreyanus, cuyas varas parecen racimos de zafiros, de un azul imperial, soberbio, deslumbrante, salpicado airosamente por los estambres de nieve y oro; los Crisantemos carinatum, gigantes margaritas, ora de un color amarillo, rubias como una virgen septentrional, ora blancas, labiadas de rojo, como las leyendas amorosas de la soñadora Estambul; la Opuntia coccinellifera, el cactus soberbio sustentado sobre su tronco mórbido como la piedra movediza del Tandil en su base, y que incendia la retina con sus resplandores sangrien-

tos; la Obeliscaria pinnata, con sus conos del más suave color de naranja; la Madaria elegante, de flores amarillas como las mujercitas del Imperio Chino, y, por fin, el Clerodendron imperialis, la más hermosa de las plantas, que reproduce la forma de una fuente en pirámide, — abajo, las anchas hojas sirviendo de platos de esmeralda, y arriba, los grifos tallados en rubí que derraman el chorro sangriento y prolongado de sus estambres y pistilos.

Y este amor por las flores, esta continua dedicación, ese estudio de todos los momentos, paciente, sin cesar profundizado, había concluído por llenar toda la existencia del hombre, infiltrándose á su propia vida, identificándose y encarnándose á su mismo ser, — por manera que, insensiblemente, las queridas flores fueron adquiriendo á los ojos de aquel sabio soñador, que seguía día por día la lenta elaboración del perfume sutil en el seno de un botoncillo diminuto, que observaba la generación de aquellos mágicos colores productos de quién sabe qué sagrado misterio, que estudiaba el movimiento, la vida, las enfermedades y los amores de aquellas corolas de formas inverosímiles y matices deslumbrantes, una vida rara, extra-vegetal, casi humana. Y á par, todos sus sentidos convergían en el de la vista por un fenómeno cerebral indefinible, de modo que el perfume y el color se confundían en una sola vibración lumínica en su retina, y por ella, el hom-

bre llegaba á palpar los matices y á oir los perfumes. Todo su ser, todo su corazón, todo su pensamiento, estaban reconcentrados en los nervios de la visión y por ellos es que vibraban sus demás sentidos. ¿Cómo se verificó este fenómeno? Sería imposible decirlo: sólo podrían señalarse las causas; y á fe que las emperatrices orquídeas y las señoritas violetas eran igualmente culpables de la enfermedad del sabio-poeta.

Hacía ya mucho tiempo que éste había tenido su primera visión. Fué en una noche de verano plácida, tibia, bañada por la luz plateada de la blanca luna. El sabio estaba en su cuarto, tendido en el lecho, sin poder conciliar el sueño. Durante el día había fatigado su espíritu observando con verdadero deleite una nueva variedad de la Aristoloquia que acababa de obtener. Y los ojos cerrados, el corazón lleno de alegría, el alma bañándose en ensueños encantadores, seguía embotado por un deleite inenarrable, entre la quieta sombra del sueño y la vibrante luz de la vida. De pronto, algo impalpable pasó sobre su frente, batiendo muy quedo las alas, haciendo estremecer sus párpados cansados. Abrió los ojos y escrutó las sombras: no había nada. Pero, algunos instantes después, alguien murmuró á su oído un levísimo acento, un llamado que parecía venir de muy lejos. Él prestó atención, repeliendo los audaces gnomos del sueño que pugnaban por cerrarle

los párpados, enredándose las piernas en sus pestañas negras. Y tampoco vió ni oyó nada á su alrededor. Intranquilo, se revolvió un momento en el lecho, y, cuando, poco después, su conciencia sonámbula ya penetraba bajo la arcada sombría del reino del sueño, un brusco sobresalto latigueó su cuerpo todo. Sí, no había duda. Alguien había llamado en su corazón; aún resonaba el eco de los dos golpes secos y sonoros. Entonces se sentó en el lecho y concentró toda su alma en el oído.

Y esta vez sí oyó que le llamaban. Era una voz extraña, una voz que no podía salir de labio humano alguno; una voz de cristal que vibraba débilmente bajo el choque de un rayo de luz; una voz de sueño, rítmica, lejana, aérea, con vibraciones de kínores hebraicos.

¿Quién podía ser? Prestó más atención todavía, y le pareció que la voz venía de fuera. Se levantó apresuradamente y abrió la ventana. Aquel océano de luz serena y cristalina deslumbró su pupila, dejándole ciego por algunos instantes; y al mismo tiempo, la voz de su sueño llegó clara y distinta á su oído. Sí, le llamaban; le llamaban desde el jardín.

No hubiera podido decir cómo abandonó su habitación y bajó la escalinata. Una fuerza ajena á su voluntad y á su conciencia le conducía. Y cuando al pisar la enarenada vereda del jardín, ante el pórtico que formaban las piramidales araucanias, se

encontró frente al pueblo de sus flores, un aplauso nutrido, vibrante, colosal, llenó todo el espacio y fluctuó entre las tibias palpitaciones de aquel océano de luz plateada. Avanzó, todavía vacilante, y las primeras flores alzaron hacia él los brazos, aplaudiendo alegremente. Y cuando, cerca del invernáculo, sus ojos sonrieron llenos de felicidad á aquel mundo perfumado, vestido de gala con sus trajes más primorosos y más bellos, iluminados por la blanca luz de la luna, como en una *soirée* deslumbrante, una música imperceptible al principio, más distinta luego, y, por fin, grandiosa y sublime, llenó su espíritu de suave y deleitosa placidez. Sí, no cabía duda. Eran sus flores las que cantaban aquel himno celestial, aquel hosanna de amor, impregnado de acordes celestiales, de melodías ultraterrestres. Inclinado hacia adelante, toda el alma en los ojos, el Poeta escuchaba aquella harmonía incorpórea, infinita, llena de dulzura y de amor. ¿Cuánto tiempo estuvo allí? No lo supo jamás; pero, cuando la luna, batiendo lentamente sus impalpables alas de cristal, se reclinó, vencida por el sueño y el cansancio, sobre la blanda almohada de brumas blanquecinas que le ofrecía el Occidente glorioso, el Poeta cesó de oir la música divina y extraña de sus flores, y fué, lleno de tristeza, á encerrarse en su habitación.

Desde aquella noche, se dedicó con más ahinco á sus flores, viviendo sólo para ellas y olvidando

todo lo que no fuera ellas. De ese modo su ser se espiritualizó más y más, y, muerto su sensorio para todo el mundo terrenal, viviendo sólo con los sentidos de los goces puros é incorpóreos, la vista y el oído, entró al fin en el reino de la felicidad sin límites. Desde entonces platicó sin trabas con sus flores, y distinguió perfectamente lo que se oculta á los ojos de los demás mortales. Ese era su secreto; esa era su dicha. Nadie sino él le poseía; nadie más que él la gozaba.

Cada flor era un músico inspirado, celestial, grandioso. Cada flor era un instrumento que, al irradiar la luz de sus matices y al verter los átomos impalpables de sus perfumes, hacían más sublimes y harmoniosos los sonidos que producían. Y estudiándolas, estudiando siempre á sus flores queridas, llegó á comprender el rol que cada una desempeñaba en la soberbia orquesta cuya música había enajenado su alma en aquella noche inolvidable. Los jazmines del Cabo, deslumbrantes de pureza, que parecen el mantel sagrado extendido en el altar del perfume, eran los dulcísimos violines de notas cristalinas, blancas como el nevado torso de los cisnes, puras y amorosas como los sueños de los arcángeles que entonan su hosanna inmortal ante el divino trono del Adelghi; aquel enjambre perfumado de las diamelas y rosas, representaba los segundos violines y las violas, de melodías infinitas, dulcísimas, pasionales,

ora empapadas en la risa de los cielos, ora sollozantes con toda la desventura del corazón humano al través de las razas y de los tiempos; el heliotropo, con sus perfumes capitosos, ya suaves como un hilo de luz, ya graves como el beso de una madre moribunda, era la flauta genial que poblara de erráticos y melancólicos acentos los bosques de la Grecia legendaria, — y á ella acompañaba el clarinete, los nardos gentiles que semejan columnas de marfil terminadas en rosetones, con sus notas penetrantes, agudas como cabellos de vidrio, místicas como la espuma del incienso en las viejas catedrales; — las melancólicas azucenas, con sus túnicas virginales glaciadas por el resplandor de la infancia, representaban los sublimes violoncelos de notas enamoradas, tibias, puras y tersas como los senos de una núbil; las gigantes magnolias, hechas de raso de seda blanca, eran los contrabajos de la orquesta, y su perfume enervante, como lujurias doradas, traducíase en notas graves, pesadas, tan pesadas y graves que se podían palpar; las glicinas aéreas, como vírgenes atenienses vestidas con leve cendal color lila, se levantaban en forma de harpa, y su perfume lánguido, en efecto, modulaba notas de porcelana, como las que vuelan azoradas y dulcísimas entre las cuerdas del divino instrumento; los claveles, mariposas perfumadas, con sus policromos matices, con su perfume sensual y capitoso, reme-

daban las voces humanas de los oboes; las aljabas pintorescas, color de púrpura, matizadas de azul y enhebradas con estambres y pistilos blancos y dorados, sin perfume, sin alma, eran los gangosos fagotes de notas sonoras; y por fin, allí estaban, también, todos los instrumentos de cobre, las flores sonoras, de perfumes de sol, de notas vibrantes, de acentos metálicos, ora graves como la caída de la tarde en la soledad inmensa del desierto, ora marciales y guerreras como las auroras triunfales de la Edad Media: — el floripondio imperial con su corona de alabastro donde reverberan resplandores itálicos, que semeja el saxo; las dalias de terciopelo rojo, redondas, acanutadas como rojos panales de cuyo fondo brota la miel de las notas graves, sordas, sin perfume, de las trompas; los girasoles grandiosos, de un color amarillo de oro imponente, que parecen las ígneas ruedas del carro de Febo, representando los sonoros clarines, de notas de fuego, vibrantes y metálicas; los malvones, como redondos cascos guerreros tallados en rubís gigantes, eran los trombones de la orquesta; las campanillas azules, lanzaban juguetonamente al aire las notas nerviosas, transparentes, argentinas, del triángulo, como si las agitaran rubios efebos; — y por último, allá estaban las redondas hortensias, los sordos timbales, con sus redobles huecos, roncos y desolados, que parecían los pasos de un acompañamiento fúnebre so-

bre las heladas losas del cementerio, y las rojas amapolas que despedían de sus amplias y acarminadas corolas las notas sangrantes y estertóricas, á veces con verdaderos alaridos de triunfo salvaje, del bombo y de los platillos.

Y era de ver cuando el Poeta, sentado en su rústico banquito, teniendo al frente el escenario que iluminaba una batería de margaritas multicolores y á su espalda el público, aquel millar de flores de las madreselvas entusiastas, dirigía su orquesta floral. Había estudiado tan bien sus flores, había combinado de tal manera los perfumes y los matices, había educado de tal manera su sensorio á aquellas vibraciones lumínicas y olorosas, que el resultado había sido un grandioso poema sinfónico como jamás lo compusiera el más brillante genio musical. Por otra parte, habíase preocupado del libreto, de manera que la música marchara de perfecto acuerdo con él, y en esa obra magna, dificilísima, tuvo que vencer obstáculos de todo género y profundizar aún más sus estudios. Por fin, un hecho puramente fortuito le dió toda la clave del poema: sabido es que las flores «se enamoran» las unas de las otras, lo que equivale á decir que una toma los colores de otra vecina, perdiendo los propios. Este tema pasional, eminentemente adecuado para la música de las flores, fué desarrollado felizmente por el Poeta.

Un pensamiento — un real pensamiento vestido con amplia túnica de terciopelo negro — estaba desposado con una princesa hermosísima, blanca como los ensueños de los niños muertos. Vivían hacía largo tiempo — ¡veinticuatro horas ya! — contentos y felices, cuando un día el pensamiento blanco, la real princesa, advirtió cerca de ella un jovenzuelo gallardo, un pobre vasallo de su real esposo: era un pequeño pensamiento azul de reflejos de zafiro. El pobrecillo vió la realeza del pensamiento blanco, y sintiendo despertar súbitamente en su corazón la gloria de amarla, cogió su laúd — pues era inspiradísimo trovador — y entonó la más apasionada de sus canciones. Aquellas frases ardientes llegaron como una alborada misteriosa hasta el alma de la reina pálida, y, desde aquel supremo instante, se enamoró del gallardo doncel. Y cuando la noche corría su velo de sombras, una vez que el real señor de la túnica de terciopelo negro se dormía sobre su trono de esmeralda, la enamorada pareja platicaba amorosamente, tejiendo encantados verjeles de eterna dicha y eterna primavera y enviándose con su polen ardoroso, en besos enamorados, toda el alma de su ser.

Pero, ¡ay!, aquella dicha no podía durar mucho tiempo. La enamorada reina no lograba disimular su culpable pasión, y sus repetidos descuidos, las profundas meditaciones en que se abismaba, llama-

ron la atención del real señor del manto de terciopelo negro y corona de oro y pedrerías. Por lo demás, la reina cambiaba su modo de ser de una manera inexplicable. Los colores de su túnica imperial ya no eran los que amaba su real esposo: ahora los había cambiado por los que usaba su amante; y este hecho, al parecer insignificante, puso sobre la pista al esposo engañado. Observó con disimulo á los enamorados, y pudo sorprender miradas lánguidas y desmayadas, suspiros enamorados y furtivos, gestos de inequívoca complicidad. Desde aquel momento, la cólera crujió en el corazón del altivo rey y éste juró vengar aquella traición artera.

Una noche — ¡qué hermosa noche de verano, Dios mío! — el real señor de la túnica de azabache y corona de oro, fingióse ligeramente indispuesto y acostóse en su lecho de esmeraldas. La reina, apenas le vió dormido, concurrió apresuradamente á la cita donde su amante no tardó en llegar para repetirle su credo de amor. ¡Qué bien se expresaba el hermosísimo galán y cuán gentiles eran los pensamientos que nacían de su alma! ¡Cómo vibraba á impulsos de su pasión el pobrecillo, repitiendo por centésima vez á su adorada los dulces ensueños que poblaban sus noches desde que su alma se había unido con su alma! ¡Y cuán hermoso era el porvenir por él soñado, lleno de perfumes encantados y sembrado de perlas de rocío, cuando, una vez muerto

el esposo, pudieran los dos alzar libremente las frentes al claro sol, descubriendo así al mundo entero el secreto de sus almas enamoradas! Ella le oía encantada, mecida por aquellos ensueños que transportaban su alma á las etéreas salas del amor imperecedero, y poco á poco su cabecita querida se reclinaba sobre el pecho de su amante. Y entonces, mientras el apuesto mancebo, en el colmo de su dicha, se inclinaba para depositar sobre los labios ardientes de su amada su más dulce ósculo de amor, surgía de improviso el engañado esposo, y con el puñal hería de muerte á la culpable pareja. Y con un *addio* tristísimo que se enviaban ambos amantes al sentir el frío de la muerte helar la savia de sus venas, concluía el poema grandioso.

Pero si bello era el argumento de la obra, y preciosísimas las frases de candente pasión, de sentimientos encontrados que tenía el libreto, más bella aún era la orquestación que el Poeta había dado al poema musical. ¡Qué sinfonía grandiosa aquella en la que se condensaba toda la obra, y donde, mientras los pálidos jazmines del Cabo cantaban el motivo tristísimo del *addio* final, rugían los cobres con sus más violentas notas de cólera y venganza, arrancadas de las sangrientas amapolas y de los acarminados malvones! ¡Qué hermoso dúo de amor aquel que acompañaban los mismos violines y el harpa de glicinas y las notas pasionales de violoncelo de las

azucenas! ¡Qué elegía más sentida la de aquel *addio* final que arrancaban las cuerdas de las enamoradas violas de la orquesta, las rosas expirantes de perfumes tenuísimos!

El Poeta había puesto en aquella obra grandiosa toda su alma y su mismo corazón; y las flores de su jardín le secundaban admirablemente en la ejecución del poema sinfónico.

Mas, ¡ay! cuando terminada su obra, quiso darla al público humano, se le acusó de loco y se le arrancó violentamente del núcleo de sus músicos. ¡La envidia! ¡La envidia solamente era la que le encadenaba, para destruir su obra y sojuzgar su genio! La imbecilidad humana no comprendía lo inmenso de su trabajo y las bellezas que él encerraba; y desde aquel momento fué traidoramente atacado por la turbamulta de medianías é ignorantes que le envidiaban y le escarnecían.

Pero ahora, ¡ahora estaba libre! Había logrado burlar la vigilancia de sus tiranos, y se hallaba otra vez en el templo sagrado. Sin embargo, durante un segundo, una duda atroz martirizó su cerebro: ¿le habría olvidado su orquesta? ¿Obedecerían sus profesores al llamado de su batuta? ¿No le habrían robado su poema?

Pálido de emoción, anhelante, con un ligero tic

nervioso en los labios, dirigió una mirada de inteligencia á sus queridas flores y las llamó con un breve golpecito. Y en ese minuto supremo, la intuición de que aún le obedecían, puso en sus ojos un rayo de luz, un rayo de alegría que iluminó todo su semblante. ¡Sí! ¡Todavía le amaban! ¡Aún le obedecían! Apenas su brazo se alzó, marcando los primeros compases, los instrumentos de cobre rompieron á tocar los primeros, sonorosos, graves, con las resonancias de caverna de las dalias roncas, como obscuras trompas que se iluminaban, en el lento y majestuoso desarrollo de los compases, con aquellas notas rientes de los jazmines del Cabo y los rayos de sol de los clarines amarillos, — los triunfales girasoles: — unas notas juguetonas, saltadoras, que parecían chispitas de luz en los arpegios de los jazmines del Cabo y alboradas de luz cuajadas de puntitos de oro en las prodigiosas *apoggiaturas* del pasional heliotropo, la dulcísima flauta de la orquesta. Y poco á poco iban entrando todos los instrumentos, con precisión matemática, á medida que él, con una rapidísima mirada, llamaba hacía sí sus matices ó sus perfumes. Los clarinetes — aquellos nardos encantadores que parecen hijos del llanto de la luna — lamentábanse con heladas voces de osario; mientras los claveles, con la majestad de los oboes, combinaban, en medio de una especie de frenesí, sus colores caprichosos, para formar la cadencia total.

Y, bruscamente, el concertante grandioso desbordaba en torrentes de matices y perfumes en medio de la floral orquesta. El lírico suspiro de los jazmines, cantando blancas leyendas de amor, parecía apoyarse dulcemente sobre los perfumes de las rosas que pasan como la sombra de un ala sobre el firmamento, combinándose caprichosamente con las melodías color de leche de los nardos, los agudos clarinetes de la orquesta; mientras los claveles, con sus notas de oboes, recortadas y flexibles, ejecutaban escalas cromáticas donde corrían ríos de azurita y de rubí para alcanzar las notas vibrantes de los girasoles, esas notas de sol de los clarines que caen en chorros de luz dorada como temblorosas hileras de rubias hormigas y los roncos estruendos de los trombones, aquellos malvones soberbios de color de crímenes trágicos. Y había al través de aquellos perfumes que cruzaban á lo largo del jardín en espirales cadenciosas, resbalando viscosamente como monstruos submarinos por las capas líquidas de un mar verdoso y transparente, melodías de amor más dulce que la esperanza de una felicidad ya consumida y gemidos de dolor en aquellos cobres que movían histéricamente sus gruesas lenguas de metal, lanzando sonidos poderosos, con rugidos de caverna y alaridos frenéticos de hipogrifos heridos.

Pero de pronto callaba la música colosal y enmudecían las dalias y malvones, los girasoles y

floripondios, los nardos y claveles; y apenas volaba la última estrofa del poema como un ave azorada por la inmensidad del firmamento, una nota única, sostenida, de rítmica dulzura, arrancada en la prima de los violines y sombreada por el trémolo de las azucenas, iniciaba el dúo de amor. Ambos amantes, allí en la escena, empezaban su idilio de amor, que acompañaban los jazmines, pálidos de emoción, como si se les fuera la cabeza, exhalando un suspiro mortecino, lleno de delicadas emanaciones olorosas. Y poco á poco, mientras adelantaba el dúo y así que los amantes se rendían á la pasión, próximos á caer el uno en brazos del otro, las enamoradas violas de la orquesta, aquellas rosas de pétalos tersos y mórbidos como los muslos de una mujer, ejecutaban arpegios cargados de perfumes capitosos, cantando el himno de amor con frases candentes de pasión, en las que corrían resplandores de fragua y palideces súbitas, de esas que acompañan los espasmos del supremo placer.

Ahora el enamorado doncel — aquel bellísimo pensamiento azul — seguía cantando su credo divino con las notas más vibrantes de los jazmines del Cabo, y su dulce amada, vencida por la dicha, subyugada por la pasión, reclinaba su cabecita sobre el pecho de su amante. Y el amor criminal, el amor adúltero, triunfante, se consumaba al cabo: el doncel unía sus labios sedientos á los labios de su

reina. Entonces los violines eran un susurro lejano, un suave estremecimiento de alas, un hilo de notas imperceptibles que seguía las pulsaciones del tiempo, mientras que la flauta hacía su entrada,— el heliotropo sensual y enervante, cuyos perfumes, como una gran noche astral en la que hubiera nimbos de oro, irisaciones de nácar negro y claridades vidriosas de estrellas lejanas, tienen perversidades de alcoba y hacen soñar con besos ardientes depositados sobre la piel satinada y voluptuosa de las vírgenes lúbricas. Un fuego de amor, trepidante, nervioso, cuajado de enardecimientos de la carne y de lujurias refinadas, aleteaba en la atmósfera, encendiendo caricias sensuales, sacudimientos frenéticos y besos ardientes, largos, apasionados, de esos que funden en una las almas de dos amantes. El amor triunfaba; la ventura era un sol; el goce chisporroteaba en el polen de las flores, y el heliotropo seguía derramando sus notas en pesadas espirales de perfumes enervantes...

De pronto surgía el ofendido esposo, — el real pensamiento de largo manto de terciopelo negro.— Las roncas trompas — aquellas dalias sangrientas y sin perfume — daban la salida del personaje, y apenas sus roncas voces, interrumpiendo el dúo de amor, anunciaban el supremo instante de la venganza, mezclábanse á ellas las estruendosas amapolas con sus ahogos y resuellos de vena rota que

deja escapar la sangre á borbotones. Y eran entonces, en la orquesta, donde ha poco vibraban los perfumados ecos de policromas leyendas, terribles gemidos de dolor, quejas desgarradoras de sufrimiento, rugidos de venganza despiadada, que lanzaban al aire vertiginosamente, como en una especie de insano frenesí, los trombones y clarines vengadores. Los girasoles, semejantes á germanos escudos de oro heridos por los rayos de un sol salvaje, despedían sus notas amarillas, con perfumes de sol, vivas, inquietas, fulgurantes como cascadas de oro líquido, sintetizando el pavor de los sorprendidos amantes; mientras que los trombones, describiendo la cólera del ultrajado esposo, tenían soberbios aletazos de águila caudal, crujidos de árboles centenarios que, arrastrados por el huracán, fueran á chocar contra escudos de oro bárbaro. Y hasta las hortensias, en medio de aquel desenfreno, como roncos timbales, resonaban con el sordo redoble de los cascos de las walkirias en su galope desenfrenado.

Llegaba ahora el terrible instante; y al bajar el puñal vengador sobre el pecho de los amantes, las violas y los oboes, en una combinación originalísima, lanzaban acordes fúnebres, color de azabache, que pesaban sobre el corazón con el horror de las trágicas noches de tormenta; entretanto que los platillos de las amapolas, con sus notas frías como

la herida de una lámina de acero, revibraban con alegría salvaje, haciendo crujir los dientes, entenebreciendo el cerebro y despeñando torrentes de hielo por las arterias y las venas. Y había notas metálicas estridentes en los girasoles, estertores roncos en las dalias, gemidos de muerte entre las pálidas rosas, súplicas agudas entre los nardos de marfil y rugidos de hiena en las voces desencadenadas de los malvones sangrientos.

Después, bruscamente, sin transición, de todo aquel estruendo, sólo quedaba una sorda palpitación en las magnolias de notas de contrabajo, un rumor sostenido, fúnebre, prolongado, como el estremecimiento de la carne por el miedo, como el rudo temor de los instantes espantosos, como el eco sombrío que sucede á las grandes tempestades que se alejan. Y la nota grave, ronca, palpitante, se prolongaba aún con la tristeza y desolación de las horas que suenan á la distancia, para representar aquella escena muda de los tres personajes: en primer término, el esposo vengador, hosco, sombrío, contemplando su terrible obra con algo de espanto en la mirada, y luego, á sus pies, las pobres víctimas, desangrándose, con la eterna noche del sepulcro reflejada en el fondo de sus pupilas.

Dulcemente, cual si llegaran de regiones muy lejanas, de países olvidados, unas notas graves, melancólicas, iniciaban un desmayado *crescendo* de dolor

eran las harpas melancólicas, de notas de porcelana, las dulcísimas glicinas con su color de místicas plegarias y con sus perfumes lánguidos de arcángeles dormidos. El *crescendo* seguía paulatinamente, y en sus melodías desesperanzadas había notas ora graves, como si se rodearan de sombra glauca, ora serenas, cual si se vistieran con la desnudez glacial de una Hécate. Y al terminar la cadencia última con toda la tristeza de la última lágrima, con esa desgarradora melancolía de las tardes moribundas, los floripondios de alabastro tomaban el compás para dar su entrada en el *addio* final á los jazmines del Cabo. Los pálidos violines lloraban, entonces, su tristísimo *addio:* era una melodía infinita, tenuísima, como un desmayado efluvio de la luna perdido en las profundidades de la mar en calma; un susurro de melancolías que desfallecían entre brumas, expirante, cada vez más sutil; un hilo de notas moribundas que volaban hacia las lejanías del horizonte. Y los níveos jazmines seguían moviendo el arco, cada vez más despacio, rozando apenas las cuerdas, exhalando su expirante perfume como el eco de un sonido que hubiera brotado millares de siglos ha en los templos misteriosos de los legendarios faraones. Entretanto, las rosas y las glicinas mezclaban á ellos sus notas también desfallecientes, tiernas como una caricia celeste, sollozantes como ese mudo dolor que surge del fondo del alma humana en las horas de

inmensa desventura y que parecen elaboradas con todo el sufrimiento de la humanidad desde su origen en la obscura noche de los tiempos.

Inclinado hacia adelante, los ojos extraviados, los cabellos revueltos sobre las sienes inspiradas como los de un náufrago, la respiración contenida y el corazón angustiado, el Poeta seguía escuchando aquella melodía divina que le llegaba en ondas silentes de perfumes moribundos. Todo el dolor de la mujer amada que siente los dedos de mármol de la muerte reclinar sus párpados, todo el sufrimiento de aquellos dos corazones enamorados que la tumba viene á separar para siempre con su blanco sudario de olvido, gemía en el tristísimo *addio* que cantaban los jazmines del Cabo, y resonaba en los sollozos del violoncelo, y repercutía como un eco lejano, en las notas de harpa de las aéreas glicinas. ¡Qué desgarradora música aquélla! Las fibras de su corazón, como las cuerdas tirantes de un instrumento, reventaban una á una, dolorosamente, con estertores callados, entre sollozos contenidos. Y la melodía se extinguía lentamente, como si la música se alejara; palidecía poco á poco bajo el resplandor helado de los errantes planetas, enhebrándose siempre con los ecos de las glicinas queridas, rompiéndose por momentos en las azucenas con los sollozos desgarradores de los violoncelos; — y el Poeta, para no perder una nota de aquellas flores que le envia-

ban sus últimos perfumes, para seguir aún, algunos segundos más, aquel *addio* moribundo que ya cesaba de batir sus alas y caía lentamente sobre la tierra desierta, se iba inclinando hacia adelante, cada vez más, todavía un poco...

Una gota de luz; un hilo incorpóreo; después un lampo; luego, algo así como el sueño fugitivo de un parpadeo... la última nota del inmenso poema...

—¡Saúl! ¡Saúl!

¿Era el público que le llamaba por su nombre? Sí; el Poeta sentía, desde el principio del *addio*, la respiración contenida de las madreselvas, como si no hubieran querido interrumpir la audición de aquella música gigante; el Poeta sentía, detrás suyo, crecer el entusiasmo, latir apresuradamente, á compás con el suyo, todos aquellos corazones; sentía la admiración aumentar por momentos; sentía el triunfo, la ovación, el beso de la gloria inmortal!...

—¡Saúl! ¡Saúl!

Le llamaban, sí; pero él seguía hipnotizado aquella última nota; la seguía con el alma, al abandonar por siempre el seno de los expirantes jazmines; la seguía aún al elevarse en el aire, trémula, azorada, vacilante, cual la pluma de un ave que arrastra el viento; y cada vez más inclinado hacia adelante, la seguía todavía en su agonía, en su subida á los cielos, hasta perderse allá, lejos, muy lejos, frente al trono de diamantes de las estrellas.

Cayó boca abajo, sobre la arenilla húmeda del jardín. De allí, los que le buscaban ansiosamente, con un presentimiento fatal, le recogieron. Pero ya era tarde: su alma había volado al cielo con los postreros perfumes de sus flores, con la última nota de su poema.—¡Estaba libre!

La felicidad

Á Almafuerte

«Señor don Ricardo Forein.

«Querido amigo:

«Anoche no he dormido. La linda rubia que me sorbió el seso en el teatro, privándome de oir los *Hugonotes*, se sentó á mi cabecera y me llenó de historias el cerebro. He paseado por el mundo de las ilusiones, cogido del brazo con ella. He sentido subírseme el corazón á los labios para llamarla *mía*. Estoy hecho un cretino. Ven á verme para conversar de ella. Tú me dices que la conoces. Te espero con el ansia con que se espera á una mujer amada. ¿Vienes, verdad?

«Hasta ahora,

«*Alfredo Hugues.*»

«Señor don Alfredo Hugues.

«Amigo mío, eres un cretino: tú lo has dicho. ¿Puedo creer que te enamores así, repentinamente, de una desconocida, como quien coge un aire en el pescuezo? Me das compasión. A los quince años te perdonaría tu noche de insomnio; pero á los treinta, se me antoja que eres ridículo.

«Nada; no voy á verte. Tanto más cuanto dentro de un instante me marcho. Estoy de viaje: un telegrama de mi hermano me llama urgentemente.

«Que te alivies.

«*Ricardo Forein.*»

«Señor don Ambrosio Herrand.

«Querido compañero:

«Estoy que echo chispas, lo mismo que una botella de Leyden. Usted se enteró de mi *flirt* de la otra noche, en *Hugonotes*. Usted le oyó decir á Forein que conocía á mi rubia, que la conocía y trataba íntimamente. Pues bien: le he escrito que viniera á verme para hablarme de ella — porque ha de saber usted que estoy perdidamente enamorado de esa deliciosa criatura — y el muy bellaco me ha escrito que no venía y que se marcha de viaje. Ya

sabemos todos que Forein es un tipo raro, maniático, incomprensible; pero eso pasa de la raya.

«Estoy de un humor endiablado. ¿No sabe usted algo de mi linda rubia? ¿Qué se hace usted? ¿Por qué no le veo? Supongo que será usted más fino que Forein y que me dará alguna noticia interesante.

«Mil afectos.

«*Alfredo Hugues.*»

«Señor don Ambrosio Herrand.

«Mi grande y buen amigo:

«Soy el hombre más desventurado de la creación. Lo que á mí me pasa no le acontece ni á un ahorcado. Figúrese usted que después de su última carta, en la que me comunicaba que no tenía noticia alguna sobre mi bella desconocida, me eché como un loco á la calle para buscarla. He recorrido todos los paseos, he dado vuelta á toda la ciudad, he asistido á reuniones y conciertos, he ido á misa, ¡qué sé yo!... y nada. Calculando que á su espíritu delicado han de agradar las serenas y arrebatadoras melodías de Donizetti y Bellini, me he echado encima las partituras de *Elisir d'amore*, *Lucrezia Borgia* y *Sonámbula*, ¡y bien sabe Dios que en vez

de cobrárseme la entrada al teatro, para hacerme oir esa música, debieran pagarme á mí una indemnización por el martirio! La noche de la *Dannazione di Faust*, creí advertirla en una platea: yo estaba en un palco alto, y, á pesar del encanto de la música, abandoné mi asiento y me despeñé escaleras abajo. Uno de los acomodadores de las tertulias, que estaba en el pasillo, se imaginó una tragedia y salió disparado tras de mí. ¡Pero, no era ella! Cuando se lo dije al acomodador, me cercioré de que lo había idiotizado por completo.

«Mi rubia ha desaparecido como por obra de encantamiento. He preguntado por ella á todos los amigos y conocidos; he seguido pistas falsas; me he fastidiado horas enteras en los bailes y saraos; he corrido como un lebrel por las calles, haciendo reir á los transeuntes, cuando he creído advertirla entre un grupo de mujeres. He ido al Cordón, á Maroñas, al Cerro, al Paso del Molino, á Colón, ¡al infierno! Nada.

«Estoy desesperado; estoy loco. La imagen de esa mujer celestial se me ha incrustado en el corazón como un dardo de diamante, y me tiene angustiado, febril, agonizante. Ahora no puedo vivir sin ella. Su recuerdo es la única luz que puebla mi cerebro. Yo no sé cómo he llegado á experimentar esta desordenada pasión tan de súbito; pero sé, sí, que sin ella no puedo vivir, que ella es necesaria para mi dicha.

«Me digo y me repito que esto es infantil, que es absurdo; que estoy obrando como un chicuelo. Pero no lo puedo remediar. Es más fuerte que yo. Ayúdeme en la empresa. Sea usted mi ángel bueno. Espero sus nuevas.

«Su amigo inconsolable,

«*Alfredo Hugues.*»

«Señor don Alfredo Hugues.

«Mi pobre amigo:

«Hace ahora tres meses que no recibo carta suya, ni le encuentro á usted por ninguna parte. ¿Por ventura ha encontrado usted á su incógnita y vive en plena luna de miel, lejos del mundo y de sus mentidas alegrías?

«Siempre suyo,

«*Ambrosio Herrand.*»

«Señor don Ambrosio Herrand.

«Mi amigo:

«Extrañará usted este retardo de dos meses en contestar á su última carta. Pero la cosa se explica.

He estado ausente. He andado de viaje, por esos mundos de Dios, buscando á mi desconocida. ¡Nada! ¡Siempre nada!

«En Buenos Aires paré unas horas en el mismo hotel que Forein, sin saberlo. Luego supe que había partido para Montevideo, pues tiene un miembro de su familia enfermo. A propósito: á Forein lo tengo de vecino también aquí en Montevideo, hace algún tiempo; pero aún no lo he podido ver. Es verdad que estoy algo frío de relaciones con él desde aquella cartita de que le hablé. No le he vuelto á ver ni á escribir. Él, por su parte, no me ha escrito tampoco. Ya sabe usted que es un tipo original y enigmático.

«Esta tarde me vuelvo á Buenos Aires. Si algo desea para allá, está siempre á sus órdenes,

«*Alfredo Hugues.*»

«Señor don Ambrosio Herrand.

«Querido compañero:

«Estoy anonadado. Aún me parece que sueño. ¿Cómo narrarle á usted lo que me pasa? ¿Por dónde empezar? Voy á tratar de poner orden en mis ideas, á fin de no hacerme un lío, y poderle contar á usted cómo encontré á mi rubia angelical.

«Después de haber rodado por esos mundos de Dios buscando á la mujer que me tenía completamente enloquecido, víneme á ésta y me encerré en mi casa como un ogro. No quería ver á nadie, ni hablar con persona alguna. Perdóneme usted: sé que ha venido repetidas veces á mi casa á preguntar por mí, y le he hecho decir que no estaba. También vino Forein varias veces, y no lo recibí. Pero usted comprenderá mi conducta: no será muy correcta; pero, ¿es posible pedirle corrección á un loco? Sí: he estado loco, y ahora lo estoy más aún, pero es de dolor y de pesar. El mundo se me ha venido encima y no sé lo que me pasa. Desearía morirme.

«¡Figúrese usted! Ayer, al sentarme á la mesa, llaman á la puerta de calle. Va la criada á abrir, y vuelve á comunicarme un recado de Forein. ¿Sabe usted lo que era? Un papel, un miserable papel escrito con lápiz—dos renglones nada más. Pero, ¡qué montaña de dolor me han echado sobre los hombros esos dos renglones! Usted juzgará. Forein me decía: «Mi hermana acaba de morir. Ven á ver por la vez última á tu pobre incógnita.» Nada más. Al principio no comprendí lo que se me decía. ¡Ojalá no lo hubiera comprendido nunca! ¡Pluguiera al cielo que me hubiera muerto antes!

«Ahora estoy desesperado. La he visto, la he visto, sí, en su último lecho, cubierta de flores, más

blanca, más rubia, más bella que la noche en que la conocí. Era la misma: era mi amor, mi vida, mi dicha. ¡Y la he tenido cerca de mí, ha vivido al lado de mi casa, y no lo he sabido! ¡He corrido como un loco por ciudades lejanas, buscándola afanosamente, sin sospechar que sólo un mísero muro nos separaba! ¡He pasado junto á ella sin verla, sin adivinarla, sin presentirla! Y ahora, la he perdido para siempre!

«Yo no sé qué hacer. Cuando me serene un poco, tomaré una resolución.

«*Alfredo Hugues.*»

«Señor don Ambrosio Herrand.

«Estimado señor:

«He recibido el paquete de cartas que usted me ha remitido, cumpliendo así un último deseo del desdichado Hugues. Pero, ¿cree usted, como creía el pobre suicida, que con ellas se puede hacer una historia que interese al público? Un cuentecico, cuando más, amigo mío. ¡Es tan poca cosa el corazón de un hombre para hacer volver la cabeza á la humanidad!

«De cualquier modo que sea, gracias por el envío. Y queda á sus órdenes,

«*V. Pérez Petit.*»

Lo último

Á Rubén Darío.

«... Nosotros buscamos los primeros principios; nosotros queremos conocer la primera causa fuera del sistema teológico ó de acuerdo con los santos padres; nosotros queremos fijar los límites del Universo, y, olvidándonos de inquirir lo que somos nosotros mismos, preguntamos: — Después de ese inmenso espacio estrellado, ¿qué hay? ¿Más vacío estrellado? Pero, ¿dónde concluye éste? — ¡Pobres soñadores! Desencantados por el principio de la relatividad de nuestros conocimientos, que dice Herbert Spencer; hechos á concebir invariablemente un límite para todas las cosas — siquiera sean éstas las más grandes, v. gr., los astros — buscamos lo último, el fin del espacio, un punto matemático desde el cual no haya *más allá.* »

El sabio doctor Heibelg paseó un instante su mi-

rada por el amplio salón donde sus discípulos le oían con una especie de fervor religioso, y luego prosiguió:

« El espacio es infinito, y de ahí, precisamente, el que no le concibamos nosotros, seres relativos y finitos. Decimos: — nuestra vida tiene un fin; las generaciones se suceden y desaparecen en las edades históricas; Grecia y Roma limitan las civilizaciones orientales, la Edad Media agoniza en el Renacimiento, la Revolución Francesa cierra el primer ciclo de la época moderna, el siglo veinte terminará con nuestros contemporáneos; — la Tierra es una esfera aislada en el espacio; todos los astros, según la teoría de Laplace, han tenido su nacimiento de una nebulosa, y tendrán un fin (más ó menos parecido al de la Luna, que es un astro muerto, enfriado); nuestro sistema solar concluye en Neptuno; el sistema de Sirio también tiene un límite, y lo propio sucede con todos esos soles del infinito, centros tal vez de otros tantos mundos planetarios; luego (concluimos rigurosamente) el espacio, el cielo, el Universo tienen un límite, un fin. ¿Qué podría haber *más allá?* »

Un gran silencio, tan sólo turbado por el ruido monótono y pesado del agua que llovía en el patio, repiqueteando en los cristales, reinaba en el aula de la clase de filosofía. Era una tarde brumosa, sin sol, con mucho frío. Y la voz del profesor caía tran-

quila, grave, reposada, llena de una tristeza inmensa y de una dulzura desesperada.

«No, no existe ese fin; nuestro razonamiento es falso; nuestra vida no termina en la tumba. Todos conocéis los irrebatibles libros de Büchner y Moleschott y las hermosas páginas que el primero ha dedicado á la indestructibilidad de la materia y de la fuerza. La materia se transforma, pero no muere. Esta verdad, que ya formulaba Heráclito de Efeso y que Shakespeare reprodujo más tarde haciendo exclamar á Hamlet: «el cuerpo de César sirve hoy para rellenar el hueco de un muro,» es hoy una verdad incontrovertible, un verdadero axioma. Además, vosotros conocéis las leyes químicas y ese inmortal principio que ratifica la ley de la vieja filosofía atomística: «nada se pierde y nada se crea.» En cuanto á la fuerza — que es concomitante de la materia — también es inmortal; y esta verdad que Faraday expresa en las conocidas palabras: «lo que desaparece por un lado, reaparece por otro necesariamente,» ha sido comprobada una vez más con las bellas experiencias de Tyndall. Pero todo esto, señores, vosotros lo sabéis tan bien como yo, y, por lo tanto, no he de detenerme en ello por más tiempo: basta á mi objeto recordaros, después de estos prodromos, que la materia, así como es eterna, es infinita en grandor y en pequeñez: el macrocosmos y el microcosmos son igualmente infinitos. El átomo

más diminuto, el más pequeñísimo, aquel que ha sido subdividido hasta lo inconcebible por nuestra imaginación, aun puede serlo más; y la esfera inmensa de lo infinito, que decía Pascal, tiene su centro en todas partes y la circunferencia en ninguna. La Tierra no está aislada en el espacio; Newton ha formulado tres leyes que demuestran lo erróneo de esta creencia; también las conocéis vosotros. — Los mundos celestes, como nuestro sistema planetario, el de Sirio, etc., no tienen un fin, porque no debemos llamar así á la resultante de la imperfectibilidad de nuestros telescopios y de nuestros recursos intelectuales para buscar lo último. Un acabado ejemplo de ello es el descubrimiento matemático de Neptuno por Leverrier, cuando todo el mundo creía que nuestro sistema terminaba en Urano. Por otra parte, el perfeccionamiento de las lentes cóncavas y convexas nos enseña que día á día se resuelven en astros muchas nebulosas, y que nuevos soles surgen del fondo infinito de los cielos, donde hasta entonces permanecían invisibles. ¿Por qué, entonces, negar el más allá y querer señalar un punto en el espacio para darse el tono de decir: aquí está lo último, éstas son las columnas de Hércules del cielo?»

«Digámoslo, pues. El espacio es infinito, y *más allá* no está Dios, porque no se conciben dos infinitos: uno tendría que limitar ó comprender al otro.

Suponed un círculo infinito: es el Universo; suponed otro círculo infinito: Dios, — forzosamente uno de los dos no será infinito, porque el otro le limitará. Esto no admite discusión.»

El agua seguía cayendo pesadamente sobre las losas, con una quejumbrosa cantilena. Un velo ceniciento flotaba en el aire. La luz era desmayada. El doctor Heibelg había encendido su pipa y se envolvía en tremendas espirales de humo. Otra vez en el amplio salón volvió á resonar su voz grave y reposada:

«Ya lo he dicho: creemos que el espacio sea infinito, porque nosotros lo somos, y porque, relativamente, lo es el *mundo* que nos rodea; pero nos olvidamos de pensar que nuestro sistema planetario es tan sólo *una parte* del *gran todo;* un grano imperceptible de arena en el desierto inconmensurable del infinito. — Además, ¿por qué ese afán de buscarle un límite al espacio? Os lo voy á decir: por el de colocar á Dios sobre él. Y, entonces, no cabe preguntar ¿cuál es el principio, la causa y el límite de Dios? Y si se me responde que Dios existe desde toda una eternidad, yo contesto con Büchner: ¿y por qué no así el espacio — que es la fuerza y la materia? ¿Por qué creer en lo que no hemos visto ni sentido, en lo que escapa á nuestro sensorio ó intelecto, en un espíritu, y rebelarnos á creer en la materia, que es lo que vemos, lo que palpamos, lo

que oímos, lo que informa nuestro mundo y es todo nuestro ser?»

El doctor Heibelg estaba inclinado hacia adelante, sobre el pupitre, los ojos fijos en el vacío, escrutando las sombras, como fulminando á un invisible enemigo. Su voz se había hecho opaca, gruesa, casi terrible. Su gesto era airado é imponente.

Toda la clase permanecía silenciosa, oyendo rugir la tormenta. Un rayo retumbó entre las nubes, irradiando con deslumbradora luz y sacudiendo el edificio con el eco estruendoso de su trueno. La lluvia, después de la descarga eléctrica, pareció redoblar su fuerza, y durante algunos minutos el ruido de las gotas resonó como piedrecillas arrojadas á puñados sobre los cristales.

Pero ya el sabio profesor había vuelto á reclinarse contra el respaldo de su mullido sillón, y nuevas y más espesas columnas de humo, extraídas de la pipa, formaban una nube en torno de su cabeza, haciéndole casi invisible...

«Pero dejemos á un lado la cuestión de teodicea, pues en otra conferencia tendré ocasión de rebatir las llamadas pruebas de la existencia de Dios que nos han querido dar Clarke, Léibnitz, Aristóteles, Kant y Hemsterhuys. Concretémonos al punto que dilucidamos hoy. El telescopio perfora cada día más la bóveda celeste, y no le encuentra fin ni límite. Á medida que la potencia de los cristales

acerca á nosotros los astros, permitiéndonos resolver su constitución físico-química por el análisis espectral, el límite del cielo, *lo último*, huye de nosotros, para perderse allá, lejos, más lejos, siempre más allá. Vamos á ver: ¿por qué esa inmensidad que nos da vértigos, que nos aturde, que nos aniquila, no puede ser una más grande de la que conocemos, no puede continuar así indefinidamente? ¿Qué somos los hombres comparados con el globo en que vivimos? Menos que una gota de agua en el Océano. ¿Qué es la tierra comparada con el Sol? Una mónera imperceptible; una esferita un millón doscientas setenta y nueve mil veces menor que el astro rey. ¿Qué es el Sol comparado con Sirio? Una chispilla dos mil seiscientas veces menor. ¿Y qué diremos si comparamos á Sirio — ese astro que brilla á treinta y tres billones ciento ochenta y nueve mil millones de leguas — con el espacio celeste poblado por nebulosas colosales, por cometas gigantescos y estrellas innumerables? ¿*Existiremos nosotros* para los habitantes del sistema Proción, si los hubiere? ¿Qué somos nosotros comparados con ese espacio insondable, aterrador, que se mide, no por millones de leguas, sino por quintillones de diámetros de la órbita terrestre? ¿Por qué, pues, si consideramos el espacio celeste hasta hoy descubierto, no hemos de considerar otro mayor que encierre á éste?»

El vendaval se desataba con furia inaudita, sa-

cudiendo el edificio hasta sus cimientos y arrojando el agua á torrentes contra el suelo. El patio parecía lleno por una nube de polvo. La obscuridad se acrecentaba. Hubo que encender los picos de gas.

Los discípulos estaban cohibidos, aterrados. El doctor Heibelg, en su sillón acolchado, envuelto en aquella nube de humo que extraía incansanble de su pipa encendida, parecía un Dios terrible encargado de desencadenar horrorosa tempestad en los cerebros de sus oyentes. Hacía más de una hora que su frase doctoral, sus ideas profundas y abstractas corrían por el amplio salón, dando vértigos á los discípulos. Ahora había terminado la lección del día y se envolvía en su inmenso sobretodo de pieles con mucha calma. Los alümnos salían en silencio, pensativos, uno tras otro. Poco á poco la clase quedaba desierta.

El profesor vació tranquilamente su pipa, y, con la misma cachaza, guardóla en su estuche. Después cogió su sombrero y el enorme paraguas de algodón, y salió á su vez.

Fuera, en la calle, el agua caía á torrentes, con furia desatada, en enormes columnas movibles que retorcía el viento. Los hilos telefónicos silbaban lúgubremente, suspendidos en el aire. Los árboles, á la orilla de la acera, se inclinaban gimiendo y chorreando agua, á impulsos del huracán. Entre las piedras de la calle, el agua formaba charcos y corría,

sucia, con diminutas oleadas contra el cordón de las veredas. Hacía mucho frío: un frío penetrante y húmedo. El olor de la tierra mojada daba una especie de laxitud.

Allá arriba, grandes nubes de un color de barro negruzco se arremolinaban y apretaban unas contra otras. Por momentos un trueno sordo, pesado, cavernoso, retumbaba con fuerza espantosa, y luego corría de nube en nube, disminuyendo y aumentando sucesivamente, hasta perderse á lo lejos.

El doctor Heibelg hizo acercar su carruaje, y, volviéndose á su amigo y discípulo Tiek, le dijo:

—¿Me acompaña usted?

Subieron ambos al cupé. Durante algunos minutos rodó el vehículo sobre las piedras sin que ninguno de los dos dijera una palabra. Tiek iba pensativo; el profesor Heibelg, por momentos, limpiaba los cristales con su mano fina y nerviosa, para mirar la lluvia que inundaba la calle. Después, se reclinó en los almohadones del testero y cerró los ojos.

—¿Sabe usted en lo que pienso, maestro?—dijo de pronto Tiek.

Heibelg abrió los ojos, mirándole con curiosidad.

—Pues voy pensando—prosiguió el discípulo—en lo deleznable de la condición humana. ¿Qué es el hombre? ¿Qué cosa, qué valor, qué importancia tienen sus odios, sus amores, sus sufrimientos, sus

hazañas, sus martirios, sus abnegaciones? ¿Para qué vivimos, para qué luchamos, para qué sentimos? ¿Qué somos nosotros, partículas imperceptibles de polvo, en el espacio y en el tiempo, ante esta inmensa y colosal naturaleza que nos rodea?...

El profesor Heibelg había vuelto á cerrar los ojos y parecía dormitar sobre los almohadones, mecido por el dulce rodar del carruaje y el repiqueteo de la lluvia en los vidrios de las ventanillas.

—Nosotros nacemos á la vida—siguió diciendo Tiek—para vivir cuarenta ó sesenta años y desaparecer. ¿Qué es ese lapso de tiempo ínfimo, comparado, por ejemplo, con los treinta siglos que tarda el cometa de 1811 en recorrer con velocidad espantosa su gigantesca órbita? ¿Qué es el espacio de nuestra existencia comparado con el que nos separa de esos astros de décimaquinta magnitud, perdidos á centenares de millones de leguas de nosotros? ¿Qué es nuestro *yo*, nuestra envoltura material, hasta el volumen de nuestro planeta, si se quiere, comparado con ese abismo insondable de los cielos que, como decíais ha poco en la clase, no tiene fin? Yo siento vacilar mi razón al considerar esa grandeza horrorosa, ese espacio insondable en el que cayendo un cuerpo con una velocidad de un millón de leguas por segundo, nunca, jamás, después de sumas imposibles de siglos, llegaría á lo último, al fin de su caída. Yo siento por mí y por toda la humanidad

un sentimiento de profunda lástima, por no decir desprecio...

El profesor Heibelg tuvo una imperceptible sonrisa en la comisura de los labios, pero no abrió los ojos. El cupé seguía rodando tranquilamente, bajo la lluvia torrencial.

—¡El hombre!—exclamó después de un silencio el alumno Tiek.—¡Cuánta miseria en su constitución! He visto el árbol genealógico presentado por Hæckel en su *Anthropogénie*, y él me basta para convencerme de su pequeñez. El tronco del árbol es la mónera, la célula diminuta con un átomo de vida; el grano de polvo que guardarán cuatro tablas en el cementerio... ¿Y esto es lo que sufre, lo que goza, lo que lucha, lo que piensa? ¿Esta partícula insignificante tiene orgullo, rencillas, pasiones, y se preocupa de enaltecerse á sí misma y aborrecer á los demás?... ¡Maestro! ¡Maestro! Tengo miedo de pensar...

Entonces el doctor Heibelg pareció animarse. En sus ojos brillaba una extraña lucecilla: sus labios se cortaban dolorosamente con una sonrisa más aguda. Se había enderezado en su asiento y murmuraba con voz un tanto opaca:

—¡El pensamiento! ¡El cerebro! Ahí está precisamente la grandeza del hombre. Sí, es cierto: el hombre no es más que la mónera de Hæckel desarrollada, un átomo de polvo invisible, si se le com-

para con la naturaleza inmensa que le rodea. Pero si ese ser es pequeño; si es cierto que no es nada comparado con el Universo, ¡en cambio tiene pensamiento! Y por el pensamiento, él, el hombre, el grano de arena insignificante, penetra los misterios del infinito, deletrea sus leyes inmortales, resiste sus acciones, atempera sus fuerzas, perfora sus montañas y surca sus mares, asciende en el espacio y para el vuelo de los astros para estudiar su historia, su constitución química y sus leyes siderales, utiliza las fuerzas naturales en su provecho y crea las artes útiles y manuables, al par de la ciencia económica. ¡El pensamiento! Es la luz de la creación, la chispa sagrada que hace del hombre el igual del infinito y le permite tratarle de potencia á potencia. ¡Qué importa la muerte! La materia irá á transformarse en una larva, en un gusano, en una mariposa, en una flor ó en una espiga de trigo; pero las generaciones se suceden, los conocimientos humanos siguen trepando por la escala, la ciencia avanza siempre, y hoy, victoriosa, mira á lo alto para buscar en su trono las verdades absolutas. ¡No te atemorices, Tiek! Mira: el espacio, — es cierto, lo decía hoy yo mismo, — es infinito; pero el pensamiento humano también lo es. Mira siempre, mira. ¿No ves descender á ti los cielos para entregarte sus misterios? Pues ¿á qué te detienes? Adelanta el pie, marcha aún. Jesús le dijo á Ahasverus:

« Anda, anda. » Prosigamos, pues, el viaje; que si el espacio no tiene límites, el pensamiento tampoco lo tiene.

— Pero, ¿y el tiempo, maestro? — dijo muy bajo Tiek.

— ¿Quién habla del tiempo? ¿Existe acaso? ¿Para qué queremos el tiempo? La fuerza y la materia son las que existen únicamente. El tiempo es una abstracción inútil. El espacio no es más que una función de la fuerza, en el que se desarrollan y suceden las acciones humanas. ¿Para qué el tiempo? ¿Existirá y le mediremos por la rotación y traslación de nuestro planeta? Pues entonces ya no es el tiempo, ni los años, ni los días, ni las horas de Júpiter. Y allí donde no hay astros, en el vacío, en el éter, ¿qué es allí el tiempo?...

El profesor Heibelg se había animado poco á poco. Su voz tenía modulaciones extrañas, sonidos roncos ó metálicos, débiles ó potentes. La extraña lucecilla de sus ojos parecía acrecerse, y daba á aquel rostro frío y sereno un aspecto de inspirado.

— Mira, mi querido Tiek: Napoleón borró una palabra del Diccionario: la palabra *imposible;* ¿quieres que nosotros borremos otra? ¡Lo *último!* ¿Qué te dice, á qué te suena esa voz? ¿No es algo así como *nada?* ¿Y tú concibes la *nada* aquí y allí y en todo el espacio donde la vida palpita y se estremece? ¿Quién podrá decir: no hay más allá?

¿Quién dirá al hombre: éste es el fin de tu existencia, la última palpitación, el postrer hecho de tu vida? ¿Existe la muerte? ¿Y en la misma muerte no hay una manifestación de fuerza? ¿La muerte no engendra la vida acaso? Y...

El sabio doctor fué bruscamente interrumpido en su discurso por un salto del carruaje y un grito del cochero. El cupé se había detenido y algunas personas le rodeaban. Tiek bajó una ventanilla y miró.

Dos hombres, bajo la lluvia torrencial, retiraban de bajo las ruedas del coche á una pobre niña mendiga. Tenía la cabeza destrozada y lleno de sangre el pecho. El barro de la calle salpicaba con enormes lamparones su andrajoso vestido. Sus cabellos rubios, completamente empapados por la lluvia, estaban también cubiertos de lodo y sangre. Daba pena aquella miseria, aquel harapo humano brutalmente deshecho por las ruedas de un carruaje, entre el aguacero y el cieno.

El profesor Heibelg y el alumno Tiek descendieron apresuradamente. El grupo de curiosos aumentaba poco á poco, sin hacer mucho caso del agua que caía á torrentes. Condujeron á la pobre niña á la farmacia más próxima; pero estaba muerta. Sus ojitos azules, desmesuradamente abiertos, tenían todavía como un sello de pavor. Sobre su pecho, una medallita con una Virgen pendía atada á una cinta mugrienta.

Heibelg y Tiek salieron lentamente de la botica. El maestro iba callado, muy pensativo. Tiek había apuntado en su cartera la dirección de la casa de la infeliz mendiga y caminaba al lado de su profesor.

El agua caía, caía sin cesar, chocando contra las piedras de la calle con su cantinela adormecedora. Los alambres del teléfono, allá arriba, en el aire, silbaban con largos lamentos. La obscuridad se hacía más densa.

—¡La selección natural! ... ¡La lucha por la existencia! ... —murmuró el maestro.—¿Sabes tú, Tiek, lo que importa á la naturaleza esta muerte de la niña mendiga? ... Pues oye: lo mismo, exactamente lo mismo, que la muerte de esos microscópicos insectos que, sin verlos, pisamos al caminar sobre el césped ...

Y el sabio, sin dejar de serlo, enjugó una lágrima que temblaba en su pupila y amenazaba caer sobre su mejilla pálida y fría.

Cosas ignoradas

Á M. Díaz Rodríguez.

I

Por todos lados, sobre la vasta llanura vestida de trébol, la vida y la luz. Entre unas matas de verde césped temblaban, como gotas de luz, dos insectos, dos diminutos amantes.

¿Qué se decían? En su extraño idioma, desconocido para el gran saber humano, tal vez se contaban su amor dulcísimo con el leve frufru de sus élitros plateados y con el rápido latir de sus alitas de esmeralda.

Eran felices. El sol entibiaba sus cuerpecitos; la luz meridiana dilataba sus ojos microscópicos. La eterna ley de la vida los había reunido allí aquella tarde de verano, bajo la mata de trébol perfumado.

Estremecidos por el contento, tranquilos y satisfechos, reían plácidamente, soñando tal vez con que eran los reyes de la creación. ¡Qué bello era vivir! ¡Cuán dulce estar así, muy juntos los dos, amándose mucho, lejos de la multitud, bajo el palio gigante del cielo azul!

Y eran las suyas caricias tropicales, estremecimientos de alegría, cantos de amor balbuceados en el gran silencio de la tarde uruguaya. El amante se había aproximado, y bien apretadito contra su tierna compañera, le repetía una vez más su credo de pasión con notas quejumbrosas de placer y susurros melancólicos de besos; y ella, mecida por la melodía serenísima de su voz, le oía arrobada, sintiendo que una extraña y misteriosa sensación invadía su cuerpo. Sus ojillos se entornaban bajo el peso de una grave somnolencia . . .

De pronto, en la vasta llanura, rodó el sordo redoble del casco de un caballo.

II

El gaúcho libre de nuestros campos avanzaba á la carrera sobre su alazán, una chispa de amor en sus ojos negros y radiante la frente bajo las ca-

ricias del aura, que abanicaba blandamente los lejanos trigales. Llevaba triunfalmente entre los labios el clavel que entregaría dentro de poco á la moza de su agrado.

Era feliz. Concurría á la cita estremecido de alegría, lleno de amor, palpitante de recuerdos. Él era el rey de la creación: ¿quién hubiera podido disputárselo?

Cantando un *cielito,* avanzaba siempre el alma soñadora de nuestras cuchillas solitarias. Y, cuando el corazón latiéndole con fuerza, un destello de luz inmortal en la mirada, la voz emocionada de placer, se bajó ante el rancho de su prenda para entregarle el clavel de sus amores, no sospechó — ni lo sospecharía jamás — que en la mitad de su camino había tronchado la existencia de dos amantes bajo el pesado casco de su caballo.

III

¡Pobres amantes! Los dos diminutos insectos yacían sin vida, brutalmente deshechos, sobre un montón de césped y de tréboles machacados.

Era una tarde de sol.

El príncipe Azul

Á Luis Berisso.

Al través de los cristales de la ventana de su humilde boardilla, Nita veía palidecer las estrellas. El alba avanzaba sigilosamente, haciendo más claros los tonos obscuros del cenit.

Toda la noche la pobre niña había tenido fijos los ojos en su labor, empeñada en concluirla para poder comprar un pedazo de pan á su anciana madre. La luz de la lámpara había desmayado lentamente en aquellas largas horas de trabajo y de fiebre. Ahora su luz parecía más amarillenta ante los primeros reflejos del día.

Nita, los ojos enrojecidos, las mejillas pálidas, seguía obstinadamente su trabajo á pesar del cansancio que la rendía. La pobre niña era el único sostén de su madre y tenía, á menudo, que velar, para lograr al día siguiente un mendrugo.

Así, año tras año, su vida se había ido escurriendo obscuramente. En aquella lucha de todos los días, en aquel continuo combate cuerpo á cuerpo contra el hambre y la miseria, la pobrecilla había agotado todas sus energías y había muerto toda su juventud.

Ni un amor, ni una alegría tiñeron jamás con su color de rosa la existencia de la niña. Sola, olvidada, lejos del mundo, sin ser comprendida, sin encontrar un consuelo ó un estímulo, pasaba por la vida como la sombra de un ave por el cielo.

Y sin embargo, su cabecita soñadora había forjado las más rientes ilusiones. Cuando el cansancio y la fatiga descoloríán sus mejillas y hacían caer su barba sobre el pecho, un ensueño encantador florecía en los jardines de su alma.

Soñaba que un príncipe hermosísimo, bueno, rico y valiente, venía á buscarla á su humilde vivienda para brindarle su amor y hacerla su esposa. En medio de un fulgor mágico, de un nimbo de luz dorada y centellante, surgía el apuesto doncel para tenderle su mano y conducirla al altar. — « Ven, amada mía, — murmuraba el príncipe Azul, con una voz más suave que el terciopelo; — ven á mis dominios para ser reina y señora, para iluminar mis días y hacer la gloria de mi corazón. Todas mis riquezas serán tuyas, y tuyas serán mis flores y mis palacios, mis dichas y mis alegrías. La tierra se constelará de rosas cuando tú la huelles, y mi alma

se cubrirá de astros cuando tú la acojas, rendida, á tus plantas. Ya has penado demasiado, ya has sufrido bastante: hora es de descansar. Ven á mi reino, hermosa mía.» — Nita, estremecidas las fibras más recónditas de su ser, sonreía á la visión como una virgencita de leyenda gótica. Su corazón latía más apresurado y sus labios se contraían bajo el roce de una fugitiva caricia. Pero, de pronto, su alma se poblaba de susto y de dolor: al levantar bruscamente la cabeza, veía los espectros del hambre y del frío. Estaba sola en su mísera boardilla, frente á los tejados de la dormida ciudad, con su labor interrumpida sobre la falda... Entonces, algunas lágrimas rodaban por sus mejillas.

Con todo, aquella noche su despertar fué más dulce. La visión que alboreaba en su cerebro pareció revivir sobre el azul que se veía al través de los cristales. Nita, asombrada, se restregó los ojos creyendo dormir aún. Pero no: interceptando la luz del alba, una forma ideal se incrustaba en el marco de la ventana.

Nita se incorporó despacio, lentamente, como una alucinada, temiendo que fuera á desvanecerse la encantadora aparición. El aire enrarecido de la boardilla la ahogaba. Entonces se puso en pie, vibrante como un cristal sonoro, dilatadas las pupilas y el alma llena de alegría. Fuera, flotando en el cielo como una nube vaporosa, su príncipe Azul le ha-

cía diminutas señas y la llamaba amorosamente.

Nita, entonces, fué á la ventana y la abrió bruscamente. Una ráfaga helada, el aliento húmedo de la mañana, la golpeó en el rostro y en el pecho. Y mientras la dulcísima sensación de un beso de su amado le encendía los labios, sintió que la tierra faltaba á sus pies y rodó sobre el pavimento, sin sentido.

Los días transcurrían tristes y fatigosos. La lluvia caía implacablemente sobre la tierra y repiqueteaba en los cristales de la ventana con una cantinela melancólica. Nita estaba muy enferma y no tenía siquiera el consuelo de ver al amado junto á su lecho.

Los médicos llamados á su cabecera habían pronosticado un desenlace fatal. Una tos aguda le desgarraba el pecho y repercutía dolorosamente en el corazón de la pobre madre.

Una tarde, sin embargo, su semblante pareció serenarse. Por su corazón acababa de cruzar un presentimiento. — « Hoy vendrá, » — le dijo aquél, y la niña no dudó.

El crepúsculo caía lentamente. Los objetos perdían poco á poco su forma y se diluían en la sombra. La madre de Nita, rendida por tantas noches pasadas en vela, se había dormido sobre una

butaca. Y fué entonces que el príncipe Azul concurrió á la cita.

La enferma le sintió llegar y sus ojos se iluminaron con un resplandor de dicha. Se incorporó sobre la almohada, estremecido y sonoro el corazón. Sus labios palpitaron bajo el peso de las sonrisas.

— «Soy yo, tu amado; aquí estoy.»

Había saltado por la ventana y estaba ya junto al lecho. Sus manos, un poco frías, estrechaban las de Nita.

— «Soy yo, tu príncipe Azul, — murmuró otra vez, muy quedo; — álzate, ven á mi reino.»

Nita sonreía dulcemente. Una tranquilidad celeste inundaba todo su ser. Sus ojos, abiertos desmesuradamente, estaban arrobados en la contemplación del mancebo. Y entonces, con el alma, más que con los labios, balbuceó:

— Soy tuya, amado mío; llévame contigo.

El príncipe Azul se inclinó lentamente sobre ella, y un beso largo, largo, muy frío y muy triste, unió sus espíritus . . .

Cuando la anciana sintió aquel chasquido, que le pareció un golpe de tos, despertó sobresaltada. Miró á su pobre hija y notó sobre sus labios una brizna pequeñita de sangre.

— ¡Hija mía! — gritó la madre, levantando entre

sus brazos el cuerpo inerte. — ¡Hija de mi alma!

Pero la llamaba en vano. Nita se había ido, del brazo de su esposo el príncipe Azul, al reino del Ensueño y de la Eterna Dicha, y no volvería ya más.

Sola, en medio de la miserable boardilla, la pobre madre lloraba desconsoladamente.

La venganza de las rosas

Á Pedro Emilio Coll.

Era un gusanillo joven, lleno de vida. Paseaba orgulloso por los enarenados senderos del jardín, echando requiebros á las flores y mirando con afectado desprecio á las locuelas mariposas.

—¡Las mariposas! ¡Bah! Son un pingajo de zaraza chillona arrastrado por el viento, — decíales á sus amigos cuando veía alguna discurriendo de flor en flor; y lo decía con un tonillo de superioridad que disimulaba muy bien la envidia que las tenía.

—Nosotros cuando caminamos, contoneando el flexible busto, somos más elegantes — argüía otro gusanejo joven, de color verde pálido.

—Justamente. Y además, sabemos amar y sabemos mentir. No vamos de flor en flor dando volteretas como titiriteros y sin disimular nuestra inconstancia. Nosotros hacemos la conquista de una

hermosa lentamente, científicamente; la poseemos después con todo el ardor de nuestros sentidos, y, para abandonarla más tarde, siempre guardamos las buenas formas.

Forzoso le es confesar al cronista de esta verídica historia, que todo ese raciocinio era completamente falso y que, á haberlo oído un sofista griego, se hubiera quedado con la boca abierta. Pero no nos debemos asombrar por ello: por los tiempos que alcanzamos, sabe más un gusanillo moderno que todos los filósofos y moralistas griegos de la antigüedad. Mas lo cierto es que entre el amor de las deschavetadas mariposas y el de los reflexivos gusanos, era preferible el de las primeras. Serían ellas volubles, inconstantes, desamoradas; irían de flor en flor ofreciendo sus amores, más efímeros, ¡ay!, que el rápido batir de sus alas cargadas de luminosas pedrerías; pero no hacían daño alguno, y con un beso robado, con un beso furtivo, quedaban satisfechas. Las flores, en la mayoría de los casos, no tenían tiempo ni de ruborizarse. Eran paseantes atrevidos que les robaban un beso. — En cambio, el amor de aquellos otros calaveras era muy temible. Llegaban traidoramente, se insinuaban poco á poco, y una vez conquistada la presa, no la dejaban sin funestas consecuencias. En el jardín se recordaban numerosas víctimas de tales mozalbetes. No había más que echar un parrafito con el jardinero para convencerse de ello.

— Son una calamidad, señor, — decía el buen hombre; — son una verdadera plaga. Nada respetan y toda vigilancia es poca. Y lo más grave, es que prefieren las rosas más bonitas, esos capullos blancos apenas entreabiertos que tanto gustan á la señorita de la casa.

Y así era, en efecto. Las fechorías de nuestros galanes no tenían número. Infinidad de hermosísimas rosas blancas, de virginal inocencia, habían caído entre sus brazos y habían muerto después al ser abandonadas por sus pérfidos amantes. Decidme, pues: ¿no era preferible al de estos seductores el amor fugitivo, el arrebatado *flirt* que á las rosas concedían las atolondradas mariposas?

Pero, no es ésta una historia grave, filosófica, y huelgan, por consiguiente, las reflexiones morales. Es historia de flores é insectos, para niños, nada más. El cronista debe, pues, concretarse á narrar los hechos lo más agradablemente que pueda.

Llegó, entonces, una hora en la que el gusanillo calavera se sintió hastiado del jardín en que vivía.

— Necesito otros horizontes, amigos míos, — dijo á los bribonzuelos que le escuchaban. — Estoy aburrido de estas rosas angelicales que caen en nuestros brazos como estrellas que se apagan. Estoy harto de estos senderos estrechos, tirados á cordel, pequeños, ribeteados de mirtos. Me abruman estos cuatro arbolitos locos que apenas me prestan sombra.

Yo quiero otros amores, otros amores sabios, refinados, exquisitos, que latigueen mis cansados nervios y me procuren sensaciones violentas y desconocidas. Voy, pues, á buscar otro país, otro teatro más amplio para mis conquistas, esos bosques y selvas de que se nos ha hablado tantas veces.

Y todos le vieron partir, lleno el corazón de envidia y los labios cargados de cariñosas despedidas.

Pasó mucho tiempo después sin que se recibieran noticias del viajero, — un día, dos ... ¡qué importa el tiempo, si el tiempo es una medida convencional? — y ya se le creía muerto, cuando un buen día entró al jardín un triste caminante, creo que era un escarabajo, que afirmó haberle visto.

— ¿Qué es de él? ¿qué hace? — preguntaron sus amigos.

— ¡Oh! El pobrecillo está completamente perdido, — contestó el viandante. — Si le vierais, no le conoceríais. Era antes un joven listo, arrogante, lleno de fuerza y de vida; hoy es un pobre ser contrahecho, deforme, tuerto, perniquebrado, raquítico, lleno de pústulas, sin fuerzas y casi sin vida.

— ¡Qué horror! — exclamaron todos á la vez; — pero, ¿qué ha hecho ese loco para reducirse á tan extrema condición?

— No sé nada á ciencia cierta, — replicó el esca-

rabajo, restregándose las patas filosóficamente. —Hay, al respecto, cierta historia que no sé qué visos de verdad puede tener. Se habla de una rosa hermosísima, color de fuego, exuberante de vida y de perfumes, que cortejaba el infeliz. Aquella rosa era una maga terrible y perversa. Conocía las hazañas del gusanillo y su inconstancia. Entonces un propósito fatídico se incubó en su alma. Durante algún tiempo no bebió más agua que la de un estanque corrompido que había cerca de su rosal, — estanque que, al decir de algunos, estaba formado por todas las lágrimas amargas de las rosas engañadas, — y cuando hubo envenenado con ellas su propio organismo, concedió la cita que su galán le pedía.

¡Oh, dame tu amor; dame tus besos; dame tu fiebre! —le dijo el desdichado, transportado por la pasión..

— Sí, yo te daré todo mi amor, toda mi fiebre, — replicó la maligna hada, con una sonrisa imperceptible. — Yo te daré besos de amor, sabios, refinados, exquisitos, que quemen tu cuerpo y destrocen tu alma. Ven, amor mío . . .

Y la maga sombría empezó á llenar de besos no sólo el rostro, sino todo el cuerpo del doncel; y donde ella ponía los labios, brotaba en seguida una rosa. . . Pero, ¡ay! poco tiempo después, todas aquellas rosas sobre la piel del gusanillo, se transformaron en pústulas . . .

—Basta, basta,—clamaron todos, mirando con espantados ojos al negro escarabajo.—Nuestros padres nos han mentado ya esas crueles historias, pero nosotros no las creíamos ciertas.

Y bajando más aún la voz, murmuraron:

—Es la venganza de las rosas.

Tonterías humanas

Á Samuel Blixén.

Llorando de dolor é impotencia, el pálido soñador arrojó lejos de sí los libros y pergaminos que atestaban su mesa de trabajo, y fué á arrojarse de bruces sobre el lecho, sacudido por implacables y violentos sollozos.

¿De manera que era cierto? ¿No realizaría jamás sus sueños de gloria, aquellos dulcísimos sueños que alborearon en su niñez y fueron toda la dicha y el encanto de su juventud? ¿No ejecutaría jamás la gran obra que había imaginado y que legaría su nombre, cubierto de laureles, á la más remota posteridad? ¿Estaba, pues, vencido? ¿No servía ya para nada?

Cuando en aquel instante supremo de su vida, bajó á su espíritu la certidumbre de que su empeño era inútil, su esperanza irrealizable y su obra

una locura, la desesperación, la negra y fatídica desesperación, clavó en él sus garras y destrozó en un segundo todos los ensueños y encantos y alegrías de su alma. ¡No! ¡Era en vano luchar! ¡Jamás lograría llevar á feliz término su portentosa empresa! ¡Se había engañado miserablemente á sí mismo al creerse con genio, con genio creador!

Y entonces una idea salvadora cruzó por su cerebro: morir. Sí, morir, morir cuanto antes y en seguida, toda vez que su vida no tenía ya un fin...

Con una calma sombría abandonó el lecho y fué á sentarse otra vez frente á su mesa de trabajo. Abrió un cajón y tomó el revólver. Estaba cargado. Una sonrisa surcó sus labios y quedó incrustada en un costado de la boca como una mueca de dolor. Entonces el mísero soñador hizo saltar los botones de sus ropas, rasgó la camisa y colocó el cañón del arma sobre su pecho, del lado donde latía fatigado su mísero corazón.

—Y bien, — dijo aquella hada protectora, arrojando al jardín, por la ventana entreabierta, el revólver del pobre soñador, — he aquí que has destrozado tu mísero corazón y vertido la sangre de tus venas por un ideal irrealizable. ¡Necio! ¿Crees, acaso, que á haber realizado tus más caras esperanzas serías feliz? ¿Te imaginas que á haber ejecutado tu obra

sorprendente, los hombres te la hubieran admirado y aplaudido? Pero, ¿qué? ¿no me contestas? ¿No crees lo que te digo?...

Y después de una pausa, agregó el hada encantadora:

— Sea; no tienes ya corazón; yo te daré otro. Y el que te dé ahora será tan esforzado que realizará al fin la gran obra que has concebido. Tómalo; soy tu madrina y te hago ese presente. Por cada esfuerzo, derramarás una gota de sangre, y con ellas realizarás la obra grandiosa que anhelas.

El triste soñador abrió sus ojos. El hada había desaparecido.

Y desde ese día se puso con ahinco á la tarea, trabajando noche y día, sin darse tregua ni sosiego, como un fantástico poseído. Cruzaban los soles por la esfera y morían los días uno tras otro, sin que el gran inspirado volviera los ojos al mundo. Llevábanle la comida, que apenas probaba, obligándole sus amigos á buscar el reposo de su cuerpo en el lecho; mas él, en mitad de su sueño, despertaba sobresaltado, sacudido continuamente por la fiebre creadora, y corría otra vez á ponerse al trabajo. Y así, á medida que su portentosa creación iba cobrando forma y surgía de su febriciente cerebro á la realidad, el mísero corazón del pobre soñador

iba vertiendo lentas y continuas gotitas de sangre...

Pasaron muchos meses aún, después años, largos años, muchos años, y el artista veía arrobado que la gran obra que había concebido cobraba al fin forma y vida. Ya estaba rendido, exhausto, aniquilado por tantos y tan continuados esfuerzos; pero así y todo sosteníale el afán de terminar cumplidamente su creación magistral.—«Basta, basta ya,—gritábale su instinto,—vas á perder la vida en esa lucha espantosa.»—Pero él no oía ninguna voz, sino la de su inspiración.

Faltaba un solo toque para concluir la obra. Entonces en su alma entró el temor de la muerte y vaciló por un instante.

—No; es una cobardía,—murmuró el inspirado; y reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, tomó la última gota de sangre que manaba de su dolorido corazón y ungió con ella su trabajo.

Durante un segundo tuvo la visión gloriosísima de haber triunfado. Pero el infeliz acababa de agotar el corazón que colocó en su pecho el hada, su madrina; y exánime, sin luz en los ojos, rodó por el suelo,—muerto.

Cuando vinieron á sacar su cuerpo, la obra del pobre soñador fué arrumbada contra la pared porque estorbaba el paso á los curiosos y á los bur-

gueses. Un lejano pariente, más tarde, la vendió á un ropavejero por unos céntimos. Y andando el tiempo, cuando alguien se atrevió á sacar la obra á la luz del día, un profundo y sesudo filósofo la condenó definitivamente con esta grave sentencia:

— «Fáltale á esta obra, para ser artística, el alma y el corazón de su autor.»

Y la arrojaron al olvido.

Telepatía

Á Tulio M. Cestero.

Había ido al cementerio á acompañar los restos de un viejo amigo, muerto repentinamente el día anterior de un ataque al corazón. Afectado hondamente por la pérdida de aquel amigo de la infancia, á quien quería por su noble inteligencia y estimaba por sus excelentes prendas morales, me retiraba, terminada la fúnebre ceremonia, por una de las avenidas, completamente solo, cuando me distrajo de mis tristes ideas un hombre alto, delgaducho, todo vestido de negro, que accionaba descompuestamente ante una lápida de mármol.

En el primer instante no paré mayor atención en el extraño visitante, pues sus gestos podían ser la expresión de un profundo dolor; pero así que le había dejado algo atrás, un rayo de luz iluminó súbitamente mi cerebro.

—Es Balfourt,—me dije á mí mismo, y me volví para verle mejor.

Era Balfourt, en efecto, que accionaba frente á la tumba de su esposa, golpeando enérgicamente el reverso de la mano derecha sobre la palma de la izquierda, con el gesto imperioso de quien sostiene una afirmación ó trata de demostrar una cosa evidente.

Hacía algún tiempo que yo abrigaba ciertas dudas sobre la normalidad de las facultades mentales de Balfourt. Sus palabras y sus actos tenían algo de extraño que le señalaban particularmente á la atención de sus conocidos. Defendía ideas originalísimas, hacía afirmaciones absurdas, realizaba actos grotescos impropios de su seriedad y cultura. A veces profería frases que, no sólo no tenían relación alguna con lo que se venía hablando, sino que eran perfectamente ininteligibles desde cualquier punto de vista que se las examinara. Así, por ejemplo, no hacía muchos días que en casa de nuestro compañero Ricardo Gonzaga hablábamos, no sé á propósito de qué, del caso que Feydeau nos presenta en su novela *Fany*. Balfourt oía, sin decir palabra, nuestros comentarios acerca de los celos experimentados por aquel desgraciado amante, cuando bruscamente se nos descolgó con esta frase maravillosa:

—El placer sensual también fermenta en los sepulcros.

Todos nos miramos algo contrariados. Balfourt se puso en pie, dió unos cuantos paseos, agitadísimo, por la habitación, y bruscamente se marchó, sin despedirse de nadie.

Y, sin embargo, Balfourt era, para los que le conocíamos de tiempo atrás, un hombre bien equilibrado y nada fantasista. Había llegado á Montevideo hacía unos veinte años, y aquí se había radicado consagrándose á su carrera de ingeniero de ferrocarriles. Para aquel inglés frío, severo, sencillo, las matemáticas eran el supremo regulador de toda su existencia. Todo lo resolvía por axiomas. No admitía hipótesis ni postulados que no se basaran en hechos indiscutibles. Su lenguaje era también conciso, claro, categórico. En sus ratos de buen humor, burlábase con cierta gracia de los poetas y literatos. El no conocía más renglones cortos que los de las tablas de logaritmos de Lalande. No concebía otra realidad que la de los números. Y con todo ello, Balfourt nos resultaba un excelente amigo, por su rectitud, su educación y su desinterés.

Bruscamente se operó un gran cambio en su modo de ser. Fué á su regreso de un viaje á Buenos Aires, donde había ido por cuestiones ferrocarrileras. Durante su estadía en aquella ciudad, un incendio destruyó la casa que habitaba aquí con su mujer y un hijito. Aquélla se salvó, pero no así la desgraciada criatura, que pereció entre las llamas,

sin que fuera posible arrancarla al voraz incendio á pesar de los heroicos esfuerzos que se hicieron para ello.

Balfourt se tornó sombrío, intratable, rarísimo. Todos atribuimos á su desgracia aquel brusco cambio, y le compadecimos. Él nos siguió frecuentando, pero con reservas y extrañas actitudes. Los consuelos que le prodigábamos, le hacían sonreir. Una vez dejó escapar una frase que nos convenció á todos de que su cerebro andaba descompuesto:

—Mi hijo, ¡bah!, mi hijo no es nada . . . El fuego quemó algo más terrible . . .

Y de ahí no le pudimos sacar. A la sazón entregóse á un género de lecturas que estaban reñidas con su mentalidad. Empezó por leer ciertas obras de Flammarión, pero no aquellas precisamente que pudieran armonizar con sus gustos de matemático, sino las más fantásticas, *Urania* entre otras. Luego la emprendió con los libros de Jacolliot, y durante varias semanas le vimos pasear por todos lados *Le spiritisme dans le monde.* Por fin, con sorpresa creciente, nos enteramos que los textos de matemáticas y las obras de ingeniería habían sido derrotados, y que Balfourt sólo leía á Papus, *Traité de science occulte,* la obra *Phantasms of the living* de Gurney y Myers, y otros libros de igual índole.

No es de extrañar, dados estos antecedentes, que al encontrar á Balfourt en el cementerio, me llamara

la atención su actitud. Haría unos seis meses que había perdido á su esposa, y juzgué, en el primer instante, que había ido á visitar su tumba; mas los extraños ademanes que hacía picaron mi curiosidad. Me aproximé á él lentamente, sin que pareciera advertir mi presencia. Ya casi á su lado, le oí repetir con empecinamiento:

— No puede ser de otro modo, no; no puede ser de otro modo... Estoy seguro de que se encuentra aquí.

Y golpeaba sus manos fuertemente, diríase que con ira.

Me aproximé más aún, juzgando que era un deber de humanidad arrancarle á sus penosas ideas, y le llamé por su nombre:

— ¡Balfourt! ¡Balfourt!

No me oyó. Se sacó el sombrero para pasarse la mano por la frente, y lanzó un gran suspiro. Luego, con exaltación, repitió:

— Debe de estar aquí... Sí, aquí... ¡Dios mío! ¡Qué horrible duda! ¡No poder saber nada!...

— Balfourt, amigo mío, — díjele yo entonces, tocándole en el hombro; — venga usted conmigo.

Se volvió rápidamente, mirándome con ojos extraviados. Creí que no me reconocía.

— Usted sabe algo, ¿verdad? — me dijo angustiosamente. — Dígame usted, dígame... ¿Está aquí, no es cierto?...

Creí, como es natural, que se refería á su esposa, y le contesté:

—¡Pues es claro... está ahí! Pero, ¿á qué afligirse de ese modo? Venga usted conmigo...

—¡Canalla! ¡canalla! — murmuró sordamente. — Ahí, al lado de mi hijo, en el mismo lecho de muerte... ¡Ay, Dios mío!... ¡El sepulcro transformado en hotel de citas!... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Le arrastré en silencio, sin saber qué decirle. Ya en la calle, el rumor de la vida pareció devolverle la luz de su inteligencia. Me miró un breve espacio, y murmuró:

— Gracias, doctor; gracias, amigo mío... Es usted un hombre bueno... Pero, dígame: ¿cree usted en los sueños?

Quedé cortado con tan súbita transición.

—¿En los sueños?

— Sí, le pregunto á usted si cree en las revelaciones que nos llegan en medio del sueño... ¿Cree usted en los fenómenos telepáticos?...

— Le confesaré á usted, — repliqué sonriendo escépticamente, — que no es muy grande mi fe...

No me dejó terminar.

— Ya, ya. Usted es un materialista. Yo también lo era antes. Me reía de estas cosas. Pero, — agregó con acento terrible, — hay que creer, amigo mío, hay que creer...

Empecé á darle bromas, más que por discutir sus

absurdas teorías, por distraerle un poco y cambiarle el curso de sus ideas. Balfourt no se rió. Me dejó hablar, y así que terminé, dijo con mucha gravedad:

— Ríase usted, pero hay que creer ... ¡Ojalá no se convenza usted en las circunstancias en que yo me he convencido!... Porque ha de saberlo usted, yo lo descubrí todo por un sueño ...

Íbamos andando lentamente, calle arriba. Balfourt me cogió del brazo, y, como una comprobación de lo que afirmaba, creyéndome tal vez en el secreto, por las palabras que pronuncié ante la tumba de su señora, empezó á narrarme una historia horrible.

— Sí, señor, todo lo descubrí por un sueño, — repitió Balfourt. — Verá usted. Hallábame en Buenos Aires con motivo de unos asuntos de la Empresa. Una noche, después de una larga conferencia con el apoderado de la Compañía *** y su administrador, me fuí á mi hotel con la cabeza aturdida aún por los planes y combinaciones. No tenía sueño, pero estaba cansado; tan cansado que, á pesar de comprender que lo que más me convenía era un momento de distracción, no me decidí á salir á la calle. Pedí un periódico y tendíme en la cama, vestido, para leer. Así pasó algún tiempo, sin que parara la atención en lo que leía, preocupado como estaba con los asuntos discutidos durante el día. Sin embargo, lentamente se fueron calmando mis nervios y pude comprender lo que el periódico decía. Seguí leyen-

do, sin mayor entusiasmo, hasta que mi inteligencia empezó á embotarse. ¿Estaba durmiendo? ¿Estaba despierto? No podría decirlo. Me encontraba en ese estado especial en el que nuestra conciencia parece subdividirse: por una parte, vagaba ya en los dominios del sueño, y por la otra tenía la levísima sensación de que me encontraba en aquel cuarto de hotel, tendido sobre la cama, vestido aún.

De pronto una mancha roja se extendió ante mi vista. No podía decir aún lo que era. Pero la mancha crecía y se agrandaba, mientras dos puntos negros se debatían en su centro. Entretanto, la percepción de los objetos exteriores se hacía más distinta. Veía una larga calle, altos edificios, gran aglomeración de gente. Y la mancha roja seguía extendiéndose, rasgándose por encima de los edificios, hasta que al fin surgió la imagen precisa y clara de un enorme incendio.

Largas llamas lamían las celosías de los balcones, y se elevaban, entre espirales de humo, hasta el pretil de la azotea. El chisporroteo del incendio penetraba claramente en mis oídos.

La multitud se apiñaba en la calle contemplando el pavoroso espectáculo.

Entonces tuve una sensación de horror. ¡Era mi casa la que estaba ardiendo! Veía perfectamente su fachada, conocía los más mínimos detalles de la calle, deletreaba el rótulo de la sastrería que había

enfrente. ¡Quise levantarme y no pude! Una mano misteriosa y de hierro me retenía en el lecho, convirtiéndome en impotente testigo de aquella espantosa ruina.

Fué en ese instante que ví salir á mi mujer al balcón, en paños menores, dando voces de auxilio. Un hombre, también en ropas ligeras, con el semblante pálido por el espanto, salió tras ella dando gritos. ¡Era su amante! ¡El fuego les había sorprendido en medio de sus adúlteras caricias!

Pero, lo extraordinario es que yo no veía á mi hijo. Mi vista penetraba por todos los rincones de la casa, y en ninguno lo descubría. Oía, sí, su llanto y sus gritos desesperados. Pero él no parecía por parte alguna. De pronto se desplomó el techo, y un diluvio de chispas, entre oleadas frenéticas de oleoso humo, se arrojó al cielo. Entonces cesaron los gritos de la criatura y ví á mi mujer en una casa vecina, en la de Mortimer, tendida sobre un lecho, desmayada. Tenía los cabellos chamuscados y una mancha negra en el brazo derecho... El hombre había desaparecido.

Me desperté, bañado en sudor, temblando como un azogado; y durante un minuto no me dí cuenta del sitio en que me encontraba. Por fin, recobré el espíritu y lancé un suspiro de satisfacción al cerciorarme de que todo era una pesadilla.

A la mañana siguiente, bajaba la escalera del ho-

tel, riéndome interiormente de la historia absurda de mi mujer con el amante, cuando el portero me salió al paso y me entregó un telegrama. Confieso que á pesar de mi escepticismo, la mano me temblaba al desgarrar el sobre.

« *Véngase inmediatamente. Casa incendiada anoche. — Mortimer.* »

Durante un segundo, el mundo exterior desapareció de mi conciencia. Creí que todo se me venía encima. La sangre se me subió á la cabeza y me ahogó. Quedé petrificado.

Excuso narrarle á usted las mil encontradas ideas que me asaltaron aquel día. Si entonces no me volví loco, es porque estoy condenado á ser cuerdo y á morir del dolor de serlo y parecer loco. Tomé, por la tarde, el vapor de la carrera, y pasé una noche espantosa. Al amanecer del día siguiente estaba en el puerto de Montevideo.

Corrí á mi casa. Estaba en ruinas. Unos tablones carbonizados cubrían las puertas y ventanas. La calle estaba aún sucia y negra de los residuos del incendio. Fué lo único que ví.

Entonces, como un autómata, casi inconscientemente, me dirigí á casa de Mortimer, á pocos pasos de allí. El buen hombre me abrió los brazos, y al ver mi semblante descompuesto, empezó á prodigarme frases de consuelo. Yo murmuré con voz sorda:

—¿He perdido á mi hijo entre las llamas?

—¿Quién se lo ha dicho á usted?—exclamó asombrado Mortimer.

—¿Y mi mujer fué conducida aquí, desmayada?

—Sí, pero no está de peligro; algunas quemaduras... Curará pronto...

El buen hombre seguía empeñado en consolarme, y no imaginaba que cada una de sus palabras, al corroborar mi sueño, me iban desgarrando el alma.

—¿Tiene todo el cabello quemado?

—Pero, ¿quién ha podido decírselo á usted?—repitió Mortimer.

Sentí que toda la sangre afluía á mi corazón. Una angustia indecible me anudaba la garganta. Entonces cogí á Mortimer por el brazo, y, sacudiéndole nerviosamente, dije aún con voz más ronca:

—¿Y en el brazo derecho tiene una gran quemadura, una mancha negra?

—Es cierto,—contestó Mortimer, convencido ahora de que alguien debía de haberme suministrado todos esos detalles.

Yo me puse á reir fatídicamente. Mortimer tuvo miedo al oir el acento de mi risa, y quiso llamar en mi auxilio. Le detuve con energía, y la expresión de mi semblante debió aterrorizarle, porque el buen hombre se puso repentinamente pálido.

—Oiga usted, Mortimer, oiga usted bien y contésteme la verdad... Dígame la verdad, no me

mienta... Durante el incendio, ¿mi mujer salió al balcón, en paños menores, dando gritos de auxilio?

—Es verdad, sí, es verdad...

—¿Y tras ella salió también un hombre?...

—Sí, eso es, un hombre; yo no lo he visto, pero lo vieron otros, entre una nube de humo... Era vuestro criado...

Yo lancé un rugido:

—¡Ah! ¡mi criado! ¿Y quién lo reconoció?...

—¿Quién lo reconoció? A la verdad... yo no podría decir... Fué la misma señora de usted la que nos dijo que era él... Usted comprende, no era fácil reconocer un hombre entre el humo, el espanto y así, medio desnudo...

—¡Ah! estaba desnudo también...

Mis palabras sonaban como latigazos y una risa feroz me hervía en la garganta. Mortimer pretendió serenarme; yo le ordené brutalmente que se guardara sus condolencias. Tan sólo deseaba cerciorarme de la absoluta verdad de todos los detalles de mi sueño. Volví á interrogarle:

—Y ese hombre, ¿qué se ha hecho?

—¿Qué hombre?—preguntó Mortimer, casi embrutecido por mi actitud.

—Ese que salió al balcón... mi criado...

—¡Ah! No sabemos... debe de haber penetrado otra vez á la casa, y allí habrá muerto entre las llamas...

— Pero, entonces, su cadáver habrá sido hallado entre los escombros...

— ¡Ah! ¿le parece á usted? No se me había ocurrido... No, no se ha encontrado nada...

— Muy bien, muy bien... Y si mi criado ha podido escapar, ¿dónde está? ¿por qué no se ha presentado?... ¿Se calla usted?... ¡Ah, Mortimer! ¿Qué más tiene usted que decirme?... Pero no, no me diga nada... Basta.

Después no sé lo que pasó. Debo de haberme desmayado ó sufrido un ataque, no sé bien. Pasó mucho tiempo. Un día desperté en una habitación desconocida. Mi mujer estaba sentada cerca de la cama, en la sombra. Al oir agitar las ropas del lecho, se inclinó sobre mí.

— Agua, quiero agua, — dije.

No sé lo que me contestó; pero entretanto la memoria volvía á mi cerebro. Súbitamente, recordé el horror de mi situación. Entonces me senté en la cama y cogí á mi mujer por el brazo:

— ¡El nombre, el nombre de tu amante! — exclamé con un grito supremo de rabia.

Ella quedó fascinada, pálida, sin palabras.

— ¡El nombre! ¡El nombre de tu amante!

Entonces pareció volver en sí, y balbuceó con infinita conmiseración:

— Pero, ¿qué dices? ¿estás delirando? Me has

asustado. Cálmate, Balfourt... Soy yo, tu mujercita, Dolores...

—¡Miserable! ¡El nombre! ¡el nombre!

Una puerta se abrió y entró un caballero desconocido para mí.

—¡Ah, doctor! Venga usted... Examínelo, doctor... creo que está loco...

¡Loco! ¡yo loco! ¡Sí! Eso es lo que todos han creído; eso es lo que han creído hasta mis más buenos amigos,—añadió Balfourt, mirándome con reproche.—¡Loco! Así me han juzgado los que no conocen el terrible secreto de mi corazón; los que no saben que un sueño me lo reveló todo; los que me han visto consultar obras científicas para estudiar casos de telepatía... ¡Loco! Así han continuado llamándome, después que me presentaron á mi criado, que había escapado, según dicen, por un balcón vecino... ¡Loco! Y aquel hombre no me miraba cara á cara, y mi mujer no sostenía la mirada de mis ojos...

Balfourt se calló. Andando, andando, habíamos llegado frente á su casa. Entonces yo le dije:

— Pero, amigo mío, de todo eso no resulta que fuera cierto lo del amante. En su sueño, indudablemente, hubo parte de verdad y parte de...

No me dejó concluir. Con gesto tristísimo replicó:

—¿Por qué, si todo resultó cierto, ó, por lo me-

nos gran parte del sueño, no lo sería en lo menos?

—Porque aquel hombre que usted vió en sueños salir al balcón era su criado realmente, y sólo en su imaginación se transformó en un amante...

—¿Y por qué ha desaparecido ese hombre?—clamó Balfourt.

—¡Pse! ¡Por tantas razones! Usted mismo, tal vez, conozca alguna...

—Sí, á mí se me ha dicho que dejó mi casa por los vejámenes que yo le hacía sufrir.

—Ya ve usted...

—No, no. Lo que yo veo es otra cosa. Cuando murió mi mujer, ese hombre se fué. Y se fué de tal modo, que no he vuelto á saber nada á su respecto... Pero yo tengo mis sospechas... Me parece que he adivinado dónde está.

—¿Dónde?—interrogué con curiosidad.

El gesto de Balfourt se hizo sombrío. Sus ojos me miraron fijamente, como tratando de leer en el fondo de mi alma. Luego, extendiendo el brazo en dirección al cementerio, murmuró sordamente:

—Usted lo sabe tan bien como yo... Está allá abajo, junto á ella, en la misma fosa...

—¡Quite usted! ¡Imposible!

—Usted mismo me lo afirmó hace poco, en el cementerio, frente al panteón, cuando le interrogué.

—Pero, amigo Balfourt, yo creí que usted hablaba de su esposa, y á ella solamente me referí.

Balfourt me miró otra vez. Después me tendió la mano y me dijo, por vía de despedida:

—¿Conque no cree usted en los sueños? Acuérdese esta noche, al acostarse, de mí. Fije bien su atención, obstinadamente, y verá usted ... ¡Hasta siempre!

Entró á su casa, y yo me marché.

Y aquella noche, tal vez sugestionado por la narración de Balfourt, no hice otra cosa que soñar con él. Me desperté varias veces, y, una de ellas, fastidiado, me levanté para beber una copa de agua. Yo estaba en aquel momento bien despierto, estoy seguro de ello. Pues bien: ustedes me creerán si quieren, pero, en el momento que llevaba el vaso á la boca, oí una voz que me llamaba por mi nombre. Volví la cabeza, y, entre una niebla, divisé á Balfourt sobre un sepulcro, que se debatía entre varios hombres. Lancé una exclamación y me restregué los ojos. La visión había desaparecido.

Al día siguiente me enteré por los periódicos que Balfourt estaba en la cárcel. Lo habían sorprendido, de madrugada, violando el sepulcro de su esposa.

Y hoy, ya no es Balfourt el único que cree en el amante de su mujer Dolores.

Parando rodeo

Á José E. Rodó.

Allá arriba en la cuchilla, que se empina detrás de la manguera abarcando con su lomo toda la parte sudeste del horizonte, todavía dos peones corrían al ganado lanzando el «¡ap! ¡ap! ¡ap!» monótono de los troperos y revoleando sobre sus cabezas el arreador de luenga trenza, para traerlo al rodeo. Un novillo se había emperrado en no bajar á la llanura, y así que tomaba un poco de delantera, se *cortaba* hacia uno ú otro lado, disparando de la tropilla como alma que lleva el diablo, arrastrando en su galope las demás reses que daban la pena negra á Daniel y Pedro. Y aquí otra vez de los afanes y juramentos de los dos peones de la estancia de don Calixto, que salían como flechas en sus *fletes*, chicoteándolos á dos lados, clavándoles las espuelas en los ijares hasta hacerles sangre, para dar alcance á los

animales dispersos. Cuando se los traían al paso, todos reunidos, el maldito novillo se abría cancha en menos tiempo que se santigua un cura loco, y huía con su rápido trotecito, bufando por lo bajo, volviendo un poco la cabeza como para burlarse de sus perseguidores.

—¡Bicho del diantre!—murmuraba Pedro entre dos juramentos, mordiendo con ira el barbijo que retenía el sombrero sobre su cabeza, y revolviendo su caballo bruscamente, dócil al freno, para lanzarlo tras de la res huida.

—*Costalealo* no más,—le gritó entonces Daniel;—y á ver si lo *echás* sobre el *alambrao,* que *de juro* le paramos *asina* las manos.

Y á su vez, echándose sobre el cuello de su caballo mientras le *cerraba piernas,* se lanzó á la carrera para recoger á los otros animales que se desbandaban por la cuchilla.

Entretanto, abajo, en el llano, los demás peones de don Calixto mantenían quieto el ganado, rodeándolo con sus caballos. Las reses estaban allí apretadas, confundiendo la variedad de su pelaje en una masa obscura y confusa, moviéndose algunas inquietas, otras paciendo tranquilamente la hierba y lanzando, de cuando en cuando, un mugido ronco y nasal. Sobre toda aquella apretada masa de animales que confundían sus pelajes colorados, negros y barrosos, se destacaban los cuernos como una selva

movible de cortas y puntiagudas ramas. Las lecheras, muy pacíficas, rumiando perezosamente el pasto, miraban con sus grandes y redondos ojos adormilados á los peones de la estancia, moviéndose apenas cuando alguno de éstos cruzaba á su lado; y los bueyes, quietos los unos, intranquilos los otros, caminaban lentamente de un sitio para otro, mugiendo á veces y con la pata trasera derecha escarbando la tierra, que arrojaban á gran altura. Algunos toros se venían lentamente hasta las primeras filas, moviendo la cola, para observar, llenos de desconfianza, á los jinetes.

—¿Y qué hacen ésos?—preguntó de pronto don Calixto, el patrón, alzando la cabeza para observar los movimientos de Pedro y Daniel.

—Es el novillo aquél,—contestó uno de los peones,—que no *paice* sino que *tié* viento en los caracuces. Anda *alzao* el bellaco.

—¿Pero, por qué no lo echan sobre el *alambrao*, canejo?—exclamó don Calixto, impaciente con la larga espera.

—Es lo que quieren hacer,—replicó el peón que había hablado y observaba las evoluciones de Pedro; —pero el animal es lo *mesmo* que luz para zafarse de las manos.

—Lo mejor sería enlazarlo,—dijo de pronto, á media voz, un paisano viejo que chupaba un cigarrillo negro medio apagado, y que parecía dormirse

sobre su *doradillo*, un *fletazo de mi flor* que había hecho *comer cola* á todos los parejeros del pago.

—¿Enlazarlo? ¡Jum! La cosa es media peluda,— contestó á esto Nereo, el capataz de la estancia, mirando al paisano viejo.—¿No ve que la res es mala y sólo su hijo tiene lazo?

Ante aquella palabra de «hijo», el paisano se irguió sobre su caballo como un muñeco de resorte, y, chispeantes los ojos, replicó con voz ronca y ademán airado:

—¡Mi hijo!... Ese chancho no es mi hijo, ya lo *sabés* tú...

Y mientras salivaba por el colmillo y recogía violentamente las riendas, haciendo revolver su caballo, agregó con odio reconcentrado:

—¡*Ojala* el torito lo ensartara en las guampas al muy puerco!

Los demás paisanos, que querían entrañablemente á Pedro y respetaban á *ño* Nicasio, su padre, no contestaron una palabra á las últimas pronunciadas. Nereo, el capataz, haciéndose el distraído, fuése hacia un buey que se salía del rodeo y, revoleando el arreador, gritó, llamándole por su nombre:

—¡Hop! ¡Pajarito!...

El animal volvió grupas con calma, y dócilmente se mezcló á las otras reses.

Hubo un momento de silencio. Todos parecían observar atentamente el trabajo de Pedro y Daniel.

Ahora habían logrado reunir la tropilla y traían á los animales á media rienda.

Los peones galopaban en sus caballos siguiendo de cerca á los animales vacunos, y éstos bajaban en dirección al alambrado.

— *Güeno; aura* los traen, — dijo un peón, rompiendo el silencio.

— ¡Quién sabe! — replicó otro; — el novillo viene tomando delantera ... ¡malo!

Y en efecto: el paisano que así hablaba parecía adivinar las intenciones de la res. También Pedro hubo de hacer idéntica observación, porque, abandonando la retaguardia, se corrió hacia el flanco de la tropilla.

No tan pronto como lo deseara hizo esto, porque el condenado novillo, dando un resoplido y bajando el testuz, se escurrió hacia un lado y cruzó como un relámpago por delante de Pedro, escapando otra vez cuchilla arriba. Casi rozó el caballo de Pedro, y éste mismo alcanzó á descargarle, lleno de ira, un arreadorazo.

— ¡No dije! — exclamó el peón, viendo la disparada.

— Mejor será que lo dejen, — indicó el capataz.

— Nó, señor, — dijo entonces el patrón. — A ver... ¿Daniel no tiene lazo?

Nereo contestó que no; que sólo Pedro lo tenía.

— *Güeno,* — agregó don Calixto; — tú, vasco, *andá* á dar una manito, y enlacen ese animal asqueroso.

Salió el comisionado á galope, mientras el paisano viejo, implacable y rencoroso, murmuraba otra vez lleno de odio:

— ¡ *Ojala* le meta una guampa en el vientre!...

La historia era ya vieja, y nadie, en los alrededores, la ignoraba. Pedro se había enamorado de una linda chinita, Sandalia, á la que cortejó durante largo tiempo. Después, logrados sus favores, y ya que los padres de la muchacha no le decían una palabra, se la alzó en ancas un buen día y se la llevó á su rancho. Los padres de Sandalia se amoscaron un poco por aquel rapto y hasta se permitieron ir á llorar sus quejas á *ño* Nicasio, que se reía de la diablura de su hijo. Porque es lo que ellos decían ... ¿á santo de qué pucha les robaba la muchacha? ¿No la tenía allí, lo mismo, en casa de sus viejos? No era por nada, ¡pucha!, porque ellos ya sabían que la muchacha tenía que encontrar, un día ú otro, á su hombre; que para eso han sido hechas las muchachas, y *asina* Dios lo quería ... Pero, ¡pucha!, privarles á ellos de su hija que les ayudaba á cuidar el campo, lavar la ropa y hacer el amasijo, eso sí era lo que les indignaba ... Lo de los amoríos y trapicheos no era nada, — volvían á repetir, — que todos, el que más y el que menos, los habían tenido, y hasta ellos

mismos, los padres de Sandalia, no estaban más que *ajuntados*, y eso no era pecado, que ellos supieran; pero la acción, la acción, *ño* Nicasio ... Robarles el trabajo de su hija... ¡Pucha! Eso es lo que daba rabia...

Con todo, la pena de los viejos fué aminorándose, y concluyeron por ir á visitar á su hija. Ellos no sabían conservar rencor á nadie, y mucho menos cuando veían que Sandalia les solía hacer algunos regalitos. En el entretanto los años seguían corriendo y Pedro continuaba más y más enamorado de su china, que ya le había regalado tres hijos. Pero un buen día, hete aquí que *ño* Nicasio ve aparecer á su señor hijo, quien viene á participarle que, aprovechando la llegada de un padre cura que anda por ahí echándoles el agua á los muchachos y hasta á los hombres hasta entonces vírgenes de la bautismal, desea casarse con su Sandalia, *pa* estar bien con Dios. El paisano viejo dió un brinco como potro que jinetean por primera vez y puso el grito en el cielo. ¿Qué es lo que iba á hacer aquel loco? ¿Casarse con aquella china zafada y sucia? ¡Pues no faltaba más! ¿No era suya? ¿Acaso se la querían robar? Pues, ¿para qué casarse con aquella mujer, hija de unos perdidos y perdida ella misma? No, señor, ¡canejo! Él, Nicasio, no le daría su consentimiento, y antes que ver á su hijo casado con semejante mujerzuela, prefería coserlo á puñala-

das, ¡canejo! Padre é hijo se separaron furiosos.

Tampoco estaban por el casamiento los padres de Sandalia. ¿Á santo de qué casarse, pucha! ¿Vivirían mejor con eso? ¡Mire usted qué disparate! Allí estaban ellos, sí, señor, muy felices y contentos, sin necesitar del cura, y eso hacía más de veinte años. Lo que pretendía Pedro era una burrada, ni más ni menos. Iba á casarse, y después que Sandalia fuera su mujer propia, tal vez los echara á ellos de casa y suprimiera los regalitos. En el fondo, ésta era la causa única de la oposición de los dos viejos. ¡Claro! Así que Pedro se casara, ya no sería más el raptor de su Sandalia, y ellos no tendrían derecho á dádivas y regalos... ¡Pucha, con la manía de querer casarse!...

El asunto se fué enredando y *ño* Nicasio amoscándose por grados. Le gritó á Pedro, le suplicó, le llenó de insultos, le pidió lloroso y conmovido que no le deshonrara, y concluyó por maldecirle. Por fin, quedaron rotas las relaciones entre padre é hijo, y el cura echó su bendición á la pareja.

Desde entonces, *ño* Nicasio pareció transformarse. Era un paisano bueno, pero inflexible. La desobediencia de su hijo le rebajaba ante sus propios ojos. En una semana, sus cabellos negros se tornaron grises. La luz huyó de sus pupilas y su semblante se hizo duro y adusto. Encerróse en su rancho y no quiso ver á nadie. Se avergonzaba como una

mujer cuando se cruzaba con algún conocido y temblaba de ira cuando oía hablar de Pedro.

Los años pasaron y aquel odio continuó encendido en el corazón del paisano viejo. Una vez llegó á sus oídos la nueva de que su hijo estaba en cama, muy enfermo, que se moría, que le llamaba á él, solicitando su perdón. *Ño* Nicasio fué inflexible: no quiso acudir al llamado; hasta se puso contento pensando en la muerte del que lo había desobedecido. Luego, Pedro mejoró milagrosamente, y el padre se hizo más hosco que nunca. Parecíale que aquel hijo había querido engañarle, obtener su perdón para curarse en seguida. Y el despecho acrecentó el rencor del viejo paisano.

Algún tiempo después de la enfermedad de Pedro, murió Sandalia. Los amigos del primero creyeron, entonces, posible un acercamiento con *ño* Nicasio; pero al tentarlo, éste los sacó con el rabo entre las piernas. Más tarde, el tifus le quitó dos hijos, conjuntamente, á Pedro, llenándole de dolor. Sin embargo, al ver la alegría que reflejaba el rostro del paisano viejo ante la pena de su hijo, ante aquel castigo que él creía venía del cielo, nadie se atrevió á hablar de reconciliación.

Y así estaban las cosas aquella tarde en que don Calixto paraba rodeo en su campo. *Ño* Nicasio, según su ya inveterada costumbre de desearle la muerte á Pedro, acababa de echarle una nueva

maldición. Los paisanos ya no paraban mientes en ello, y sólo el capataz pensó para sus adentros:

—¡Pedro va á acabar mal!... El viejo se lo desea...

--¿Enlazarlo?

—*Mesmo.*

Y Pedro no inquirió más del vasco, el comisionado por don Calixto. Preparó el lazo, esperó que éste hiciera lo mismo, y se dirigió hacia el novillo chúcaro.

Daniel había logrado traer al rodeo los otros animales, y, junto con los demás peones, el patrón y *ño* Nicasio, observaba la faena de Pedro y el vasco.

El novillo, en vez de huir hacia la cuchilla como antes, se venía al llano con un galope corto. Entonces los dos peones, siempre alerta, uno á la derecha y el otro á la izquierda, le siguieron sin tentar el enlazamiento. Tal vez el animal, por sí solo, entrara al rodeo. Pero á unas dos cuadras del paraje donde estaba don Calixto con su gente, el novillo se paró en seco, volvió grupas y miró á sus dos perseguidores.

— El lazo, — gritó brevemente Pedro al vasco, sofrenando su *overo,* mientras el otro hacía lo mismo.

Todos tenían los ojos fijos en los dos hombres y

la bestia. El novillo meneó un instante la cola, mientras retrocedía algunos pasos. Pedro adelantó un tanto su caballo, y, en el momento que la bestia rompía á disparar, le gritó á su compañero:

— *¡ Aura !*

Y él, á su vez, arrojó con mano certera el lazo que, silbando, fué á cerrarse entre las astas del toro. Al mismo tiempo, éste embistió contra él. El vasco dió vuelta el caballo y tiró ...

Pero su lazo, que sólo había cerrado un cuerno del animal, se escurrió. Pedro ladeó su caballo y el novillo pasó rozándole; pero al tratar de enfrentarlo, el *overo* se enredó las patas en el lazo y cayó al suelo.

Aquello fué rápido como el relámpago, y los que presenciaban la terrible escena no se dieron cuenta de ello. El novillo había vuelto sobre Pedro y le había lanzado por el aire de una cornada. El pobre mozo lanzó un grito y se revolcó entre el pasto que bañaba con su sangre.

Aquel grito de dolor cruzando el espacio, azotó el cuerpo del paisano viejo como latigazo cruel. Una sensación convulsiva le agitó de pies á cabeza como si alguien acabara de hundirle un acerado cuchillo en el vientre, revolviéndoselo en las entrañas. Durante unos segundos estuvo casi parado sobre los estribos, los ojos fijos, abiertos, idiotizados, con una mirada suprema, en la que reconcentraba todo su ser, todo su corazón, toda su alma. Y aquella conmo-

ción terrible, apenas duró unos segundos. A la vista de su hijo herido, de aquel hijo que veía en peligro de muerte por vez primera, ante aquella sangre que le bañaba y que era su propia sangre, todos los sentimientos paternales despertaron al fin en su corazón, bravos, pujantes, desordenados. Un inmenso sollozo le subió desde las entrañas hasta la garganta, desgarrándose entre sus dientes apretados como un rugido de fiera. Su odio por aquel hijo se transformó súbitamente en un amor loco, frenético, avasallador, y sintió que una fuerza violenta y poderosa animaba sus miembros entumecidos por los años. Y entonces clavó las espuelas á su caballo con furia, despiadadamente, hasta hacerle resollar de dolor, y se lanzó á la carrera, — una carrera vertiginosa, que superaba todas las del valiente *doradillo*, — descargando una lluvia de lazazos sobre el anca de su caballo, animándolo con la voz, tendido sobre su cuello, queriendo ayudarle con su aliento, nervioso, frenético, terrible.

Al oir el grito de Pedro, todos á la vez se lanzaron á socorrerle. El novillo estaba á cuatro pasos de su víctima, disponiéndose á embestirlo nuevamente. Pero el paisano viejo, que había cruzado como un torbellino entre los demás gauchos, llegaba ya junto al animal, y, antes de sofrenar su caballo, con la ligereza de un muchacho, se tiró á tierra, esgrimiendo el facón en la diestra. Y allí, cuando la

bestia iba á atacar á Pedro, la mano firme del gaucho bajó fulminante sobre las patas traseras, desjarretándolo.

El novillo cayó hincado y rodó al suelo. Los amigos de Pedro, que llegaban disparados como saetas, en pelotón, acudieron á levantarlo en brazos, constatando que la herida, aunque grave, no era mortal. Entonces, *ño* Nicasio, que, pálido y tembloroso como un niño, esperaba el fallo de los peones sobre la vida de su hijo, pareció recobrar el aliento; sus ojos perdieron aquella mirada de espanto, su frente se desarrugó, y mientras una alegría infantil irradiaba por todo su rostro, poniendo una sonrisa entre sus labios agrietados, murmuró con voz en la que aún había el temblor de los sollozos:

—¡Demontre de muchacho!...

Y volviéndose hacia un lado para que no lo vieran los paisanos, con el reverso de su curtida mano se secó las lágrimas que saltaban á sus ojos empañándole la vista.

El crimen de Juan Irízar

Á Carlos Reyles.

¿Os acordáis de esa horrible tragedia que narraron todos los diarios hace unos diez y ocho años, que puso en jaque á toda la policía, que atemorizó á toda la sociedad y cuyo autor quedó siempre ignorado? No creo que, á pesar del tiempo transcurrido, haya podido borrarse de la mente de ninguno, pues el horror que despertaron los detalles del crimen, narrado por todos los periódicos, fué intensísimo, y por mucho tiempo el misterioso autor de él fué el coco de grandes y chicos, de timoratos y valientes.

Me refiero al asesinato de Claudio Monfort, en una quinta del Miguelete. El solo nombre de la víctima evocará, en los que me lean, todos los pormenores de la horrible historia. Una mañana de invierno del año 1887, el peón encargado de hacer la limpieza en la quinta de Sansené, arrendada entonces á

Claudio Monfort, salió despavorido de la casa dando grandes gritos que alarmaron al vecindario. El pobre hombre, que figuró luego en el proceso, contaba con gestos de espanto y palabras entrecortadas, que el cadáver de su amo se hallaba en una habitación, horriblemente mutilado y sin cabeza. En breve formóse un corrillo en torno de Pascual Invernizio, — así se llamaba el peón, — que escuchaba con afán su desordenada é incoherente narración. Y como prueba fehaciente de sus dichos, mostraba sus manos y sus ropas manchadas de sangre. Entrando á obscuras en la habitación donde se había cometido el asesinato, Pascual Invernizio había tropezado con el cadáver de Monfort y caído de bruces encima de él. Horrorizado, había corrido á una de las ventanas, y, al abrirla, la luz del día le había descubierto la espantosa tragedia. Claudio Monfort yacía sobre el pavimento sin cabeza, — conocíasele por las ropas, — en medio de un charco de sangre, y horriblemente mutilado.

Cuando el infeliz Invernizio recobró los espíritus y sosegó el temblor de sus nervios, comprendió cuál era su deber. Los vecinos que le rodeaban se lo decían claramente hacía rato, sin que él lograra entenderlos, — tan grande era su excitación. — Enderezó, pues, á la comisaría seccional y denunció el crimen.

El señor comisario le oyó atentamente, le miró

de soslayo, y, sin perder mucho tiempo, se encaminó, seguido de Pascual Invernizio, de un oficial inspector, dos agentes y numerosos vecinos, al sitio del suceso. Por el camino hizo varias preguntas al italiano denunciante del crimen, y le observó con más cuidado. Su excitación, la vaguedad de sus afirmaciones, el estado de su persona, engendraron las primeras sospechas del señor comisario. Los datos y circunstancias posteriores transformaron las sospechas en casi certidumbre, y sabido es que aquel infeliz fué por algún tiempo el presunto autor del crimen. Después se comprobó su inocencia y fué puesto en libertad.

Al entrar en la quinta de Sansené, el comisario observó que las puertas y cerraduras no presentaban muestras de violencia. Sobre la arenilla del jardín se veían las pisadas de dos hombres, que habían caminado el uno al lado del otro, desde la verja que da á la calle hasta el vestíbulo de la casa. Todo el día anterior había llovido incesantemente, y esta circunstancia contribuía á que las huellas resultaran más patentes y claras. Sobre las piedras del vestíbulo se veían largas manchas de barro. Los dos hombres debían de haberse limpiado los pies antes de entrar á la casa. Dentro de ésta, en la primera habitación, no había nada de particular. Una puerta, situada á la izquierda, daba paso á una segunda pieza, y en ella era donde se había cometido el crimen. Era el

dormitorio de Monfort, y nada en él revelaba el desorden de una lucha. Sólo una silla volcada, cerca del cadáver, podía hacer suponer que la víctima estaba sentada antes de ser herida. La silla estaba cerca de una mesa; pero en ésta no se veía desorden alguno. Dos ó tres novelitas de la colección *Demimonde* ocupaban un ángulo de la mesa; en otro, había una pila de diarios viejos, y encima de ellos una cigarrera con algunos pitillos; en el centro, al lado del tintero, una lámpara apagada, y sobre una carpeta un pedazo de papel, en el que se había empezado á redactar una carta para una muchacha de vida alegre, invitándola á que viniera á la quinta con alguna amiguita al día siguiente, domingo. «Tu amiga no se aburrirá, — decían los últimos renglones, — porque ... » La mano de Monfort no había podido escribir más.

El cuerpo de éste yacía en medio de la habitación. El señor comisario no quiso verificar más y transmitió el aviso del caso. Algún tiempo después, llegaron el Juez de Instrucción y el Jefe Político. Se comenzó á estudiar los detalles del hecho. El cuerpo del desgraciado Monfort había sido horriblemente mutilado. El criminal habíale llenado el cuerpo de feroces cuchilladas. Sólo en el pecho y en el vientre tenía veintitrés heridas profundas. Los pantalones, desgarrados, dejaban ver sobre las piernas varias heridas, y ambas rodillas habían sido des-

hechas con un arma pesada y contundente. Con la misma debió triturarse la mano derecha de la víctima, que tenía las falanges de los dedos deshechas y toda la carne destrozada.

Se buscó la cabeza en vano por toda la casa. Las habitaciones y muebles no presentaban signo alguno de desorden. Evidentemente no había habido lucha, y el criminal, consumada su obra de destrucción, se había retirado tranquilamente. Un detalle que llamó la atención desde luego: la lapicera con que Monfort había escrito su última carta, no aparecía tampoco por ningún lado.

Dos días después se encontraron la cabeza de la víctima y la lapicera entre un maizal, á los fondos de la quinta. Y el ensañamiento del matador se revelaba una vez más en aquel nuevo despojo. Los ojos habían sido saltados de las órbitas con la lapicera, y con la pluma de la misma se habían inferido numerosas heridas en las mejillas. Por lo demás, el hallazgo de la cabeza descubrió á la justicia cómo había sido muerto Claudio Monfort. Una terrible herida de arma contundente sobre la parte superior del cráneo demostraba que aquél había sido atacado por detrás. Se evidenciaban así la alevosía y el ensañamiento del delincuente.

¡Y bien, sí! Alevosía y ensañamiento, ferocidad

y traición, cobardía y odio, — todo eso hubo en el asesinato de Monfort. El que le dió muerte lo hizo con toda premeditación, con toda sangre fría, obrando sobre seguro y con plena conciencia de lo que hacía. Lo mató cobardemente por detrás, porque temía á la víctima, y lo mató con alegría salvaje, cebándose en su cadáver, porque lo odiaba con toda la fuerza de su alma. ¡Y yo fuí el que le asesiné, yo, Juan Irízar, yo su íntimo amigo, yo el criminal misterioso que en vano buscó la justicia, yo que realicé la venganza más hermosa de mi vida y por la cual encuentro ahora, en la hora de mi muerte, un destello de alegría y un albor de infinita felicidad! ¡Yo, yo soy el asesino de Claudio Monfort!

Pero no quiero marcharme de este mundo sin dejar escrita aquí mi venganza. Hace breves momentos, el médico se separó de mi cabecera y se detuvo un instante en la pieza inmediata. Hablaba con alguien en voz baja; pero, por bajo que hablara, le oí decir: « No hay ya nada que hacer. No pasará del día de mañana. ¡Pobre amigo! se nos va como un pajarito, como un pajarito que ha sido toda la vida: un tímido, un impotente, un medroso... ¡Pobre amigo! » — Y otra voz dijo: « Sí, ha sido un *buen hombre:* si no ha hecho bien alguno, por falta de voluntad, tampoco ha hecho mal, por sobra de pequeñez. » — « Así, así, — contestó el médico alejándose; — un buen hombre, un pajarito... »

¡Oh! ¡Un timorato, un impotente, un infeliz, yo! ¡Yo, que he acometido la empresa más terrible; yo, que he realizado la venganza más tremenda! ¡Un pajarillo! Sí, oid á este tímido pajarillo, á este pobre de espíritu, á este medroso, á este incapaz del bien y del mal, y veréis cómo un día, en su obscura existencia, cobró alas de gavilán, y sintió que tenía garras y concibió la idea de hacer una presa! Oid á este buen hombre, y veréis cómo por odio, por odio feroz, se transformó en fiera, y derribó á su víctima, y se regocijó viendo correr su sangre, y se cebó en su cadáver con una alegría salvaje é inaudita! Oid mi historia — la historia de mi venganza — y veréis si he tenido alguna vez voluntad, si he tenido valor alguna vez, si alguna vez he sido alguien!

Éramos con Claudio Monfort compañeros desde la infancia. No voy á hacer la historia de toda mi vida, porque no tengo tiempo para ello: la muerte me sorprendería antes de haberla terminado, y no hay cosa más simple que un viajero que, por cortarse las uñas, se olvida de abrazar á su familia y corre desaladamente á coger el tren que se marcha. Suministraré los detalles indispensables para que se comprenda fácilmente la índole de mi carácter y el ascendiente que Monfort tenía sobre mí.

Nos conocimos en el colegio. Yo tenía ocho años y Monfort once. Yo era un chiquillo enfermizo, débil, timorato, vergonzoso; él era un muchachón robusto, alegre, atrevido y desfachatado. Yo sabía siempre mis lecciones y conquistaba todos los premios escolares; él no las aprendía nunca y se pescaba todas las penitencias inventadas por los implacables maestros de entonces. En el recreo, yo no jugaba porque tenía vergüenza de saltar y gritar delante de los demás alumnos y porque temía las discusiones y castigos que tan fácilmente se suscitan por una trampa en el juego; él, en cambio, corría y aullaba como un endemoniado, discutía con todo el mundo y á menudo, por trapisondas que él mismo combinaba para salir siempre ganador en el juego, quedaba desafiado con algún condiscípulo para la hora de la salida. Y en la esquina misma del colegio, cuando nos retirábamos todos á nuestras casas, aquel demonio de Monfort se enredaba á puñetazo limpio con su adversario, hasta quedar uno de los dos vencidos. Á veces, lo amilanaba á su contrincante; otras, le tocaba á él la peor parte. Pero siempre recogía con igual flema sus libros y cuadernos, y, todo desgreñado, rotas las ropas, sudoroso y lleno de mojicones, se marchaba tan campante á su casa. Yo me hubiera muerto de miedo y de vergüenza. Tal vez yo fuera tan fuerte como algunos que me provocaban, pero mi natural timidez me hacía rehuir la lucha. Yo mismo no conocía la fuerza de que podía disponer.

Todo mi modo de ser dependía de la vida que llevaba en mi hogar. Bajo la dirección de una madre que me idolatraba (había perdido á mi padre desde muy pequeño), no encontré en torno mío sino caricias femeninas y halagos que endulzaban mi carácter. Cosido á las enaguas de mi santa madre, me identificaba con su bondad y dulzura, oía sus consejos como la revelación divina y seguía su ejemplo sin discutirlo. El amor materno que me rodeaba me hacía bueno; las costumbres, ideas y gustos que regían en mi hogar, me hacían pundonoroso, tímido y reservado; el cuidado exagerado que se prestaba á mi persona, me convertía en un ser débil y frágil.

Cuando empecé á frecuentar el colegio, el roce con las demás criaturas me espantó. Sus modales me asombraban, sus gritos me aturdían, sus movimientos bruscos me llenaban de susto, sus palabrotas hacían encender mis mejillas. Yo ocultaba mis ideas y sentimientos, mis gustos y hábitos, para que no se rieran de mí. Recuerdo que habiéndome dado una vez mi buena madre una botellita con leche para que la bebiera en el recreo, no me atreví á hacerlo delante de los compañeros y fuí á encerrarme en el excusado para beberla. En otra ocasión, mi pobre madre, con la idea de vestirme bien, me puso por corbata una hermosa cinta de raso en torno de mi cuello á la marinera, y yo, avergonzado de tal atavío, me lo saqué en la calle,

fuí sin corbata al colegio y sólo me la volví á colocar al regresar por la tarde á mi casa.

Era yo entonces un chico delgaducho, pálido, bastante feo. Mis condiscípulos me hacían burla, y yo me escondía en los rincones para llorar. Un día, uno de aquellos demonios me tiró del cabello, y yo no le dije nada. Al día siguiente todos tenían que hacer con mis pelos. Uno, más osado que los demás, me dió un papirotazo en una oreja, y tampoco le dije nada. Entonces todos se envalentonaron conmigo. Fuí la víctima de la clase; fuí el hazmerreir de todos.

En estas circunstancias, trabé relaciones con Monfort. Fué durante un recreo. Un muchacho malo y pendenciero me exigió le entregara una rebanada de pan con manteca, que yo estaba comiendo silenciosamente en mi rincón. Quise negárselo, y el tuno me acomodó un par de mojicones y me quitó el pan. Monfort, que estaba cerca, se me puso furioso.

—¿Por qué te dejas quitar el pan? ¿Por qué no le das unas trompadas? — me dijo duramente.

—Yo no sé... — repliqué, muerto de vergüenza y con esa estupidez propia de las criaturas débiles.

Entonces Monfort se volvió hacia el otro, y autoritariamente le dijo:

—Dale el pan á ése.

—¿Y á ti qué te importa? — contestó el otro.

— Me importa. Dale el pan á ése.

—No quiero.

—¿No *querés?* ¡Una gran...! Yo te voy á dar.

Y en menos que se cuenta, cayó como un rayo sobre su contrincante y le administró una serie de puñetazos, que á mí me supieron á gloria.

El pan había rodado por el suelo, y yo le cogí medrosamente. Monfort se volvió hacia mí y me dijo:

—Otra vez que te dejes insultar por alguno, te pego unos coscorrones.

La ayuda de este compañero, á pesar de su amenaza, me llenó de agradecimiento. Pero los demás condiscípulos hicieron buenas migas del suceso. Sabido es que las criaturas tienen un gran fondo de perversidad. La debilidad ajena encona su espíritu agresivo. Experimentan un gran placer en martirizar al apocado, en afrentar al vergonzoso. En esos pequeños seres, más cercanos al ángel que al hombre, la maledicencia está tan desarrollada como en los seres más abyectos. No es de extrañar que sacaran partido de la ayuda que me prestó Monfort en aquella ocasión, y que dieran en la flor de decir que si me había defendido era porque yo le servía de mujercita. Desde entonces, la calumnia ni se discutió siquiera. El mote de «doña Juanita» me quedó grabado en la frente como un estigma infamante.

Monfort conocía lo que de ambos se susurraba, y no protestó. Se reía socarronamente. Él, también,

me llamaba «doña Juanita», y esto concluyó por convencerlos á todos. Y, sin embargo, ¡bien sabe Dios que yo me hubiera muerto de vergüenza antes que ser lo que ellos decían! Yo era hombre, muy hombre; pero me faltaba valor para demostrarlo; y en el entretanto, con ser tan hombre para mí mismo, lloraba á solas como una mujer.

Así pasaron los abominables años escolares. Á Monfort no acababa de entenderlo. No permitía á nadie que me castigara ni ofendiera; pero él se reservaba el privilegio de hacerlo. Me cacheteaba lindamente y solía decir, con aire de conquistador, que yo era su mujercita. Empecé á odiarle más que á todos los otros juntos. Su bondad para conmigo me humillaba; sus castigos me exasperaban. Tenía una manera especial de tocarme la cara que me llenaba de vergüenza. Sin embargo, jamás intentó nada deshonesto. Le bastaba, sin duda, la fama que había adquirido á mi costa. Y como era el más fuerte, no me atrevía á desmentirle valientemente. Á solas conmigo, se mostraba bueno y generoso; me daba sanos consejos; me animaba para que zurrara á alguno de los compañeros á quien yo odiaba; hasta me insinuaba la idea de alguna traición... Pero yo no osaba; y él, entonces, dejando á un lado todas sus buenas disposiciones para conmigo, concluía por sacudirme dos ó tres sopapos. Yo le odiaba con todo el corazón.

Abandonamos el colegio y no volvimos á vernos durante ocho ó diez años. Había yo perdido á mi madre y vivía con una tía anciana, que se había hecho cargo de mí. Estaba empleado en una casa de comercio y seguía siendo el tímido de siempre, aunque algo había progresado: ahora sabía disimular. Los compañeros de registro me tenían por un taciturno, un monomaníaco. ¡Algo era algo! Dábanme bromas á veces, pero no persistían viendo mi pertinacia en permanecer aislado. Yo cumplía estrictamente mis deberes y, á la caída de la tarde, volvíame á casa de mi tía. No salía á pasear de noche. Á pesar de mis dieciséis años, no conocía aún mujer alguna: ruborizábame la sola idea de ir de juerga.

Así las cosas, volvió Claudio Monfort á cruzarse en mi camino. Regresaba una tarde á mi domicilio, cuando un hombrachón me interceptó el paso:

—¡Hola, Juan! ¿Qué andas haciendo? ¿No te acuerdas de mí?

Yo le miraba, cohibido, sin reconocerle. Era un hombre alto, moreno, de bigotito retorcido, bastante bien vestido.

—No tengo el gusto... —murmuré un tanto molestado.

—¡Cómo! ¿No me reconoces? Claudio, Claudio Monfort, hombre! Tu amigo del Instituto Varela... Dame un abrazo.

Y me estrechó fuertemente, me sacudió largo rato, me llenó los oídos con sus exclamaciones y risas. Él me había reconocido en seguida. Pero, ¿qué era de mí? ¿en qué me ocupaba? ¿me había despabilado ya?

—¡Vaya, vaya con el amigo Juan! Ya estás hecho un hombre. Conque ¿perdiste á tu mamá? ¡Pobre muchacho! ¿Y estás empleado ahora? ¡Anda! Vente conmigo, vamos á tomar un vermouth...

Y me arrastró consigo. Desde entonces volvió á mezclarse en mi existencia. Me trataba cariñosamente, con la franqueza de viejos amigos, como á un hombre. Á veces se burlaba de mis ideas, pero siempre de buena manera. Yo no era el chiquillo de antes, aunque conservaba mi carácter temeroso. Él era el mismo diablo de antaño, pero tenía el sentido de las conveniencias.

Por mucho tiempo nos tratamos, sin que la más mínima sombra enturbiara nuestra amistad. Andábamos siempre juntos, sin que la menor disputa le diera ocasión para zaherirme. Yo notaba la superioridad de Claudio; reconocía mi pequeñez; no me hubiera atrevido jamás á ponerme en pugna con él. En cuanto á él, parecía no acordarse del colegio, ni de mis humillaciones, ni de su ascendiente. Era campechano, alegre, bueno. Durante este período de mi vida, llegué á estimarle, perdonándole todo

el daño que me había hecho: tal vez era ésta una nueva forma de mi cobardía.

Pasaron luego doce años sin volverle á ver. Se había marchado para Buenos Aires, á trabajar. Yo era ya un hombre. Vivía solo. Cortejaba una señorita, Alina Monfort, una prima de mi amigo.

Bruscamente apareció Claudio. Volvía á establecerse en Montevideo, y nos encontramos en casa de Alina. Yo me sentí fastidiado con su presencia. En cuanto á él, no sé lo que experimentó al enterarse de nuestros amores; pero dijérase que recibió de mal talante la noticia.

¡Y de tan mal talante! ¡Como que le gustaba la primita, según supe después, y no había de resignarse á que yo le soplara la dama!

Sin embargo, su manera de ser á mi respecto había cambiado mucho. Éramos ya, los dos, hombres, y como á hombre me trataba. Me hablaba seriamente, sin superioridad, con la llaneza común á los viejos conocidos. Pero de bromas, nada. Dijérase que la situación especial en que me encontraba respecto á su prima, le contenía en sus avances.

Alina, mi novia, le tenía más bien fastidio. Hablando algunas veces de él, me había dicho que era un fatuo y un perverso. Censurábale también su haraganería, que le llevaría en breve á la ruina,

pues no era muy grande la hacienda que le había dejado su padre al morir. Además de eso, era muy bruto: no sabía nada de nada, como no fuera hablar de su hermoso físico y de sus corbatas.

Yo asentía á todos estos responsos, bañándome en agua de rosas; y como el tal Monfort estaba entonces en Buenos Aires y no podía desmentirme, me despachaba á su respecto y le contaba á su primita bonitas hazañas que surgían en mi cerebro hosco y vengativo. Así, por ejemplo, en cierta ocasión le conté que Monfort se las había visto apuradas en una riña con un compañero, y que, sin mi intervención, hubiera sido humillado vergonzosamente. Otra vez le narré no sé qué historia de un feo hurto, en el cual Monfort había llevado la peor parte, sufriendo la afrenta de todo el colegio. Pintaba su ignorancia con ribetes de estupidez y dejaba entender muy claramente que era yo quien le hacía todos los deberes de clase. El episodio aquel del trozo de pan con manteca se lo cargué á su cuenta, y yo asumí el rol de protector. ¡Sí, no había duda, la señorita Alina, con mis historias, tenía en buen concepto á su señor primo!

En cambio, yo me enaltecía con esas narraciones. Mi novia me adoraba. Teníame por un hombre serio, reflexivo, valeroso é inteligente. La vida me sonreía al fin y un rincón del Paraíso se entreabría para mí.

Fué en esta época que tornó Claudio Monfort á cruzárseme al paso. Alina le recibió friamente; él no pareció hacer caso. Yo le dí un fuerte apretón de manos, no atreviéndome á darle una puñalada. En cuanto á él, no pareció enterarse de nada. Hablaba á su prima como le había hablado de pequeña; y aun en presencia mía le daba bromitas picarescas. Hacíase como el que no sabía de nuestros amores. No quería ver en mí un rival, sino un amigo de la casa.

Cuando me encontraba en el salón, junto á mi amada, venía á sentarse entre los dos y á aburrirnos con sus pláticas. Evidentemente, lo hacía de propósito. Yo le trataba con estima, pero cuidando de no familiarizar mucho la conversación, no fuera el diablo á tirar de la manta y á hacer que se descubrieran las patrañas que le había contado á mi novia. Él me demostraba cariño y no me hería de manera alguna.

Con todo, su pertinacia en interrumpirnos y molestarnos, concluyó por fastidiar á Alina. En varias ocasiones, por temor, hube de disuadirla de que le echara á paseo. Mas él insistía siempre, y un buen día, habiéndole hablado, en mi ausencia, de amor, se vió ella obligada á hablarle categóricamente.

— Demasiado sabes que tengo amores con Irízar. Déjame, pues, tranquila y no me vuelvas á fasti-

diar con tus requiebros. Además, te suplicaría que no nos molestaras cuando estamos en el salón.

Monfort oyó la filípica, sonrió tomando á broma la cosa, y se marchó. Pero, desde entonces, su actitud para conmigo varió algo. Me trataba más campechanamente, me demostraba mayor cariño y se permitía bromear conmigo.

Yo empecé á encontrarme nervioso con su presencia. En algunas de sus frases descubrí ironías que me helaban la sangre. Me daba palmadas en la espalda, delante de Alina, que me llenaban de miedo.

Fuera de aquella casa, Monfort no me hablaba nunca de mi novia ni me hería de manera alguna. Antes, por lo contrario, me demostraba hondo afecto y solía darme consejos.

— Mira tú, — solía decirme, — el ser muy tímido es una cosa grave en la vida. Y tú lo eres aún, tanto como en el colegio, no me lo niegues. Yo te lo conozco por encima de la ropa. Tú nunca matarás una mosca, y por eso, precisamente, nunca serás nada. Hay crueles situaciones en la vida del hombre, y es necesario que éste se vaya haciendo una coraza para cuando lleguen aquéllas. Todo es cuestión de tener un poco de voluntad. Yo te aprecio y por eso te digo estas cosas. Al hombre apocado nadie le considera ni nadie le respeta. Si tú mismo no te haces valer, nunca serás más que un triste empleadillo; y si no demuestras

más valor, no te aconsejo que te cases... Hijo, no lo digo por herirte; pero tú sabes tanto como yo, que en hacienda descuidada entran mejor los ladrones. Refórmate, chico. Sé hombre. ¡Qué diablos! Golpéate con alguno, aunque te duela; pero, por lo menos, sabrá el mundo que tú también golpeas cuando quieres y es necesario.

Aquella misma noche nos encontramos en casa de Alina. No recuerdo cómo saltó en medio de la conversación el nombre de una señorita María Coblentz.

—¿Te acuerdas, Claudio, de la princesita, como la llamábamos todos?—preguntó la mamá de mi novia.

Y ésta, para no perder sin duda la oportunidad de aplicarle un alfilerazo á su primo, dijo:

—¿No ha de acordarse? Puede que aún le duelan las calabazas que le dió la tal princesita.

—¡Qué quieres, hija,—replicó Monfort,—no todos tienen la suerte ni la belleza de Juan! Si yo tuviera todo lo que á este monín le sobra, no es María la que me hubiera dado calabazas. ¿Verdad, tú?

Y aproximándose á mí, me dió un par de palmadas en la espalda que me hicieron doblegar.

—No seas grosero, Claudio,—dijo la mamá de mi novia.

—Son bromas de amigo, señora,—aduje yo, para excusar mi pasividad y demostrar que Monfort hacía aquello por pura confianza.

—Claro; son bromas,—repitió Monfort, dándome otra gran palmada aún.

Entonces yo exclamé:

—Bueno, basta de palmadas; no seas tan extremoso en tus muestras de amistad.

—¿Qué? ¿Te enojarías?—replicó Monfort, mirándome irónicamente.—¡Calle! Cualquiera diría que vas á hacerte el malo...

—Es que esos no son modales,—interrumpió Alina;—juego de manos, juego de villanos...

—¡Bah! Estos juegos los conocía bien en el colegio, ¿verdad, Juan?

Y fué tanto el temor que me asaltó en aquel instante, que no tuve ánimos para protestar cuando aquel miserable, al despedirse, me dió aún otro par de palmadas. ¿Qué actitud hubiera yo asumido si á Monfort se le ocurre narrar alguna historieta del colegio?

Algunos días más tarde, paseando por el Prado, nos encontramos con Monfort. Saludó á las señoras respetuosamente, y á mí con una gran palmada en la espalda. En seguida, dijo con retintín:

—Chico, disculpa; no recordaba que no te agrada que te trate así. Tienes tan mal genio, que cualquier día me tratas como á aquel muchacho del Instituto Varela, ¿recuerdas?, el del pan untado de manteca.

Alina brincó sobre la frase, llena de malicia:

—Si tuvieras vergüenza, Claudio, no recordarías esa historieta...

—¿Qué? ¿Acaso Juan te la ha contado?

Yo temblaba como un poseído. Quise interrumpir la conversación, pero mi novia replicó sencillamente:

—Me la ha referido, sí; y en verdad que no fué muy airoso tu papel.

Claudio me miró interrogándome. Guardó silencio, mientras yo hacía esfuerzos por señalar unas señoritas amigas de Alina que cruzaban en landó. Entonces Monfort, sin apartar sus ojos de mí, sonrió imperceptiblemente y empezó á hablar de una novela que había prestado á su prima.

Al despedirse, me miró burlonamente:

—Adiós, Juan; Dios te conserve la salud para repeler las agresiones, como en el caso del colegio...

Se fué, dejándome enfurecido. Evidentemente Monfort buscaba ponerme en ridículo. ¿Habría adivinado algo Alina? Nada me dijo del incidente.

Pero al volver, por la noche, á mi casa, asaltáronme mil temores. ¿Habría vislumbrado la verdad mi prometida? ¿Qué pensaba de las actitudes de Monfort para conmigo? ¿No se descubriría al cabo lo que éste, sin ningún género de duda, iba tratando de revelar? Pasé la noche en ascuas, asaltado por mil ideas contrarias, soñando posibles acontecimientos. Ora veía á Monfort revelando mi modo de ser á mi amada, ora veía á ésta obligándome á repeler las agresiones de su primo. ¡Ah! ¡si yo fuera tan fuerte que pudiera coger por el cuello á Monfort y hacerle caer de rodi-

llas ante Alina para obligarle á que me pidiera excusas por sus agravios! ¡Si yo supiera tirar el sable, por ejemplo, mejor que él y pudiera desafiarle delante de todos, y traspasarle luego el pecho de una feroz estocada! ¡Matarle! ¡Oh, qué alegría tan inmensa! ¡Matar á aquel vil que era mi mala sombra; á aquel miserable que me había envenenado la existencia; á aquel granuja que me había afrentado cuando chico, que pretendía humillarme aún delante de mi novia, de mi amada, de mi futura esposa!... ¡Sí, matarle, matarle como á un perro rabioso, haciéndole sentir mi fuerza, mi valentía, todo el peso de mi odio!

Pero, ¡era en vano! Yo nunca tendría valor, nunca tendría recursos para tanto. Él era más fuerte que yo; era más osado, más sinvergüenza, más viril. En cualquier terreno me vencería, y, al repeler mi agresión, me cubriría de ridículo. No había, pues, más que el acaso. Sólo Dios podía vengarme. ¿Si una muerte repentina me lo quitara de en medio? ¿Si un rayo justiciero cayera sobre su maldita cabeza? ¿Si un accidente cualquiera, terrible y cruel, le destrozara completamente? ¡Ah! ¡Qué inmensa alegría para mi alma! ¡Qué inmenso alivio para mi corazón!

¿Cuántas novelas forjé yo aquella noche? No lo sé; pero todas tenían un mismo desenlace, dictado por el odio inmenso que iba amontonándose en mi pecho contra Monfort. Hubiera deseado hacerle todo el daño posible: enviarle un cáncer al estómago, ha-

cerle meter en la cárcel por ladrón, deshonrarle públicamente sus hermanas, y ser el juez encargado de fallar su causa, para ordenar, implacablemente, la sentencia de muerte. Recordé los suplicios de la Inquisición, el cuento de Poe «El pozo y el péndulo», las angustias que los marcianos hacían pasar á los hombres en la novela de Wells, ¡qué sé yo! — y todos esos dolores y martirios antojábanseme pequeños para aquel hombre que yo aborrecía tanto. Y ahora, en ese mismo instante en que tales pensamientos me torturaban, en ese mismo instante en que mi Alina tal vez perdía la fe y el amor que me profesaba, él, el miserable estaría durmiendo tranquilamente ó fraguaba una nueva afrenta y una nueva humillación para inferírmelas... Pero no; si llegaba el caso, yo no podía permanecer impasible. Era necesario que vigilara mi honor; que no pasara por cobarde á los ojos de mi amada. ¿Qué hacer, entonces? ¿Matarle? Sí, matarle; pero ¿cómo? ¡Ah! ¡no había otro recurso! Pegarle un tiro. Con mis propias manos nada lograría. Un revólver salvaría la dificultad. Sí, era cosa resuelta. Él me infería una ofensa; yo me ponía en pie y le pegaba un tiro. La justicia no podía hacer nada contra mí. Habría obrado en salvaguardia de mi honor. Era un caso de legítima defensa...

Y así quedé resuelto. Al día siguiente compré un revólver. Ya en posesión de él, me sentí más hombre.

Conocí que tenía más valor. Casi estoy por decir que hubiera ido á provocar á Monfort.

El primer día que visité á Alina, no encontré en su casa á su primo. Fuí luego dos ó tres veces, sin encontrarle. ¿Qué se había hecho? En el fondo estaba encantado. Era lo mejor que podía acontecer. Pero, como pasara un mes sin verle, y nada respecto á él me dijera mi novia, otro género de intranquilidad me asaltó. ¿Por qué Alina no me hablaba de Monfort? ¿Le daba rubor mentarlo ante mí? ¿Temía avergonzarme? ¿Habría sospechado algo?

Empecé á pasar días intolerables, y comprendí entonces que, sin hacerme más sospechoso, no podía dejar de preguntar por él. Pero, ¿qué iba á resultar de semejante conversación? ¿No habría el miserable narrado todo á su prima? ¿Qué le iba á replicar yo cuando ella me dijera que Monfort le había descubierto que todas las historias urdidas por mí contra él eran mentira, y que el papel desairado lo había hecho yo siempre en el colegio? ¿No llegaría tal vez el caso de un careo?

La idea de mi pequeñez tomó tal cuerpo en mi cerebro, que yo no vivía más que ajetreándola de continuo. Se me hizo insufrible. Me martirizó constantemente. Tuve raptos de furor contra mí mismo. Me injurié mucho y lloré luego más todavía. En verdad, yo era bien desgraciado...

Al entrar aquella tarde en casa de Alina, experimenté una rara angustia. Pero no reflexioné mucho. La criada me hacía pasar al salón.

—Mamá está algo indispuesta,—me dijo;—discúlpela usted.

Nos sentamos en el sofá y empezamos á hablar. De pronto, haciéndome valor, pregunté:

—Y Monfort, ¿qué se ha hecho?

—¿Claudio? ¡Cómo! ¿no sabía usted? Ha estado muy enfermo. Una bronquitis tremenda. Hace un mes por lo menos. Pero ya está repuesto. El domingo estuvo aquí...

—No sabía nada...

—Sí, eso supuso él mismo. Preguntó por usted é hizo buenas ausencias...

En esto se abrió la puerta y apareció Monfort.

—Hablando de Roma...—exclamó Alina.

—¿Hablaban ustedes de mí? Muchas gracias. ¡Hola, Juan! ¿Qué tal? Bueno, ¿eh? Feliz de ti... Ya hubiera podido morirme si esperaba tu recuerdo...

Se sentó jaraneando. Habló largo rato de su enfermedad; y, á pesar de que nos incomodaba con su presencia, yo me sentía satisfecho. Veíale á cien leguas de la conversación que me pudiera molestar. Cuando más lejos estaba, exclamó de pronto, volviéndose hacia mí:

—¿Á qué no sabes quién se suicidó el sábado úl-

timo? ¡Ricardo Monini, hombre! ¿Á qué no te acuerdas de Monini?

¡Dios mío! ¡Si me acordaba! Era aquel cachafaz que había zurrado tan bravamente Monfort en el colegio porque me había quitado un trozo de pan.

— Pues sí, un tirito en la cabeza. Era un pillastre. No se ha perdido nada. Siempre fué un tu... Y á propósito, Alina, ¿cómo va tía? ¿Se puede ver?

Se marchó para adentro, quitándome un enorme peso de encima. Durante un segundo había sentido una angustia horrible. ¿Qué iba á decir Monfort de aquel Monini? Pero cuando le ví levantarse, experimenté un enorme alivio. — «Mejor es así,» — dije para mí; — «si llegara á decir algo, creo que hoy le mataría.» Y recordé que tenía el revólver en el bolsillo. Esto concluyó de serenarme.

Hablaba hacía algún tiempo con mi novia, cuando volvió á entrar Monfort.

— ¿Y tú, — le dijo á Alina, — no has estado enferma?

— Sí, algo constipada; pero muy poco.

— Tienes todas las suertes imaginables. Salud, belleza, amor ... Porque estás linda de veras ... Supongo que Juan no se pondrá celoso porque te llame linda ...

— Yo ... no sé por qué ...

— Soy yo la que no necesito de tus galanterías.

— Se agradece. Pero eso no quita que se diga la

verdad ... ¡Y este granuja de Juan! ¡Ah, qué suerte tienes, condenado! Vas á tener una mujercita que te envidiarán todos.

Yo empezaba á sentirme nervioso. Monfort prosiguió como en chanza:

—Pero, chico, vas á tener que cuidarla bien. [illegible]a de tanto mérito incitará á los ladrones ...

—Te prevengo,—dijo en esto Alina,—que yo sola me basto para cuidarme ...

—¡Oh! será mejor así, porque este pobrecillo...

Yo salté en mi silla. El temor, sin embargo, me contuvo.

—¿Verdad, Juan? Debe ser horrible verse robar la hacienda, y no poder hacer nada para impedirlo...

—Es que yo ... me parece ...

—¡Oh, tú!... ¡Bah!... Eso no cuenta.

—¿Qué quieres decir?

Al hablar así, infundíame valor con la idea que tenía un revólver en el bolsillo.

Monfort me miró fijamente. Y, de pronto, una extraña luz cruzó por sus ojos. Y entonces tuve la adivinación de que, hasta ese instante, no había querido herirme, pero que ahora lo iba á hacer. Mis últimas palabras lo habían excitado.

—¡Cómo! ¿Qué quiero decir? ¡Hombre! Mejor es que no me interrogues delante de Alina.

Mi novia me miró asombrada. No entendía nada.

Quiso intervenir; pero yo, tontamente, creyendo concluir la discusión con una frase, repuse:

—Alina puede saberlo todo, desde que no tengo nada que me avergüence en mi vida.

—Vaya, vaya, no te sulfures ... Si todo esto es broma.

—Son bromas de mal gusto,—contesté airado.

—Peores eran las del colegio, las de aquel Monini de que hablábamos hace un rato...

—¡Cállese usted!...—exclamé con terror.

Alina intervino entonces seriamente en mi defensa; pero los duros términos con que reprochó su actitud á Monfort, lo exasperaron.

—Bueno, hija; ya he entendido ... Estoy de más aquí, y si no vuelvo, mejor .... Lo he oído perfectamente. Te dejo con tu Juan ... No le haré daño, no te lo comeré ... Anda, ricura, dale las gracias á tu novia que me echa á la calle para que no te destroce tu linda cara de bebé ... ¡Monísimo!

—¡Claudio!—exclamó Alina.

—Ya, ya me voy; pero cuida bien á tu novio... Á ti te tocará vigilar por él ... El pobrecito no sabría defenderse contra los Moninis que un día le roban un trozo de pan con manteca y otro pueden robarle la mujer ...

—Fuera de aquí,—repitió Alina,—ó llamo á tía ... Juan,—agregó, dirigiéndose á mí,—dígale que se marche.

Yo estaba embrutecido. Monfort me miró con compasión y repuso:

— Me voy, primita; me voy porque tú lo ordenas... Pero no lo pongas en un brete á este pobre amigo, que no osaría echarme á la calle... Verdad, verdad... este... este... ¿cómo diablos te de-...n en el colegio?... ¡ah! sí... «doña Juanita»...

Alina se me aproximó. Iba á pedirme algo, llevada de su irascibilidad, pero mi mirada la descorazonó por completo.

— Adiós, prima; adiós, Juancito, — dijo Monfort, y salió de la habitación.

¡Y yo no le había muerto! ¡Y cuando me insultaba no tuve valor siquiera para sacar el revólver que tenía en el bolsillo! ¡Y al pensar en matar á aquel miserable me había espantado la idea de apretar el gatillo, me había horrorizado el pensamiento de la detonación!

Hubo un largo rato de silencio. Por fin alcé los ojos y ví que Alina lloraba. Me incliné hacia ella...

— No, no... déjeme usted...

Quedé á su lado, sin saber qué hacer ni qué decir... De pronto se levantó, secó sus ojos y me miró fijamente, en silencio.

— Alina, Alina mía...

— Le ha insultado á usted...

— Por usted... el respeto...

— Le ha tenido usted miedo...

—Alina, escuche...

Había en sus ojos un profundo desconsuelo. Sufría con mi humillación. Estaba avergonzada por mí. Y era piedad, no amor, lo que reflejaban sus ojos.

—Váyase usted, Juan, déjeme sola ... Es mejor para los dos.

Y me tendió la mano. Su mano estaba fría.

Aquella misma noche recibí una larga carta de Monfort. Me pedía todo género de excusas. Contábame su amor por Alina y su desesperación de verme preferido á él. Había obrado en un rapto de locura. Aun no se daba cuenta de lo que había hecho; pero él iba á tratar de arreglarlo todo. Daría explicaciones á Alina que me dejarían satisfecho.

Mi furor era indescriptible; esa noche decidí matar á Monfort.

Desde entonces me obsesionó tal idea. La revolví en mi cerebro, dándole mil formas. Todas las combinaciones me resultaban peligrosas. Era indudable que yo tenía que matar á Monfort á traición; pero ¿cómo? He aquí lo que no veía bien claro.

Y así pasó algún tiempo. Monfort me vió dos ó tres veces, con arrepentimiento sincero; mas yo le perdoné hipócritamente. Esperaba una oportunidad, no sabía cuál, pero que llegaría un día ú otro.

Y llegó por fin. Una tarde me paró Monfort en la calle.

—Chico, estamos de juerga si quieres. Ya sabes que tengo alquilada una quinta en el Miguelete para ello. Si te parece te vas mañana para allá, de noche. Yo me encargo de invitar las muchachas.

—Convenido.

No sabía yo aún lo que iba á hacer; pero lo cierto es que desde aquel instante pronuncié la sentencia de muerte de Monfort. Primeramente pensé en mi revólver; mas este medio presentaba sus dificultades. Podía marrar el tiro y el otro me desharía entre sus manos. Además, es un recurso que mete mucho ruido. Luego imaginé el veneno; pero también era difícil obtenerlo y muy fácil seguir la pista. Llegó la hora y no tenía nada resuelto.

Llegué á la quinta al anochecer. Creo que nadie me vió llegar. Monfort estaba fumando un cigarrillo en la calle.

—¡Toma! ¿eres tú? Acaban de marcharse María y Rosa. No te esperaba más. Pero, no importa. Te quedas á dormir y mañana citamos á otras dos palomas.

Hablando, nos dirigimos á la casa. Monfort me dijo que no se sentía bien, que se acostaría temprano; pero que todo eso no era nada. Me refirió mil tonterías de las muchachas que habían pasado allí la tarde. Mientras hablaba, mis ojos se fijaron

en una tranca de hierro para asegurar una puerta que había en un rincón. Un rayo de luz me iluminó.

— Estás distraído, — dijo Monfort; — ¿qué miras?

— Nada, te escucho... es decir, miraba ese barrote...

— ¿Qué barrote? ¡Ah, sí! La tranca de la puerta. No hace falta aquí. El vecindario es pacífico.

Me levanté y fuí á coger la barra de hierro. No era muy pesada, pero sí lo suficiente para descrismar á un buey. La contemplé en silencio, meditando cómo se manejaría mejor para dar el golpe.

— Es un buen bastón, — dijo riendo Monfort. — Con él se puede dar una excelente paliza.

— Y hasta matar un hombre, — agregué yo.

— ¡Ya lo creo! Con un poco de buena voluntad se puede abrir el cráneo más duro. ¿Qué te parece? ¿Matarías tú á alguno con eso?

Sentí un escalofrío. ¿Acaso adivinaba Monfort mis pensamientos? Pero, no; se burlaba, se reía de mí como siempre.

— ¡Oh! lo que eres tú, chico, no concluyes tus días en la Penitenciaría, sino por error. No eres de la pasta de los que matan.

— ¿Te burlas, eh?

— No, no me burlo. Constato que has nacido para hombre honrado. ¡Pobre Juan! El que sospechara en ti la predisposición homicida, sería un mal frenólogo...

Se seguía riendo. Yo sentía acudir toda la sangre á mi cabeza. El odio henchía mi pecho. Y entre mí murmuraba: «Sí, ríete, búrlate aún; pero dentro de poco veremos cuál de los dos es el que se ríe.» — De pronto me asaltó una duda.

— ¿Y á quién vas á invitar para mañana?

— ¿Cómo, á quién?

— Sí, ¿á qué muchachas?

— ¡Ah! no pensaba en ello. No sé aún; ¿prefieres á alguna?

— No, preguntaba solamente. ¿Advertiste á alguno que yo vendría?

— Á nadie. ¿Te conviene guardar el incógnito?

Volví á estremecerme. ¿Comprendería Monfort el móvil de mis preguntas? Le miré de soslayo y ví que buscaba unos papeles en el bolsillo. Evidentemente, no tenía sospecha alguna.

— Estoy fastidiado — dijo de pronto. — Pensaba que las muchachas se quedarían esta noche, y me he equivocado. ¿Qué te parece que nos tomemos una copita de jerez y que la emprendamos con los sanwichs?

— Bien pensado.

— Lo dices sin convicción. ¿Comiste?

— Sí, antes de venir.

— Entonces lo dejaremos para más tarde. Voy al dormitorio á escribir la cartita.

Se marchó. Yo respiré con fuerza.

¿Cuándo le daría muerte? Cuando estuviera durmiendo, no hay duda. Sin embargo, se presentaba una dificultad: ¿cómo herirle á obscuras? ¿Podría entrar en su habitación sin que me oyera? ¿No le erraría el primer golpe?

Una especie de temblor nervioso agitaba todo mi cuerpo. Mil encontradas ideas bullían en mi cerebro. Tenía la boca seca y amarga. Púseme á pasear por la habitación, tratando de sosegarme un poco. En una de las vueltas me aproximé á la puerta que comunicaba al dormitorio de Monfort, y ví á éste de espaldas, sentado junto á la mesa. Había encendido la lámpara y leía un librito.

Penetré en la habitación y me acerqué á él. No levantó siquiera la cabeza; pero, notando mi inmovilidad, preguntó sin volverse:

—¿Buscas algo? Ahora voy á escribir la cartita.

—No, me caliento los pies caminando.

Entonces pensé que si hubiera tenido allí la barra de fierro, hubiera podido asestarle perfectamente el golpe. Me volví á la primera habitación y seguí mis paseos. El temblor de mis manos aumentaba. Yo me irritaba contra ellas. ¿No me traicionarían en el momento oportuno? Pasé de nuevo junto á la puerta y ví á Monfort siempre leyendo. Dí algunos paseos más y cogí la barra de fierro.

Una sensación de frío me corrió de la mano por todo el brazo y llegó hasta el corazón. Seguí mi

paseo con la tranca en la mano. ¿Estaba irresoluto? ¿Me faltaría valor? No; yo lo odiaba con toda mi alma. Ninguna oportunidad mejor que aquélla. Recordaba los incidentes de la escena con Alina y el rencor me zumbaba en el cráneo. Avancé hasta la puerta y contemplé á mi amigo. Continuaba leyendo. Entonces, no sé por qué, retrocedí y fuí á dejar la barra de fierro en su sitio. Me acerqué á una alacena y la abrí maquinalmente. Lo primero que mis ojos vieron fué un cuchillo grande, de cocina. Me sonreí estúpidamente.

—Si tienes apetito, en el cajón de abajo,— me gritó Monfort, que habría oído el ruido que hice al abrir la alacena.

Me estremecí y un sudor frío me corrió por todo el cuerpo. Y otra vez empecé á pasearme de arriba abajo, cada vez más excitado. «Ahora, en esta otra vuelta,— me decía á mí mismo,— cojo el barrote y le doy muerte.» Pero, al llegar junto á la pared, no me decidía. «No, aún no. Esperaré un momento,» pensaba luego. De pronto me asaltó una idea. ¿No estaré perdiendo el tiempo? ¿Y si deja de leer y se levanta, encontraré mejor oportunidad que ésta? «Vamos, me dije, hay que concluir de una vez. Voy hasta allí y á la vuelta me armo con la tranca.» Y fuí y volví, y no me animé. Una lucha sorda se empeñaba dentro de mí. Tenía miedo. ¿No le mataría, pues? ¡Oh, sí! «Yo tengo que matarle,»—me repetía

tenazmente, para infundirme ánimos. Evocaba las humillaciones que me había hecho, para avivar mi odio. De pronto, me detuve espantado.

Monfort canturreaba una cancioncilla. ¿Habrá concluído de leer, Dios mío! ¿Habré perdido la oportunidad? Paseando siempre, y cada vez más nervioso, me acerqué á la puerta. En efecto, no leía: buscaba algo entre sus papeles.

—¿Dónde diablos?... ¡Ah! Aquí está,—le sentí murmurar. Su voz me resonó lúgubremente en el corazón. Era la voz que me había ofendido y agraviado tantas veces.

Al pasar nuevamente frente á la puerta del dormitorio, le ví inclinado sobre la mesa, escribiendo. Entonces, bruscamente, sin saber cómo, me decidí. Fuí derecho donde estaba la barra de fierro, y la cogí convulsivamente. Volví luego, como un autómata hacia la puerta. Transpuse el umbral. Monfort seguía escribiendo. No hizo ni un movimiento al ruido de mis pasos. Y yo alcé la barra de fierro, sobre su cabeza, á dos pasos de él.

¿Cómo no oyó Monfort los latidos de mi corazón? ¿Cómo no presintió, por uno de esos extraños fenómenos psíquicos que se producen en nuestro espíritu en momentos álgidos, que la muerte le acechaba en silencio, á dos pasos de él? ¿Cómo no sintió sobre su cabeza aquella arma terrible que iba á destrozársela ferozmente?

Durante unos segundos, que parecían siglos, permanecí irresoluto, detrás de Monfort, en alto la barra de fierro, oprimido el pecho, seca la boca, los ojos fijos como un hipnotizado. Iba á matar á aquel hombre: un átomo de voluntad que me animara haría descender, fulminante, mi armado brazo.

Y fué, en aquel horroroso silencio, la propia voz de Monfort, la que decidió mi voluntad.

— Ya concluyo, ¿eh? — me dijo sencillamente, sintiéndome detrás de sí.

— Yo también, — murmuré sordamente. Y con todas mis fuerzas, iracundo, hice caer el arma terrible.

Oí un golpe seco. El hierro tembló entre mis manos. Ví vacilar á Monfort sobre la silla, hamacarse y caer hacia un lado. En el primer segundo creí que se inclinaba para levantarse y agredirme. Le miré rodar con terror, temiendo que no estuviera muerto y se vengara de mí. Entonces salí corriendo de la habitación y me detuve un instante en la otra pieza, cerca de la alacena. No oí ruido alguno y me serené. «Tal vez no esté más que desmayado,» — me dije; y empecé á buscar febrilmente el cuchillo que había visto momentos antes. No le hallaba; mis ojos no veían bien claro. Por fin tropecé con él.

Volví lentamente á la habitación de Monfort y me arrodillé junto á él. Me pareció que se movía, y el miedo me crispó todo el cuerpo. Entonces le puse

el cuchillo al cuello y corté con rabia, sin mirar, como quien serrucha madera. Un ruido extraño me hizo volver los ojos á Monfort. Un chorro de sangre se escurría por el cuello. Empecé á reirme silenciosamente.

—¡Ah! tú te has burlado de mí, — decía mi rencor; — tú me has afrentado; tú me has hecho la vida odiosa... ¡Y bien! ¡Ríete ahora, afréntame, búrlate! ¡Ahora soy yo el más fuerte! ¡Ahora me he vengado! ¿Me he vengado? ¡Ah, no! La muerte es poco para lo que me has hecho sufrir. Yo tendría que haberte torturado, para que padecieras lo que yo he padecido pór tu causa. ¿Te acuerdas? Me has abofeteado en el colegio; me has llamado tu mujercita; me has escarnecido cuando hombre; me has perseguido continuamente; has asesinado mi juventud, mi amor, mi alegría. Has sido mi perpetuo fantasma; me has robado el sueño de mis noches; has descendido hasta el fondo de mi conciencia para hacerme avergonzar de mí mismo! ¡Miserable!

La ira me cegaba; no reía ya, ¡ah, no! no reía. Sí, yo tenía que vengarme, tenía que lavar con su sangre las negruras que había él trazado sobre mi vida. Y, loco, desesperado, sollozando casi, volví á coger el cuchillo y empecé á sepultarlo en su cuerpo, furiosa, ciegamente. Le hería con una alegría feroz. Cada golpe me quitaba un peso del corazón. «Toma, toma aún... Esto por lo de mujercita... esto por

la burla del colegio ... esto por Alina ... esto por doña Juanita ... Toma, miserable, perro, cochino; toma, maldito, maldito, maldito!» Y cada palabra era un golpe. ¡Ah, qué hermoso es herir cuando se odia! ¡Qué felicidad tan grande, Dios mío!

Me puse en pie y lo miré hoscamente. De pronto ví una de sus manos. ¡Ah, aquella mano! Era la que me había abofeteado. «Ahora verás, ahora verás,» murmuré. Cogí la barra de fierro nuevamente y empecé á machacarla con ira creciente. «Ya no pegarás más, condenada.»

Sudoroso, sin alientos, me puse en pie. Empecé á reirme como un loco. ¡Ya no me agraviaría más! Bruscamente me serené. «Ahora, me dije, debo marcharme; todo ha concluído.» Sin embargo me detuve. Aquellos ojos, fijos, del muerto, parecían reflejar una postrera burla. ¿Si los saltara de las órbitas? ¡Eso es! Entonces concluí de descabezar el cadáver. Se me había ocurrido llevarme la cabeza, para burlarme más de Monfort. Un muerto, que ha perdido la cabeza, ¿qué cosa más chistosa, verdad? Al salir, arrojaría la tranca y el cuchillo en el pozo de la quinta. La cabeza la arrojaría más allá, en el campo. Pero, ¿con qué saltar los ojos? ¡Ah, sí! Con la lapicera. La cogí y me la eché al bolsillo.

Apagué la lámpara y salí cargado con la cabeza de Monfort y las armas. Éstas las arrojé en el pozo, como lo tenía pensado, y luego me lancé á la carrera hacia

el fondo de la quinta. De pronto, tropecé con un leño y caí de bruces. Me levanté furioso y seguí mi carrera, hasta detenerme frente á un maizal. Allí me senté en el suelo, y, sin vacilar, fieramente, le salté ambos ojos. Después, antes de arrojar la cabeza, le inferí varias heridas en las mejillas con la pluma. Me reía como un bienaventurado. Por fin arrojé todo lejos de mí y me quedé quieto, respirando fuertemente, lleno de calma.

El frío de la noche distendió mis nervios y despejó mi cabeza. Me levanté, sintiendo dolorido todo el cuerpo, y miré el cielo. El cielo estaba sereno, claro, hormigueando de estrellas. Bajé la vista y ví los campos obscuros, silenciosos, dormidos.

—Está hecho,—murmuré;—Dios me perdonará, porque he sido muy desgraciado.

Y me alejé en silencio, al través de la noche

¿Sueño ó realidad?

Á Remigio Crespo Toral.

Don Roberto Rodríguez se muere; no hay vuelta que darle. Si así no lo hubieran declarado las más grandes notabilidades médicas, reunidas ha poco á la cabecera del enfermo, bastaba observar, para convencerse de ello, los siguientes síntomas: todo el mundo anda por la casa en puntillas de pie, azorado, con cara color de chocolate y hablando en secreto; allá, en el corredor, óyense las carreras de los criados que traen y llevan paños calientes y órdenes fulminantes; y los íntimos de la casa penetran en la alcoba, donde hace más de dos meses que le está prohibida la entrada al rubio y bullanguero Febo, y se acercan al lecho silenciosamente, tiesos, cariacontecidos, llenos de pavor, para regresar muy luego á la antesala y responder á la consabida pregunta de: «¿cómo se encuentra?», con

éstas ó parecidas palabras: «esto se acaba», ó «¿qué le vamos á hacer? Ahora le ha dado una modorra... una modorra...»—Pero, el más grave de todos los síntomas, sin duda alguna, es aquel ejército de frascos rotulados y de cucharitas, aquella legión de ungüentos y paquetes con olores estrafalarios, aquella pléyade resplandeciente de aparatitos de metal, relucientes y fríos, que en horrorosa confusión llenan el mármol de la mesa de luz ó se confunden sobre el lavatorio y la cómoda. Los sabios médicos han escrito, á la cabecera del enfermo, libretas enteras en forma de órdenes y recetas — las suficientes para suministrar todo el original de un nuevo Larousse — y han sujetado al pobre don Roberto á todos los ensayos, á todos los sistemas, á todos los regímenes, después de haberle untado con todas las pomadas y héchole tragar todas las drogas— líquidas, sólidas y gaseosas — de la farmacia. Después se han celebrado consultas, y los profundos galenos han tenido la gran oportunidad de tirarse al rostro, los unos á los otros, resmas enteras de nombres en latín, enjambres de vocablos terminados en *itis*, verdaderos diluvios de intrincadas teorías, para concluir citando todo el santoral de la ciencia, esos millares de nombres ilustres, de profesores, médicos, jefes de clínica y autores, que van desde Hipócrates hasta el afamado Kneipp. — Sí, no cabe duda: el pobre don Roberto se muere; se muere *irrevocablemente.*

Doña María, la pobre esposa del enfermo, anda desolada. Ya no atina á hacer nada completo, ni da pie con bola. Corre de un lado para otro, convulsa, temblorosa, dando órdenes que no entiende y haciendo cosas que tampoco entiende. ¡La pobre señora! Hace quince noches que vela á su marido moribundo; y el cansancio, la fatiga, la desesperación, aquella ruda labor, aquellas continuadas vigilias, la tienen postrada, vencida, completamente aniquilada. Su cabecita, que ha encanecido en pocos días, y su bonito rostro, que se ha demacrado de un modo alarmante, se asoman á cada momento entre las cortinas del lecho, para recoger una mirada de vida ó un hipo de estertor. Y el enfermo está allí sobre el tibio lecho, silencioso, muy pálido, con un cerco plomizo en torno de los ojos, respirando apenas, con un silbido de flauta afónica y resquebrajada, y murmurando, á veces, vocablos ininteligibles, sonidos de una procedencia dudosa, palabras que parecen arrastradas sobre los labios por la cola de la última letra, cuyo significado sus enfermeros tratan de traducir á humano idioma con más cuidado y acierto que Champollión los jeroglíficos egipcios.

La estufa, que arde sin cesar, da una pesada temperatura á la atmósfera de la habitación. Los medicamentos exhalan sus varios olores, — ácidos los unos y que se meten en la nariz haciendo en

ella cosquillas, como si llevaran un vestido de plumas; pesados y enervantes los otros, como si trajeran el sueño sobre sus alas impalpables. — Las maderas del balcón apenas si conceden la entrada, entre sus dientes apretados, á una desmayada claridad, tristona y amarillenta, con algo de humedad y de frío. Los muebles se alzan, en la sombra, confusos y mal dibujados, como fantasmas escuetos, en fantástica confusión y engendrando esas visiones que asustan á los chiquillos. Y allá, sobre el velador, en un vaso de cristal de un color verde suavísimo, quema una mariposa con soñolientos parpadeos, derramando una exhausta claridad, con bruscos sobresaltos, que danza fantásticamente sobre el lecho, remedando la luz de aquella existencia que se apaga.

El enfermo parece ahora más inquieto: se mueve, se destapa. Solícita, la esposa vuelve á arreglarle las sábanas y la almohada, mientras examina, al través de sus lágrimas silenciosas, que trata de retener, aquella respiración dificultosa, sorda, que parece ensayar gorgoritos en la garganta. En esto, uno de los íntimos de la casa — uno de esos personajes transparentes que lo mismo pasean un rostro de enterrador en los duelos como otro de polichinela en las juergas; uno de esos amigos serviciales que con igual placer acuden á vosotros si os rompéis una pierna ú os sacáis el premio gordo — se aproxi-

ma á la señora para interrogarla con su mirada de circunstancias, una mirada húmeda, grave, apagada, tristona, como la de un cordero degollado. Entonces la buena señora, por única y elocuente respuesta, sacude su cabeza en movimiento horizontal de derecha á izquierda, y viceversa, apretando los labios, un tanto sesgados, — expresión inequívoca de que aquello anda más torcido que cuerno de cabra, y que ya no hay nada de bueno que esperar en el sentido de la salvación del paciente.

Entonces el amigo solícito pone su obligada cara de enterrador, hace como que ahorca un suspiro, y murmura con voz débil, debilísima (de modo y manera que todos creerían que aquel buen hombre tiene pegadas con goma las palabras al paladar):

—¿Le damos *la toma?* Ya es hora...

— Es inútil, — contesta la señora; — pero, en fin...

Justamente, es inútil; pero, en fin, aquello demuestra al mundo que se lucha hasta última hora, que la familia se da la satisfacción de agotar todos los recursos, y que si el enfermo se salva es porque tiene una naturaleza de granito y bronce á prueba de pócimas y de médicos.

Han sentado al pobre don Roberto en el lecho, — colocándole previamente bajo los riñones una pirámide colosal de almohadones, — y le dan á beber, en una cucharita, un líquido amarillento, perfectamente inútil, que huele á rabo chamuscado y que

recomiendan todos los tratados de medicina, inclusos los almanaques. El desdichado enfermo (digamos mejor, paciente) sufre el martirio resignado, sin chistar, con esa pasividad acarnerada del que tiene miedo de morir, y bebe estirando hacia adelante la cabeza, mientras que con un gesto avinagrado demuestra palpablemente que aquello no le sabe á *champagne*. Después cierra los ojos y se queda quieto, muy juicioso, con esa tranquilidad espantosa que nos hace mirar al enfermo con apesadumbrada tristeza no exenta de miedo. Por último, le vuelven á su primitiva posición horizontal y le dejan á solas con su pensamiento.

Pero, ¿es que el infeliz don Roberto está para tener pensamientos? ¡Quién sabe! Allá, en el fondo de su cerebro, en un apartadito rincón, muy escondido y obscuro, — tanto que á ser posible estaría lleno de telarañas, como un desván abandonado, — empieza á brillar una lucecilla extraña, que él mismo no advierte, con conciencia, desde luego. Después es un lampo, un nimbo, una aureola. Va creciendo poco á poco y concluye por resquebrajarse, por deshacerse en filamentos sutiles, intrincados, caprichosos, que se enredan y enmarañan. Y los hilos luminosos serpentean por su cerebro, y van dándole cierto calorcillo de vida, y van despertando no sé qué misteriosos ecos, — muy leves, muy callados, pero ecos al fin... Y entonces, el enfermo, como

si tuviese otro yo, como si su pensamiento se apartara de su cuerpo, á la manera del que se mira en un espejo, se ve á sí mismo, tendido en el lecho del dolor, rodeado de toda su atribulada familia. Algunas lágrimas brillan en sus ojos. ¡Cómo le quieren y cómo le cuidan! Y él sufre, sufre mucho; está muy malito, muy enfermo; sin duda alguna va á morirse. Extraños cuchicheos llegan á sus oídos, y oye también pasos apresurados en el corredor. Allá abajo, en la calle, un chicuelo ha pasado voceando el nombre de un periódico. Aquel muchacho está bueno, sano, y corre por la ciudad lleno de vida, en tanto que él se enmohece entre las sábanas y siente cosquilleos en el cuerpo, como si los gusanos hubieran empezado su fúnebre banquete... ¡Estar muerto! ¡No ver más la luz del sol! ¡Alejarse para siempre de todo lo que se ha amado! ¡No ver todos los portentos y sucesos que traerán los años venideros! ¡No respirar más el aire puro y libre!... ¡Y qué lindo día de sol debía hacer ahora en la calle! La corneta de un tranvía llegó hasta su oído como un himno de luz y de alegría. El ruido de un carro le hizo pensar en la fuerza y el movimiento que rigen la vida humana, y que él no tenía ahora. Un desmayado rayo de luz que bajaba entre las maderas del balcón, le hizo pensar en el océano de dorada claridad que inundaría todas las calles. ¡Ah, sí! La multitud re-

bulliría por las plazas y aceras, codeándose alegre, murmurante como una inmensa colmena, llena de vida, respirando aire puro, bebiendo luz... Para él, todo aquello se acababa. Ya no vería más ni á su familia, ni á sus amigos, ni á sus semejantes. Cuatro tablas negras iban á correrle el telón, y unas paladas de tierra, unas pocas, le arrancarían del mundo y sus múltiples placeres. Pero, ¿por qué se moría él y no los otros? ¡Ah! Él estaba enfermo; ahora lo recordaba más precisamente... ¿De qué? No lo sabía, y los médicos, sin duda, tampoco.

Don Roberto se agitó un instante, visiblemente incomodado; estaba extraviado, confundido, sin conciencia ni memoria; después pareció como que encontraba nuevamente la pícara raya de luz que culebreaba en su cerebro, y se puso á seguirla fijamente, con temor de volverla á perder. ¡Sí! ¡Aquéllo era, precisamente! ¡Ahora recordaba! Era una noche, hacía... ¿cuánto tiempo haría?... ¡Caramba! ¡Y qué útiles son los calendarios, aun cuando uno va á morirse! ¿Pues no había perdido la noción del tiempo? ¿Haría un mes ó un año? ¡Vaya usted á saberlo! El caso es que con almanaque «y todo», el hombre sabe tanto del tiempo y su medida como aquel reloj que, sobre la chimenea de la pieza contigua, le barrenaba el oído con su monótono tic-tac, marcando las horas automáticamente, sin saberlo. ¿Qué es el tiempo, vamos á ver? ¿Las vueltas de la Luna en

torno de la Tierra y las de ésta alrededor del Sol? ¿Y entonces Neptuno? ¿Un año de Neptuno no duraba 165 años de los nuestros? ¡Ciento sesenta y cinco, sí, señor! Se acordaba perfectamente: lo había aprendido en el colegio. ¡Qué tiempos aquéllos! Entonces era dichoso, entonces jugaba y reía sin preocupaciones, sin cuidados de familia, sin tener que trabajar de la mañana hasta la noche para ganar el pan de cada día... ¡Y pensar que en esos tiempos se creía desdichado y quería ser feliz!... Mas, ¿por qué no lo era? ¡Ah, diablos! Es verdad que estaba muy enfermo y que se iba á morir... Y... y... y... ¿qué es lo que decía al principio?...

La lucecita parecía extinguirse. Don Roberto, por culpa de la endemoniada asociación de ideas, se había perdido en aquel laberinto de sutilísimos haces luminosos que se desparramaban, titilantes, por su cansado cerebro. Ya no recordaba lo que pensaba al principio; y volvió á agitarse incomodado.

Su esposa se inclinaba sobre él, observándole. ¡Ah, sí! Ella le devolvió la memoria. ¡Era ella! ¡Era ella! Una noche, hacía...—bueno, el tiempo no hace al caso;— una noche entraba él apresuradamente en su casa para buscar unos papeles que había olvidado en su escritorio, cuando sintió murmullo de voces en el cuarto de su esposa. Hacía apenas diez mi-

nutos que él había salido para el club, dejando á María sin visitas. ¿Qué amiga de confianza podía haber llegado en ese tiempo y había sido recibida en la alcoba? Don Roberto, sin dar mayor importancia á tal interrogación, iba á dirigirse á su escritorio para buscar los papeles que necesitaba, cuando el timbre de una voz conocida le sacudió nerviosamente. Al principio no se dió cuenta, ni pudo reflexionar; inconscientemente fué que advirtió que aquella voz era de hombre. Tuvo aún unos breves instantes de ausencia intelectual, en los que no pensó en nada, durante los cuales no se le ocurrió ninguna idea. Después, como un autómata, iba á seguir su camino hacia su escritorio, cuando el leve susurro de unas risas sofocadas le dejaron tieso, clavado en el suelo, con un súbito sudor frío manándole de la frente, á raíz de los cabellos. Pero todas estas sensaciones, que se sucedían en breves segundos de tiempo, aún no despertaban una idea precisa en su cerebro. Tan sólo se daba cuenta de que aquella voz era la de su médico, la de Augusto Mesnier. ¿Estaría, pues, enferma su esposa? Este relámpago de inteligencia huyó de él como una estrella fugaz, dejándole sumido en más espesas tinieblas. No; si María estuviera enferma, no se reiría de aquel modo extraño. ¿Qué hacía entonces allí el médico? De pronto, súbitamente, se acordó de que Augusto Mesnier le había dicho aquel mismo día,

por la mañana, que se veía precisado á partir urgentemente para Buenos Aires. ¿Le había mentido, entonces? ¿Para qué? Y, bruscamente, al fin de todo este proceso intelectual que apenas duró diez segundos, el primer rayo de inteligencia fulguró en su cerebro, iluminando el sendero de la verdad. Una duda, una duda atroz, infame, que trató de desechar, se le encajó en el cerebro; luego le sacudió los nervios furiosamente; después le paralizó la voluntad. Quiso sonreir, quedar tranquilo, desvanecer aquella idea inaudita: no, eso era imposible; á él no podía sucederle semejante cosa; jamás, jamás, jamás... Pero la idea martirizadora é infame se le clavaba en el cerebro como un filoso y largo alfiler, dándole vértigos; y se agrandaba, se acrecía, le atravesaba la cabeza, volviéndole loco de dolor, — un dolor que no lo sufría físicamente. — Una ansia atroz anudaba su garganta y descendía por el esófago, aumentando siempre de volumen, pesando cada vez más, hasta llegar al pecho, que oprimía sin piedad, bárbaramente, con ahogos de muerte y con convulsiones frenéticas. Aun vaciló un instante, dudando de aquella espantosa desgracia, no queriendo rendirse á una evidencia que le aniquilaría; y de pronto, como un rígido sonámbulo, como un simple autómata, marchó quedo, muy quedo, en dirección á la alcoba de María. Las voces no se oían ya. El crujido de un mueble le heló la sangre

en las venas. Sintió perfectamente el estribillo de una cancioncilla que gritaba á voz en cuello un pilluelo allá abajo, en la calle. Tuvo miedo. Tuvo un impulso de ira. Volvió á calmarse, y siguió avanzando. De pronto, á su oído atento llegaron, como una abominable revelación, un apagado susurro, un inequívoco rumor, suspiros contenidos apenas. ¡Era verdad, Dios mío! Hizo saltar la puerta con un esfuerzo brutal, y vió... ¡Oh! Un torbellino silbó en su cabeza y el vértigo le hizo vacilar como un ebrio. Y entonces subió hasta sus labios un grito, un grito inmenso de rabia, de dolor, de ira, de venganza; pero el grito no crujió sobre aquella infamia, sino que, falto de aliento bajo el nudo potente que le agarrotaba la garganta, se transformó en una queja doliente, en un vagido de niño enfermo y abandonado. Y mientras ante él, la culpable se arrojaba del lecho, las ropas en desorden, temblorosa y pálida, — él, el infeliz, sintió que una ola de sangre le martillaba bárbaramente el corazón, y rebullía inflamada por sus venas, y subía como una tromba hasta su garganta, y le golpeteaba con furia las paredes del cráneo. Sus ojos se velaron, su boca se contrajo, crispáronse sus dedos, vaciló un instante, y cayó luego como una masa inerte, rígido, tal un fardo que se derrumba... Después... después no recordaba nada. Había una gran noche en su memoria. Sólo veía, de cuando en cuando,

sombras confusas que iban y venían apresuradas á su alrededor; sabía que le alzaban, que tornaban á acostarle, que le daban á beber líquidos rarísimos y que le fregaban con substancias nauseabundas ... Ahora estaba allí despierto, muy despierto, muy lúcido; veía y oía todo con rara claridad; pero sentía que la vida se le iba despacito, callada, de un modo dulce y apacible. Cerró los ojos. ¿Para qué quería vivir? Mejor era morirse, no cabía duda. Y se moría, en efecto; se moría sin remedio, ó á pesar de todos los remedios ...

« Bueno, Roberto, esto se acabó; buenas noches, » se dijo á sí mismo; y se vió morir, tranquilo, sin una protesta, sin luchar, cerrando apaciblemente los ojos y reclinando la cabeza en los almohadones. Toda la familia le rodeaba llorando; un niño pequeñito partía el alma con sus gritos; la esposa, anegada en llanto (tal vez pensando en que ella era quien le había dado la muerte), sollozaba atribulada; hasta el amigo aquel que le había dado los remedios más intragables y martirizadores, estaba allí, á la cabecera, con su intachable cara de enterrador, hecho un huso, tieso, serio, como si fuera á emprenderla á trompadas y mojicones con todos los parientes.

Luego venían las fórmulas del caso, capaces de fastidiar al mismo difunto, si es que éste estuviera para esas cosas: el inmenso luto anudado al llama-

dor de la puerta de calle; el rectángulo negro en las hojas de los periódicos con su cruz negra y las cuatro letras obligadas: Q. E. P. D.; la noche pasada entre cuatro cirios, entre el pesado perfume de las flores que empiezan á marchitarse y aquellos paños funerales, con galones plateados, que no han tenido tiempo de ventilarse desde el anterior velorio; el cortejo marchando hacia el cementerio, compuesto de amigos que hablan de carreras, de paseos ó aventuras corridas en unión del ahora extinto; los pasos irritantes del acompañamiento sobre la arenilla del cementerio; y, por fin, la fosa, la bajada á ella entre dos cuerdas y dos ternos de los sepultureros, la exclamación de un comedido: «los pies delante... los pies delante,» y el puñado de tierra que arroja devotamente y con convicción uno del grupo...

El pobre don Roberto se ha quedado solo, en su nicho, incómodo entre las cuatro tablas. Aquellos hombres le han llenado la boca, los ojos, el pecho, todo, en fin, con su endemoniada cal. El infeliz se encuentra así mudo, ciego y sordo; no podría comunicarse con los nuevos vecinos que tiene alrededor. ¡Y qué frío, qué humedad, qué olor del diablo hay en aquel maldito nicho! ¡Vaya con la última morada que nos dan los vivos! ¡Cuánto mejor era la moda antigua, aquella de enterrarlo á uno simplemente bajo tierra! Eso sí era limpio, sano y olía bien. Además el sol calentaba la tierra y los pobres

muertos no se pasaban la noche, como ahora, dando diente con diente ... No, no; mucho mejor era estarse en su casita, cerca de la estufa, rodeado de los seres queridos ...

¡Al diablo los seres queridos! Apenas hacía un año que el pobre don Roberto se pudría en el cementerio, bostezando de fastidio, sin haber perdido por completo la piel, — que le colgaba de los huesos cual restos gloriosos de una bandera sostenida en la terrible guerra de la vida, — cuando ya la buena doña María se había casado con ... ¡Seguro que ustedes ya lo han adivinado!... Pues, sí, señor, con el mismo, con Mesnier. Y allá se estaban los dos haciéndose arrumacos, besándose con locura, entregados al placer de vivir y ser felices. ¡No que no! ¡Si aquello era para indignar, no digo al pobre don Roberto, sino á toda la corte celestial, inclusas las once mil vírgenes!

— Oye, querido, decía la ex esposa de Rodríguez,— vámonos de esta pieza, porque profanamos ...

Pero, se veía que protestaba por coquetería, nada más, y que no la disgustaban ni las maneras ni los bigotes del joven médico. Y éste la perseguía, riendo, con una chispa de deseo en los ojos; y ya la tenía cogida por la cintura, ya la iba á besar en el cuello, cuando don Roberto vociferó lleno de indignación:

— ¡Miserables!

Estaba sentado en el lecho, densamente pálido, los ojos saltados de las órbitas, como si le hubieran dado un martillazo por la nuca. Su gesto era terrible, su voz silbaba:

—¡Mesnier! ¡El miserable médico! ¡El traidor!

Su esposa se inclinó hacia él, y llena de gran enternecimiento, murmuró con dulzura:

—¿Qué tienes, Roberto? ¿Estás malo? ¿Qué dices?

—¡Mesnier! ¡Mesnier! — decía él, como un chiquillo que repite un nombre para no olvidarlo.

— Pero, si no es él, — dijo la esposa, acongojada. — Es tu amigo Alfonso el que está aquí, velándote conmigo; el que te asiste desde que caíste enfermo.

Y, en efecto, el amigo de circunstancias mostraba su cara de enterrador por encima del hombro de María, mientras preguntaba:

—¿Está delirando?

¡Pobre don Roberto! ¡Qué horrorosa pesadilla había tenido! Se había visto en el cementerio, muerto, y, lo que es peor, burlado por su esposa. Pero aquello, felizmente, no era más que un sueño. Ahora se palpaba los brazos, el cuerpo, la cabeza, y se reconocía... Sí, había soñado todo aquello; había delirado... Pero, sin embargo, él ya estaba despierto, y bien despierto, cuando vió á Alfonso, que tomó por el médico, perseguir y abrazar á su esposa... Él estaba bien despierto cuando oyó la

protesta de su mujer. ¿Ó estaría soñando?... ¡Dios mío! ¡Qué horrible duda! Era para volverse loco...

Y entonces, mientras se echaba hacia atrás, sobre los almohadones, cerrando los ojos, la duda se le presentó neta y precisa: ¿había soñado aquel abrazo ó era una espantosa realidad? ¿Era la deshonra quien le arrastraba á la tumba?

Aquella noche el pobre don Roberto optó por morirse.

Por una letra

Á Manuel S. Pichardo.

La contempló arrobado, con infinita adoración, al sentirla vibrante y estremecida por la agitación del vals. Sus mejillas se habían coloreado suavemente, y su seno escultural se agitaba con temblores de paloma. Sobre su blanca frente, un revuelo de cabellos negrísimos, mal contenidos por el cintillo de brillantes, daba al rostro encantador una sombra soberana de misterio y de poesía.

—¿Está usted fatigada? ¿Quiere que demos una vuelta por el salón?

La pareja se extravió entre aquella baraúnda de fracs negros y de vestidos estivales. La música corría juguetona por el amplio salón. La luz diluviaba sobre las flores y las telas.

Hacía tiempo que Jaime cortejaba á Delia. Queríala por aquel resplandor de inocencia que lucía en

la frente de la niña, por la movible lucecilla que temblaba en la noche de sus ojos misteriosos, por el carmín inaudito de sus labios ardientes. Amaba en ella su busto espléndido, sus formas poderosas, su perfil sereno é inmarcesible. Y su gracia no estudiada, su elegancia triunfadora, su angelical dulzura, habían concluído de rendir el corazón del voluble joven.

Desde el día en que por primera vez la vió en el Prado, Jaime olvidó sus paseos y sus diversiones. Pensaba en Delia y para ella sólo vivía. Su imaginación bordaba ensueños encantadores. Veía en Delia la mujer que el destino le deparara: bella y elegante, distinguida é inteligente. ¡Oh! ¡sobre todo inteligente! Jaime deseaba que su mujercita pudiera ser la alegría y la gracia de los salones, el asombro de esos invernáculos del *esprit*. Ese era su sueño dorado, su gran debilidad: una mujer bonita que saliera de lo vulgar, que arborara *le mot d'esprit* con los labios más hermosos, cual un búcaro una flamígera orquídea. Hastiado encontrábase de todas esas muñecas encorsetadas que en los saraos y fiestas hablaban con frases hechas y giros más transitados que una vía pública. Él suspiraba por una joven instruída, amante de las bellas letras, discreta, graciosa, de un *chic* extraordinario y aplastador.

¡Y esta vez no se había equivocado! ¡Sus sueños más encantadores no se desvanecían ante la realidad!

Al oirla decir esas leves frivolidades que en otras mujeres son tontos lugares comunes, con tal donaire y elegancia, parecíale escuchar un soneto de Verlaine ó el susurro de unos violines húngaros en el mar. Algunas frases fulguraban, en el curso de la conversación, como latigazos de luz en una gran noche sin estrellas. Las sátiras caían sobre las espaldas inclinadas como un revoloteo de pétalos perfumados.

Jaime estaba encantado. Aquélla sería su mujercita, aquélla sería la colaboradora de su obra. Porque él, en sus ardientes ilusiones, aspiraba á ser un escritor de nombradía: el poeta mundano y genial que acompañaba la soledad de las aristocráticas inquietas y conseguía el favor de un beso sobre la punta de un dedito enguantado.

Por la cabeza soñadora del joven cruzó una idea risueña y deslumbrante. ¿Por qué no? — se dijo á sí mismo, siguiendo el rastro lumínico de aquel pensamiento. Veíase frente á su mesa de trabajo, escribiendo un poema; sentada frente á él, bajo la luz del quinqué, su esposa Delia, la hermosa Delia, le sugería frases é imágenes como el hada de la inspiración. Él era un literato de nota, algo así como el Daudet del modernismo; y ella, Delia, era su colaboradora. Idéntico caso al del gran novelista francés.

De pronto fué despertado de su sueño por un diálogo vivo y animado. Era Delia que conversaba

con una amiguita. Jaime las contempló un instante. ¡Cuánta diferencia de la una á la otra! Elisa, la amiga, era una rubia bíblica y contaba una fútil historieta con alegres risas y frases huecas. No tenía la gracia ni el ingenio de Delia, y las palabras saltaban sobre sus labios, serenas y frías, como las gotas de rocío sobre la corola de una amapola. Era un diablillo juguetón, inquieto, nervioso, que vibraba cual un cristal. Su cabecita de pájaro perseguía las ideas que se le escapaban bruscamente, y cambiaba de asunto á cada instante, riendo de una manera infantil unas veces, otras quedándose repentinamente grave como una pequeñuela sorprendida en falta.

Y fué en uno de sus rápidos estallidos, en medio de una de sus sacudidas nerviosas, que el abanico se le desprendió de las manos y rodó sobre la alfombra.

Jaime, amablemente, se inclinó para recogerlo. Delia tuvo una chispa alegre en los ojos, y con voz clara, que fluctuaba entre la coquetería y la inocencia, murmuró:

—¿Quién se habrá acordado de ti? ¿A ver?... abanico, con *h* ...

Jaime creyó que se moría.

ÍNDICE